

# GUERRA CON CHILE

Campana de Tacna y de Lima



Documentos Inéditos

0611



1142



SE RUEGA DEVOLVER AL  
TERMINO DE SU CONSULTA

Ady. P. P.

**GUERRA CON CHILE**  
**LA CAMPAÑA DE TACNA Y DE LIMA**  
**(documentos inéditos)**

MINISTERIO DE GUERRA



SE HIZO DE ACUERDO A  
TERMINACION DEL COMANDO

GUERRA CIVIL

LA CAMPAÑA DE TACU Y DE LOS

(documentos sueltos)

BIBLIOTECA HISTORICA PERUANA  
TOMO IX

**GUERRA CON CHILE**  
**LA CAMPAÑA DE TACNA Y DE LIMA**  
(documentos inéditos)

Introducción y notas de  
Rubén Vargas Ugarte S. J.



**BIBLIOTECA CENTRAL**  
**DIRINTEMAR**  
Clasif. 985.0611/M58  
Nro. Inv. 1142  
Fecha: 11/15



**SE RUEGA DEVOLVER AL**  
**TERMINO DE SU CONSULTA**

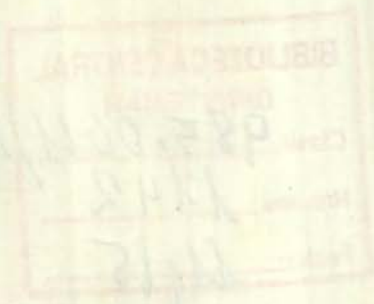
Editor/ CARLOS MILLA BATRES

BIBLIOTECA HISTÓRICA PERUANA  
TOMO 72

GUERRA CON CHILE  
LA CAMPAÑA DE TACNA Y DE LIMA

0923

(documentos inéditos)



Reservados todos los derechos  
© Carlos Milla Batres  
Edición y diagramación: CMB  
Lima, febrero de 1970

Impreso en el Perú

lib. Studium \$ 125.



SE RUEGA DEVOLVER AL  
TERMINO DE SU CONSULTA

## INTRODUCCION

*El presente volumen está dedicado a la campaña de Tacna que culminó con la toma de Arica y viene a ser la segunda fase de la desgraciada guerra del 79. Más que una historia de esta campaña, o el relato de los sucesos que se siguieron a la victoria de Tarapacá, el lector hallará aquí una serie de documentos, en su mayor parte inéditos, que nos dan los pormenores de la lucha y nos descubren las glorias y bajezas de los que en ella intervinieron. Así como en el primer tomo la Memoria del General Buendía y los documentos de su archivo forman el núcleo de la documentación, así en éste nos hemos servido de la correspondencia del contralmirante Lizardo Montero, nombrado Jefe del Ejército del Sur y también de la del coronel Segundo Leyva, nombrado por el dictador, jefe del llamado Segundo Ejército del Sur, que hemos hallado en el Archivo de D. Nicolás de Piérola, fuera de algunos documentos de nuestro archivo particular.*

*Esta documentación bastaría ya para darle importancia al tomo que publicamos, pero también nos hemos servido de la documentación que aportan algunas publicaciones bolivianas, muy poco conocidas entre nosotros y las que, a raíz de los sucesos, dieron a conocer algunos periódicos del Perú y Bolivia, sin omitir la que registra el Boletín de la Guerra, hoja bisemanal, que comenzó a aparecer en Arica el 17 de diciembre de 1879. Estas son las fuentes básicas de que nos hemos servido y ellas arrojan mucha luz sobre esta segunda fase de la guerra que sostuvimos con Chile en el año 1880.*

Hemos dividido la obra en cuatro grandes capítulos: el primero es el titulado *La Retirada de Camarones y Traición de Daza*, que hemos querido incluir aquí, aun cuando cronológicamente se refiera a un hecho acontecido antes de la victoria de Tarapacá y de la salida del presidente Prado del territorio nacional. No era posible que dejáramos a un lado este suceso que tanto influyó en toda esta campaña del sur y determinó la deposición de Daza, su remplazo en el mando por el general Narciso Campero y el que éste figurase como jefe supremo del ejército Perú-boliviano en la batalla final. No vamos a dar una relación extensa de este hecho, pero sí lo sustancial y lo más verídico del mismo, apoyados especialmente en la documentación y publicaciones de origen boliviano que lo dan a conocer.

El segundo capítulo lo dedicamos a la Campaña de Tacna, propiamente dicha, a la reorganización del ejército a las órdenes del contralmirante Montero, hasta el combate del Alto de la Alianza, con la cual se abrió al enemigo el camino a Arica, último reducto de la defensa peruana. Antes de referirnos a este episodio, es forzoso hablar de la famosa expedición Leyva, anunciada repetidamente, pero cuyo enlace con el primer ejército del Sur no llegó a verificarse. Lo que ocurrió con la división a las órdenes de Campero, enviada desde Bolivia al departamento de Tarapacá, en auxilio de Buendía, sin que llegaran esas tropas a pisar el teatro de la guerra, sucedió también a la división Leyva que no hizo sino alimentar las esperanzas de Montero y de los aliados, para que luego se desvanecieran, cuando estaba para llegar a la meta. Mucho se habló y discutió en aquel entonces sobre este punto y el mismo Leyva trató de levantar los cargos que se acumularon sobre él. En este volumen damos a luz algunas de las comunicaciones que dirigió al Dictador y otras que dicen relación con el suceso y no han visto la luz pública.

Finalmente, en el último capítulo, brevemente, como la naturaleza del hecho lo requiere, damos algunos documentos sobre la defensa de Arica y el estéril sacrificio, si cabe denominar así, a la gallarda actitud del anciano defensor del puerto que no trepidó en quemar el último cartucho en defensa del honor nacional.

No afirmamos que sustancialmente se haya de modificar el concepto que nos hemos formado de la Campaña de Tacna, pero sí que los documentos ahora publicados nos obligan a rectificar

errores y a deslindar responsabilidades y ver con más claridad las causas de la derrota del primer ejército del Sur. Ningún historiador lo ha dicho explícitamente, pero es indudable que a Piérola le incumbe no pequeña parte de responsabilidad en el desastre. Bien sabido es que, al llegar a la Dictadura, era para él una incógnita la actitud del ejército del Sur; Montero, civilista y aun candidato a la presidencia del partido civil, no era hombre de sus simpatías. Muchos de los jefes de su ejército también le eran contrarios y no podían ver con agrado su encumbramiento, y más en la forma en que lo había hecho. Sin embargo, por patriotismo y por lealtad a la patria, amenazada por el enemigo, que ya había invadido nuestro territorio, Montero y sus subordinados se sobrepusieron a sus miras particulares y decidieron reconocer al Dictador como jefe supremo de la república. El sometimiento fue sincero e incondicional, como lo podrá ver el lector por los telegramas cambiados entre el Dictador y el citado general. Como se ha dicho muy bien, Piérola llegó al palacio de gobierno apoyado por una minoría insignificante y el ejército, ante este golpe de audacia y en momentos tan críticos, no hizo más que aceptar una situación que no era conveniente agravar, desencadenando la lucha civil. Para convencernos de ello publicamos la carta que el general La Puerta dirigió a Prado a raíz del golpe de Estado; y, también, a continuación, la que D. Joaquín de Osma, dirigió en nombre de todos los comandantes generales al jefe del Estado Mayor General, la cual no puede ser más clara. He aquí las piezas a que aludimos:

"Sr. Contralmirante don Lizardo Montero - Arica.

Por el voto espontáneo de los pueblos de Lima y Callao, y con la adhesión completa del ejército, he sido proclamado Jefe Supremo de la República. Me congratulo en comunicarlo a Ud. y le estrecha la mano su afectísimo.

Piérola.

Montero a S.E.

Este departamento y el ejército seguirán llenando su deber y aceptan el hecho a que se refiere V. E."

Montero.

*"Estado Mayor General del Ejército de Reserva.*

Lima, diciembre 23 de 1879.

*Señor general Ministro de Estado en el Despacho de Guerra y Marina S.G.M.*

*Reunidos en este Estado Mayor General, los señores Comandantes Generales de División. Jefes de Brigadas y Jefes de los cuerpos han deliberado, por unanimidad no hacer armas contra el pueblo ni contra las fuerzas que en el Callao están a las órdenes del señor doctor don Nicolás de Piérola, sino combatir al enemigo común de la Patria; porque la mente de todos ellos al abandonar sus hogares y hacer cuantos sacrificios han estado a su alcance para llenar ese fin, no puede seguir debilitándose en una guerra fratricida, que dé por resultado el exterminio de un ejército, que tanto trabajo le ha costado a US. su organización, y que está llamado, por su entusiasmo y por su abnegación, a defender la honra nacional.*

*Tengo el honor de comunicarlo a US. para que se sirva ponerlo en conocimiento de S. E. el General Presidente de la República.*

*Dios guarde a US."*

J. de Osma.

*A estos documentos vamos a añadir otros dos: el uno se refiere al papel desempeñado por el Ministro Quimper, dentro del Ministerio que presidía el general La Puerta, en tanto que el presidente Prado se encontraba en el Sur. La salida de Quimper se impuso, pero aunque su labor fue meritoria de un modo u otro preparó el movimiento que a la salida de Prado del país se produjo, dando motivo a la dictadura de Piérola. El párrafo que trascribimos está tomado de una carta de D. Mariano Felipe Paz Soldán, que era compañero de Quimper en el Ministerio. El otro documento es una carta de Luis Carranza al contralmirante Montero, de 19 de febrero de 1880, en la cual se nos describe la situación creada en Lima con la subida de Piérola y el ascendiente de que gozaba entonces Montero, a quien se consideraba el hombre que habría de sacar al Perú del desastre en que le habían sumido la desgraciada campaña de*

Tarapacá y el cambio inesperado de gobierno. Los ojos se volvían al ejército del Sur y a su digno jefe.

Pero, el ejército del Sur necesitaba ser reforzado, necesitaba artillería y caballería, de la que andaba escaso, necesitaba también dinero para poder atender a las necesidades de la tropa y aun de los aliados. Todo esto se descuidó lastimosamente y aún después del desembarco de los enemigos en Pacocha, no se adoptaron las medidas necesarias para impedir que el enemigo ocupase el valle de Moquegua, que había de servirle de base de operaciones, ni se trató de aliviar la suerte de los soldados de la alianza, cuyo número era inferior al del enemigo, véase el Documento N<sup>o</sup> 13, en el cual reproducimos la carta de Montero a Piérola, por ella se verá cómo este jefe había previsto lo que inevitablemente sucedió, por esa falta de unidad en el mando. Dice así Montero, con fecha 2 de abril: "El enemigo, después de haber tomado el departamento de Moquegua, porque sus defensores, desde que quedaron segregados de mi autoridad solo han pensado, sin duda, en retirarse a Arequipa, ha dado, como debe Ud. suponer, los resultados más adversos para nosotros: el enemigo ha ocupado los Angeles y ha tomado como mil reses, lo que unido a otras ventajas obtenidas, constituye ya la base segura para sus operaciones. . ."

Otro militar, el coronel Isaac Recabarren, con clara visión del estado de las cosas, le escribía al Dictador, desde Arequipa el 20 de abril, anunciándole su separación del mando que se le había confiado, siendo así que era su propósito salir el día 24 de abril en auxilio de Montero y añadía: "Yo creo y espero firmemente, que Ud. con la rectitud que le caracteriza y que soy el primero en reconocer, sabrá hacer cumplir justicia y castigar, si así lo juzga conveniente, a los malos servidores de la patria, a esos que por pasiones mezquinas impiden el logro de una empresa que podía salvar al ejército del Sur de las fuerzas enemigas, que muy superiores en número por todas partes lo asedian. Lo que debió ser triunfo se convertirá en derrota. . ." Así fue en efecto.

Montero, como lo dicen sus cartas, cumplió honradamente y sin titubear las escasas órdenes que se le trasmitían de Lima y, en cambio, se vio privado del mando del territorio en que había de actuar, viéndose reducido a ser el jefe militar de nuestras tropas. Todavía más; hubo un velado empeño de arre-

batarle el mando del ejército aliado, y, a este fin se puso empeño en que Campero pasase a Tacna, como lo hizo, aun cuando en su intención sólo pensaba permanecer pocos días en el cuartel general. El avance del enemigo fue la ocasión de que le tocara mandar al ejército aliado, en la batalla del Alto de la Alianza, pero hay que reconocer que esta circunstancia no fue beneficiosa para nuestras tropas.

Ya en vísperas del desenlace, de Lima vino la orden de reorganizar los cuadros del ejército, labor en que se había empeñado la secretaría de guerra, dejando a un lado otros problemas más graves y urgentes. Piérola tenía el propósito deliberado de eliminar del ejército a los que no simpatizaban con él y esto es tan claro que basta examinar la correspondencia que le fue dirigida en este tiempo para convencerse de que ésta era la orden dada a los subalternos. Montero, con firmeza y con claridad, no pudo menos de objetar la medida y manifestó que, en presencia del enemigo, era peligroso introducir modificaciones en la plana mayor del ejército. No hubo tiempo para más, pero de todos modos queda comprobada la escasa o ninguna voluntad que hubo de parte del gobierno para ayudarle. Basta leer las cartas de Montero para convencerse de ello, y eso que aquí no publicamos sino las dirigidas al propio Dictador. Otras podrían publicarse, algunas de ellas llegaron a manos del historiador chileno Vicuña Mackenna, del cual vamos a copiar estos párrafos, publicados en *La Actualidad*, N° 40, Lima, 7 de marzo de 1881.

A este artículo le sirven de epígrafe estas palabras: "Día llegará en que yo presente al país la relación completa y exacta de los hechos que se han sucedido en el sur. . . Trabajo es ese que sólo puede llevarse a cabo cuando haya vuelto la calma a los espíritus y pueda decirse la verdad entera", Manifiesto del contralmirante Montero a su regreso a Lima, setiembre 22 de 1880.

"Montero y su ejército carece de todo: está desnudo, sin víveres; dinero tampoco tiene. Este titulado dictador (Piérola) no hace la guerra a los chilenos sino a Montero". Carta de la señora Rosa Elías, esposa de Montero, a su hermana Corina, marzo 8 de 1880. Luego añade el escritor chileno: "En diversas ocasiones hemos tomado el compromiso en la prensa y en el Congreso de evidenciar, con los testimonios de la historia en la

*mano, que el ejército que envió el ex-dictador Piérola de Ica a Arequipa, al mando del coronel Leyva, en marzo de 1880 iba dirigido no a auxiliar a Montero sino a mantenerlo en jaque, y, si era preciso, a amarrarlo, después de la victoria. Hoy que el fugitivo de Lima ha emprendido probablemente la misma peregrinación de su lugarteniente... es ocasión oportuna, para dejar cumplida tan interesante demostración que en fecha anterior habría tal vez servido de cabeza de proceso al vencido de Tacna para fusilarlos."*

*Aunque demos de barato que haya alguna exageración en lo que dice Vicuña Mackenna, no hay duda de que los hechos vienen en cierto modo a comprobar su tesis. Montero se ve despojado del mando político y la corrección de su actitud la demuestran estos dos telegramas: en el uno le dice al prefecto de Tacna: "Mándame con expreso mi correspondencia. La espero para dejar la investidura que tengo. Ordenaré a las fuerzas existentes para que formen el día en que se haga la publicación del Estatuto". Y este otro, dirigido al coronel Cáceres: "Señor coronel. Colóquese con sus fuerzas en los lugares convenidos. No proceda respecto al prefecto, porque habiendo dejado de ser yo jefe político de los departamentos del Sur y nombrado general en jefe del primer cuerpo de ejército, no me incumbe entrometerme en asuntos que no me competen. El gobierno es el único llamado a resolverlo".*

*En Arequipa, Piérola había suplantado al coronel García con el de igual clase González Orbegoso, hechura suya y éste, sea que obrara por propia iniciativa, sea que adoptara la línea de conducta que se le había trazado, empieza por negarle a Montero los datos y noticias que le eran necesarios. El contralmirante hubo de dirigirle la siguiente comunicación: "Señor prefecto. Aun no he visto las resoluciones y graves noticias a que V.S. se refiere; de manera que creí estar en mi derecho al impartir órdenes. Dios quiera que el país se salve de la manera que V.S. me indica; a todo el mundo que haga lo que crea conveniente.*

*Ya sé que debo limitarme a defender este territorio sin exigir datos de las autoridades de ese departamento, las cuales han recibido órdenes secretas del Gobierno para proceder así. Puede ser que este sistema produzca grandes resultados en la*

época presente, pero, según mi modo de pensar, perdiendo la unidad de acción, creo que todo se pierde.

Mientras tanto crea V.S. que yo en el puesto que ocupo, tendré especial placer de proporcionarle a V.S. todos los datos y aun elementos que necesitare, si ello contribuye al triunfo definitivo de nuestras armas. Montero”.

Y añade Vicuña Mackenna: “El nuevo prefecto de Arequipa no sólo negaba a Montero datos y palabras a virtud de las órdenes secretas de Piérola, sino que le negaba los más precisos y urgentes auxilios militares. Léase esta serie de angustiosos telegramas: “General Montero a prefecto de Arequipa. Arica (sin fecha, pero corresponde al 27 o 28 de febrero de 1880). Los enemigos han llegado a Pacocha con trece buques. Parece que sus operaciones principian allí. El antiguo prefecto no quiso cumplir las órdenes dadas de mover toda la división de Luna y mandaron el escuadrón. Conviene a V.S. (ininteligible) la gravedad de los acontecimientos y hacer que marchen fuerzas de Moquegua. Las mías no las moveré a tan larga distancia”.

Habría sido fácil oponer seria resistencia al enemigo en Pacocha y estorbarle la posesión del valle de Moquegua, pero, sin unidad en el mando y obrando los prefectos por su cuenta, no era posible que así fuese. Véase, por ejemplo, el telegrama que a Montero dirigía Julio César Chocano, el día 8 de enero desde Moquegua y que era recibido en Arica el mismo día: “Sr. general Montero. Arica. No he recibido contestación de V.S. al telegrama que le dirigí anoche. ¿Me remite U.S. las armas y municiones que le he pedido y que le pido incesantemente? Si no las tiene U.S. ordene al prefecto de Arequipa que me entregue las que existen en la estación de Tambo y que debieron remitirse a ese cuartel general. Si U.S. lo ordena así, yo ocurriré por dichas armas y municiones al momento. Ordene U.S. que se me entregue también el vestuario y equipo que existe en la misma estación de Tambo. Dígnese U.S. contestarme inmediatamente. Hasta este momento no tengo aviso ninguno de desembarque de fuerzas en Pacocha, pero me preparo a rechazarlas si vuelven a invadirnos. Si sucumbo será por falta de armas y municiones que no he cesado de pedir un instante. Hay aquí mucha gente entusiasta y decidida a quien poder armar; lo que falta es armamento. Yo respondo de rechazar de aquí al enem-

go y de sostener esta provincia si se arma la gente de que dispongo. Julio César Chocano". (1)

¿Pero cómo podía Montero dar órdenes al prefecto de Arequipa, si aun dentro del territorio amagado por el enemigo, no tenía otra autoridad que la de Jefe del Ejército del Sur? A este respecto hace el telegrama copiado por Vicuña Mackenna y remitido al prefecto Zapata, desde Arica a Tacna el 7 de enero de 1880, esto es un día antes que Chocano enviase el suyo a Montero: "La división Luna no se ha movido de Arequipa, de modo que no debe Ud. pensar en ella". Todavía el 27 de enero, bastante antes que se efectuara el desembarco de los chilenos en Pacocha, a las diez y media de la noche, remitía este telegrama al prefecto de Arequipa: "Sr. prefecto. Repetidas veces le he pedido el escuadrón. Su reincorporación a este ejército es indispensable. Mándelo V.S. El enemigo amaga por la parte sur. Montero". A éste se siguió el que copiamos a continuación, suscrito en Arica el 16 de febrero a las once y diez minutos de la noche: "Sr. prefecto. Los chilenos han reconcentrado todas sus fuerzas en Pisagua, según datos recibidos del prefecto de Tarapacá. Según él deben atacar este departamento. No tengo caballería. ¿Salió el escuadrón? ¿O el Sr. García lo conserva en esa para defender su persona? Montero". Bueno es traer aquí a cuento lo que dice Recabarren en la carta que escribió al Dictador, desde Arequipa, el 20 de abril de 1880 y en la cual se refiere a la inmoralidad, corrupción y cobardía de algunos de los jefes de las tropas acantonadas en esa ciudad y que él había recibido encargo de organizar, a fin de llevarlas en auxilio de Montero. Todo se frustró por las cábalas y maquinaciones de esos malos patriotas y las faltas cometidas quedaron impunes, pues Leyva, nombrado jefe del segundo ejército del Sur, no hizo sino separar del servicio a algunos y pedir, como puede verse en su correspondencia, que se le enviaran oficiales de la confianza del Gobierno, (ver Documento N° 23).

La falta de cooperación era notoria e incalificable, pero, como se desprende de la correspondencia de Montero al Dictador, toda esta mala voluntad para auxiliar al ejército del Sur no era obstáculo para que el Secretario de Guerra, D. Miguel Iglesias, se dirigiera al contralmirante en los términos más vio-

(1) Telegramas publicados por Corbacho en "La Prensa", de Lima.

*lentos que era posible concebir. Montero hubo de renunciar a dirigirse al susodicho, pero no dejó de manifestar al Dictador que no había dado causa en ningún momento para que se le tratara en la forma descomedida con que lo hacía Iglesias. Sin embargo, Montero, se mantuvo firme en su puesto y, aunque su tropas estaban mal equipadas, faltas del vestuario indispensable, carentes de artillería y ametralladoras y la caballería era mínima, era tal el ardor y entusiasmo de los jefes y soldados, tan decididos se hallaban a medir sus armas con el enemigo, que confiaba en que, llegado el momento, ese ejército vendería caro sus vidas y podía arrebatarse al enemigo la victoria.*

*Con estas líneas, por vía de introducción, entregamos este volumen al público y esperamos fundadamente que será acogido con la misma benevolencia que el anterior y servirá para escribir un día, con mejor criterio y mejores datos, la guerra del 79 que si bien es verdad no deja de presentar lados oscuros también los tiene lúcidos y brillantes que vierten ráfagas de luz sobre el pueblo que hizo frente al invasor de su suelo.*

RUBEN VARGAS UGARTE S. J.

# PRIMERA PARTE

## RETIRADA DE CAMARONES Y

### DESERCIÓN DE BAZA

Empezamos por dar algunas datos del personaje antes dicho de la vida de José V. Gómez, comandante de la Guerra del Pacífico. En 1848, Díaz nació en Puerto Alvarado por sus padres se casó un día con su esposa con una hija. En 1861, Díaz se alistó en el batallón del general Balle. En 1864, Díaz se proclamó de la república y se alistó a su propia y luego a su batallón, luego a los tres años con su propio batallón. El batallón en Sierra Nevada, llamado de Nueva España contra Melgarejo. Díaz fue el encargado de llevar a La Paz el dinero de la guerra en tres días en un viaje del ejército fue reconocido a su batallón. En 1870, Díaz se alistó en La Paz con el teniente de línea segunda la revolución, cuando Melgarejo quedó a su lado a su lado un levantamiento. En adelante Díaz se alistó, por la parte que toma de la revolución del 24 de noviembre y se alistó con el 15 de enero en un batallón el general Mendizábal con el Melgarejo. El año 72 la Asamblea legislativa le confirió el grado de general. Díaz continuó al frente del batallón de línea, convertido en el batallón Colorado. Díaz le dio la corteza de guerra. Díaz se alistó del en el campo militar de influencia en el ejército. Se alistó en la guerra civil y, después de ella, en Díaz elegido presidente.

Es sabido que Chile, desde los primeros días de la guerra, trató de tapar a Bolivia del Perú. Se valió de D. Justo



## CAPITULO I

### RETIRADA DE CAMARONES Y TRAICION DE DAZA

Empecemos por dar algunos datos del personaje, tomándolos de la obra de José V. Ochoa: *Semblanzas de la Guerra del Pacífico*. La Paz, 1881. Daza nació en Sucre. Abandonado por sus padres le recogió un tío suyo. Apenas recibió educación. En 1857 sienta plaza de soldado en el batallón del coronel Balsa. En 1861, siendo presidente de la república Linares, asciende a sargento y luego a subteniente, luego, a los tres años era sargento mayor. Al estallar en Sucre la revolución llamada de Reyes Cardona contra Melgarejo, Daza fue el encargado de llevar a La Paz la noticia. Lo hizo en tres días: en premio del servicio fue ascendido a comandante. En 1870, Daza, de guarnición en La Paz con el tercero de línea secunda la revolución, mientras Melgarejo acude a Potosí a sofocar un levantamiento. Es ascendido Daza a coronel, por la parte que toma en la revolución del 24 de noviembre y triunfante ésta el 15 de enero es nombrado el general Morales sucesor de Melgarejo. El año 73 la Asamblea Legislativa le confiere el grado de general. Daza continuaba al frente del tercero de línea, convertido en el batallón Colorados. Frías le confía la cartera de guerra. Daza se valió del cargo para acrecentar su influencia en el ejército. Sobreviene la guerra civil, y, después de ella, es Daza elegido Presidente.

Es sabido que Chile, desde los primeros días de la guerra, trató de separar a Bolivia del Perú. Se valió de D. Justiniano

Sotomayor, minero chileno de Cerecero, quien, desde Santiago le escribió a Daza. Este hizo publicar aquellas comunicaciones. Más tarde, en Tacna, Luis Salinas Vega, boliviano, es el emisario de Chile. Daza recibió a Salinas, pero exigió que las bases del arreglo propuesto por Chile se le dieran por escrito. Deseaba escudarse. En junio desembarcó en Arica Gabriel René Moreno, boliviano pero residente en Chile hacía bastantes años, trayendo las bases propuestas por el ministro chileno Santa María. Daza las dio a conocer a Prado y a la cancillería Argentina.

En vísperas de marchar a Camarones, en auxilio de Buendía, como se había convenido, Daza recibió la visita de D. Napoleón Perú, residente en Tacna hacía tiempo y el cual parece haber secundado las miras de Chile. De todos modos Daza salió de Arica el 11 de noviembre y el día 15 llegó a la quebrada de Camarones. En ese día, hubo un Consejo de Guerra, al cual asistieron los principales jefes del ejército. Daza parece haber manifestado que no era posible seguir adelante. El hecho es que envió a Prado, desde ese lugar, un telegrama en el cual decía: "Imposible pasar adelante. El desierto abrumba". El coronel Eleodoro Camacho que asistió a esta reunión, dice, en su libro *Manifiesto del coronel Camacho sobre el acto del 27 de diciembre de 1879*. Tacna. Imprenta de El Comercio. 1880, que la mayor parte de los jefes fueron de opinión que la "orden de avanzar o contramarchar el ejército desde Camarones, el general en jefe debía darla desde Pozo Almonte, donde él iría conmigo y dos edecanes". Ni ese día ni el siguiente se hizo nada, pero el 16, a las 9 de la mañana, lo llamó Daza a la oficina telegráfica, donde puso en sus manos un parte del general Prado en que le decía más o menos estas palabras: "Viendo que no puede Ud. pasar adelante con su ejército, el Consejo de Guerra que anoche convoqué ha resuelto que el general Buendía ataque mañana al enemigo, siendo por tanto no sólo peligrosa sino innecesaria la marcha de Ud. al Sur". Camacho comprendió que la respuesta de Prado obedecía a comunicación enviada por Daza, el cual, lejos de darle cuenta de lo resuelto en la junta de guerra no había hecho otra cosa sino representar la imposibilidad de pasar adelante.

En el *Boletín de la Guerra*, N<sup>o</sup> 33, publicado en Sucre, leemos lo siguiente: "En la mañana del 15, en que descansaba el ejército para continuar su marcha al siguiente, según el plan

acordado, se dijo a Daza que la tropa no quería seguir adelante y que los jefes y oficiales pensaban lo mismo. Daza mandó en el acto reunir a los principales jefes para conocer sus opiniones; la mayoría fue de parecer que se debía regresar inmediatamente a fin de salvar el ejército". Aquí tenemos otra versión del hecho, pero, como ésta es, podemos decir, de origen oficial, no ofrece las garantías de la dada por Camacho.

Es preciso tener presente que a Daza y su ejército se le esperaba en Jazpampa. Ahora bien, desde Camarones hasta este lugar sólo había cuatro jornadas, pasando por Chisa, Tana y Tiliviche, de buen camino y con agua en los puntos indicados. No obstante esto y, sabiendo Daza la urgente necesidad de reforzar al ejército de Buendía, ni dio orden de continuar la marcha ni adoptó el parecer de la mayoría en el Consejo de Guerra, como dice Camacho.

Veamos ahora lo que nos refiere otro testigo de mayor excepción, el general boliviano Juan José Pérez, que selló con su sangre el pacto de la alianza, en la batalla de Tacna. En la carta que dirigió al Comercio de Lima y suscribió en esta ciudad el 16 de diciembre de 1879 hallamos estos párrafos. Después de decir que "el carácter imprevisor y esencialmente vanidoso de los generales Daza y Jofré había sembrado la división entre las tropas bolivianas, acantonadas en Tacna, malquistando especialmente a los regimientos con la legión boliviana, en la cual militaban jóvenes de clase más elevada", añade: "Pero no fue esto sólo, pues el general Daza, inspirado por Jofré (quien le presentaba como próximo el fantasma de la sublevación de la legión boliviana), municionó su batallón Colorados, diciéndole que se preparasen a combatir a aquella (a los guaira levas, según su propia expresión), que pretendía amarrarlo. Como todo esto tenía lugar del modo más público y notorio, cundió inmediatamente la alarma en todos los cuarteles y en la población, bajo el supuesto de que la legión boliviana se iba a sublevar contra Daza y contra el resto del ejército.

El secretario general confirmó (lo sé, no lo supongo) en el ánimo de Daza el temor de sucumbir en esa expedición con el batallón Colorados y le presentó como inevitable y con los colores más vivos su inmediata caída en Bolivia. Ese mismo secretario, con el asentimiento de Daza, impuso al círculo de ru-fianes la necesidad de proponer y sostener la contramarcha que

él mismo apoyó con su palabra, autorizada por su posición oficial y por su talento.

La contramarcha de Camarones y el desconcierto en la dirección del combate de San Francisco han dado lugar al desastre de las armas aliadas en esa jornada. En efecto: al saber el enemigo la marcha del general Daza en dirección de su retaguardia, destacó sobre él una división de 2,500 hombres que debía esperarlo en Jazpampa y con la cual no habría tenido ni para principiar el ejército que llevaba el general Daza, superior en número y calidad. Algo más: habría bastado para derrotar esa división enemiga, el primer empuje de los batallones 1º y 2º que son el lujo del ejército de Bolivia y esa derrota habría confirmado el crédito militar del general Daza e introducido el espanto en el enemigo de San Francisco.

Y no se diga que no habría habido tiempo para ello, pues el general Daza durmió el 13 en Camarones, de donde no dista Jazpampa sino 20 leguas de buen camino, con agua en Chiza, Tana y Tiliviche y el combate de San Francisco tuvo lugar seis días después, esto es el 19 por la tarde. Este simple cómputo de fechas y de distancias manifiesta la posibilidad de descansar dos o tres días en Camarones y llegar oportunamente a Jazpampa. Pero la contramarcha dio lugar a que el enemigo concretase su atención y replegase las fuerzas que puso en Jazpampa a San Francisco, con cuyo auxilio obtuvo la victoria más inesperada aun para los mismos chilenos.

Como soldado antiguo, cuya larga experiencia le permite apreciar mejor los perniciosos efectos de tan insidiosas propagandas; como boliviano que conoce a fondo el espíritu de su país, su amor sincero al Perú, su odio entrañable a Chile; como peruano que también soy, interesado como el que más en la suerte de esta segunda patria mía, para todo boliviano que pisa su suelo. . . ruego más circunspección, menos ligereza, un poco más de prudencia y mejor criterio para juzgar de los hombres, de sus acciones, en la delicada y tremenda crisis que atravesamos. . . ”

El 27 de diciembre, al mes y días de la llegada de Daza a Arica con el ejército boliviano, los jefes de los cuerpos acantonados en Tacna desconocieron la autoridad de Daza y eligieron al coronel Eleodoro Camacho jefe superior de las tropas. He aquí los telegramas enviados a Montero que se encontraba

en Arica. "Tacna, 27 de diciembre de 1880. General Montero. Todo el ejército boliviano residente en esta ciudad desconoce la autoridad del general Daza. No ha habido oposición alguna y reina el orden. El coronel Camacho quien está a la cabeza le comunicará a U.S. luego. Yo me anticipo para que pueda Ud. tomar medidas sobre su regreso a ésta del citado general. Manuel Graniel. Cónsul de Bolivia". "Tacna, 27 diciembre 1880. General Montero: El ejército boliviano ha desconocido la autoridad del general Daza y se pone a mis órdenes y yo a las de Ud. para cumplir su deber en defensa de la alianza. El ejército boliviano saluda a Ud. y en su persona al heroico y valiente ejército de su hermana y aliada. Sírvase Ud. transmitir este suceso a S.E. el Sr. Piérola, ofreciéndole el homenaje de nuestros respetos. E. Camacho. Recibido a las 3.35 p.m."

"Tacna, diciembre 27. Recibido en Arica a las 6.22 p.m. Señor general Montero. El ejército boliviano descansa en sus cuarteles, después de haber manifestado solemne y públicamente su voluntad, como tuve el honor de informar a U.S. Garantizo y respondo del orden público. Quedando igualmente garantizados los bienes del general Daza. E. Camacho".

Completaremos esta información con las notas que a continuación trascribimos:

"Arica, diciembre 28 de 1879. El presidente de Bolivia, capitán general de sus ejércitos. A su señoría el señor contralmirante don Lizardo Montero, jefe supremo político y militar de los departamentos del Sur. Presente.

Señor: Invitado por el señor prefecto doctor Zapata, para venir a este puerto a una conferencia privada con US. con el objeto de acordar operaciones militares precisas sobre el enemigo de la alianza, vine ayer en el tren ordinario de las nueve.

La conferencia se verificó entre las tres y en ella acordamos solemnemente que US. con el ejército peruano avanzaría sobre el enemigo, por la vía de Camarones, y que yo, como capitán general del ejército boliviano, lo haría con dicho ejército por la vía de Calama, entrando de paso a Bolivia.

Y habiendo observado que US. necesitaba de la ratificación del excmo. jefe supremo de esta república, para que dicho acuerdo se llevase a cabo en el acto, US. aceptando mi observación, envié ayer mismo a Lima, para recabar del gobierno esa ratificación.

En esta virtud, regresaba a Tacna a disponer la marcha: y estando ya embarcado en el tren recibí un encargo de US. y con sorpresa se me anticipó al propio tiempo, que en Tacna había tenido lugar un motín de cuartel, con el objeto de deponerme del mando de las fuerzas, y poner en mi lugar al coronel Eleodoro Camacho.

Semejante nueva no creí por el momento, porque jamás he podido imaginarme siquiera, que hubiesen tan perversos e infames bolivianos, para complacerse en arrojar lodo al rostro de la patria y tratasen de hundirla en semejante escándalo, por lo cual insistí en mi regreso, que pudo impedirlo el ilustrado razonamiento del cumplido comandante MacLean.

Hoy, informado ya minuciosamente del suceso del día de ayer y de la situación en que se hallan, tanto el ejército boliviano, como la población de Tacna, y también en cumplimiento de mi deber, así como en resguardo de mis derechos en el carácter que invisto de *Representante Constitucional* de la nación aliada, participo a US. de todo, para que se digne remediar los graves males que se precipitan vertiginosamente, y que al no conjurarlos a su nacimiento, serán de consecuencias sensibles. El motín escandaloso encabezado por el coronel Camacho y apoyado por unos cuantos jefes desleales, ha sido sólo una alevisa sorpresa al ejército y un engaño perverso para sepultar en la vergüenza la honra de la nación que me ha confiado sus destinos. Todos los cuerpos de infantería se hallaban fuera de sus cuarteles en aseo, y, por consiguiente, sin un cartucho de municiones para castigar el grito de rebelión que lanzaban aquellos a quienes ayer, generoso, en lugar de castigar su cobardía e ineptitud, que han desprestigiado las armas bolivianas, les estreché la mano y les arranqué de la picota de la vergüenza pública, en la que se habían colocado. Y por esto es que actualmente los cuerpos de línea, sin tener cómo hacerse respetar, se hallan no acuartelados, sino custodiados por los que apoyan esa turba embriagada en su infamia y felonía, exasperando sí al soldado que con verdadero patriotismo ha venido a defender la honra y autonomía de la nación, y no a acechar ocasiones para desmoralizar y pervertir los santos instintos del ejército, porque sus almas son tan mezquinas que no se sobreponen a ruines ambiciones.

Así pues y conociendo que este estado en que se halla el ejército puede ocasionar un desborde, no muy tarde, que podría poner en muy serios conflictos a la población de Tacna, es que deseo que US. con el tino y sagacidad que le caracterizan, restablezca el orden turbado, dejando que el ejército que clama por mi presencia, obre con absoluta libertad e independencia y no sugestionado por los traidores a Bolivia.

Debo también hacer presente a US. que el gobierno de Bolivia verá como una resolución traidora el hecho de ayer, pues él no me ha retirado sus poderes para que delegue el mando del ejército boliviano, y antes bien, esa nación me reconoce como su legítimo jefe y sus ejércitos de ella obedecen mis órdenes. ¿Y cómo US. podrá consentir un desacato que ultraja al Perú, y que al frente de su ejército se cometan tales escándalos, cuya desmoralización puede ser contagiosa? ¿Reconocerá US. al sedicioso que le falta y amenaza...?

En esta virtud, declino sobre esos traidores toda la responsabilidad, si por parte del ejército boliviano no se cumple con exactitud lo acordado entre US. y yo como capitán general, el día de ayer; y espero sí que US. tomará las medidas que crea convenientes, aparte de las que me he permitido indicar, para la tranquilidad y seguridad de la población de Tacna, así como para que los amotinados restablezcan el orden legítimo y no precipiten al ejército a un hecho más escandaloso.

Y suplicándole a US. se digne participarme las medidas que tome, me suscribo de US. atento y S.S." (firmado) H. Daza.

"Arica, diciembre 29 de 1879.

Señor: Ayer muy tarde he recibido la importante comunicación de V.E. de la misma fecha, por la que se sirve manifestarme los sucesos militares que han tenido lugar en el ejército aliado acantonado en la ciudad de Tacna.

El acontecimiento de que me informa oficialmente V.E. es de suyo tan grave y trascendental, que no es posible aventurar calificativo alguno sin que el supremo gobierno de Bolivia, a quien desde luego he participado, por conducto del Encargado de Negocios del Perú, se sirva dar a esta Jefatura Superior, las convenientes explicaciones sobre un hecho, en el que afortunadamente para el buen nombre de V.E. queda por completo excluido de toda responsabilidad, por el acto mismo de haberle

negado obediencia el ejército que se ha subordinado al coronel don Eleodoro Camacho.

Mientras tengo el honor, pues, de resolver con el gobierno de Bolivia y con V.E., en la parte que le concierne, la situación excepcional en que han venido a colocarse los intereses de la alianza, he creído conveniente asegurar el orden de la localidad, disponiendo que el ejército boliviano salga a ocupar cantones; y la división del Perú se establezca, mientras tanto, en la ciudad de Tacna. L. MONTERO”.

#### **Carta de Montero a Daza.**

“Arica, diciembre 31 de 1879.

Sr. general D. Hilarión Daza. Mi general y amigo: Contestando a su apreciable comunicación de U. de fecha de hoy debo decirle que siento los sinsabores de la situación a que ha sido U. personalmente arrastrado por los últimos acontecimientos. 2º que nunca me ha manifestado U. animadversión por la alianza Perú-Boliviana. 3º que en la conferencia que tuvimos con el Dr. Zapata, el día 27 del que expira, tratamos de resolver entre otras cosas un plan de campaña en el cual correspondía a U. expedicionar por el lado de Calama. 4º que es evidente que a las manifestaciones de desprendimiento que nos hizo U. en aquella conferencia, le felicitamos de una manera tan sincera como podríamos creer, lo hiciera U. al decirnos que resignaría el mando en cualquier boliviano en quien reconociese U. mejores intenciones que las suyas para servir a los dos pueblos. Por lo demás, creo que las inculpaciones que me asegura U. se debe hacer por documentos juntos son en mi concepto nada más que la efervescencia de las circunstancias. Los hombres públicos son, amigo mío, el patrimonio de la sociedad y mientras no se hace luz sobre los sucesos sometidos al juzgamiento de este gran tribunal, tenemos que estar sujetos a las oscilaciones de la opinión que al fin nos condena o nos absuelve. Dejando así contestada su favorecida, me es grato suscribirme de U. muy atto. y S.S. L. Montero”.

Daza permaneció en Tacna por un tiempo, pero muy poco después se retiró a Arequipa. La Convención Nacional de Bolivia, lo declaró el 16 de Setiembre de 1880 indigno del nombre de boliviano y ordenó se le sometiese a juicio. Esta disposición del Congreso la firmó Campero, su sucesor en el gobierno, el

26 de setiembre. Daza pasó a Europa y en París suscribió su conocido Manifiesto. El 1º de diciembre de 1882 pidió su repatriación, a fin de defenderse de las acusaciones que se habían lanzado contra él. El Ministerio de Gobierno, por resolución de 2 de febrero de 1883 acordó que se le diese el permiso de ingreso en el país, una vez instaladas las Cámaras. En la carta que dirigió a Campero el 1 de diciembre de 1882, le decía: "No me anima otro propósito que el de vindicarme, y, logrado que sea, me retiraré del país a lamentar mis desdichas".

El 10 de mayo de 1894, en Uyuni, muy cerca de la estación recibió dos tiros por la espalda. En el juicio pericial se constató el hecho, (V. *Proceso Daza*. Defensa del teniente coronel Andrés Guzmán Achá por el abogado Feliciano Abastoflor. Potosí, 1895). La policía que custodiaba a Daza no le defendió. Pese a lo intrincado del asunto y al propósito deliberado de encubrirlo la participación de los militares es manifiesta. El juez de partido de Potosí dio auto de prisión contra los militares sindicados como asesinos del general, pero la Corte anuló dicho auto e hizo que pasase el asunto a la justicia militar, (V. también Paz Solano. M.T. *Narración de la Guerra entre Perú y Chile*. La Paz, 1884).

Es indudable que se trató de echar tierra sobre el crimen. Alberto Gutiérrez, escritor boliviano en su libro: *La Guerra del 79*, p. 258, dice: "Un misterio denso envuelve hasta hoy todos los incidentes de la victimación de Daza sin que sea dado al historiador o al comentador político descubrir si fue aquel hecho resultado de una conspiración consciente y premeditada o un acto irreflexivo del momento..." Es sintomático el que hubiese desaparecido la pequeña maleta que Daza llevaba consigo, y que desapareció después de su muerte. Sin duda contenía documentos comprometedores, que habían de servir a Daza para su defensa, pero que también implicaban la deslealtad de otros muchos.

En setiembre 5 de 1893, la Cámara de Diputados de Bolivia acusó a Daza de traición, violación de las garantías constitucionales y malversación de fondos públicos. No se llegó a una conclusión definitiva. (V. Luis P. Ampuero, Isaac J. Eduardo. Juan B. Saavedra. *Proceso Político contra el Ex Presidente de la República, General Hilarión Daza, sus Ministros de Estado y otros ciudadanos particulares, organizado por la Legislatura*

de 1893. Edición autorizada por el honorable Senado Nacional. La Paz, 1894).

Después de lo dicho hasta aquí podemos preguntarnos, ¿hubo en verdad traición por parte de Daza? Creemos que no hubo motivo para arrojar sobre él tan fea inculpación. Daza, fue solicitado por los agentes de Chile a fin de que rompiera con la alianza y dejara solo al Perú. El gobierno del Mapocho había adoptado esta actitud casi desde los comienzos de la guerra y sólo después de la toma del Huáscar, cuando llegó a tener el dominio del mar, sin que el Perú pudiese oponerle un solo barco, varió de parecer. Los señores Salinas Vega y René Moreno, ambos bolivianos, se prestaron a conducir a Tacna las propuestas de Chile, no obstante que ellos bien sabían que existía un pacto entre su patria y el Perú y que este último país sólo había entrado en la guerra por no quebrantarlo y permanecer fiel a su aliada. Uno y otro bien merecían ser denominados traidores, aun cuando su propósito principal fuese mirar por los intereses de Bolivia que creían salvaguardar, haciendo que renunciase al litoral en cambio de Tacna y Arica. El ministro Serapio Reyes Ortiz, en su Defensa, confiesa que Daza rechazó las propuestas que se le hacían, pero en cambio le costó trabajo convencer a Moreno que no era posible incurrir en una deslealtad para con el aliado y que el honor nacional exigía que se mantuviese el pacto entre ambas naciones. Al fin pareció ceder y manifestó que de haber sabido que los jefes militares de su patria eran opuestos a toda transacción con el enemigo, no habría aceptado el ser portador de las propuestas chilenas. (1)

La opinión sana de Bolivia condenó a Luis Salinas Vega y a Gabriel René Moreno. En la obra, titulada: *Acusación al Ex Presidente de la República de Bolivia, General Hilarión Daza, por los delitos de traición a la Patria, peculado y violación de las garantías constitucionales*; publicada en La Paz, en 1893, por la Cámara de Diputados, se citan como comprobantes de la traición de Daza, las obras que dieron a luz así Salinas Vega como René Moreno, y, respecto a este último, se dice: "consta que éste fue agente obligado del general Daza, quien le comisionó para que fuese portador de las proposiciones chilenas, que

---

(1) En junio desembarcó en Arica René Moreno.

él a su vez en comunicación directa con el chileno Justiniano Sotomayor, habíase valido de Luis Salinas Vega para comenzar la connivencia con el enemigo extranjero, cuyas bases importaban una traición al aliado". Hay alguna imprecisión en este párrafo, pero lo que importa en el mismo, es la declaración que hacía la Cámara de tener por delito de lesa patria el entrar en conversaciones con el enemigo.

A esto debe añadirse lo que dice Eufronio Vizcarra en su *Estudio Histórico de la Guerra del Pacífico*. Cochabamba, 1889. p. 118: "Cuando Salinas Vega comunicó a René Moreno el resultado de sus conferencias en Tacna, este último se negó terminantemente a intervenir en el asunto, porque según su propia expresión 'las proposiciones eran inícuamente inmorales por su forma alevosa contra el Perú', pero, por una de esas inexplicables contradicciones en que incurren los hombres, René Moreno que había calificado de inmorales las proposiciones de Chile resultó el portador de ellas". Más tarde, ante el clamor público que lo acusaba de traidor, publicó en Chile un folleto, titulado: *Daza y las bases chilenas de 1879*, en que denigra a su patria y al gobierno. La autoridad política de Sucre denunció el folleto y René Moreno fue condenado a 4 años de prisión "por haberse puesto al servicio de la República de Chile y por haber suministrado al enemigo, en su citado folleto, noticias acerca de la situación militar, política y económica de Bolivia".

René Moreno que no volvió a poner los pies en su patria, continuó en Chile, en donde ya llevaba residiendo mucho tiempo ha, y conservó en el fondo un oculto resentimiento para con el país en que había nacido y también con el Perú.

Daza influido por Otón Jofré y algunos otros, se retiró el 16 de noviembre de Camarones, no tanto por miedo al enemigo como por miedo al desierto. Hubo es verdad entre los jefes que reunió en Consejo algunas discrepancias y hasta uno de ellos, el coronel Ignacio Zeballos, como dice Vizcarra, fue de opinión que la retirada no debía ser hasta Arica sino hasta La Paz, pero la mayoría se plegó al parecer del coronel Camacho que ya hemos citado. En la Cámara, al ventilarse la acusación formulada contra Daza, se habló de que la retirada se dispuso después de la conferencia que sostuvo Daza con el agente chileno Napoleón Peró y se aduce la circunstancia de haber tenido los chilenos

noticia anticipada de que Daza no pasaría de Camarones, como se desprende del parte del jefe de la guarnición de Pisagua.

Cerraremos este punto citando las palabras del coronel Eleodoro Camacho en su *Manifiesto del Coronel...* sobre el acta del 27 de diciembre de 1879. Tacna. Imprenta de El Comercio. 1880. Empieza por decir que Daza ocultó al pueblo de La Paz, aturdido por las fiestas del Carnaval, la ocupación del litoral por los chilenos el 14 de febrero. Inmediatamente se empezaron a tomar las medidas que el caso requería, pero "con mil dificultades y presentando el triste aspecto de un ejército en derrota más bien que del que ingresa en campaña, llegaron nuestras fuerzas a Tacna".

Revela la inacción de Daza. Aun después de la pérdida del Huáscar y de la toma de Pisagua, "cuando creí que el general Daza volase el 3 de noviembre sobre Jazpampa, lo hallé todavía en ésta el día 5, a mi regreso de Ilo, donde me llevó una comisión diez días antes". Imposibilitado el general Prado de asumir el mando, le delegó todos los poderes en el teatro de la guerra. Iba a verse a la cabeza de doce mil hombres, entusiasmados y decididos, pero le faltó el valor para acometer al enemigo. Por fin, el 11 de noviembre salía de Arica, pero no se había escogido bien la hora y aquella noche sólo alcanzó el ejército a avanzar unas 5 o 6 leguas, dejando en pos de sí a unos 200 rezagados. "No seguiré, añade, paso a paso, ese para siempre doloroso vía crucis del ejército boliviano... tampoco entraré en detalles de la no menos desgraciada y memorable contramarcha de Camarones, vergüenza militar de la más ciega imprevisión... basta a mi propósito decir que el único responsable de ella es el general Daza".

Triste fue aquella tarde del 16 de noviembre en que a las cinco de la tarde desfilaron los batallones mustios, muy pensativos el ascenso de la cuesta de Camarones hacia Arica. El cielo mismo parecía ruborizarse de acto tan vergonzoso. La orden de marcha traía consigo funestos presentimientos. El ejército boliviano desertaba del teatro de la guerra sin haber conocido siquiera al enemigo. Y al final, por vía de recapitulación, confiesa que no hubo que hacer presión en el ejército y en sus colegas para adoptar la resolución de deponer al jefe de la Nación. En realidad ésta tenía que ser la conclusión de los manejos de Daza.



## CAPITULO II

### LA BATALLA DE TACNA

Después de los sucesos arriba mencionados y la elección de Campero como presidente provisorio, en tanto se reunía la Asamblea Nacional, hubo que pensar en reforzar el ejército boliviano acantonado en Tacna. Por desdicha, los cuerpos llamados a acudir en ayuda del Perú se sublevaron. En Viacha, el 9 de marzo de 1880, los batallones Murillo, Bustillo y 2 de Oruro se negaron a partir y se alzaron contra el orden establecido. Sus jefes, José Manuel Guachalla y Uladislao Silva no llegaron a dominar la situación y el último abandonó el mando de su cuerpo y se refugió en la Legación de Panamá. (1)

Véase lo que el coronel Camacho le escribía, desde Tacna el 18 de marzo, según *La Opinión Nacional*, de Sucre, N<sup>o</sup> 47, 30 de marzo de 1880: Ha detenido Ud. el envío de cuatro batallones a este cuartel general, en el momento en que emprendieran su marcha por orden del Sr. presidente, pues sabía por mis reiterados oficios lo urgente, lo preciso que era su venida para hacer frente al enemigo que, ocupando Moquegua, nos ha cortado los recursos del Norte, sin los que no puede subsistir el ejército peruano que acompaña en este departamento al boliviano. Este hecho ha producido en ambos ejércitos y en este pueblo que anhelantes esperaban este refuerzo tal desaliento que apenas es comparable con la decepción que causó en el Ejército del Sur la retirada de Camarones..."

---

(1) José Manuel Guachalla: *La Revolución del 12 de marzo de 1880*. La Paz, junio de 1886.

A esta defección se siguió otra. El general Flores había recibido la orden de marchar con la 6a. división, compuesta de los batallones Ayacucho, Calama, Reconquista y el escuadrón Abaroa por el sur y, como se decía en *La Opinión Nacional*, de Sucre, N° 58, 29 de abril de 1880, debía haber salido de Potosí el día 27. El hecho es que Ladislao Cabrera en su *Memoria a la Convención Nacional de Bolivia*, podía decir textualmente: "En la causa de nuestra derrota le ha cabido también alguna parte al general Flores...", oponiendo toda suerte de dificultades a la marcha de esas tropas al teatro de la guerra. (2)

Por fin, el día 27 de marzo llegó a La Paz desde Oruro la división Acosta, compuesta de tres cuerpos de infantería, que sumaban unos 1,300 hombres y el día 3 debían salir para Tacna a incorporarse al ejército aliado. Entraron en esta ciudad el día 18 de abril los batallones Tarija, Chorolque, Grau y el escuadrón Vanguardia.

La organización del ejército peruano, tal como aparece en *El Peruano*, N° 27, del 5 de febrero de 1880, era la siguiente: general en jefe, contralmirante Lizardo Montero; jefe de estado mayor general, coronel D. José de la Torre; sub jefe, coronel graduado D. Julián Arias y Aragües. La primera división estaba a órdenes del coronel graduado D. Justo Pastor Dávila, y la componían el Ayacucho N° 31, el Tacna N° 33 y los Cazadores del Misti N° 35. La segunda obedecía al coronel D. Francisco Bolognesi, y en ella figuraban el Arequipa N° 37, el Victoria N° 39 y el Arica N° 41; la tercera se hallaba al mando del coronel graduado D. Alejandro Herrera y la componían el Lima N° 43, los Cazadores del Rímac N° 45 y el Pisagua N° 47. La cuarta tenía por jefe al coronel D. Alfonso Ugarte y alineaba a los Cazadores del Cuzco N° 49, Tarapacá N° 51, Huáscar N° 53; la quinta estaba a las órdenes del coronel Andrés A. Cáceres y la formaban el Zepita N° 55, los Granaderos del Cuzco N° 57 y el Loa N° 59.

Cada batallón constaba de más o menos 600 plazas y en el mando se introdujeron algunos cambios antes de la batalla de Tacna y el más importante fue el relevo del jefe de estado

---

(2) En *La Unión Nacional* de Sucre, del 29 de abril de 1880, se decía que D. Aniceto Arce salía para Potosí a alcanzar a Flores en Huanchaca, en donde se hallaban sus minas, pues corría la voz de que los chilenos amagaban el mineral. La guerra se hacía en defensa propia.

mayor coronel La Torre por el de igual clase Velarde. Algunos de los cuerpos que hemos citado no concurren a la batalla de Tacna, por formar parte de la guarnición de Arica.

Vamos ahora a transcribir algunos datos tomados del artículo que publicó en Lima el 26 de mayo el coronel José Luis Salmón. Creemos que es uno de los mejores estudios sobre esta acción de guerra. En primer lugar, a estar a los datos más fidedignos el efectivo de ambos ejércitos era el siguiente: ejército peruano, 5,190 hombres; boliviano, 3,871. Total: 9,061. El ejército chileno, según la *Memoria de Guerra de Chile*, 1880, p. 150 y la obra del general Vergara, constaba de 20,915 hombres, esto es más del doble que el nuestro. (1)

El servicio de espionaje de los aliados era deficiente. Sólo por haber sorprendido a una recua de mulos cargados de agua, que se extravió, llegamos a saber que el enemigo se encontraba en Quebrada Honda. Aquel día, en la noche, Campero decidió abandonar sus posiciones y emprender la marcha sobre el enemigo, a fin de sorprenderlo. En efecto, a la una de la madrugada se ponía el ejército en marcha en columnas paralelas con distancia de despliegue. A las dos horas se advirtió que seguían una ruta extraviada y se dio la orden de contramarchar. A fin de poder llegar al campamento el capitán Alejandro Parra, ayudante del batallón Pisagua, hizo que algunos hombres prácticos se adelantasen a encender fogatas. Las divisiones de la derecha que iban a la vanguardia cruzaron la línea avanzada chilena y pudieron volver a sus posiciones porque el enemigo estaba desprevenido. Es indudable que esta marcha de noche y en víspera de la batalla fatigó a las tropas sin más resultado. A las seis de la mañana del día 26 el ejército aliado llegaba a sus posiciones, a excepción de las divisiones primera y sexta, que se habían retrasado.

El campo, distante unos ocho kilómetros de la ciudad no ofrecía repliegues de importancia que hubieran podido servir de parapeto. En la madrugada del 26, los chilenos pudieron ver a nuestras tropas que se acercaban a sus posiciones. La distancia era de unos 5 kilómetros y su artillería abrió el fuego

---

(1) Gerardo Vargas. "El Comercio", 26 de mayo de 1930, discrepa un tanto de los datos anotados. El ejército peruano, según él, constaba de 6,129 hombres y el boliviano de 3,877, total 10,006.

sobre ellas, aunque sin causarles daño. El ejército chileno avanzaba lentamente y acentuaba su presión por la izquierda de nuestra línea. Como a las diez de la mañana nuestra artillería empezó a disparar sobre el enemigo y sus tiros detuvieron por un momento el avance. La artillería contraria entró en juego, (serían unas 40 piezas) y el coronel Panizo hizo que una batería situada a retaguardia viniera en ayuda de las primeras en romper los fuegos. Como a las diez y media, la segunda división formada por el Zepita y el Misti, avanzan sobre el enemigo, en tanto que tres batallones bolivianos, de la izquierda, efectúan el mismo movimiento.

Al cabo de una hora de incesante cañoneo, las divisiones chilenas, primera y segunda avanzan a paso de carga sobre el centro y la izquierda. El general Camacho ordenó que cesara el fuego de nuestra artillería a fin de hacerla cambiar de posiciones, tomando un emplazamiento a su juicio más favorable. Fue un error, indudablemente, pues la operación se hizo a vista del enemigo y vino a tener por consecuencia el que algunas de las piezas cayeran en sus manos. A las once y treinta, la primera división chilena, compuesta de cuatro batallones y apoyada por dos baterías y dos escuadrones de caballería, avanza en semicírculo, desbordando nuestra izquierda. Por el centro tres batallones, precedidos por sus guerrillas y apoyados por dos baterías de montaña, atacan nuestro frente. Dejando un intervalo de dos a tres kilómetros, la cuarta división, marchando en columna cerrada, acomete nuestro frente, a fin de impedir la retirada de los nuestros por Calama y protegidos por dos escuadrones de caballería. Detrás de estas divisiones, la primera, segunda y cuarta, desplegaba la tercera, que constituía la reserva que no estaba sola y contaba con dos baterías de campaña.

A las 11 y 45 nuestros soldados de la izquierda detienen a los contrarios, los cuales hacen uso de sus ametralladoras. La lucha se lleva a cabo a pequeña distancia y se disputa el terreno palmo a palmo. La quinta división peruana, reserva del centro, acudió a la izquierda, en ayuda de la cuarta división y la caballería peruana se dirige también oportunamente a ese lado. El combate se ha generalizado y en la izquierda aliada se combate tenazmente. Los aliados atacan a la bayoneta y su empuje hace retroceder a la derecha chilena, la cual recibe el apoyo de la tercera división, y, a fin de vencer la resistencia de los alia-

dos el general Vergara carga con la caballería que protegía ese flanco. Los débiles y diminutos escuadrones peruanos les salen al encuentro, y, después de rudo choque, hacen volver caras a los veteranos chilenos que se retiran y echan pie a tierra para combatir. Sus caballos corren disparados por detrás de la línea de los aliados. Según Vicuña Mackenna, este fue el momento en que la suerte de las armas de Chile estuvo en un hilo.

Nuestra artillería, que desfilaba a fin de ocupar otras posiciones, fue arrollada por el enemigo, dos de sus oficiales quedaron fuera de combate. Sin embargo, la resistencia era todavía tenaz, pero en estos momentos se produce la dispersión de los cuerpos bolivianos de la izquierda, los cuales arrollan al Victoria que venía en su auxilio y había permanecido en la reserva y sólo después de grandes esfuerzos logra su jefe, el comandante Falconí, contener el desbande y conducirlo al fuego. El comando chileno aprovechó esta circunstancia para hacer intervenir su división de reserva, lanzándola sobre la izquierda y la artillería concentra sus fuegos sobre esta ala, que era el punto vulnerable de nuestra línea.

Ya habían caído gravemente heridos los generales Pérez y Camacho, el comandante general de la 4ª división, coronel Mendoza, había sucumbido; el coronel Barriga, del Huáscar, el coronel del Alcázar y muchos otros jefes de cuerpo se hallaban fuera de combate y las filas aliadas clareaban de un momento a otro. A la 1 y 45 p.m. la lucha continuaba encarnizada, pero el humo de los disparos había formado una espesa nube y apenas se distinguían los objetos. Se dio orden de alto el fuego, porque se vieron pantalones rojos y se creyó que el Colorado de Bolivia, enviado en auxilio de la izquierda, se había adelantado.

Bello ejemplo de disciplina y abnegación, dice el coronel Salmón, el dado por el ejército aliado, en un momento tan difícil y solo por no herir a sus compañeros de pelea. A partir de entonces nuestras líneas comienzan a ceder. Los Colorados que acudieron en ayuda de la izquierda fueron arrollados por la caballería enemiga. Entre tanto, el enemigo echando mano de sus reservas cubría los vacíos que dejaban en sus líneas nuestros soldados. Aun cuando los escritores bolivianos han tratado de paliar la defección de algunos de sus cuerpos, sobre todo al aparecer indecisa la victoria, es, sin embargo, un hecho que se

produjo, y, como advierte el coronel Salmón, se repitió la dispersión de San Francisco, aunque en menor escala. (1)

Se dio orden de retirarse a Tacna, pero, como dice Montero en su parte, era inútil pensar en defender la ciudad. El tomó el camino de Tarata con los que llegó a reunir en torno suyo, mientras los bolivianos se dirigían a su patria. Los chilenos, dueños del campo, pasaron aquella noche en el vivac. Violando los convenios internacionales, cayeron sobre la ambulancia peruana, en donde yacían heridos algunos oficiales peruanos. El coronel Luna, que era uno de ellos, no pudo menos de increparles su conducta. La respuesta fue darle muerte y victimar también a los demás heridos. La historia no debe olvidar acción tan nefanda.

El coronel Salmón se pregunta ¿por qué no se defendió Tacna en el valle de Sama? Es de advertir, como lo dice Eufroanio Vizcarra, en su libro *Estudio Histórico de la Guerra del Pacífico*, Cochabamba, 1889, p. 191, que el entonces coronel Camacho propuso en una junta de guerra, la ocupación del valle de Sama, bastantes días antes que lo ocuparan los chilenos. Este plan lo combatieron Montero, Dávila, Cáceres, Herrera y Canevaro. Esto no obstante, una comisión compuesta por La Torre, Inclán, Panizo y el general Pérez, marchó a Sama a fin de reconocer el terreno. Pérez e Inclán, después del viaje de inspección, aprobaron el plan de Camacho, los otros dos jefes lo rechazaron. Era, pues, bastante dudoso su éxito, aunque solo el 30 de abril llegaran a Sama las divisiones primera y tercera, al mando de Amengual y Amunátegui.

Por lo pronto, el ejército aliado abandonaba su base de aprovisionamiento, abandonando a Tacna y poniendo de por medio el desierto que, en caso de una derrota, habría sido fatal para los nuestros. En cambio, el gobierno del Perú debió defender el valle de Moquegua e impedir, a todo trance, que el enemigo lo utilizara en su favor, estableciendo allí su base de aprovisionamiento. En Pacocha y en Locumba debió el enemigo encontrar resistencia y no la halló. Desde Arequipa se pudo

---

(1) V. la Carta del Prefecto de Tacna a Piérola, del 29 de mayo de 1880 (Docum. N<sup>o</sup> 23) escrita bajo la impresión dolorosa del desastre y en la cual se habla, con digna exageración, de la conducta observada por la tropa boliviana. Dejando a un lado las frases duras del momento, retengamos el fondo de verdad.

remitir tropas bastantes para jaquear al enemigo y ya el coronel Isaac Recabarren, como lo dice en su carta a Piérola, (V. *Documento N° 18*) se estaba disponiendo para salir el día 24 de abril en dirección de Moquegua. El cambio que sobrevino en la jefatura del segundo ejército del Sur fue la causa de que ese plan se frustrara.

Tres soluciones parece que se ofrecían a los aliados, en vísperas del combate del Alto de la Alianza. O retirarse a Tarata, dejando que el enemigo ocupase Tacna, lo cual, como el mismo Salmón advierte, colocaba a los chilenos en una posición desventajosa, o sea entre la guarnición de Arica y el grueso del ejército aliado que amenazaba su retaguardia. La otra solución era encerrarse en Arica y disponer aquella plaza para la defensa. Esta medida, ofrecía al ejército buenas posiciones y lo reforzaba con las tropas que guarnecían aquel puerto. La tercera solución habría sido concentrar en Tacna todas las fuerzas disponibles, inclusive las de Arica, donde había unos 1,600 hombres. Como advierte el coronel Salmón, para la defensa del puerto bastaban 600 hombres y el resto pudo conducirse a Tacna en ferrocarril, el cual hacía el trayecto en tres horas. Pero a estas tropas debió añadirse también la división puesta a órdenes de Leyva, el cual tuvo tiempo para unirse al primer ejército del Sur. Sobre este punto nos extenderemos más adelante, pero no queremos omitir la comunicación que copia Salmón en su estudio e iba dirigida a Campero, desde Tarata, el día 21 de mayo, cinco días antes del combate del Alto de la Alianza. Dice así:

“Excmo. señor general D. Narciso Campero... Excmo. señor. Dando cumplimiento a las instrucciones de mi gobierno, tengo el honor de ponerme a las órdenes de V.E. con el ejército de mi mando. Mando de propio a D. Nicolás Rodríguez, persona de confianza, a fin de que, si V.E. lo tiene a bien me remita con el mismo las instrucciones a que debo sujetarme para el plan general de la campaña.

Tan pronto como la fuerza esté reunida, tendré una verdadera satisfacción en ejecutar todas las órdenes que V.E. quiera impartirme.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecer a V.E. las seguridades de mi estimación y aprecio. Dios guarde a V.E. Segundo Leyva”.

“Respuesta. Cuartel general en el campamento de la Alianza, a 24 de mayo de 1880. A S.S. el coronel comandante en jefe del 2º Ejército del Sur. Señor: contestando al estimable oficio de V.S. de fecha 21 de los corrientes que da parte a S.E. El supremo director de la guerra de su arribo a esa ciudad con el segundo ejército del Sur, encomendado a sus órdenes, se apresuró a felicitarlo a nombre de S.E. y el mío, por su oportuno arribo a tan importante punto de operaciones. En consecuencia, S.E. me encarga transmitirle las instrucciones siguientes: 1º) Como el día 22 pasado el enemigo ha practicado un reconocimiento sobre nuestra línea, según se impondrá U.S. por el adjunto parte que elevé a S.E. es probable que se prepare a verificar un inmediato ataque general con todas sus fuerzas, situadas en el valle de Sama; en tal caso procurará U.S. aproximarse con las de su mando a la quebrada de Locumba, para inquietar la retaguardia del enemigo, desplegando sus guerrilleros, conforme a los avisos que tenga U.S. acerca de los movimientos del enemigo. 2º) En el caso en que el enemigo acometiese al ejército de U.S. con fuerzas superiores podrá emprender su retirada hacia Candarave, de donde le sería fácil tomar las posiciones de Tarata. 3º) Por lo demás que pudiera ocurrir, el conductor, que es de toda confianza de U.S. le comunicará las instrucciones y conocimientos verbales que se han dado, para el mejor acuerdo de las operaciones que U.S. debe emprender. Aprovechando esta oportunidad para ofrecerme de U.S. muy atto. y obsecuente servidor. J.J. Pérez”. (1)

La verdad es que la lectura de uno y otro comunicado demuestran que así Leyva como Campero desconocían el verdadero plan del enemigo y ambos obraban como si aún estuviese lejano el ataque general de las fuerzas chilenas. Por otra parte, no puede menos de sorprender la lentitud con que Leyva hace llegar al cuartel general la noticia de su arribo a Tarata, pues habiendo salido el emisario el 21, la respuesta es transmitida el 24, o sea tres días más tarde. No habría sido necesario tanto tiempo para ello. Lo lógico habría sido ordenar a Leyva que acelerase su marcha y se presentase en Tacna lo antes po-

---

(1) Según el general Campero, el propio enviado por Leyva llegó al campo de la Alianza el día 25 por la noche, y ese mismo día, a las once, se le despachó con la respuesta.

sible. Quizá habría llegado a tiempo para intervenir en el combate del 26. En cambio se le ordena que contramarche a Candarave y tome la quebrada de Locumba, cuando el ejército chileno se hallaba ya en las proximidades de Tacna.

De las tres soluciones, juzgamos que la más obvia habría sido reforzar el ejército concentrado en Tacna. Este debió ser el norte del Gobierno y a ello debió aplicar todos sus esfuerzos. En realidad, Piérola no hizo otra cosa que enviar tardíamente en auxilio del primer ejército del Sur, al segundo que puso en las manos inhábiles e indecisas del coronel Leyva. El resultado tenía que ser fatal para los soldados de la Alianza que lucharon denodadamente y le hicieron pagar caro al enemigo su victoria, aun cuando sabían que combatían dos contra uno.

Cerraremos este capítulo transcribiendo por entero el Informe que el general Campero presentó a la Convención Nacional de Bolivia, como jefe supremo del ejército aliado:

"El 25 (de mayo), por la mañana tuvo lugar un incidente digno de mención. Repentinamente apercibimos que nuestras avanzadas venían precipitadamente en retirada, perseguidas con empeño por el enemigo. No sabíamos lo que esto podía significar y nos entregábamos a diversas conjeturas, cuando el jefe de los nuestros comunicó que se habían tomado a aquel 60 mulas cargadas con 120 barriles de agua, que el enemigo había intentado recobrar a todo trance, sin poderlo conseguir, lo que explicaba que se hubiera avanzado tanto en persecución de los captores. El cuerpo que efectuó este hecho fue el peruano "Huzares de Junín" que hacía el servicio de avanzada en aquel día.

Este incidente me dio la certidumbre plena de que el enemigo se hallaba a corta distancia y avanzando hacia nosotros, siendo para mí indudable que en aquella noche debía acampar, poco más o menos, a medio camino de Sama a nuestro campamento; porque así lo manifestaba la gran provisión de agua, de la que se había tomado una parte; pues, según el conductor de la recua apresada, venían otras recuas y un número considerable de carretas, cargadas también de agua.

En este concepto, teniendo, como tenía, conciencia plena de la superioridad de fuerzas del enemigo, conciencia que la había yo formado, tanto por las indicaciones y relaciones de la prensa, por las circunstancias mismas de la campaña y por la idea que tenía de los recursos de que podía disponer la na-

ción que nos hace la guerra, cuanto por las noticias que nos dieron los arrieros que conducían el cargamento de agua capturado, quienes aseguraban que las fuerzas enemigas no bajaban de 22,000 hombres, siendo así que nosotros no contábamos con más de 9,000, incluso nuestros enfermos; bajo esta impresión, digo, concebí el proyecto de contrarrestar esa inmensa superioridad mediante una sorpresa rápida y audaz que, en mi concepto, era el único medio de poder alcanzar un resultado favorable, dadas las condiciones en que nos encontrábamos y la imposibilidad de resistir al enemigo en batalla campal. Decidí, pues, efectuar la marcha en aquella misma noche y caer sobre el enemigo al amanecer, procurando tomarlo de sorpresa, no dándole tiempo para desplegar en batalla sus masas y quizás aún impedirle aprovechar de sus dos elementos más poderosos, su caballería y artillería, cuya acción podía inutilizarse solo con una sorpresa afortunada.

Comuniqué mi pensamiento a los señores Montero y Camacho, quienes lo aprobaron con entusiasmo, conviniendo con mis ideas.

Acordado el plan, se tomaron las medidas convenientes, y se emprendió la marcha a las 12 de la noche con admirable precisión y silencio, conservando todo el ejército el mismo orden de batalla y guardando las distancias necesarias para poder formar la línea con la rapidez posible al acercarse al enemigo, el que no podría dejar de emplear un tiempo muy largo en desplegar sus fuerzas, por lo mismo que eran tan numerosas. Pero, desgraciadamente, al cabo de dos horas de viaje, principió a notarse cierto descontento e indecisión en la marcha. Los coroneles Camacho y Castro Pinto, me hicieron advertir sucesiva y contradictoriamente que nos inclinábamos demasiado, según el uno a la derecha y según el otro a la izquierda. Ordené que se reunieran los guías de ambas alas y el que dirigía el centro, y que examinaran conjuntamente la situación en que nos encontrábamos y la dirección que debíamos seguir. Después de una larga discusión entre ellos, manifestaron que estaban inciertos, que no podían ponerse de acuerdo respecto a nuestra posición ni mucho menos orientarse, a causa de la densa niebla que cubría el espacio y nos envolvía ya por todas partes. En este estado noté que el desorden se había hecho mayor y que varios cuerpos habían perdido sus posiciones, apareciendo alguno de

la derecha en la izquierda. Ordené que se hiciera alto, y temiendo en estas circunstancias un encuentro con el enemigo, que nos hubiera ocasionado un desastre irremediable, siendo nosotros los sorprendidos en lugar de sorprenderlo, resolví volver al campamento, enviando algunos individuos por delante a fin de que se encendieran allí algunas fogatas que nos guiaran. Hecho esto se verificó la contramarcha y llegamos al amanecer del 26, ocupando todo el ejército las mismas posiciones que antes.

Como lo comprenderéis, señores deploré profundamente el ver frustrado este plan, que en mi concepto, repito, era lo único que podía haber asegurado la victoria, pero, en fin, se había malogrado por una fatalidad y no había más que conformarse y atender al desarrollo de los sucesos.

Al amanecer del memorable día 26, vimos presentarse las guerrillas enemigas que venían persiguiendo a las nuestras y a los cuerpos de nuestras vanguardias, que, a causa de la oscuridad de la noche, habían pernoctado en la llanura y volvían a sus puestos al amanecer soportando los fuegos contrarios.

Poco después apareció todo el grueso del ejército enemigo y principió a desplegar sus masas, formando varias líneas de batalla, fuera de la caballería que parecía muy numerosa y fuerte.

Al desplegarse las fuerzas enemigas, y a primera vista, podía notarse su inmensa superioridad sobre las nuestras, pues, como he dicho, no solo presentaban varias líneas de batalla, sino que también se hallaba apoyada su retaguardia por una formidable caballería; al paso que nosotros no contábamos sino con dos líneas y nuestras escasas reservas, sin más caballería, propiamente tal, que un cuerpo, que podía considerarse como insignificante.

En fin, estábamos al frente del enemigo y resueltos a afrontar con denuedo una lucha tan desigual a la vez que inexcusable.

Hice tocar generala y se puso todo el ejército sobre las armas.

Recorrí las filas y dirigí la palabra a todos los cuerpos, recordando a cada uno sus deberes y antecedentes y tratando de enardecer el entusiasmo bélico que los había animado a to-

mar las armas para la defensa de la causa más santa después de la guerra de la emancipación.

El orden de batalla quedó establecido de la manera que veréis en el parte respectivo, pasado por el estado mayor general del ejército.

Eran las 8 y  $\frac{3}{4}$  a.m. cuando se rompieron los primeros fuegos de artillería, que se suspendieron por de pronto. Poco después recomenzaron, volviendo a suspenderse por tres o cuatro veces con intermedios sucesivos.

Esta circunstancia me hizo comprender que el enemigo quería atraernos a todo trance fuera de nuestras posiciones y que aquella era cuestión de paciencia para nosotros; pues conocida-mente eran ventajosas, el enemigo no se atrevía a atacarlas de una manera decidida.

En efecto: teníamos desde luego la ventaja de no presentar blanco a sus tiros, pues nuestra primera línea se hallaba oculta de la ceja de la meseta y solo se distinguían las piezas de artillería, al paso que dominábamos nosotros toda la planicie que él ocupaba. Por otra parte, sus tiros de cañón no nos causaban daño alguno; porque o bien caían detrás de nuestras filas, por la parábola que describen los proyectiles, o bien se enterraban las bombas en la arena, estallando allí y produciendo una especie de ebullición en la tierra, pero sin causarnos mayor mal.

Esto dio lugar a que el general Pérez calificase cada disparo de una "onza de oro pérdida" aludiendo al costo de cada tiro y a su completa ineficacia.

En consecuencia, ordené que no se abandonara las posiciones, ni se saliera de ellas, debiendo evitarse el fuego de rifles mientras el enemigo no se pusiera a tiro.

En vista de nuestra impasibilidad, y conociendo quizá nuestra resolución, los enemigos se decidieron por fin a avanzar, y lo hicieron lentamente hasta hacer uso, no solo de las piezas de calibre mayor, sino también de los Krupp y ametralladoras.

La dirección por donde avanzaban, formando una línea de circunvalación, era nuestra ala izquierda, como lo había previsto yo desde el principio; razón por la que coloqué allí nuestras mejores reservas.

Repentinamente, y cuando aún no lo esperaba, noté que se había hecho pasar aquellas a la línea de batalla y que se

comprometía el combate por nuestra parte, rompiendo el fuego de rifles por el ala izquierda, antes de que el enemigo se hubiera acercado lo bastante. Esto lo atribuí al excesivo ardimiento de nuestros soldados y a su carácter impetuoso y precipitado.

Como quiera que sea, comprometido allí el combate, y como por una especie de contagio magnético, se extendió poco a poco al resto de la línea de batalla, hasta que por fin se hizo general.

Eran horas 10 a 11 a.m.

En estos momentos me dirigí hacia el ala derecha, y en una pequeña eminencia me encontré con el general Montero, que venía hacia el centro. Nos detuvimos allí un instante, por ser un sitio a propósito para observar en su mayor extensión el campo de batalla. Era grandioso el cuadro que se presentaba a nuestra vista, y no pudimos menos que permanecer absortos en su contemplación.

Quisiera poder describíroslo con los mismos colores y variados matices con que se ofreció a mi vista. En nuestro costado derecho, donde el combate no era todavía muy encarnizado, el ala derecha de nuestra línea y la izquierda del enemigo, presentaba el aspecto de dos inmensas fajas de fuego como envueltas por una especie de niebla iluminada con los tintes del crepúsculo de la mañana. El centro, donde obraba con más vigor la artillería enemiga, ofrecía el espectáculo de un confuso hacinamiento de nubes bajas, unas blancas y otras cenicientas, según que las descargas eran de Krupp o de ametralladoras. El costado izquierdo, donde el combate era más reciamente sostenido, no presentaba sino una densa oscuridad, impenetrable a la vista, pero iluminada de momento a momento, como cuando el rayo cruza el espacio en noche tempestuosa. El tronar era horrible o, más bien, no se oía más que un trueno indefinidamente prolongado. En su conjunto era arrobadora, señores, la contemplación de ese cuadro maravilloso, a pesar de la íntima convicción de que en su fondo no contenía otra cosa que la desolación y la muerte, disfrazadas con deslumbradores ropajes.

Habiéndome separado del general Montero, que quedó en aquel costado, resolví apresuradamente al centro, y, viendo que el combate arreciaba cada vez más en el ala izquierda, ordené

que las reservas del centro pasaran allá, lo que se verificó inmediatamente.

Duraba ya algún tiempo el combate, recio y sangriento en el ala izquierda, cuando recibí un ayudante del coronel Camacho, que me pedía con instancia el batallón "Colorados" como refuerzo.

Este se encontraba de reserva en el ala derecha, porque me lo había solicitado encarecidamente el general Montero. Mandé traerlo con la mayor brevedad y ordené a la vez que, para todo evento, viniese el batallón peruano "Canevaro", también de reserva en la misma ala. A fin de apresurar la marcha de estos dos cuerpos, me encaminé yo mismo a traerlos y volví con ellos a paso acelerado.

Al llegar, noté algunos síntomas de desórdenes en el ala izquierda. Me informé de lo que pasaba, y se me heló la sangre en las venas al saber que uno de los más crecidos de nuestros cuerpos, el batallón "Victoria" apenas entrado en la línea de batalla, había cedido el campo y principiaba a desordenarse.

En la indignación que esto me causó, mandé a los dos batallones que acababa de traer que hicieran fuego sobre los que huían, a fin de hacerles dar media vuelta y que recobrasen sus posiciones. Pero fue inútil, pues no se pudo conseguir que aquellos se contuvieran.

En vista de esto ordené que los dos batallones avanzaran sobre la línea y llenaran el claro que había quedado en nuestras filas. Entraron en el combate con denuedo y bizarría superiores a todo elogio, hasta el punto de tomar prisioneros y piezas de artillería al enemigo y hacerle retroceder, cargando a la bayoneta. Pero éste renovaba sin cesar sus refuerzos y reservas, y viendo yo que el número iba a inutilizar los heroicos esfuerzos de los nuestros, mandé que algunos cuerpos del centro, donde el combate era menos reñido, se recostasen hacia el ala izquierda. Al mismo tiempo envié mi escolta, mandada por el capitán Jessup, a fin de que hiciera un esfuerzo supremo para reunir a los que se habían dispersado. (1)

En estos momentos solemnes se me anuncia por el teniente Julio Ziheti, que el coronel Camacho había caído herido y

---

(1) La escolta constaba de 18 jinetes, cedidos por el general Montero. Tres de ellos fueron heridos.

que este fatal accidente desanima a las tropas. Como antes se hubiese dicho que el general Acosta había sido destrozado con el caballo por una bomba, ordené que el coronel Ramón González se hiciera cargo del mando de esa ala, como el jefe más caracterizado que quedaba. Pero al mismo tiempo noto que los nuestros empiezan a ceder abrumados por el número, insinuándose la dispersión en diversos puntos de la línea de batalla. A impulsos de la desesperación que me infunde la inminencia de nuestro desastre, tomo un estandarte peruano y procuro reunir a los que se dispersan. No consigo que me rodeen sino 20 a 25 hombres. Viendo lo estéril de mis esfuerzos, dejo el estandarte a mi edecán, el coronel Ezequiel de la Peña, a fin de ver si podía contener a los demás dispersos. Ya no es posible.

Entre tanto, los batallones "Colorado" y "Canevaro" y algunos otros restos de nuestro ejército, encerrado en un semicírculo de fuego, se abren paso al través de las filas enemigas y se batan en retirada, completamente destrozados. Encuentro a los señores Montero y coronel Velarde, jefe de estado mayor general del ejército peruano, quienes me anuncian que ya todo parecía acabado sin remedio; que la derecha y el centro se habían deshecho completamente y peleaban en dispersión.

Al mismo tiempo se me advierte la caída del general Pérez, jefe del estado mayor general del ejército aliado, quien había sido herido en el fragor del combate y sucumbía lanzando vivas a la "Alianza".

Juntamente con los señores Montero y Velarde, y haciendo un esfuerzo supremo, trato de contener a los que huyen, en una ceja de las caídas que dan vista a Tacna, para conducirlos en orden a esta ciudad. Ya no es posible, arrastrados por la derrota, ya nada escuchan y precipitan su marcha.

Eran las tres y media p.m.

Los enemigos dominaban las alturas y nos hacían algunos disparos de artillería que alcanzaban a la ciudad de Tacna, hacia la que me retiraba lentamente con los señores Montero y Velarde.

A la entrada a aquella ciudad, el general Montero se retiró, manifestándome que iba a comunicar sus órdenes a Arica. Una vez en la ciudad, indagué por el señor Solar, prefecto del departamento de Moquegua (que era en realidad el alma de la política de Lima) y, al encontrarle en la plaza principal, conferenciamos

respecto a lo que se debía hacer. El me expresó que su intención primitiva para el caso de un desastre había sido retirarse a Arica; pero que eso ya no era posible ni tenía objeto, y que verificarían su retirada a Puno por Tarata. Yo, por mi parte, le dije que me retiraba por Palca, donde había víveres y recursos enviados por Bolivia, y podría reunir los restos del ejército boliviano que se retiraba por esa ruta.

En estos momentos notamos que el enemigo avanzaba y que eran más vivos los fuegos sobre la ciudad, por lo que nos apresuramos a salir de ella, tomando el camino de Pachía y San Francisco. En este punto se separaron de mí los señores Solar y Velarde, quienes se dirigían al lugar llamado Calientes, adonde, según avisos se encontraba el general Montero con un considerable número de dispersos peruanos. Al despedirme de ellos les expresé mi anhelo porque el desastre que acabábamos de sufrir no fuera parte a debilitar los vínculos de la alianza. Me correspondieron con igual manifestación, expresándome que creían que esos vínculos, lejos de debilitarse, se fortificarían, puesto que se habían sellado con la sangre derramada por ambos pueblos en el campo de batalla. Al mismo tiempo me manifestó el señor Solar que se complacería en transmitir al señor Piérola los nobles conceptos que acababa yo de expresarle."

El general Campero, cuyas palabras acabo de citar, dice, refiriéndose al combate de Tacna, lo siguiente:

"Pude quizás haber dado otro giro a la guerra, retirándome con el ejército al interior de Bolivia o del Perú; pero es indudable que éste nos hubiera enrostrado la entrega de Tacna y Arica, y la hubiera atribuido a una deslealtad hacia la alianza, tanto más, cuanto que ya pesaban sobre nosotros los funestos resultados de la retirada de Camarones, que tan negro baldón atrajo a nuestras banderas. Fui, pues, a ponerme al frente del ejército aliado por salvar nuestra honra, dispuesto a tomar las cosas como estaban, aceptando de antemano un sacrificio casi cierto en aras de la alianza, y como testimonio de lealtad".

Añade el general Campero en su informes: "No debo tampoco dejar pasar inapercibida una apreciación de la batalla del 26 de mayo, hecha por el presidente de la república del Perú, señor Nicolás de Piérola, en una proclama que con fecha 13 de junio dirige a su nación. En ella dice: "El inesperado contraste de nuestro primer ejército del sur, contraste que una serie de

errores ha engendrado y que solo la impaciencia de llegar a las manos con el enemigo podría explicar... ”

Estoy persuadido de que estas palabras son debidas a informes exagerados y apasionados, que quizá se propusieron infundir un mal espíritu en las cordiales relaciones que reinan entre los gobernantes de las dos repúblicas aliadas.

De cualquier modo que sea, debo creer que la “Serie de errores” de que habla el señor Piérola, se refiere a los tiempos anteriores a mi presencia en el teatro de la guerra y a la situación que dejaron formada los que me precedieron en el mando de los ejércitos aliados; pues no puedo creer que se refiera a errores posteriores a la época indicada, que, en verdad, sería difícil poder señalarlos.

Sería sensible, en fin, que el señor Piérola se hubiera impresionado con rumores que lo indujeran a juzgar que hubo “impaciencia” por nuestra parte “para llegar a las manos con el enemigo”. Bien se sabe que el desastre del 26 no ha sido ocasionado porque nosotros hubiésemos ido al encuentro del enemigo; sino que fuimos buscados por él, y aceptamos la batalla, no siendo posible evitarla, por las razones expuestas en el informe dado a la convención.

En este concepto, mal podría tachárenos de impacientes; a no ser que se haga referencia al acto mismo de la batalla, en el que, como lo he dicho en otras partes, nuestros soldados excitados por el calor de la pelea, abandonaron sus posiciones y se precipitaron sobre el enemigo.

En suma: creo haber cumplido mi deber, como general en jefe del ejército aliado, haciendo todo lo posible, a fin de que, ya que era preciso dar una batalla obligada y desventajosa, se tomaran por nuestra parte todas las disposiciones necesarias para procurarnos si no un triunfo, que era casi imposible, por lo menos una defensa que hiciera pagar al enemigo a muy caro precio la victoria, como ha sucedido en efecto.

Podemos, pues, decir, Señores, como Francisco I, después de la batalla de Pavía: “Todo se ha perdido menos el honor”. (1)

---

(1) Según el mayor Charani, soldado del Lima Nº 8, que intervino en el combate a órdenes de Morales Bermúdez, este jefe se sintió orgulloso de haber sido su comandante. No sobrevivieron sino 70. Entre los nuestros el mayor Salguero, tercer jefe del Cuerpo.

Piérola, por mera fórmula, pues no se pretendía llevar a fondo el asunto de la responsabilidad que cabía a los jefes del ejército, dio un decreto el 19 de junio de 1880, mandando se procediese, conforme a Ordenanza, a la investigación de las causas del desastre. He aquí el decreto en cuestión:

"Lima, junio 19 de 1880. Siendo necesario esclarecer lo relativo al contraste sufrido por el Primer Ejército del Sur, procediendo conforme a Ordenanza a la investigación correspondiente, se dispone:

1º Que el general en jefe de dicho ejército se constituya inmediatamente en Lima.

2º Que de los restos de dicho ejército se forme la quinta división del ejército del Sur al mando del Sr. coronel Justo Pastor Dávila, el cual propondrá el personal de jefes y oficiales para dicha división, pudiendo darles posesión accidentalmente el comandante en jefe de dicho ejército hasta la aprobación del gobierno.

3º Nómbrase jefe de estado mayor del expresado ejército al coronel D. José La Torre.

4º Nómbrase igualmente comandante general de la tercera división al coronel D. José Gobines.

5º Los jefes y oficiales excedentes se constituirán en esta capital a disposición del gobierno.

6º Líbrense las instrucciones acordadas al comandante en jefe de dicho ejército. Regístrese y comuníquese. Rúbrica de S. E. Iglesias".

Más adelante el Congreso, con razón de sobra, mandó cortar todos estos juicios, dejando a la historia imparcial el veredicto que se merecían todos los que intervinieron en esta campaña, empezando por el mismo Dictador.

SE RUEGA DEVOLVER AL  
TERM. NO DE SU CON ULTA

### CAPITULO III

#### LA EXPEDICION DE LEYVA

Reforzar el ejército del Sur era obligación perentoria de cualquier gobierno. Prado no pudo echar en olvido esta necesidad y, al retirarse a Lima, dejando, al frente del ejército a Daza, una de las cosas que le anunciaba en su correspondencia era precisamente ésta. Con fecha 13 de diciembre del 79 le decía: "Por mi parte, a la vez que soluciono convenientemente las cuestiones de política interior no dejo de concretarme al servicio de la guerra y pongo todo empeño posible en terminar la organización de elementos poderosos, tanto en el personal del ejército como en el material, teniendo *principal propósito en reforzar y aprovisionar nuestros cantones del Sur...*" (Tom. 1, de esta obra, p. 174).

En Lima halló gran falta de armamento y, por esta causa, hizo que se pidieran inmediatamente los fusiles necesarios. A Montero, el 10 de diciembre del mismo año, le decía: "Aquí continuamos organizando, con la posible actividad, más tropas a fin de irles mandando gradualmente los refuerzos necesarios. Tan luego que lleguen las armas necesarias le remitiré cuanto se pueda".

El cambio político que sobrevino paralizó esta determinación, pero el Dictador que le sucedió en el gobierno, no podía, sin grave falta, dejar de auxiliar al denodado y valiente ejército del Sur, en donde se hallaba la flor y nata de nuestra oficialidad. Lo hizo, pero muy lentamente y con desgano y en su tiempo se preparó la expedición que había de encaminarse al Sur y

que en un principio había de estar a las órdenes del general Manuel Beingolea. El 11 de marzo de 1884 se embarcó en el "*Talismán*", llevando un cuadro de jefes y oficiales y un valioso cargamento de rifles. Debían desembarcar en Quilca, y, en efecto, en la noche del 14 de marzo llegaban a las afueras del puerto. El comandante de la nave, Carrasco, advirtió a Beingolea que en la caleta se divisaban luces de buques enemigos. Reunióse una junta de guerra y en ella todos fueron de parecer que se arribase a Pisco, a fin de poner a salvo el cargamento que conducía la nave. El 16 de marzo arribó el "*Talismán*" a Pisco e inmediatamente se procedió al desembarco. Beingolea telegrafió al gobierno lo ocurrido, y, al mismo tiempo, avisó al prefecto de Ica, para que éste reuniera las acémilas necesarias para el trasporte. En Pisco se le unió el coronel Antonio Rodríguez Ramírez, a quien nombró jefe de estado mayor. A Ica llegó el jefe el día 17 y con sorpresa suya advirtió que el prefecto no había adoptado disposición alguna, por lo cual hubo de dar aviso al gobierno, pues esta negligencia del prefecto retrasaba la marcha de la expedición. La respuesta no tardó en llegar y en ella se ordenaba proseguir la marcha y al prefecto se le urgía para que encaminara las cargas conteniendo los rifles a Arequipa. Salió Beingolea de Ica, y, hallándose en Ocucaje, a una jornada de Ica, recibió un telegrama en el cual se le relevaba del mando y se nombraba en su lugar al coronel Segundo Leyva. Este no tardó en hacerse presente y continuó su viaje al sur, pero en vez de tomar la vía más rápida, tomó el camino de los Lucanas, describiendo un semicírculo para llegar a Arequipa.

Pero dejemos a Leyva y volvamos a ocuparnos de Beingolea. Este jefe se dirigió inmediatamente a Lima y se presentó al Dictador. Este no tuvo para el veterano militar sino esta frase: "Su conducta de Ud. ha sido mala, general". No se inmutó Beingolea y pidió entonces se abriera una sumaria a fin de esclarecer su conducta. Convino en ello Piérola y se inició el juicio, actuando de fiscal el coronel Manuel Eugenio Velarde. El fallo fue declarar intachable e inmejorable la conducta de Beingolea. En la vindicación que publicó en *El Nacional*, el 25 de marzo de 1884, no deja de aludir a la conocida vanidad de Piérola y a su exagerada suficiencia. "El lo abarca todo, todo lo sabe, quiere hacerlo todo solo, es omnisciente, omnipotente,

un nuevo Mesías en esta nueva Israel, un semidiós, en fin, vestido de uniforme y casco a la prusiana, a cuyos pies todos deben prosternarse". (V. *Docum. N° 28*).

En Arequipa le había precedido a Leyva el coronel Isaac Recabarren, el cual había sido comisionado por el jefe supremo el 29 de marzo de 1880 para organizar una división en Arequipa que acudiera en auxilio del ejército de Tacna. Salió en calidad de sub jefe de estado mayor en la expedición que conducía el general Beingolea, pero, al llegar a Pisco, y, sabiendo que este jefe se proponía continuar su viaje por tierra, de acuerdo con él mismo, decidió venir a Lima a fin de exponer la necesidad urgente de enviar los recursos necesarios por mar, aunque hubiera que afrontar algún riesgo. El resultado fue a los ocho días de su llegada a Lima, se embarcaba en el "*Oroya*" con 1,800 rifles, 6 cañones rayados y 4 ametralladoras. Cuatro días después y gracias a la pericia del comandante Toribio Raygada, lograba desembarcar en la desierta caleta de Chira.

Por desdicha, a su llegada a Camaná, hubo de informarse de la vergonzosa retirada del coronel Gamarra, el cual abandonó a los chilenos la posición de Los Angeles. En vista de ello se apresuró a marchar a Arequipa, adonde llegó el 12 de abril, a fin de reunir a los dispersos y formar una división que jaqueara la retaguardia enemiga. Por fortuna, en diez días todo el material desembarcado en la Chira pudo llegar a Arequipa, y, una vez reconocido en su calidad de comandante en jefe de la expedición que se proyectaba, se dedicó con ardor a reunir el contingente que la había de componer. En siete días tenía ya 3,000 hombres en pie de guerra, bien armados, pues, además de los 1,800 rifles que llevó consigo aprovechó el armamento de los restos de la división Gamarra. Ayudado por el prefecto de Puno y por algún comerciante patriota, pero dando como garantía sus propios bienes, logró también dotar de vestuario a la tropa. Los documentos que acompañan su exposición, no dejan lugar a duda sobre la veracidad de sus afirmaciones. Consta, pues, que contra lo aseverado por Leyva, cuando éste llegó a Arequipa, el ejército se encontraba equipado y no desnudo y desarmado como él afirma. Más todavía, el Sr. sub prefecto, D. Bruno Abril, tenía listas todas las mulas que se hacían necesarias para el transporte de víveres y armamento, pues,

por la disminución del comercio y arrieraje, en Arequipa abundaba el ganado mular.

Recabarren en su Exposición (V. *Documento N° 29*) añade un dato que es revelador y nos da la clave de toda esta estudiada tardanza del jefe del 2º ejército del Sur, que dio origen a la conocida frase: "Apúrate, Leyva". Dice así el defensor de Pisagua. "Al presentarme en Arequipa a este jefe, le manifesté el objeto de mi viaje, las instrucciones que tenía, los elementos que había llevado y el pie en que se encontraba el ejército; al mismo tiempo le hice presente que tenía determinada la marcha para el 27 de este mes (abril), como lo había anunciado ya a S.E. el jefe supremo y al general Montero. El Sr. coronel Leyva me contestó, entonces, que su misión era distinta: que si yo tenía instrucciones, él tenía las suyas y que su objeto era organizar un ejército por lo menos de 10,000 hombres; que él no era de opinión de salir sino con fuerzas que ofrecieran toda clase de seguridades, porque no quería exponer su crédito adquirido en largos años de carrera militar".

"A los pocos días recibí de Piérola la carta de 24 de abril y fui a mostrársela inmediatamente a Leyva. Impuesto de su contenido, reconoció la necesidad de que el ejército saliera en auxilio del de Tacna, y me propuso que mientras él se disponía a seguirme, saliera yo con 2 columnas ligeras de vanguardia".

Esa misma noche se publicó la orden y Recabarren se puso al habla con los jefes que le habían de acompañar, pero el día siguiente se ve destituido de su puesto y se nombra en su lugar al coronel Céspedes. De esta manera y sin motivo que lo justificara, el ejército llamado a auxiliar al que había de combatir en Tacna prolongó su estacionamiento en Arequipa y esterilizó los esfuerzos de los hombres patriotas como Recabarren y otros veían claro que para salvar a éste era de todo punto indispensable volar en su ayuda.

Fue error manifiesto haber nombrado a Leyva para esta misión, pero en el ánimo del Dictador pesó más el hecho de serle adicto y de poder confiar en él que sus cualidades militares. Véase entre los documentos la carta que el comandante Antonio Rodríguez dirigió al general Fermín del Castillo desde Arequipa el 24 de junio de 1880. Allí se verá claramente el concepto que se habían formado de Leyva otros militares de nues-

tro ejército y la responsabilidad, por tanto, que pesa sobre el Dictador en el desastre de Tacna.

Leyva, después del desastre, se retiró a Tarata y desde este lugar se dirigió con sus fuerzas a Arequipa, donde esperaba completar la dotación del 2º ejército del Sur. Sabiendo que Montero, el cual se había dirigido a Puno, en donde había logrado reunir un buen número de los vencidos en Tacna, se disponía a pasar a Arequipa, con el fin de reforzar al 2º ejército del Sur y ponerlo en condiciones de enfrentarse al enemigo, telegrafió al prefecto de Puno Villena y al mismo Montero, para que detuviese su marcha y se acantonase en Puno, alegando la falta de cuarteles y la falta de abastecimientos. Tanto a Villena como a Montero no dejó de extrañarles la medida y el segundo, con razón, le pidió en primer lugar le mostrase los poderes en virtud de los cuales se arrogaba una superioridad sobre el que hasta hacía poco había sido primer jefe del ejército del Sur. (V. *Documentos* N° 26 y 27).

Leyva continuó en Arequipa, adiestrando los batallones que se organizaron, pero en el mes de noviembre, habiendo llegado a la ciudad en calidad de prefecto el Sr. D. Pedro A. del Solar y con plenos poderes del Dictador, Leyva fue destituido del mando y vino a sustituirle el coronel D. José de la Torre. La figura de Leyva, a partir de entonces se esfuma, pero de su actuación en la campaña del Sur solo queda el recuerdo amargo de la lentitud con que procedió desde que tomó el mando y de la ninguna eficacia de su intervención en el proceso de la lucha con el enemigo invasor. Él trató de justificar su inercia, escudándose en las órdenes recibidas en vísperas del combate del 27 de mayo, pero téngase en cuenta que estas mismas órdenes eran ya tardías, y no podían ser de otra manera. Más, por encima de todas las órdenes y de todas las consideraciones estaba la imperiosa necesidad de auxiliar al ejército aliado, acometido por fuerzas muy superiores y necesitado por tanto de refuerzos. En la guerra no hay que esperar a que llegue una orden y se tomen las disposiciones que serían del caso en un simulacro de combate. Un jefe, previsor y clarividente, puede darse cuenta del peligro y su obligación es conjurarlo con toda la rapidez posible. Nadie que hubiese seguido el desenvolvimiento de los sucesos del Sur podía ignorar cuál era el plan del enemigo y los elementos con que contaba. A todos incumbía la obligación de

oponerse a ese plan y poner en juego todo los medios para desbaratarlo. Esto fue precisamente lo que no se hizo.

Por la importancia del hecho, y, además, para que el lector conozca las excusas que alegó Leyva en su defensa, copiamos, en buena parte, la *Exposición* que dio a la luz pública el 13 de mayo de 1884, en "El Comercio" de Lima, con las ampliaciones, que publicó "La Tribuna" del 27 de febrero de 1885 y el artículo *La Verdadera Luz sobre la Batalla de Tacna*, en el cual rebate lo dicho por el general Narciso Campero, en su *Manifiesto a la Asamblea Nacional de Bolivia*. No reproducimos totalmente estos documentos, por abundar las repeticiones, y ser en conjunto farragosa y pesada la exposición, pero damos los extractos que podrán guiar al lector en este enojoso asunto.

Antes de cerrar este capítulo debemos llamar la atención del lector sobre la ineptitud e inercia de algunos de los jefes del ejército. Montero, hubo de destituir a su jefe de estado mayor, el coronel La Torre, por sus negligencias en el servicio y su ineptitud. A pesar de esto vino a suceder a Leyva en el mando del ejército del Sur, cuando el Dictador destituyó al primero. Recavarren no pudo menos de representar la ineptitud del coronel López, agravada por sus años y que sin embargo era el jefe de estado mayor en Arequipa, cuando fue enviado allá a organizar las fuerzas que habían de ir en auxilio de Montero. Leyva defendió en un principio a López, por contradecir a Recavarren, pero acabó por solicitar que lo relevaran del cargo. Otro tanto hizo con el coronel Antonio Rodríguez, a quien el general Beingolea había nombrado jefe de estado mayor en Ica. Pero aún son más graves los cargos que el coronel Recavarren hace a algunos jefes acantonados en Arequipa, los cuales, a más de venales e indisciplinados, estaban muy lejos de querer dar cara al enemigo. Tales fueron los coroneles Sequera y Gutiérrez y otros, que omitimos, pero que Recavarren no pudo menos de denunciar al mismo Piérola, como puede verse en su carta al Dictador, (*Documento N° 18*). Todo esto demuestra la falta que hacía una depuración en las filas del ejército, en donde si bien no escasearon los jefes dignos y denodados también los había que no honraban el uniforme que llevaban.

## CAPITULO IV

### LA DEFENSA DE ARICA

Después del desastre de Tacna la defensa de Arica se hacía necesaria. Pensar, como lo pensó Bolognesi, en que esta plaza fuese auxiliada por el 2º ejército del Sur, o por los dispersos del Alto de la Alianza, era pensar en lo imposible. Solo en el caso de un repliegue general de todas las fuerzas del Sur hacia Tarata, para desde allí, una vez completado el número de combatientes que era preciso para acometer al enemigo, iniciar el avance, se podía explicar el abandono de Arica. Fuera de este caso se imponía defender la plaza, y por eso desde un principio se trató de fortificarla y de habilitarla para rechazar cualquier intento del enemigo, sea por tierra sea por mar. Prado encomendó esta tarea al contralmirante Lizardo Montero y éste, ayudado por sus subordinados, empezó a artillar el morro y a dotarlo de buenas defensas. Por desdicha, llamado a comandar el ejército del Sur, hubo de dejar su puesto a otros. Bolognesi no era el hombre más a propósito para este fin. Era un militar muy adicto a la ordenanza y un buen patriota pero nada más. Las defensas de Arica no fueron las que debieron ser. Las minas preparadas por el ingeniero Elmore, no dieron resultado y su prisión, la víspera del combate, fue una de las causas de su ineficacia. Llama, en efecto, la atención que tras un combate de poco más de 3 horas el enemigo alcanzase a doblegar a los defensores del Morro.

Es preciso también tener en cuenta que, si bien el plan de defensa no estuvo mal concebido, en cambio el servicio de avan-

zadas fue deficiente y de este modo el enemigo la víspera del combate pudo ocupar las posiciones que había escogido, situadas como a 3 kilómetros de las defensas; de modo que en la madrugada del día 7 pudo emprender el ataque de una manera sorpresiva y llegar rápidamente a nuestras líneas. En general, nuestros soldados combatieron con ardor y no desmayaron, aun cuando no faltaron excepciones. El día 5, cuando ya era inminente el ataque y se tenía noticia de la resolución de Bolognesi de defender la plaza, huyó vergonzosamente Agustín Belaúnde, jefe del batallón Cazadores de Piérola, compuesto en su mayor parte por tacneños y juntamente desertaron tres oficiales y dos sargentos. (1) El número de los muertos fue muy elevado y demuestra lo que llevamos dicho, o sea que el soldado peruano cumplió con su deber, pero también conviene tener en cuenta que el enemigo no dio cuartel y victimó aún a los prisioneros con salvaje sangre fría.

Un buen número de soldados peruanos alcanzaron a refugiarse en el templo parroquial, creyendo que allí se encontrarían a salvo, pero los chilenos los sacaron a viva fuerza y en las gradas que dan acceso al templo los fusilaron sin piedad. Otros fueron sacados del consulado inglés y no se les perdonó la vida. El agente consular de los Estados Unidos en Arica, decía en una comunicación a su gobierno: "Debo decir que la conducta de los chilenos tanto en Tacna como en Arica es la más desgraciada. En Tacna la mayor parte de las casas han sido robadas y muchas de ellas destruidas. Asesinatos se cometen todos los días. En Arica asesinaron a los indefensos y heridos. La mayor parte de la ciudad ha sido quemada y saqueada". El Vice-Cónsul de Francia, en Tacna, decía por su parte: "Después que Arica fue tomada y toda resistencia había cesado, la tropa chilena, ostensiblemente, bajo el comando de sus oficiales, vino a la casa donde nuestro vice cónsul tenía la oficina y tomó en

---

(1) Belaúnde huyó a Tarata, en donde el prefecto de Tacna, D. Pedro A. del Solar, se cruzó con él. No lo redujo a prisión, como era justo, y aunque se excusó de hacerlo por falta de militares que abrieran el juicio, pudo influir el saber que Belaúnde era de las simpatías de Piérola. Esto lo favoreció y más adelante se presentó como diputado por Tayacaja, aunque no faltaron voces de protesta por la elevación a este puesto de un traidor. Digamos, además, que en la Junta de Guerra, convocada por Bolognesi, para deliberar sobre lo que había de hacerse ante el inminente ataque del enemigo, Belaúnde, según dice Gerardo Vargas, fue el único jefe que aconsejó la rendición absoluta.

masa 59 hombres que allí estaban, los llevó a la plaza pública y allí deliberadamente los fusiló a todos". (1)

Vamos ahora a transcribir algunos de los telegramas que desde Arica se enviaron a las autoridades peruanas de Tacna y Arequipa. En su mayor parte proceden del Archivo de Piérola.

"Arica. 26 de mayo de 1880. (8 p.m.) Sr. General Montero. Pachia. Dice el coronel Bolognesi que aquí sucumbimos todos antes de entregar Arica. Háganos propios, comuníquenos órdenes y noticias del ejército y de los auxilios de Moquegua. Manuel C. de la Torre, Jefe del Estado Mayor General".

"Arica. 30 de mayo de 1880. Prefecto Arequipa. Esfuerzo inútil. Tacna ocupada por enemigo. Nada oficial recibido. Arica se sostendrá muchos días y se salvará, perdiendo enemigo, si Leyva jaquea, aproximándose Sama y se une a nosotros. Bolognesi".

"Arica, 2 de junio de 1880. (Recibido en Arequipa el 2, a las 12.38 p.m.) Prefecto Arequipa. Toda caballería enemiga en Chacalluta. Componen ferrocarril. No posible comunicar con Campero. Sitio o ataque resistiremos. Bolognesi".

"Pisco. 10 junio 1880. (Recibido Lima. 10 de junio a las 10.12 a.m.) Acabo de recibir el siguiente parte, en este momento (8 a.m.) venido en el vapor del Sur que ha fondeado. Telegrama de Arequipa. N° 13 recibido en Quilca a las 11.45 p.m. junio 5 de 1880. Sr. prefecto de Ica. Sírvase transmitir a S.E. el jefe supremo. Arequipa, 5 de junio de 1880. Con esta fecha recibo telegrama de Arica. Prefecto Arequipa. Parlamento impone rendición. Contestación, previo acuerdo de jefes: quemaremos el último cartucho. Bolognesi". y este otro: "10.30 Comienza el cañoneo de una y otra parte. Bolognesi". y este otro: "2 p.m. Suspendido por el enemigo cañoneo, parlamenta general Baquedano: Por deferencia espero. A su espléndida actitud deseo evitar derramamiento de sangre. Contesto, según acuerdo de jefes. Mi última palabra es: quemaremos el último cartucho. Viva el Perú. Bolognesi".

Telegrama del Dictador. Lima 10 de junio

"Recibidos telegramas de 5, 6 y 8 de junio. Casi seguramente mi orden del 2 no ha habido tiempo de ejecutarla. Si no fuese posible auxiliar a Arica ni hostilizar con éxito al enemigo,

---

(1) Gerardo Vargas. **La Batalla de Arica**. Lima, 1921. p. 228 y 229.

debe hacerse de Puno el Cuartel General y dejar el primer ejército en Tarata y una división del Segundo en Tarata. Mientras no se tenga noticia segura de la pérdida de Arica es menester situarse en punto conveniente para auxiliarla o sacar partido de su resistencia. En todo caso buscar por tierra, por Iluta, Azapa o cualquier otra vía comunicación con Arica sin excusar medio”.

El coronel Pastor Dávila se hará cargo del mando del Primer Ejército, nombrando él un jefe de estado mayor provisional. Mas, organizando la fuerza que le queda como primera división y de los demás jefes y oficiales cuadros para las otras divisiones. El coronel José La Torre será jefe de estado mayor del 2º Ejército. El general Montero que venga inmediatamente a Lima. Comuniqué Ud. esto a Montero, Dávila, Leyva y La Torre y prefecto Puno. Piérola”. Este telegrama le fue enviado al prefecto de Arequipa González Orbegoso.

Como ve el lector, en Lima no tenían noticias claras de la situación de nuestras tropas en el Sur y el telégrafo no debía hallarse en las mejores condiciones, desde Arequipa, pues, había que enviar las comunicaciones a Pisco por medio del vapor. De paso, no está demás advertir que el Dictador era de opinión que fuese Puno el cuartel general de nuestras fuerzas y no Arequipa, tal vez por la proximidad a Bolivia, aun cuando la esperanza de una ayuda posible de esta nación se fue haciendo cada vez más lejana.

Se ha discutido un tanto la muerte de Bolognesi y no ha faltado escritores chilenos que la han tergiversado, tratando de opacar la figura del héroe del Morro. Aunque la verdad se ha abierto paso, creemos que no será fuera de lugar el citar un testimonio que por ser de un testigo presencial de los sucesos tiene especial valor. Hay, además, tanta sinceridad en el relato y lo enriquecen tantos pormenores que su veracidad está fuera de duda. Se trata de la carta que “El Comercio” de Lima publicó el 23 de junio de 1909 y cuyo autor era Manuel T. Salazar, sobreviviente de la batalla de Arica y soldado de la 6ª compañía del batallón Artesanos de Tacna, a quien le cupo defender las baterías del Este, al replegarse a eso de las 9 a.m. a la cima del morro, en donde se encontraba el cuartel general, pudo ver cómo los chilenos que avanzaban por las cuchillas del Cerro Gordo iniciaban con los peruanos una lucha cuerpo a cuerpo.

Él se hallaba muy cerca del coronel Bolognesi y vio cómo disparaba contra un pelotón chileno, como lo hacía él y el capitán Moore. Este y Bolognesi cayeron heridos, pero el coronel seguía disparando y volviéndose a los pocos soldados en pie, decía: "Miserables. No hay que rendirse. Viva el Perú". Los peruanos se trabaron a bayonetazos con los chilenos y el autor de la carta dice que, al caer, vio cómo Bolognesi estaba muerto y los chilenos le arrancaban las presillas, mientras un oficial daba orden de parar el fuego.

En cambio, más incierta y oscura es la suerte que corrió el coronel Alfonso Ugarte. El primer lugar, no deja de llamar la atención que Ugarte estuviese montado. Los jefes que lucharon en Arica todos, o casi todos, combatieron a pie. Es cierto que Ugarte, como comandante de la 6ª División, recibió órdenes de trasladar las fuerzas que las componían, los batallones Iquique y Tarapacá, desde las posiciones que ocupaban, al comenzar el combate a la línea de defensa del Morro, como lo hicieron bajo el fuego del enemigo, y, por esta razón, es explicable que estuviese montado a caballo. No quedaron testigos de su muerte, pero Gerardo Vargas, dice que él mismo, pocos días después del combate de Arica, vio los restos de un caballo, al pie del Morro, entre los peñascos que emergen en aquel lugar y oyó decir que un jefe chileno había ordenado la incineración de los cadáveres que yacían esparcidos en aquel punto. Es posible que entre ellos se encontrara el del patriota y abnegado Alfonso Ugarte,

## DOCUMENTOS

Nº 1

### Carta del contralmirante Lizardo Montero al Presidente Mariano Ignacio Prado

Arica, mayo 4 de 1879

Excmo. señor general  
D. Mariano I. Prado  
Mi general y amigo:

La lectura de sus favorecidas de fechas 23 y 25 del que expiró ha venido a calmar un tanto la natural ansiedad de mi ánimo, con motivo del complicado alistamiento de la escuadra; quiera el cielo que a la fecha se haya terminado todo y que con la actividad que imprime el patriotismo salga cuanto antes a campaña, como me lo asegura usted en sus ya citadas comunicaciones.

Ha contribuido también mucho a mi tranquilidad las noticias que Ud. me comunica sobre las repetidas manifestaciones de entusiasmo y de confianza que de todas partes recibe el Gobierno. Esto solo constituye un inmenso caudal para Ud. a quien le corresponde aprovechar de elementos morales tan valiosos, para conquistar las glorias que la Providencia ha deparado a la República.

Por lo demás poco ha variado la situación después de mi última correspondencia; el incendio de Mejillones y la nueva

agresión contra las lanchas de Pisagua en cuyo suceso la autoridad de este puerto no supo cumplir con su deber, rechazando con energía, como la vez primera, a los enemigos, es todo lo que considero digno de una preferente atención.

En cuanto al estado de las baterías de este puerto, le diré que aun cuando muy defectuosas siempre, van remediándose sus malas condiciones a fuerza de trabajo e incesantes reformas; ha sido necesario dar a los cañones de S. José una inclinación del 17 y  $\frac{1}{2}$  por ciento, para conseguir su estabilidad relativa. Como quiera, al fin se hizo un ensayo general el 2 de mayo y aun cuando los resultados dejan algo que desear, sin embargo ellos correspondieron por lo menos a los esfuerzos hechos y ya se habrían portado bien nuestras improvisadas baterías, si como ardientemente lo deseaba, hubieran venido en aquel día de gloria los enemigos a hacernos una visita.

He iniciado los trabajos de una nueva explanada para cañones de grueso calibre entre la batería de S. José y el Morro, sitio el más ventajoso para defender la población y apoyar los fuegos de las de los extremos. En cuanto a la Isla del Alacrán, soy de opinión de acuerdo con Zapata que se construya una especie de torre blindada en el Penacho para dos cañones de grueso calibre, con cuya batería quedará perfectamente fortificada esta plaza, llamada por infinitos motivos a ser el centro de todas nuestras operaciones marítimas y terrestres: esto unido al mejor alistamiento de la escuadra y a la actividad siempre medida en los procedimientos del Gobierno, creo que mejorarán nuestras condiciones bélicas a falta de otros elementos de guerra.

En momentos en que escribo a Ud. la presente ha llegado de Tacna el general Daza, a quien procuraré prodigar todo género de atenciones, como ya empecé a hacerlo el día de su arribo a esa ciudad.

Agradezco a Ud. sinceramente la preferente atención que dispensa a todas mis consultas y pedidos. Mi objeto es únicamente secundar las altas miras del Gobierno y ponerme a la altura de las exigencias del patriotismo.

Deseando a Ud. el mayor bien, me repito siempre de Ud. su afmo. amigo y S.

L. MONTERO.

(*Archivo Prado*)

## Carta de D. Mariano Felipe Paz Soldán al general Prado

Lima, 8 de setiembre de 1879

Respetado y muy querido amigo:

...Al fin el general La Puerta no sólo se convenció sino que palpó que el Dr. Quimper arrastraba al país a un vergonzoso y funesto precipicio. Y la renuncia que éste formuló el pasado domingo 31 de agosto y fue aceptada el lunes 1º, pero dijo que le dieran dos días para reunir fondos para el ejército del Sur, de lo cual se cuidaba muy poco a nada. La urgente necesidad de enviar fondos al Sur hizo necesario demorar el contestar por escrito, aceptando la renuncia. Sin embargo hacía ostentación de despachar su ministerio al extremo que la Cámara de Diputados le fulminó el voto de censura. Apesar de que trabajamos porque no lo hicieran; porque temían que se quedara en su puesto. Hasta el viernes reunió más de 400,000 soles y en vez de guardarlos para el ejército del Sur, repartió más de cien mil soles entre los indefinidos y otros que forman su cortejo y amenazan al Congreso; no dio al ejército de aquí buenas cuentas y hay cuerpos que en todo el mes apenas han recibido 2,500 soles, cuando su presupuesto pasa de 30,000; por todo esto el general Mendiburu se retiró a su casa, manifestando al presidente la escasez del ejército y la falta de pago a la factoría de Bellavista y a los trabajadores en los vapores, que por esto demoran su salida. Felizmente con la entrada del Dr. Pazos al Ministerio de Hacienda queda restablecida la cordial armonía y unión del Gabinete y las Cámaras y solo queda apagar la funesta semilla sembrada por Quimper, en cierto círculo que amenaza nuestra interior tranquilidad..."

Añade que el principal empeño del Ministerio será atender al ejército del Sur. Habla de la conveniencia de contratar en el día la construcción de dos blindados en Inglaterra, aunque él es de opinión que sería mejor cuatro monitores como el "Huáscar".

(*Archivo Prado*)

## Carta de J. Inclán al contralmirante Lizardo Montero

Tacna, octubre 12 de 1879

Muy apreciado amigo:

Aún no puedo dominar la impresión profunda y desesperante que me ha causado la catástrofe del "Huáscar", que no debió perecer de un modo tan fatal, pues si en las peripecias de la guerra uno de los contendores debe triunfar o sucumbir, la razón exige que tales hechos tengan lugar cuando se busca un resultado, contando antes con la posibilidad de llegar a obtenerlo. Obrar de otra manera es aventurar a la casualidad o a la suerte el porvenir de las naciones, olvidando las lecciones de la ciencia militar y de la historia.

Tal ha sucedido, amigo mío, con el "Huáscar" que personificaba en la actual guerra las glorias y pericia de nuestra marina. Una imprudencia ha venido a eclipsarlas, cuando aún pudo dar mayores glorias a nuestro pabellón.

La única esperanza que aún nos queda es que nuestro amigo Grau y algunos de sus compañeros hayan salvado. Este siquiera será un consuelo.

La consternación en el país es general y por consecuencia las recriminaciones contra Prado, suponiendo que obligó a Grau a salir, a pesar de las observaciones que hizo. A García lo destrozán atribuyéndole no solo cobardía sino complicidad como émulo de la gloria de Grau, etc.

La situación, amigo mío, no puede ser más complicada y desesperante, siendo de ello la causa principal el que tengamos en el corazón de este departamento y del de Tarapacá un ejército aliado, pronto a volvernos las espaldas y a unirse con nuestros enemigos.

Tiempo hace ya que muchos jefes y oficiales bolivianos han manifestado en esta tendencia a ese respecto, pero desde la noticia de la pérdida del "Huáscar" se han quitado la careta y dicen con empaque que lo que conviene a Bolivia es aceptar las propuestas de Chile y quedarse con esto, etc. A mi juicio si Daza permanece fiel no será extraño que lo sacrifiquen. Tal es nuestra situación.

Como es de esperarse la fatal noticia habrá producido una aterrante conmoción en Lima y en el Congreso. Temo que se tomen medidas extremas e irreflexivas que compliquen más la situación. Dios nos salve.

Si se adquiere alguna noticia respecto a Grau y compañeros sírvete comunicármela. Mi situación general no puede ser más complicada. Un deber me llama allí y otro muy triste y sagrado me obliga a no abandonar a mi señora madre que se halla casi en agonía.

Deseando se retemple tu ánimo para soportar el cúmulo de sinsabores que nos rodean soy tuyo afmo. S.S.

J. Inclán

Nº 4

**Comunicación del comandante de la cañonera "Pilcomayo" al jefe de la plaza de Arica, contralmirante L. Montero**

Pisagua, 22 de noviembre de 1879.

A bordo del vapor "Loa".

La "Pilcomayo" que zarpó de Arica a las 10 p.m. del 17 de nov. en compañía de "La Unión", perdió a esta nave de vista y en la mañana del 18 la alcanzó "El Chalaco", todos los cuales navegaban hacia el N. y como a 25 millas de punta de Coles avistaron dos humos, el uno era el de "La Unión" y el otro de un buque enemigo que venía con rumbo S.S.O. "La Unión" les avisó que se trataba de un blindado enemigo y se echó mar afuera. "El Chalaco" se dirigió hacia tierra rumbo a Pacocha. El blindado que después se reconoció ser el "Blanco Encalada" se dirigió a la "Pilcomayo". Esta nave no podía caminar sino 10 millas por hora. Y entonces su comandante no tenía sino dos medios, echarse mar afuera para eludir la persecución o dirigirse a tierra, que distaba unas 20 millas. Esta última operación ponía también en peligro al "Chalaco" que había tomado esa dirección, prefirió la primera. Como a las 2 ya el blindado estaba muy cerca y entonces resolvió hundir el barco y tomó todas las medidas para ello e incendiarlo. A las 4 p.m. llegaron las embarcaciones del blindado y hubo que entregarse. No se arrió la bandera. Los chilenos hicieron todo lo posible por salvar el barco y lo remolcaron a Pisagua.

(Archivo Prado)

## Carta de Guillermo Billinghurst a D. Nicolás de Piérola

Arica, diciembre 17 de 1879.

Muy estimado amigo mío:

Después de varios días de inquietud y zozobra por la falta de noticias exactas de la situación de Lima, uno de los buques de guerra nos trajo periódicos antes de ayer, entre los cuales leí con satisfacción íntima su carta a La Patria. Los sempiternos adulones del rey que gobierna no la han encontrado patriótica. Es claro; la carcoma, el servilismo, la epidemia social que devora a este infortunado país no se puede desterrar de golpe; habrían preferido esos miserables una carta de mentiras a la verdad austera y aterrante. ¿Cómo decir que hay necesidad de dictadura, cuando se puede ejercer ésta impunemente, a la sombra de lo que han dado en llamar constitucionalidad? El estado de mi irritado espíritu me coloca, casi siempre, en medio de discusiones de actualidad con los jefes caracterizados. Usted debe comprender cuáles son mis profecías sobre esta guerra y el medio de conjurar la situación.

Se ha desviado tanto el criterio público en esta tierra que no han faltado imbéciles que (no se ría Ud.) aún por la prensa (*Revista del Sur*) le hacen atmósfera al bárbaro de Suárez, hasta el extremo de decir que la batalla de Tarapacá lo llama a la presidencia. Como yo conozco (dispense Ud. la inmodestia) a esta gente, he creído que el único modo de espantar a esas entidades es ponerlas en relieve de un modo tangible para el pueblo; he trabajado para que Buendía y Suárez, ya que se les ha sometido a juicio, sean puestos en prisión a su llegada. Las órdenes, al efecto, están libradas; veremos en qué quedan. El ejército está en Chaca a 10 leguas de acá. Entrará esta tarde, vienen 3,474 hombre en todo.

Suárez debe estar medio asustado, pues se ha anticipado, escribiéndole a Montero sobre el modo como será recibido. Montero no le han contestado.

Ah, otra cosa. El ejército de acá está, según informe de distintas personas de algún mérito, en buen sentido. El general Montero asegura que obedecerá al que en Lima mande. Se porta con honradez; no roba. En cambio Zapata no omite medio de

saquear las arcas fiscales. Su imprudencia llega hasta el extremo de favorecer cuanto ratería se hace. He notado que a cada paso trata de sorprender la ingenuidad de Montero, que tiene de él un alto concepto. Hace dos días se encuentra acá; vino de Tacna con el exclusivo objeto de arrancarle a Montero autorización para que su socio M. Petot (jefe del círculo de ladrones de Tacna), acuñe moneda y a que no pueda exportar las pastas. El general me consultó reservadamente; Ud. debe suponer lo que le contesté. Ha ido más allá. Petot ha tenido en Pacocha una entrevista con Oscar Viel y se asegura que Viel le ha dicho a Petot que, a pesar del bloqueo de ese puerto, le permitirá exportar *vinos* con tal que sean para Iquique. Zapata apoya esto. ¡Con el objeto de salvar su hacienda! de la Sopladera (Sama) de una invasión chilena, le ha sugerido a Montero un plan de campaña sobre Tarapacá, que no conozco, pero que desde luego, no puede ser sino descabellado. Trataremos de cruzarlo.

Anoche tuvo Gutiérrez, secretario general de Daza, una entrevista con Montero. Daza está abrumado con la situación de Bolivia; él no es ya nada, ni en el ejército ni en su país. En Bolivia quieren alianza estrecha, pero sin Daza ni Prado. La prensa de La Paz está indignada contra Daza por el descalabro de San Francisco y le echan la culpa de todo; el coronel López de los húsares bolivianos ha sido recibido con cencerradas. La situación, a este respecto, no puede, pues, ser más favorable al Perú y a los que trabajamos por su salvación.

Siento no poder mandarle periódicos de La Paz; el tiempo no me lo permite.

Hay dos hechos graves: Esta mañana entró del Sur el vapor mercante hasta el fondeadero, pues los chilenos se retiran de noche mar afuera; el capitán de puerto recibió el vapor y la correspondencia y aún desembarcaron dos personas. El comandante del "*Thetis*" (inglés), intimó al capitán del vapor que dejara en el acto la bahía, pues el puerto estaba bloqueado. Esta delegación de hostilidad es inaceptable. ¿Quién es el comandante inglés para ejercer este acto de hostilidad contra nosotros? Ojalá se le dé a este asunto la importancia que tiene en "La Patria".

Otro: La crisis monetaria nos coloca en un abismo. Montero instado por nosotros trata de hacer circular los billetes. Zapata,

bajo cuerda, atiza al comercio en contra. En Tacna, propósito del bando de Montero ha habido escándalos fomentados por Zapata. Los billetes pasan por tres reales cada sol y solo son recibidos por favor. La oficialidad y tropa están desesperadas; el pueblo asustado o indignado. . . De las cartas que Ud. me dio he hecho el uso que conviene; la de Suárez. . . la romperé. Es ya hombre al agua. El coronel Godínez me dijo hace días que en meses pasados había recibido de poder de don J.T. (que está en Mollendo) soles de los antiguos bonos, que diez mil de éstos habían pasado a manos de Vidal y que creía que éste había dispuesto de algunos. Le indiqué que a todo trance recogiera esos papeles que no tenían ya razón de circular. Vidal dijo que no podía o no quería entregarlos. Usted verá lo que a este respecto se hace. Me disgustan tanto estas informalidades, que desde ahora le suplico me exima de cualquiera comisión sobre este asunto, que no debe usted descuidar.

Otro asunto. Creo que "La Patria" debe buscar otro corresponsal que no sea Neto; éste hace más falta allí. Negreiros y demás amigos me encargan saludarle.

No tengo a la mano la clave por eso no le hablé de otros asuntos.

Le recomiendo al coronel La Torre que está organizando aquí el ejército, y a quien usted debe conocer; es hombre inteligente e instruido y me parece apto para la situación; lo demás de él no conozco. Suyo.

*(Archivo Piérola)*

G. B.

Nº 6

**Carta confidencial de D. Mariano Alvarez al contralmirante  
Lizardo Montero**

Lima, 31 de diciembre de 1879.

Querido amigo:

En mi última del 20 del presente que fue por el correo, le indique que algunos amigos nos habían propuesto formar una asociación para proporcionar al ejército del Sur, a órdenes de Ud. víveres, vestuario, calzado y cuanto necesitase para su exis-

tencia, excitando la acción de los particulares para hacer erogaciones con ese objeto. Después de escrita mi carta tuvimos una reunión y todos aplaudieron que hubiera puesto en noticia de Ud. nuestro propósito. Al día siguiente, domingo, tuvimos otra reunión en mayor número y habíamos acordado los medios de sacar recursos y organizar la mano de obra repartiendo vestuario para coser en las casas más notables de Lima, mediante nuestras amistades, pero mientras nos ocupamos de tan loable fin, Arguedas se sublevaba en la plaza Bolívar. Nos habíamos separado tranquilos y entusiastas; la reunión había sido en mi casa; todos los amigos yacían ignorantes de lo que pasaba, cuando en la puerta de la calle reciben, los últimos que salieron, la noticia de la sublevación. Ya sabe lo demás.

Nuestra sociedad ha recibido, pues, una interrupción en su vuelo, pero no en sus propósitos y hemos tenido ya otras entrevistas para ver cómo organizamos bajo el nuevo orden de cosas; entre tanto yo rogaría a Ud. que me mandase hacer una razón de todo lo que necesita ese ejército y me la remitiese por buen conducto.

Me han dicho que el nuevo gobierno piensa mandar a ese ejército dinero y vestuario pero no víveres, porque dice que allí hay bastante. Pero Ud. no haga caso de diceses que no tienen consistencia porque se recogen en cualquier parte.

Como es necesario saber las cosas de fuente autorizada, nos sería, por lo mismo, conveniente que Ud. nos informase de lo que se necesita, tanto para ver aquí si, para la acción particular que proyectamos se le puede a Ud. mandar, cuanto para averiguar qué es lo que el gobierno le manda. Sería necesario también que Ud. nos impusiese de lo que recibe del gobierno. Todo con carácter reservado mientras que organizamos nuestra sociedad y funciona públicamente.

No sabemos si lograremos nuestro objeto de organizarla pero hacemos todo esfuerzo para ello.

Le hablaré ahora de política: Mi opinión es que Piérola está despretigiando en quince días más y que no puede durar mucho su gobierno.

Esto iba a decirselo a Ud. antes de lo que ha sucedido ayer, pero ahora lo digo con mayor razón. Ayer puso preso a todos los periodistas, incluso al canónigo Tobar y al editor de "La

Patria", Dr. Solar, porque los periódicos salieron sin la firma que exige el llamado Estatuto Provisorio.

Aunque algunos creen que Tobar y Solarno han hecho más que una papelada para que el golpe caiga más recio sobre los otros, es difícil creer que se hayan prestado a sufrir un vejamen por sumisiones al amo. Las facultades omnímodas han desagradado a toda la gente sensata. Piérola no tiene sino su antiguo círculo y alguna parte del pueblo pegado a él, porque cree que va a hacer la guerra; pero él ha subido con esta bandera porque no podía hacer otra cosa, no le veo ni el arranque ni el desprendimiento que, para hacerla de veras, necesita manifestar.

El que quisiera hacer de veras la guerra, no tendría tiempo para pensar en Estatutos Provisorios ni en lujo de siete secretarios ni en reformas interiores que no llevan a aquel grandioso fin. El aprovisionamiento del ejército del Sur, la disciplina del de Lima, el estudio de la topografía de esta capital para el caso de combate con el enemigo, la indispensable campaña sobre Tarapacá, son medidas para las que le alcanzaría tiempo a su vasto espíritu. El que piensa en otras cosas no puede pensar de veras en la guerra.

El nombre de Ud. se hace aquí cada día más aceptable, no solo porque los actos de Ud. que ha revelado la prensa, han sido del agrado universal sino porque las facultades omnímodas y sus consecuencias lo señalan a Ud. como la persona destinada a restablecer el imperio de la Constitución y de las leyes, mucho más si triunfa Ud. con su ejército de los enemigos. Pero Piérola que no puede dejar de conocer que si Ud. triunfa de los enemigos, su poder desaparecerá en el instante, hará todo lo posible por privar a Ud. de los medios de acción y retardará, por lo mismo, la guerra cuanto pueda, con gran riesgo de la causa nacional. Quiera Dios que me equivoque.

Desgraciado país en que hasta el honor nacional se sacrifica a los intereses y ambiciones personales. La conducta de Ud. es hoy reconocida y aplaudida de todos. A Ud. lo mandaron a Arica como a un destierro, para no darle el mando de la escuadra y Ud. aceptó sin trepidar ni murmurar. Las circunstancias lo han elevado a Ud. en una posición culminante. Está Ud. a la cabeza de un ejército que ha visto Ud. formarse a su alrededor, que ha formado Ud. en gran parte, que conoce Ud., en donde tie-

ne Ud. crédito, estimación y simpatía, que, por lo mismo, sabrá Ud. manejar y dirigir mejor que otro alguno: conocer Ud. el territorio en que ha de moverse y los medios de conducirlos; pero porque no sea Ud. quien conduzca a ese ejército a una victoria segura, se le han puesto y pondrán todas las trabas posibles, no obstante su nombramiento de general en jefe. Tales son mis temores. Repito: Dios quiera que me equivoque.

Pero para el caso de no equivocarme, le aconsejo que esté Ud. alerta, que proceda Ud. con mucha mesura y mucha maña, a fin de obtener Ud. todo lo que necesite y poder marchar cuando menos lo piense sobre el enemigo. Si Ud. venciese a los chilenos todas las rivalidades desaparecerían como el humo..." (1)

Ahumada Moreno. (Tomo II Cap. IV, p. 286)

Nº 7

### Carta de L. Montero a Piérola

Señor doctor

Nicolás de Piérola,

Señor doctor Nicolás de Piérola,

Mi distinguido señor y amigo:

Desde el 20 del pasado no sé nada respecto al desarrollo de los acontecimientos en la capital, no he tenido más comunicación que algunas notas pasadas de orden de usted por conducto de la secretaría de guerra, relativa a la moral y disciplina del ejército, al juicio seguido al señor Moore, ex-comandante de la blindada "*Independencia*", y a la pronta terminación del último juicio seguido al general en jefe y demás en el encuentro de San Francisco. Ya hace pues un mes señor presidente que estoy a oscuras y que no sé el pensamiento del gobierno respecto a la nueva campaña, que en mi humilde concepto debe empen-

---

(1) Mariano Alvarez era hijo de Don Mariano Alejo Alvarez, prócer de la Independencia y vocal de la Corte Suprema. Don Mariano Alvarez, quien siguió, como su padre, la carrera del foro, llegó a ser vocal de la Corte Superior de Lima. En la época de Pezet fue nombrado para un Ministerio, pero, no habiéndose puesto de acuerdo con sus colegas en lo que toca a la cuestión española, dimitió la cartera y se adhirió a la revolución de Prado. Fue secretario de éste durante la guerra con Chile y acompañó al presidente a Arica. Volvió a Lima, en donde se hallaba cuando sucedió la revolución de Piérola.

derse. He visto en un periódico la organización que se ha dado al ejército en campaña, y si me es permitido manifestarle mi opinión dicha organización no producirá los efectos que el supremo gobierno cree conseguir: descentralizar el poder cuando en estas épocas debe estar en una sola mano. Si formados los cuatro cuerpos del ejército, quisiera usted darles unidad, vida, necesita a todo trance, cueste lo que costare, ponerse usted a la cabeza para reasumir el mando y darle esa unidad; repito, que tan necesario es para cimentar la disciplina y moralidad evitando de este modo los escándalos de que más de una vez ha sido teatro nuestro ejército. Además es necesario para que usted pueda cimentar su dominio en el país, para que usted pueda asegurar la posición que ocupa y tenga derecho a ello, que el ejército le conozca, que se acostumbre a obedecerlo y que llegue a respetarlo por sus hechos gloriosos, pero en el campo de batalla. Usted con su inteligencia, patriotismo y energía, nunca desmentidos, puede hacer mucho en el gobierno, por este pobre país, pero temo que la empresa que con tanto valor ha acometido, no le produzca sino frutos amargos, y amargos desengaños. El país en la época presente es impaciente, espera de usted milagros, necesita hacerlos y ellos se realizarán, si usted consigue los elementos que necesita para derrotar al enemigo.

El ejército que tengo el honor de mandar y cuya disciplina y moralidad la han manifestado al frente del enemigo, y en su bella retirada de Tarapacá, no tuvo más suerte ni más ambición que morir defendiendo los sacrosantos derechos de su patria; este ejército será el baluarte más firme y el apoyo más sólido de su gobierno y tenga usted la seguridad que sus órdenes, cualesquiera que ellas sean, serán mandatos que se cumplirán en el acto por el jefe superior y sus subordinados, con la abnegación del patriota y con la estricta rigidez que la ordenanza señala al soldado. Le deseo a usted días felices y que el año de 1880 sea precursor de grandes hechos y señale épocas gloriosas para el país bajo los auspicios de su gobierno.

Acepte usted las consideraciones de profundo respeto con que me es grato suscribirme de usted. Su muy atento seguro servidor y amigo.

L. MONTERO.

(Advertencia de otra mano). Esta carta se recibió en Arequipa a las 12 del día, enero 31 de 1880. Tejeda.

Arica, enero 27 de 1880.

Señor don

Nicolás de Piérola,

Mi respetado señor presidente:

A última hora he sido informado que el vapor de guerra "Deesen" sale esta madrugada con dirección al Callao, y no he querido dejar pasar esta oportunidad para poner en conocimiento de usted lo que pasa actualmente en estos lugares, teatro inmediato, de grandes acontecimientos, de cuyos resultados dependerá la vida del país. Hoy a las seis de la mañana una fuerza chilena de trescientos hombres en la cuesta de Camarones descendieron hasta la mitad y rompieron sus fuegos, sobre la que tenía apostada en ese lugar, al mando del prefecto del departamento de Tarapacá; felizmente no creo que ha habido ninguna desgracia pues nada me dice el telégrafo relativamente a esto; pero sí me anuncia haberse dividido dichas fuerzas enemigas con el objeto de ver si pueden atacar a las nuestras tomándolas a dos fuegos. Felizmente el jefe que comanda el destacamento peruano es, a más de valiente, inteligente y conocedor del terreno, de manera que nada temo y sobre todo que pueda ser sorprendido; sin embargo, le he hecho las prevenciones necesarias, y, tengo la seguridad que nada podré temer si las ejecuta puntualmente. Por lo demás, seguimos aquí bien reducidos a pura defensiva según me lo ha indicado usted en su carta y el señor secretario de guerra, en la nota que ha tenido a bien dirigirse y lo cual no es sino la genuina expresión de lo que ya me había usted indicado. El ejército sigue bien, hoy he hecho ejercicio en línea por falta de calzado y de ropa, lo cual he podido conseguir con remiendos. Este ejército todo lo que ha recibido hasta ahora es calzado y treinta mil varas de brin, así se ha creído que se puede hacer campaña. Nada más tengo que comunicarle, por lo tanto, hago punto final y me reservo para más tarde decirle o que le digan si el ejército del Sur supo cumplir con su deber. De usted señor presidente muy atento seguro servidor y amigo decidido.

L. MONTERO

(Nota: He escrito tan a la ligera esta comunicación que espero perdone usted las faltas que ella tenga. Son las tres de la mañana a bordo del "Manco Cápac". Montero)

## Carta de L. Montero a Piérola

Arica, enero 28 de 1880.

Excelentísimo señor  
don Nicolás de Piérola,  
Lima.

Muy estimado señor y amigo mío:

Son en mi poder sus muy atentas comunicaciones respectivamente fechadas el 31 del pasado y 10 del actual: el grato contenido de ambas me deja profundamente complacido y obligado a estrechar los vínculos de la más cordial amistad, con el hombre de Estado que me ha comprendido y hecho justicia.

Por mi carta anterior enviada con el señor Ascárate, vendrá usted en conocimiento de mi modo de pensar y de sentir sobre la actualidad: cuanto en ella le manifiesto es la fiel expresión de mi sinceridad, y a ello me corresponderá usted, si como no lo dudo, aprecia usted en lo que valen las razones en que apoyo mis propósitos.

Por lo demás, la situación de este cuartel general ha variado poco, después de mi última correspondencia oficial: el enemigo parece que se reconcentra en el litoral de Pisagua y se reembarca para emprender sus nuevas operaciones; nuestras fuerzas continúan distribuidas en los mismos cantones de que he dado antes cuenta a usted, y en cuanto a su entusiasmo, moral y disciplina deja muy poco que desear.

Hoy remito a la secretaría de guerra el estado general y demás comprobantes oficiales de mis abundantes necesidades, solo falta el vigoroso impulso que usted sabe dar a las situaciones, para que este ejército salvado y reorganizado a fuerza de tantos desvelos, se ponga en actitud de iniciar la Nueva Campaña con probabilidades de mejor éxito que los desgraciados de Tarapacá.

El juicio que se sigue a los autores de los sucesos de San Francisco ha sido elevado hace tres días a plenario: los señores Buendía y Suárez son los únicos que aparecen con responsabilidad; en todos los demás se ha sobreseído.

Bastante fundados son sin duda los conceptos que me da usted en sus favorecidas sobre el plan de campaña que debe seguirse para no comprometer el éxito en empresas aisladas.

Siempre he creído yo lo mismo, pudiendo asegurarle que con solo mantenernos en este cuartel general hasta robustecernos, y dejando a la acción de las geurrilas nuestras y de algunas fuerzas bolivianas el entretenimiento del enemigo en Tarapacá, se puede arribar a un resultado satisfactorio, llegado que sea el caso de emprender formalmente la ofensiva.

En mi carta anterior olvidé decir a usted que creo muy realizable la entrada de uno de nuestros más andadores buques a este puerto, llegando antes a Quilca para recibir los datos que en vista de la realidad pueda suministrar al comandante.

Parece que la anarquía que amenazaba devorar a Bolivia se ha contenido con la proclamación del general Campero, lo que evidentemente nos economiza muchos sinsabores y muchas fatigas.

Aguardo con afán instrucciones detalladas del gobierno sobre el cumplimiento y desarrollo de las diferentes medidas administrativas dictadas últimamente, pues deseo ajustar mi conducta a los planes que se desea poner en práctica.

Acepto en todas sus partes el último acápite de su favorecida del 10 del presente, asegurándole que en mí encontrará usted siempre al amigo, que una vez que estrecha la mano del caballero, lo hace con invariable sinceridad y firmeza.

Sírvase usted ponerme a las órdenes de su distinguida señora y aceptar los sentimientos de cordial amistad con que soy de usted.

Afectísimo amigo y seguro servidor.

L. MONTERO.

Nº 10

### Carta de L. Montero a Piérola

Arica, febrero 3 de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Estimado señor y amigo:

Sin ninguna de sus favorecidas a qué referirme, después de las dos únicas de usted que tuve la grata satisfacción de corresponder en su oportunidad, paso ahora a darle cuenta de la

situación de este cuartel general en donde, ante todo le diré, marchan las cosas con extrema regularidad.

Por las últimas noticias de La Paz, se sabe que el general Campero ha asumido ya el supremo mando de la república, y, según se me asegura, se ocupan de reunir tropas para reforzar su ejército de Tacna, el que dicho sea de paso, se comporta admirablemente.

Nuestro ejército sigue mejorando cada día en organización y disciplina: las fuerzas Perú-Bolivianas comandadas por Cáceres han regresado a Tacna; la décima división del primer ejército del Sur, formada de los batallones que mandaban Chocano y Gamarra, se halla situada a las órdenes del coronel Velarde que ha sido absuelto en el juicio, en la provincia de Moquegua; en Ite conservo a Albarracín con su escuadrón, y en Camarones está el prefecto de Tarapacá con sus guerrilleros, y los escuadrones Húsares y Guías, últimamente mandados.

Vestuario es lo que más falta me hace tanto como el dinero, cuyos contingentes ya he pedido al gobierno, sean en plata y que no bajen de 150,000, sin cuya suma es bien difícil el sostenimiento del ejército en este rarísimo departamento, mucho menos después que los decretos supremos que reducen el billete a doce (12) peniques.

Por el estado general del ejército que remití últimamente al gobierno, conocerá usted las apremiantes necesidades de este cuartel general: refuerzo de tropas y artillería de campaña, es lo que más se necesita, y sobre cuyo punto llamo la atención de usted.

He sido sorprendido con el cambio de subprefecto de esta provincia, sin que haya precedido indicación ni motivo alguno sobre el particular, siendo el relevado nombrado por mí en la difícil situación porque atravesamos en los días de la ausencia del general Prado.

Me ha sorprendido igualmente que el secretario de guerra se dirija al prefecto de este departamento, pidiéndole la relación circunstanciada del personal y material de este cuartel general, siendo así que soy yo el conducto directo para entenderse el gobierno con este ejército.

Hace cinco días que he recibido mi nombramiento de general en jefe del primer ejército del Sur, y otro oficio del secretario de gobierno, limitando en igual sentido mis facultades.

Hoy procederé a dar las resoluciones convenientes desprendiéndome ya de la autoridad política que investí desde el 26 de noviembre, una vez que sólo los decretos a que me refiero aguardaba para salvar las formas de mi cambio de autoridad.

Reitero a usted mis anteriores manifestaciones sobre mi ninguna ambición de mando, y mi completa abstracción de toda aspiración personal, siéndome grato repetirle, que ya para mí es lo mismo morir por mi patria, en la más alta jerarquía como de simple soldado.

Que se conserve usted con la mejor salud y obteniendo el mejor éxito en su gobierno, son los deseos de su afectísimo amigo y seguro servidor.

L. MONTERO.

Nº 11

### Carta de L. Montero a Piérola

Arica, febrero 11 de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Muy estimado señor y amigo:

Confirmando en todas sus partes, el contenido de mis anteriores, paso a comunicar a usted el estado de este cuartel general. El estado sanitario y económico empeora cada día más; lo primero, por ser esta la estación de las fiebres, y lo segundo, con motivo del decreto sobre moneda.

Para apreciar debidamente tal situación, es necesario conocer lo que es este departamento, en materia de dinero. Aquí puede decirse que el ejército está sujeto para su consumo al sitio más riguroso, y, siguiendo esto, en progresión ascendente, nos veremos al fin en medio de un serio conflicto económico que solo podrá detenerlo las medidas especiales que a tal respecto se dicten.

Las semanas pasan, una tras otra, sin que reciba correspondencia ni instrucciones de esa capital; las causas no atino a comprenderlas, sólo sé que el servicio se perjudica inmensamente.

Hoy remito el estado general del ejército correspondiente al mes de enero. Su examen dará a usted una idea perfecta de

nuestra situación, y del interés que hay que tomar para tantas y tan urgentes necesidades.

Hoy he recibido un telegrama de Camarones, en que se me anuncia la presencia de fuerzas enemigas, por ese lado; tomo, pues, en consecuencia las medidas necesarias, para prevenir toda emergencia.

Por lo demás, no se pierde un instante de tiempo a fin de disciplinar nuestros cuerpos de ejército, pudiendo asegurar a usted, que en esto, sólo por el ardiente patriotismo de mis subordinados puedo fundar las esperanzas de buen éxito, una vez que, en cuanto a elementos bélicos y demás recursos que son indispensables para asegurar un triunfo, *no puedo aún contar como lo deseara y como tiene derecho de exigirlo el país.*

Nada sé sobre adquisición de buques ni otros elementos de guerra. Los decretos y reformas gubernativos, no me son tampoco comunicados con la regularidad que se debiera. De manera que sólo por los diarios, y noticias extraoficiales, vengo alguna vez en conocimiento de las medidas que se dictan.

Los asuntos de Bolivia creo que no caminan muy bien. Nuestro ministro diplomático, allí residente, me oficia con regularidad.

Que se conserve usted bien y reservándome nuevas noticias para el próximo vapor, me repito como siempre su afectísimo amigo y seguro servidor.

L. MONTERO.

Nº 12

### Carta del general Juan José Pérez a Piérola

Tacna, febrero 19 de 1880.

Sr. Doctor

D. Nicolás de Piérola

Mi muy querido hijo:

Dos cartas te he dirigido desde que salí de Lima, una de Quilca vía de Chala y otra de ésta por Mollendo, no sé si las hayas recibido; sentiría su extravío.

Cada día tendrá que ser más tardía la comunicación, a medida que los chilenos sigan bloqueando los demás puertos. En previsión de esto se puede establecer correos por tierra poniendo postas en toda la costa.

Quiero llamar seriamente tu atención sobre un asunto harto delicado.

El imbécil de Daza, para quien no había otro ídolo que él mismo, no se cuidó sino de su persona importándole muy poco que se cultivasen buenas relaciones entre los jefes y oficiales de ambos ejércitos, otro tanto hacía Prado, de manera que en el campamento de Tarapacá se mantenían como extraños.

No habiendo habido pues íntimos puntos de contacto formando divisiones mixtas, que es donde fraterniza el soldado, se han mirado recíprocamente con la mayor frialdad e indiferencia, resultando de aquí que en vez de haberse extinguido antiguas rivalidades y resentimientos han surgido nuevos motivos, y lo peor es que ha sobrevenido el desprecio con motivo de la vergonzosa conducta de los nuestros en San Francisco, y con aquella malhadada e infame retirada de Camarones que nos ha hundido ante la opinión general del Perú y del mundo todo.

Deber nuestro es pues hacer que la alianza sea lo que debe ser: el vínculo querido, que como un precioso talismán nos conduzca a la victoria. Es por esto que para alejar la más remota sombra de culpabilidad en nuestro ejército, he dado el suelto que te incluyo, por el que está palpablemente probado que Daza, a quien antes traté de justificar, es el único y verdadero traidor, a quien el gobierno del Perú está en el indeclinable deber de mandarlo llevar a carceletas o Casas-Matas hasta que el de Bolivia pida su extradición. Hablemos ahora de la guerra.

Te incluyo la carta del general Campero que en contestación a otra mía muy circunstanciada que le dirigí me ha contestado: hoy te mando copia de la que con esta fecha te escribo, para que concentrando todas las fuerzas de Bolivia obre sobre Tarapacá o Calama, conforme a las indicaciones que tú me hiciste en nuestra última entrevista.

Hoy hemos tenido un telegrama del general Montero en que nos anuncia la próxima llegada de los enemigos y pide sólo nuestra artillería para el combate. Camacho ha marchado a tener una entrevista con él, pues no sería nada político ni prudente dejar aquí en la inacción nuestro ejército que arde en deseos de vengar su afrenta, y solo se llevasen la artillería como representante de la nación boliviana.

Como no queremos que se nos culpe absolutamente de la menor indiscreción, esta mañana me fui a Pocollay a traer el

regimiento de artillería y lo tengo listo cerca del tren para hacerlo marchar a la primera orden; también nuestros cuerpos esperan con el pie al estribo el primer toque de marcha.

Aún no ha llegado el señor Solar, nuevo prefecto de este departamento, lo esperamos con ansia, pues a más de ser tan amigo nuestro lo considero como a tu más íntimo confidente.

En mi última carta te pedía algunos útiles para la ambulancia, que acá es difícilísimo conseguirlos así como los medicamentos que se venden a peso de oro; por lo cual sería bueno que los mandes en el "*Luxor*" inmediatamente.

Saluda a madama y a los niños a nombre de tu afmo. y viejo amigo. Seguro,

J. J. PEREZ.

*Post data.*

Yo había querido ir personalmente a organizar, en Oruro o Potosí, ese ejército de reserva que tú me indicaste, poniendo etapas hasta Huatacondo, Calama y Pica, con el recurso de nuestros indios que es el primer elemento en Bolivia, así como las llamas y borricos, mucho más hoy que las cosechas han sido y son abundantes, y a cada seis leguas se podía establecer una etapa o campamento que creo fácil verificarlo con algún sacrificio de parte de Bolivia, que debe ser la más interesada en la cuestión; pero el deseo de ayudar a Camacho, en la reorganización de nuestro desmoralizado ejército, y más que todo en procurar que los vínculos de alianza tan debilitados ya, no acaben de romperse, me han decidido a quedarme aquí hasta la terminación de la cuestión presente, cuyo desenlace lo veo próximo, si como se dice el enemigo está pronto a atacarnos.

Mucho había deseado tu presencia en esta gran lid que en mi concepto será decisiva, y sino hubiese combate, tu prestigio y tu nombre habría sido el talismán de la unión, como he dicho antes, para estrechar los vínculos de ambos ejércitos, y quizá de ambos pueblos.

Daza en Arequipa es una amenaza constante al orden de Bolivia y de nuestro ejército, y el inconveniente más grande de la alianza; en este supuesto debes mandarlo llevar inmediatamente al Norte, donde es y será impotente.

**Carta de D. Luis Carranza al contralmirante L. Montero**

Lima, 19 de febrero de 1880.

Señor D. Lizardo Montero,  
Muy estimado amigo:

Supongo que mi anterior la recibió Ud. junto con la remesa de quinina. No sé la impresión que le haya producido, pero mi objeto fue manifestarle con franqueza cuál era nuestra manera de juzgar la situación para que Ud. tuviese un dato más en sus resoluciones.

Ahora, aprovechando del seguro conducto que se me proporciona con la ida de Jacometti, le daré a Ud. más noticias.

La opinión pública está en plena reacción contra el nuevo orden de cosas y en el mismo grado crece la popularidad de Ud. porque todos ven en el ejército del Sur el único elemento de salvación para nuestras instituciones, así como para vengar la honra nacional en la guerra actual. La posición de Ud. es pues la más delicada hoy: de un lado es Ud. el blanco de las sospechas y de los temores de este gobierno: de otra es Ud. la esperanza de los que aguardan la hora de la restauración constitucional. Un triunfo de Ud. sobre los chilenos resolvería un gran problema interior, a las 24 horas de su derrota en poco retardaría la caída de la Dictadura, porque los chilenos victoriosos en Arica lo serían probablemente aquí. Entonces sólo Ud. quedaría en el Sur, con un grupo de valientes patriotas, sosteniendo la bandera del honor nacional y con ella la de la constitución.

Es Ud. pues hoy, en cierto modo, el árbitro de los futuros destinos del país. Hermosa misión es la que tiene Ud. que llenar; pero ¡cuánta prudencia, cuánta abnegación, cuánta sagacidad!, y, al mismo tiempo cuánta audacia y valor necesita Ud. para salir triunfante en medio de las batallas, y, lo que es más difícil, en medio de la revuelta corriente de la opinión pública.

Tal vez, a estas horas, cuando escribo estas líneas, ya el problema está resuelto en Arica; pues, si es cierto que los chilenos iban a Ite, tan pronto como se nos anunciaba, ahora deben estar en camino, si no han llegado ya.

Aquí esperamos con ansia el desenlace de los acontecimientos en el Sur, y yo muy especialmente su contestación a mis dos comunicaciones. Su afmo. amigo.

LUIS CARRANZA.

(*Archivo Prado*)

Nº 14

### Carta de Montero a Piérola

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola.  
Señor y amigo:

En este momento sale un buque de guerra inglés, y quiero aprovechar esta preciosa oportunidad para comunicarle que el enemigo ha emprendido sus hostilidades, y que actualmente efectúa su desembarco en Pacocha. Son 13 buques los que han llegado, calculo, ocho a diez mil hombres. A pesar de no tener ingerencia en los movimientos militares que deben efectuarse en ese departamento, por resolución que por conducto particular he recibido, y como existiese allí su comandante general, nombrado por el jefe de este ejército, al cual aún le obedece un cuerpo de esa división, he creído de mi deber ordenarle a ese jefe, que obedezca las órdenes que en caso de combate le impartiera el señor Gamarra, que según se repite, ha sido nombrado por el gobierno de vuestra excelencia comandante general de la primera división del segundo ejército, cuya división debe formar la que perteneció al señor coronel Leyva, existente en Arequipa. El no haber recibido las órdenes del gobierno, las cuales habrían sido acatadas por mí, ha dado lugar a que el señor secretario de estado en el despacho de guerra me dirija una comunicación llena de increpaciones e insultos gratuitos, a lo que creo que en la conciencia del gobierno no había dado lugar el que suscribe. Mi conducta ante usted y el país la juzgará la historia, a ella me atengo, mis procedimientos han sido nobles. Usted y el país me han confiado un ejército, yo sabré cómo debo entregarlo.

Adiós señor. Le deseo a usted acierto y muchos años de felicidad.

De usted seguro servidor y amigo.

L. MONTERO.

## Carta de Montero a Piérola

Arica, marzo 4 de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Mi estimado amigo:

He leído con suma atención su apreciable carta, fecha 31 del que expira, por la que quedo impuesto de los motivos que ha tenido el gobierno para hacer los cambios de personal y nombramientos que se me han comunicado en la misma fecha de una manera oficial.

Dejando para posteriores apreciaciones todo aquello de carácter puramente político, he creído un deber de patriotismo, pedir al gobierno la reconsideración de las disposiciones relativas a la reorganización del primer ejército del Sur, por encontrarnos ya al frente del enemigo y ser por este motivo esencialmente peligroso ejecutar semejante reforma. Juzgo, pues, que la importancia de mi procedimiento, lo apreciará usted con la elevación de miras que lo caracteriza, porque los móviles a que obedezco son únicamente los del interés patrio, apoyados en el conocimiento que tengo de la extraordinaria situación en que se encuentra colocado.

Por lo demás, las circunstancias han variado mucho desde nuestra anterior comunicación.

El ejército enemigo desembarcó en Pacocha no sabemos hasta hoy si con el fin de emprender desde el Hospicio su marcha directa a Tacna, o de tomar primero posesión de Moquegua, cuya defensa le está confiada a una pequeña fuerza que comanda el coronel Gamarra, perteneciente de una manera inmediata al segundo ejército del Sur.

Por mi parte, he tomado las convenientes medidas en mi cuartel general, a fin de normar mis operaciones en conformidad con la situación, los elementos de que dispongo y los movimientos del enemigo.

El 27 tuvo lugar el primer combate de esta plaza militar con una división naval chilena: la acción se empeñó a las 9 horas a.m. y a la 1 hora 30 minutos p.m., que ya se retiraban, hicimos esfuerzos casi sobrehumanos para hacer salir al moni-

tor y renovar el combate. Los documentos oficiales impondrán a usted de todos los pormenores de aquel día en el que siquiera se retempló el ánimo de nuestros soldados.

Posteriormente a ese acontecimiento, es decir desde el día 29, nos tiene reducidos a la más desesperante situación. Los cañones del "Angamos" y del "Huáscar", superiores en mucho a las de nuestras baterías, han establecido un constante bombardeo contra la población, sin que podamos ofenderlos en lo menor, tal es la gran distancia en donde a favor del enorme alcance de su artillería se colocan para descargar sobre esta plaza. Estamos, pues, reducidos a la más completa inacción y aguantando diariamente las balas enemigas, cuyo alcance llega hasta los mismos campamentos del ejército, en donde lo he situado desde el primer día, a fin de evitarle algunas desgracias.

Hasta la fecha no he recibido *refuerzo de tropas, ni armas, ni dinero para el desmantelado ejército que me obedece*; así que, puramente, con los escasos elementos de que dispongo voy a librar al fin la batalla a que el enemigo nos provoca: veremos, pues, si la Providencia nos ayuda.

Que se conserve usted con la mejor salud, son los deseos de su afectísimo amigo y seguro servidor.

L. MONTERO.

Nº 16

### Segunda carta de J. Inclán a L. Montero

Tacna, marzo 5 de 1880.

Señor contralmirante D. Lizardo Montero,

Mi distinguido amigo:

Supongo que las múltiples atenciones que te rodean no te hayan permitido contestar a las diversas que te he dirigido desde mi venida a ésta. Por consecuencia no hago queja de ello y repito está inspirado por el interés que nos inspira a todos.

Creo, amigo mío, llegada la vez de que vayan ingresando a esta plaza todos los cuerpos que sean indispensables para guarnecer ese puerto, por las razones siguiente: 1º porque mejoren de clima y de condiciones higiénicas, 2º porque sé por diversos conductos que los soldados están muy violentos por su

escasa y mala alimentación, así como por las fatigas que sufren a la intemperie, recibiendo ración escasa de agua, descontento que se explica con la deserción que están sufriendo los cuerpos y 3º porque ha llegado el caso de concentrar acá las fuerzas que deban obrar o esperar al enemigo, pues hay más recursos y elementos para su completa organización. Por otra parte, no me parece necesario ni conveniente que estés corriendo los peligros que presenta el diario y desventajoso bombardeo, exponiéndote a una desgracia que daría por consecuencia la desorganización del ejército y con ella la ruina de la patria. Un general en jefe no debe prodigar su persona a los peligros sino en momentos graves y decisivos y éstos no han llegado aún.

El señor coronel Carrillo basta a mi juicio para quedar encargado de la defensa de Arica en el que no llegará el caso de que intenten un desembarco.

Nuestra situación es delicadísima y requiere aprovechar los instantes y concentrar el mayor número de elementos ya que nada podemos esperar del gobierno de Lima, que por su inercia parece que quisiera nuestro sacrificio.

Estamos pues reducidos a nosotros mismos y a lo que puedan ofrecernos nuestros aliados para los que eres un lazo de unión indispensable. Si tenemos la suerte que los chilenos se entretengan en ocupar el valle de Moquegua, nos habremos salvado, pues podremos completar nuestro equipo de campaña y habrán descansado y reorganizándose las fuerzas de Bolivia que están en marcha. Con ellos y con los cuerpos de la división Gamarra podremos presentar al enemigo en una batalla campal diez mil hombres bien organizados.

Los reconocimientos que he practicado con los jefes que hay en esta plaza de las posiciones que dominan este valle, nos han manifestado que no hay una sola posición ventajosa en que pudiéramos arrastrar al enemigo a combatir pues el terreno no presenta sino llanos o curvas suavemente inclinados, sin ventaja para los defensores del terreno y antes por el contrario favorables para la artillería y caballería enemiga.

Dadas tales condiciones topográficas, parece lo más conveniente anticiparnos a ocupar el valle de Sama que aún cuando no ofrece posiciones ventajosas presenta dos ventajas: impedir que el enemigo ocupe el valle obligándolo a combatir sin poder refrescar su gente y caballada y colocar a nuestros soldados

en una posición desesperada, en la cual no les quedaría más elección que la muerte o la victoria, pues colocados entre el enemigo y un río invadible, distantes 10 leguas de Tacna, no les quedaría otra elección, pues si se dispersasen la caballería enemiga los exterminaría. Colocarlos en tal posición es semejarla a la quema de las naves de Hernán Cortés en la conquista de México. Pienso así porque la historia y la experiencia me han demostrado que el ejército que combate teniendo una ciudad a su espalda afloja con facilidad, y más si parte de ese ejército pertenece a los habitantes de ella. En la batalla de La Palma influyó mucho tal circunstancia, así como en el combate del Morro del 65, en que los ariqueños nos abandonaron cobardemente, portándose con bravura en el del Conde, cuando obedecían a Elías, porque no tenían casita dónde guarecerse.

15 o 20 días que los chilenos se demoren en el valle de Moquegua, si sus habitantes los hostilizan con perseverancia harán que se diezmen por las enfermedades y sin ser la Capua que enervó las huestes de Aníbal nos presentará al enemigo debilitado, compensando así la pérdida que sufre el nuestro por igual causa.

Tan luego que los chilenos se preparen a avanzar sobre Sitana, si ocupan Moquegua o no, debería ordenar a Gamarra que defienda a Ilabaya con sus fuerzas y de allí a mi hacienda de Conica, por donde sin peligro posible, puede ejecutar un brillante movimiento de flanco para reunírse nos en Sama, o pasar a ésta por el camino del puquio y descender a Calana.

Las fuerzas de Moquegua nos podían quedar siempre inquietando la retaguardia enemiga unida a los guerrilleros de Locumba, etc.

El conocimiento personal que tengo del terreno me hace darte tal opinión como fácil de realizar y de utilizar fuerzas que quedarían aisladas, una vez desocupado Moquegua por los chilenos.

Por el telegrama que te he dirigido verás que he procedido con actividad y economía en las adquisiciones hechas. Tuyo afmo. amigo S.S.

J. INCLAN.

*(Memoria Prado)*

## Carta del general La Puerta al general Prado

Lima, 11 de marzo de 1880.

“...He dejado a los noticiosos y a los periódicos hacer saber a Ud. los acontecimientos que tuvieron lugar aquí después de la salida de Ud.; tan sólo y por resumen debo agregar que del numeroso ejército que había aquí, de los que tenían mando de armas solo dejaron de traicionar La Cotera, Stevenson y D. Foción Mariátegui, todos por cobardía pretextando que no se batían contra el pueblo (que no lo había amotinado), como me lo dijo Leyva que era el orador de una comisión del ejército compuesta de Pereyra y Vargas, ayudante de Ud.; contesté que no siendo yo un Sansón, no podía batirme solo contra el ejército. Permanecí en una poltrona de mi sala con la puerta (abierta) de calle, en las noches y dos días que duró el conflicto, esperando que me asesinasen, pues me hallaba y aún estoy en la imposibilidad de montar a caballo: las comisiones que se formaron para venir a pedirme que renunciara el mando, para que no se vertiese más sangre, no se animaron a venir, tal vez por la contestación que di a Paz Soldán (D. Mariano Felipe), que vino con Terry, Boza, el hacendado de Ica y otros, asegurando el primero que, al venir a hablar conmigo, se encontró con esos señores y manifestándoles su objeto lo acompañaron. Puso en mi conocimiento que los señores Tordoya, Arenas, Ribeyro y otros irían al Callao en comisión mía donde el señor Piérola. Contesté que no cometería la bajeza de dar tal paso y preguntándole qué es lo que la comisión le diría a mi nombre, me repuso que solo preguntarle lo que deseaba; le contesté que esa pregunta sería necia, pues nadie ignoraba que él quería ser dictador, como lo aseguraba en sus escritos; que lo único que yo podía decirle es que se rindiese.

En la noche en que Ud. se resolvió a ir a Europa, le dije que podía yo montar a caballo, viviría 6 u 8 días, pues no tardaría más en estallar la revolución; me equivoqué en 2 días...”

Nº 18

**Carta de Eleodoro Camacho a Piérola**

Tacna, marzo 17 de 1880.

Señor doctor Nicolás de Piérola.

Muy distinguido amigo:

Mi comunicado oficial le dirá todo lo referente a nuestra actualidad. Ella agrava terriblemente nuestra condición bélica puesto que favorece a los intereses chilenos.

Nada importa. Le aseguro a Ud. que Bolivia ha de castigar ejemplarmente a los traidores y que muy en breve hemos de ver restablecido el orden legal.

Mientras tanto me conviene saber si puedo contar con el apoyo de Ud. para permanecer en este teatro, o si debo tornar a Bolivia a castigar a los traidores.

Tengo aún recursos para más de un mes; y puedo ponerme con Ud. en comunicación más inmediata de la que actualmente tenemos. Así es que si tuviere Ud. cómo subvenir a los presupuestos de este ejército podríamos solos cumplir con nuestra elevada misión, mientras en Bolivia se despedazan esos miserables.

Que gloria para Ud. y para este ejército representante fiel de los intereses bolivianos. Espero ansioso su respuesta. Esfuércese en que ella me llegue cuanto antes. Su silencio me sería matador.

Siempre suyo y afmo. amigo.

ELEODORO CAMACHO.

Nº 19

**Carta de Montero a Piérola**

Arica, marzo 17 de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Muy estimado amigo:

Hoy he sido sorprendido con la llegada de la "*Unión*", que junto con los artículos que me remite usted, para el ejército de mi mando, ha venido su apreciable carta de fecha 12 del corriente.

Me apresuro, pues, a corresponder su favorecida bajo la

influencia de los acontecimientos de hoy. Como era natural, la presencia de la corbeta excitó en los enemigos el desenfrenado deseo de echarla a pique, y con este motivo se ha trabado un nuevo combate, sostenido, de parte de los chilenos por el "Cochrane", "Huáscar" y un buque más. De los pormenores del acontecimiento daré cuenta a usted al ver el resultado final de la comisión de la corbeta, en cuya salida del puerto consiste su mayor peligro.

He sentido sobremanera que la "Unión" no me haya traído algunos rifles y una batería de campaña siquiera, para reforzar este ejército, ya que tropas y dinero era algo aventurado mandar por el mismo conducto.

Hacen hoy siete días que me tiene algo atormentado la terciana y la disentería que a la vez me ha atacado. Con todo, atiendo a la situación y procuro mejorarme a fin de estar expedito en los momnetos supremos.

El ejército enemigo continúa su marcha a Moquegua, y nuestras deficientes avanzadas cumplen su deber, tanto en este punto como en Ite y otros.

La situación económica, no puede ser más desesperante ya, pues ha llegado el caso de no tener en comisaría sino dos mil soles billetes, y haber chocado con la imposibilidad de poder sacar dinero de este departamento, cuyo comercio es el principal enemigo de la causa nacional, y, por consiguiente, el elemento más adverso que puede tener el ejército de mi mando.

Juzgo como usted que la intención del enemigo ha sido llamarme la atención por Moquegua, con el fin de hacerme mover; pero no comprenden que sus falsos o verdaderos movimientos tienen que darme la pauta para los míos.

En este momento, 5 horas 40 minutos (p.m.) sale la "Unión" llevándole la delantera al "Cochrane", que se empeña en su persecución.

En Bolivia creo que han sobrevenido algunos trastornos políticos, cuya maléfica influencia no ha llegado felizmente al ejército que comanda el coronel Camacho, quien está decidido a seguir nuestra suerte.

Prometiéndome escribir a usted minuciosamente en otra oportunidad me repito, como siempre, su afectísimo amigo y seguro servidor.

L. MONTERO.

## Carta de Montero a Piérola

Tacna, marzo 25 de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Muy estimado amigo:

Aun cuando hace muy pocos días que escribí a usted, vuelvo a repetirlo hoy, confirmando en todas sus partes los diversos puntos de mi anterior.

La situación ha variado poco después de mi última correspondencia; los buques enemigos, es decir, dos de ellos, se encuentran como antes frente al puerto, y, según parece, con pocas ganas de darnos días como los del 27 del pasado y 17 del actual, en los que se les dio su correspondiente lección. Puede ser también, que la rotura del cañón del "Angamos", cuya noticia se confirma, sea también una de las principales causas de su inacción.

Hemos sabido posteriormente que los buques chilenos que atacaron a la "Unión" el 17, han sufrido averías casi de tanta consideración como las del combate del 27; los pormenores de aquellas funciones de armas, que juzgo racional confundirlas en un solo parte, para las apreciaciones que el gobierno haga de los servicios prestados por los defensores de la plaza, los envío en esta misma fecha al secretario de guerra.

*La escasez de fondos para el sostenimiento del ejército es abrumadora, habiéndome visto obligado a pedir prestados al comandante en jefe del ejército boliviano veinte mil soles, porque ya no tenía en comisaría ni un centavo para diarios de la tropa. Con este motivo pues, y en fuerza de otras necesidades que no han sido cubiertas, y que me han colocado en la más desesperante situación, paso hoy al secretario de guerra una larga nota, pues me asalta el temor de que mis pedidos quizá no han sido oportunamente presentados a usted.*

He creído, asimismo, conveniente girar a cargo de la caja fiscal de Lima, por la suma de 30,000 (treinta mil) libras esterlinas; recurso al que he tenido que apelar en fuerza de la necesidad y en previsión de cualquiera emergencia. Y ya que he tomado la iniciativa sobre este punto, vuelvo a reiterar a usted

la indicación de que los contingentes se me envíen en letras, pues en esta plaza hay estancadas inmensas cantidades, que al aumentarlas con las remesas de Lima, tienen necesariamente que servir de causa a la continuada depreciación.

Hoy también pido instrucciones al gobierno sobre mis ulteriores operaciones, pues hasta la fecha todo lo que se me ha dicho es que me mantenga indefinidamente en este departamento, y como no es posible suponer que el ejército enemigo favorezca con su ineptitud tal situación, es por esto que necesito, por lo menos, que se me faculte ampliamente para toda emergencia, de una manera expresa.

La revolución de Bolivia fue completamente ahogada por la fuerza de la opinión, el ejército aliado ha correspondido dignamente a la fe que siempre he tenido en su prudencia y lealtad.

Los enemigos tomaron Moquegua, y, según se me anuncia, han emprendido contra las posesiones de los Angeles, con el fin, sin duda, de cortarnos desde aquel formidable punto de apoyo, nuestra comunicación con el Norte. Yo, en vista del resultado y de sus posteriores movimientos, emprenderé a mi vez, también, los que más convengan a mis circunstancias.

Que disfrute usted de salud y felicidad son los deseos de su afectísimo amigo y s.s.

L. MONTERO.

Nº 21

### Carta de Eleodoro Camacho a Piérola

Tacna, marzo 31 de 1880.

Excmo. señor doctor  
D. Nicolás de Piérola,  
Jefe supremo de la república.  
Lima.

Mi distinguido amigo:

El último correo me ha traído su apreciable comunicación de 21 de febrero p.p. Tengo hoy el agrado de saludarlo, con el sincero afecto de nuestra antigua y buena amistad.

En una de mis anteriores comunicaciones tuve la satisfacción de manifestar a Ud. mi particular agradecimiento, por la buena voluntad con que se dignó Ud. acoger nuestras insinua-

ciones, mandándonos proporcionar la suma de S/. 400,000 (billetes) para atender el servicio del ejército de mi mando.

Conservamos hasta hoy una actitud rigurosamente defensiva, hasta ver claramente definidas las operaciones del enemigo. No podemos en el momento marchar a su encuentro en las posiciones que ha ocupado. Si avanza, dejaremos esta ciudad para presentar combate en el punto estratégico más conveniente al éxito de nuestras armas. Espero, entretanto, los nuevos refuerzos que he solicitado a Bolivia.

Juzgo que esta comunicación, dirigida por el correo de La Paz, llegará demasiado tarde a sus manos. Espero otro conducto más directo para escribirle con la extensión que deseo.

Me es altamente satisfactorio renovar a Ud. los sentimientos de distinguido aprecio personal, con que tengo el honor de suscribirme. Su muy afectísimo amigo seguro servidor.

ELEODORO CAMACHO.

Nº 22

#### **Carta de Narciso Campero a Piérola**

La Paz, abril 2 de 1880.

Mi estimado amigo y señor:

Con grata complacencia he recibido su apreciable de 8 del mes pasado de manos del Sr. Enrique Bustamante y Salazar, nuevo ministro plenipotenciario ;acreditado por el gobierno de Ud. cerca del mío.

Al corresponder aquella, tengo la satisfacción de anunciarles, que en este momento acabo de efectuar la recepción oficial y solemne del expresado señor ministro. Quedo persuadido de que éste merece en todos conceptos el especial cariño de Ud. y su íntima confianza, y no dudo que será un digno representante de su país y que con él se facilitarán las relaciones de amistad y alianza que existen entre los países que representamos, haciéndose aún más estrechas y sinceras que lo que hasta aquí han sido.

Muy exactas me parecen las observaciones de Ud. respecto al plan que han adoptado los chilenos y al que nosotros de-

biéramos observar; pero en la actualidad no me sería posible disponer de las fuerzas de acá según las sindicaciones de Ud. sin alterar por completo, quizá en un momento decisivo, los planes del comandante en jefe del ejército señor Camacho. Este me pide con suma urgencia todas las fuerzas que hay disponibles en ésta y sólo espera su arribo al teatro de la guerra, para dar más actividad a sus operaciones. Se le ha anunciado ya que marchan, y sus planes los ha formado contando con ellas como una base. Dejar de enviárselas en estas circunstancias sería exponerse a trastornarlo y perderlo todo.

Por otra parte, tengo ya dispuesta, con su respectivo itinerario a Tacna, la marcha de tres cuerpos de infantería y uno pequeño de caballería para mañana, y no sería posible alterar las disposiciones que se han tomado al través de todo género de dificultades. Por lo demás, la salida de los cuerpos indicados se efectuará indefectiblemente mañana, y creo que llegarán a Tacna en momentos de ser muy útiles al frente del enemigo.

Doy a Ud. las gracias por la franca intimidad que desea Ud. usar conmigo y no dude Ud. que mi mayor anhelo es corresponderle del mismo modo.

Hago votos porque lleve Ud. a cabo la formación de un gran ejército terrestre, según me lo anuncia; y ojalá se realicen también sus previsiones respecto a elementos navales, con los que nuestro triunfo definitivo sería infalible.

Aquí nos hemos visto envueltos en serios conflictos con motivo de la sublevación de tres cuerpos del ejército que estaban listos para marchar al teatro de la guerra, y que en momentos de salir fueron arrastrados a una rebelión inexplicable. Sin embargo del grave daño que esto nos ha causado; pues aquellos acabaron por dispersarse completamente junto con otro que también debía marchar, todo ha terminado felizmente y he quedado en aptitud de poder enviar el refuerzo de que le he hablado antes.

Con este motivo me permito insinuarme con Ud., a fin de que defiera a la demanda de extradición que ha dirigido el gobierno contra los criminales Silva y Guachalla, jefes principales de aquella sublevación. Su nefando crimen, con el que no solo han puesto en peligro los intereses de Bolivia, sino también los de la Alianza, debe recibir su condigno castigo. Espero, pues, de Ud. coopere en todo lo que le sea posible a la extradición

de los sindicatos, pues de otro modo conseguirán burlarse de la ley y la justicia después de un atentado sin ejemplo.

Sin más desea a Ud. toda felicidad su affmo. amigo y seguro servidor.

NARCISO CAMPERO.

Al Excmo. Señor  
Dr. Nicolás de Piérola  
Jefe supremo del Perú.  
Lima.

Nº 23

### Carta de Montero a Piérola

Cuartel general en Tacna, abril 2 de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Muy estimado amigo:

Aprovecho de la salida de la "*Victorious*" para escribir a usted la presente, en medio de las variadas impresiones que me dominan.

El enemigo después de haber tomado el departamento de Moquegua, porque sus defensores, *desde que quedaron segregados de mi autoridad solo han pensado, sin duda, en retirarse a Arequipa*; ha dado, como debe usted suponer, los resultados más adversos para nosotros: el enemigo ha ocupado Los Angeles, y ha tomado como mil reses, lo que unido a otras ventajas obtenidas, constituye ya la base segura para sus operaciones, que no han tardado en emprenderlas, fijando su línea de aquel punto a la costa, y excursionando ya sobre este departamento.

Ayer se batió una avanzada nuestra en Locumba, adonde llegó una del enemigo, quedando el triunfo por nosotros, según verá usted por el boletín oficial que le remito.

Las esperanzas de auxilios y refuerzos oportunos a este cuartel general las he perdido, en vista del célebre y candoroso parte que me hace el prefecto de Arequipa, y cuya copia y con-

testación le adjunto a fin de que vea usted la ninguna conciencia que tienen ciertos caballeros del estado de la guerra, de la situación y condiciones de las fuerzas, y del ningún conocimiento que tienen, en fin, de los hombres como yo.

El contingente de 400,000 (cuatrocientos mil) soles lo hizo regresar el prefecto de ese mismo departamento, así que, *esto unido a la escasez, miseria, estado de desnudez, hambre y la ninguna esperanza de mejoramiento, me ha colocado en una situación desesperada.*

De este departamento es imposible conseguir nada, pues como ya le he dicho a usted, y como lo ha palpado Solar, es un pueblo esencialmente mercantilista y un refractario a la guerra nacional.

Los enemigos nos han interceptado las remesas de reses, así que, a lo más, solo pueden los proveedores proporcionarnos media ración de carne.

Se deben muchos ajustamientos al ejército, y no hay ya diario para la tropa, siendo tan grave la situación que si el prefecto no me consigue los 20,000 (veinte mil) soles, que tengo que devolver al ejército aliado, no sé a la verdad lo que deberé hacer.

Por lo demás, estoy ya concentrando las fuerzas en esta plaza, pues es ya inevitable una próxima batalla en estos lugares: veremos si la providencia corona nuestros esfuerzos y sacrificios concediéndonos el triunfo. *¡Cuántas probabilidades de feliz éxito habrían, si en el mes y día transcurridos desde la invasión de Moquegua, hubiesen venido unos 4 o 5 mil hombres por Arequipa para atacar al enemigo en combinación conmigo por su vanguardia y retaguardia!*

Pero en fin ya esto no tiene remedio y no hay nada que pensar en la solución de este gran problema, de vida o muerte para la alianza.

Ayer se publicó un bando estableciendo el empréstito forzoso: veremos si se reúnen siquiera los 20,000 (veinte mil) soles que se deben a Bolivia.

Poniendo, por ahora, punto a ésta y deseándole felicidad, me despido como siempre su amigo afectísimo y s.s.

L. MONTERO.

### Copia del parte del Prefecto de Arequipa

Abril primero,  
Señor general Montero.

Beíngolea no ha llegado aún. Aquí hago lo posible. Oficial prisionero dice cuartel general será Moquegua. Si deja usted también tomar Tacna, Arica será sitiado. Se lo aviso con tiempo.

GONZALES ORBEGOSO.

### Contestación

Señor prefecto.

Mientras exista un soldado en el ejército del Sur, Tacna no será tomado. Amo la vida, pero si a ésta la amase como a Dios, la sacrificaría por mi patria.

L. MONTERO.

Nº 24

### Carta de Zoilo Flores a Piérola

Excmo. señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Presente.

Mi respetado amigo:

De conformidad con el cambio de ideas que tuvimos el viernes pasado, he dirigido a mi gobierno el oficio que me permito adjuntarle en copia.

Esperando que, en concepto de Ud. haya traducido fielmente las ideas y los propósitos expresados en dicha entrevista, me es grato repetirme de Ud. atento amigo y seguro servidor.

Z. FLORES.

Legación de Bolivia en el Perú

### C o p i a

Nº 435

Señor:

La derrota de la división que mandaba el coronel Gamarra y la consiguiente ocupación de la posición militar de los "Ángeles" y de Tarata por los chilenos, pone a éstos en aptitud de

expedicionar sobre Tacna, sin el temor inmediato de que se les corte su línea de comunicación con la fuente de sus recursos, sea que ésta siga establecida en Pacocha, o que se la traslade a las caletas de Ite o Sama, como parece probable.

Pero, como estoy muy lejos de suponer que el ejército enemigo tenga el valor necesario para ir a estrellarse contra nuestros parapetos de Arica, que son inexpugnables aún para una fuerza mayor, no es aventurado suponer que su propósito sea simplemente ocupar la ciudad de Tacna para impedir que nuestro ejército de Arica reciba sus elementos de subsistencia de los departamentos de Arequipa y Puno, con la pretensión de hacerlo capitular por hambre.

Sin embargo, de las dificultades que ofrece la realización de este propósito, porque siempre quedará expedita la vía de Puno a Arica por el Tacora y quebrada de Lluta y porque nuestro ejército en dicho puerto tiene elementos de subsistencia para cuatro meses, tiempo que el enemigo no puede sostener el sitio sin ser cortado con su fuente de recursos por fuerzas considerables que deben salir de Arequipa; creo prudente prever aquella emergencia, sobre la cual he tenido ayer un cambio de ideas con el Excmo. señor de Piérola, dando por resultado el acuerdo de que, sin perjuicio de las órdenes que su gobierno ha transmitido ya, al respecto, a las autoridades de Arequipa y Puno, me dirija yo a Ud. manifestándole la conveniencia y necesidad de que se alisten víveres en los departamentos de La Paz, Cochabamba, Oruro y Potosí, y que se los reúna en un punto céntrico y próximo a la raya, como Curaguara de Carangas, por ejemplo, para conducirlos de allí a Arica sucesivamente, por la vía de Lluta a medida que lo reclamen las necesidades de nuestro ejército.

El señor general Campero, que, en la campaña sobre el Sur, ha debido soportar todas las angustias del hambre y podido valorizar al mismo tiempo, la desmoralización y desaliento que ella produce en el ánimo del soldado, sabrá apreciar debidamente el mérito de aquella previsión, y la urgencia e importancia de esta medida, que es condición de la victoria; pues, si es cierto que la regla de "plaza sitiada plaza tomada", lleva el sello de la confirmación histórica, también lo es que, si nuestro ejército de Arica es provisto con regularidad, como puede serlo por la vía de Lluta, de los elementos de subsistencia ne-

cesarios, y si las fuerzas de Arequipa consiguen, como es fácil hacerlo, interceptar los recursos del enemigo, éste será el sitiado y no nuestro ejército de Arica; y, en ese caso, lo obligaríamos a estrellarse y a sucumbir contra nuestras inexpugnables posiciones militares de dicho puerto.

Esperando que esta indicación sea favorablemente acogida por el gobierno y patrióticamente secundada por las autoridades locales de los centros de producción, me es grato reiterar a Ud. mis sentimientos de distinguida consideración y particular aprecio, con que me suscribo su atento y seguro servidor.

(firmado) Z. FLORES S.

Nº 25

### Carta de Montero a Piérola

Cuartel general en Tacna, abril 13 de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola  
Lima.

Muy estimado amigo mío:

La última que he recibido de usted es de fecha anterior a la que me trajo la "Unión", y de cuyo contenido acusé a usted inmediato recibo.

La situación ha variado poco desde mi anterior correspondencia: el enemigo se mantiene aún, según datos recibidos, en su línea de Pacocha al Hospicio; sus avanzadas han llegado a Locumba, pero de este sitio no pasan todavía.

A fin de conciliar las opiniones de los ejércitos aliados, y elegir el campo de batalla más a propósito para asegurar el éxito, he reunido una junta de guerra mixta, es decir, peruana y boliviana, ante la cual se ventiló la cuestión sobre las operaciones que debían emprenderse, es decir, sobre si debía salir el ejército a Sama a aguardar al enemigo, o si debía esperarlo a las inmediaciones de Tacna; esto por supuesto después de previos estudios y reconocimientos. La mayoría, que dicho sea de paso, estuvo en los miembros de la junta pertenecientes al

ejército nacional, resolvió la permanencia en este cuartel general hasta la aproximación del enemigo; y, como este plan estaba en armonía con el que yo me he formado hasta ahora, se han sujetado, por consiguiente, nuestros movimientos a lo resuelto, mientras las operaciones del ejército invasor no nos facilitan el cambio.

Es indudable que los chilenos contaron en mucho con el rápido movimiento de nuestro ejército sobre ellos; pero como hemos hecho lo contrario de lo que suponían, quizá se encuentran contrariados, y de ahí las vacilaciones y desacuerdos en que se encuentran.

He hecho cuanto esfuerzo ha estado a mi alcance, para organizar convenientemente las fuerzas de montonera y guerrilleros que se ocupen exclusivamente de hostilizar las avanzadas y línea del enemigo. Hasta la fecha tengo ya como quinientos hombres en diversos partidos, cuyo mando en jefe he dado al coronel de caballería don Rafael Ramírez. Mucho debemos prometernos del éxito de los guerrilleros.

Lo que nos hace mucha falta es equipo, menaje y armamento a propósito para esa clase de fuerzas, pues lo único de que puedo disponer son rifles Chassepot, y de muy malos caballos; y todo esto en escaso número.

De oficio digo al gobierno la situación económica de este cuartel general. El empréstito iniciado por nuestro común amigo, el doctor Solar, ha sido menos que ilusorio; el billete de banco está a veinte centavos y circula con mucha dificultad. El contingente de S/. 400,000 (cuatrocientos mil soles) billetes, queda, pues, reducido a su más simple expresión, sin haber logrado sino ajustar febrero y parte de marzo. Y ya que de esto me ocupo, diré a usted que en este departamento, es imposible que el militar pueda sostenerse con el medio sueldo decretado por el gobierno, aun cuando se les pague en plata sellada. Justo sería hacer alguna excepción con este ejército.

De Arequipa se me anuncia que deben salir tres mil hombres a Tarata.

Interesando a usted en el envío de cuanto recurso me sea necesario, me repito como siempre de usted, atento amigo y seguro servidor.

L. MONTERO.

Carta del ministro del Perú en La Paz a Piérola

La Paz, abril 14 de 1880.

Legación del Perú en Bolivia  
Excmo. Señor D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Mi querido y respetado:

Dentro de pocos instantes salgo para Tacna acompañando a S.E. el general Campero, quien a instancias mías va a ponerse al frente del ejército aliado en Tacna.

Montero después de haber aceptado el plan Camacho según el cual debía esperarse al enemigo en Sama y en caso de derrota retirarse sobre Tarata, ha cambiado de opinión y quiere hoy esperar al enemigo en Tacna y en caso de un desastre retirarse a Arica. Ya puede Ud. imaginar lo que sucedería en este caso; tendríamos indefectiblemente un nuevo Sedán.

El general Campero, a quien como lo he dicho ya a V.E. insté para que marchase a ponerse a la cabeza del ejército me exigió para aceptar que le acompañase a Tacna a lo que accedí inmediatamente creyendo obrar bien y en provecho de los intereses del Perú.

Del camino o de Tacna escribiré a V.E. con alguna más detención.

Esperando que mi conducta merezca la aprobación de Ud. que mejor que nadie conoce mi decidida voluntad de servir eficazmente al Perú y mi anhelo por desempeñar con acierto la misión que Ud. me ha confiado, saluda a Ud. con el entusiasta afecto de siempre su amigo y S.S.

J. ENRIQUE BUSTAMANTE Y SALAZAR.

## Carta de Montero a Piérola

Cuartel general en Tacna, a 19 de abril de 1880.

Excelentísimo señor general  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Mi estimado amigo:

Aprovecho de la salida de un buque de guerra extranjero, para escribir a usted ésta, en medio de la natural excitación causada por la proximidad del enemigo. Este ha avanzado hasta Sama, el día de ayer, en número de mil y tantos hombres, y como la fuerza de nuestros guerrilleros ahí existentes, era en todo inferior a los invasores, se replegaron a este cuartel general no sin haber tenido un serio cambio de balas, cuyos por menores no conozco aún en todos sus detalles por no haberse todavía incorporado a éste el coronel Ramírez, y no obstante la llegada de Albarracín, el día de ayer.

Me tiene usted, pues, a siete leguas del enemigo y tomando ya todas las providencias que la situación exige para salir mañana a su encuentro. Vamos a ver, pues, si la suerte no nos es adversa y logramos un verdadero triunfo sobre las fuerzas invasoras.

El sábado ingresó a este cuartel general la división Acosta del ejército boliviano, cuyo número es de 1,300 (mil trescientos) hombres en buen estado. Con motivo de la recepción que hice a dicha fuerza y aprovechando de la oportunidad para pasar una revista general a los ejércitos aliados, lancé una proclama adecuada a las circunstancias, como verá usted por el ejemplar que le adjunto a ésta.

En grandes apuros nos vimos para devolver a la comisaría boliviana los veinte mil soles en metálico que me proporcionó para socorros. El empréstito local no surte aún sus verdaderos efectos, pues como ya he dicho a usted en otras ocasiones, este departamento es esencialmente mercantilista y de un patriotismo casi relajado, y poco o nada debe esperarse de su abnegación e interés por nuestro mejoramiento y triunfo.

De las fuerzas, que según se me anunció en días pasados, debían destacarse de Arequipa a este cuartel general o sobre

Tarata nada sé aún, lo que me hace perder la esperanza de que lleguen con oportunidad al centro de las operaciones próximas a desarrollarse.

Nuestro común amigo, el doctor Solar, continúa haciendo magnífica autoridad y cada día en el más perfecto acuerdo conmigo.

Por lo demás el ejército está lleno de entusiasmo por la próxima batalla, con cuyo contingente moral, haremos esfuerzos, a fin de suplir la deficiencia de nuestra artillería y caballería.

Que se conserve usted disfrutando de felicidad, es el deseo de su afectísimo amigo y seguro servidor.

L. MONTERO.

Nº 28

### Carta de Isaac Recabarren a Piérola

Arequipa, abril 20 de 1880.

Excmo. señor presidente de la república

D. Nicolás de Piérola.

Mi querido amigo:

Por mi comunicación anterior habrá usted sabido el estado en que se hallaba la expedición que tuvo usted la bondad de confiarme; la actividad que yo desplegaba, mis propósitos y la importancia de las evoluciones que debía hacer con las fuerzas de mi mando para auxiliar, eficazmente, al primer ejército del Sur, haciendo que el enemigo dividiera las suyas y tuviera que cambiar de plan de operaciones.

En esa misma comunicación pedía a usted la aprobación o desaprobación franca de todos mis actos, la cual espero que se servirá usted remitirme.

Ahora paso a dar cuenta a usted de los ulteriores acontecimientos, en cuyo relato seré tan exacto, como lo demanda la importancia del asunto.

Para la completa organización del cuerpo del ejército que yo debía conducir, llamé a varios jefes para saber si estaban aptos para el servicio; muchos de ellos se fingieron enfermos (de donde resultaba la rareza de que el mes de abril fuera de enfermedad para los militares), y para cohonestar su conduc-

ta, por no decir su cobardía, principiaron a desacreditar mi expedición, propalando que los rifles que había traído eran malos, porque eran recompuestos en Lima; que los cañones no servían, y, por último, que yo por ambición de gloria iba a sacrificar la gente que llevaba. A otros jefes no quise colocar por sus malos antecedentes y conducta reprobada, y entre éstos estaba el coronel Sequera, quien había sido tomado en flagrante delito de defraudación al Estado por una suma de 2,000 a 2,400 soles, con motivo de una comisión que se le dio de que trajera de Puno unos 2,000 pares de zapatos; en cada uno de ellos recargaba el precio legítimo con dos soles.

Pues bien, todos estos jefes se aunaron no solo para propalar lo que anteriormente tengo relatado a usted, sino que excitaron el amor propio de los jefes que me obedecían, y entre ellos al coronel Gutiérrez, diciéndoles que cómo se dejaban mandar por un jefe menos antiguo que ellos, y que los iba a sacrificar. Pero no pararon en eso, sino que azuzaron los celos del coronel López, jefe del estado mayor general, haciéndole creer que yo despreciaba su autoridad y que no le consultaba, como hubieran querido, lo más mínimo que hiciera.

Esta era la atmósfera malévola de que le hablaba a usted en mi anterior.

Todos estos rumores ,todos estos azuzamientos llegaron a producir su efecto, porque el coronel Gutiérrez desconoció mi autoridad de comandante en jefe de la división, y en una comunicación que me pasó me daba solo el tratamiento de sub-jefe de E.M. Yo le devolví dicha comunicación y al abocarme con él, me dijo: que sólo por estar al frente del enemigo se había prestado a servir bajo mis órdenes, pero que desde ese momento renunciaba el mando divisional que se le había confiado. Contestéle que hiciera su renuncia. En vano la esperé; en cambio, lo que dicho jefe hizo fue dirigirse al jefe del E.M.G., coronel López, desconociendo mi autoridad y pidiendo entenderse directamente con él. Esto constituía un acto de insubordinación que yo hubiera castigado ejemplarmente, a no ser la consideración de que se promoviera un escándalo en Arequipa y que éste llegara a oídos de los chilenos, de cuya burla seríamos objeto.

Todo esto pasaba, mientras que yo desplegaba, de día y noche para la completa organización de la división expedicio-

naría, hasta el punto de halagarme *con la idea de ponerme en marcha el 24 de los corrientes*, como se lo oficié al general Montero, en comunicación que ya debe haber recibido.

Para el vestuario tuve que hacer un contrato con un comerciante de esta plaza, G. Marcó del Pont, para girar letras por 42,492 soles billetes, importe de 4,228 varas de paño, contra la secretaría de guerra, quedando responsable, por hipoteca pública sobre mis bienes, del reintegro de esa cantidad, si el gobierno no la podía pagar en el plazo estipulado.

Ya ve usted que yo hacía todo género de sacrificios por el éxito de la expedición que usted tuviera la bondad de confiarme.

Mientras yo hacía esto, mis enemigos no se dormían, y para cohonestar su cobardía y sus malos procedimientos, continuaban excitando el amor propio del coronel López. Este, que sea dicho de paso, se ha hecho cargo de la jefatura de E.M. en el mayor desprestigio, pues se le tomó en flagrante delito de robo de la aduana de Mollendo, después de la retirada de los chilenos, con cuyo motivo se cruzaron notas entre la aduana y él, sin que se consiguiese la devolución de las especies robadas, éste, digo se dispuso a llevar a cabo un plan trazado por el coronel Sequera, que ha sido el alma del complot, plan que consistía en suscitarle competencia de autoridad, para consiguientemente sustituirme del mando de la división.

En efecto, el coronel López, me dijo de palabra que yo debía hacer todo con su anuencia y bajo su orden y que no podía proceder en nada por mí mismo. Yo le contesté que aunque mi comisión era completamente independiente del segundo ejército del Sur, puesto que al E.M.G. no se le había oficiado para que dispusiera lo conveniente a la organización ni salida de la división de mi mando, y que él —el coronel López— no había tenido noticia de mi expedición, sino por la parte pertinente de mis instrucciones, que yo le mostré; que sin embargo procederíamos en todo de acuerdo. Y en este momento se paró de su silla y me abrazó y me dio una satisfacción; pero abrazo y satisfacción fueron falsos, porque seguía el complot.

Ayer, por fin, estalló, porque el coronel López me pasó un oficio en que me decía: que por razones de alta significación y por convenir a la mejor organización del segundo ejército del

Sur, disponía que dejara el mando de las fuerzas y que quedara en mi primera colocación de sub-jefe de E.M. y además que las fuerzas existentes en la plaza se dirigieran tan sólo a él en asuntos del servicio. Contestaba yo, el citado oficio, de la manera conveniente, cuando tuve que interrumpir para comer. Eran las 7 de la noche y me hallaba sentado a la mesa en unión de algunos amigos y señoras, cuando se cometió en mi casa el escándalo más inaudito de (que) pueda formarse idea. Una compañía del batallón Legión Peruana, que manda el coronel Gutiérrez, acompañada de una turba de malvados, recogidos de la hez del pueblo, penetraron en mi domicilio, dando gritos feroces y sin respetar mi posición, ni la presencia de señoras, maltrataron gravemente a culatazos a los amigos que conmigo estaban, dispararon tiros sobre varios de ellos y sobre mí, lo que es un asesinato frustrado, y me redujeron a prisión, en unión de varios jóvenes que no tenían más delito que acompañarme a comer, en un calabozo del cuartel del coronel Gutiérrez que se constituyó en mi cancerbero. En la calle del tránsito a la prisión, los coroneles López y Gutiérrez, excitaban a la muchedumbre diciéndole que era necesario matar a los traidores. Así, pues, me conducían como a un criminal en medio de una turba desenfrenada, y se gritaba de voz en cuello que yo era traidor. ¡Traidor yo! (y lo digo, no por jactancia, sino porque en la hora de las acusaciones malévolas, es necesario decir las verdades comprobadas) ¡traidor yo! que tengo una hoja de servicios muy limpia, que siempre he servido y serviré con lealtad al gobierno que me ocupa; que he peleado en los tres combates importantes que han tenido nuestras fuerzas con las del enemigo, hasta el extremo de salir herido y de que el gobierno haya premiado mis servicios dándome dos grados sucesivos; y que, por último, he llegado a hacer hasta el sacrificio de mis bienes por servir a la patria, dejando a mis hijos a la mendicidad en caso de que el gobierno no pudiera dar los cuarenta y tantos mil soles de que he hecho mención.

He quedado, pues, de hecho sin mando; se ha paralizado todo. La expedición no marcha y el ejército del Sur no será auxiliado, y esto cuando su general en jefe debe haber recibido comunicación mía en que le decía *que saldría el 24 de los corrientes*. Así, pues, tal jefe operará creyéndome en marcha y sus operaciones saldrán frustradas, y de allí quizás provenga

su derrota. Estos son los males que han causado y causarán esos hombres, a quienes en mala hora se les confiara una autoridad cuyos deberes no saben cumplir.

Yo creo y espero firmemente, que usted con la rectitud que le caracteriza y que soy el primero en reconocer, sabrá hacer cumplir justicia y castigar, si así lo juzga por conveniente, a los malos servidores de la patria, a esos que por pasiones mezquinas impiden el logro de una empresa que podía salvar al ejército del Sur de las fuerzas enemigas, que muy superiores en número por todas partes lo asedian. *Lo que debió ser triunfo se convertirá en derrota*: he aquí la verdadera situación futura de nuestras armas.

No será demás que le diga a usted que aquí he encontrado una opinión nociva, arraigada entre cierto género de militares, que son los que me han tramado el complot, *y es la de que se pierda el ejército del Sur*; para ello, creo yo, no salir a campaña activa, sino hacer una campaña de retirada y de fuga, lenta y sin riesgos, ¡como si la invasión chilena no será más horrible, más violenta, más destructora, si sus hordas obtienen el triunfo! ¡Como si el país no sufriera las consecuencias de esa invasión por los bárbaros del Sur! ¡pero a ellos qué les importa, si no pelean y ganan sueldo!

Repito a usted que todo lo que he relatado es la expresión exacta y franca de lo sucedido y que en cuanto a lo que anuncio de los robos de los coroneles López y Sequera, nada hay que no pudiera ser comprobado por documentos.

Espero que usted encontrará mi conducta como la de un caballero y un soldado leal, cuyo único anhelo es el triunfo sobre el enemigo. Sin embargo, si he obrado mal, dígnese usted declararlo que yo estoy dispuesto a sufrir las consecuencias de mis errores, mas no de mi mala intención.

Después de dar a usted cuenta del triste, cuanto escandaloso, acontecimiento que motiva esta carta, me congratulo de saludar a usted estando ya en libertad y me suscribo de usted con las demostraciones de la más alta consideración.

Su afectísimo amigo y seguro servidor.

ISAAC RECABARREN.

## Carta de Montero a Piérola

Tacna, abril 21 de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Mi estimado amigo:

A mi carta de fecha 19, que va junto con ésta, y cuyo contenido confirmo en parte, sólo tengo que agregar, que el coronel Ramírez llegó a este cuartel general, después de haber cumplido satisfactoriamente con su deber en Sama.

Los destacamentos enemigos, recorren todo ese valle, y, según las últimas noticias, desembarcan parte de su fuerza por el morro del mismo nombre. Nosotros estamos expeditos para salirles al encuentro, esto sin perjuicio de todas las medidas de vigilancia y hostilidad que se han puesto en práctica.

Ayer en la madrugada hemos sido sorprendidos con la llegada del general Campero a este cuartel general. Ha venido sin fuerza, pero acompañado del señor Bustamante, ministro del Perú en Bolivia, y dos o tres edecanes.

El ilustre huésped ha sido bien recibido, especialmente por mí, que no teniendo más pensamiento que el triunfo de mi patria, veo en cada patriota verdadero, por aislado que se presente, un poderoso contingente para la lucha.

Nada sé aún de las fuerzas de Arequipa.

*Cada día advierto más la necesidad de una regular caballería, cuya falta quiera Dios que no nos sea funesta.*

La ropa de lana para la tropa y dinero en metálico para su sostenimiento son también las premiosas necesidades del momento.

En fin, mi estimable amigo, pocos momentos más y habremos: o sucumbido con gloria, o habremos salvado la alianza, mientras tanto disponga usted del aprecio de su afectísimo amigo y seguro servidor.

L. MONTERO.

**Carta de Montero a Piérola**

Tacna, abril 29 de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Mi estimado amigo:

Hace algunos correos que no recibo comunicación de usted, y como, a decir verdad, mejor nos entendemos por medio de nuestra correspondencia privada que por la oficial y destemplada que me dirige la secretaría de guerra, desearía por este motivo, que la que con justicia prefiero, en obsequio a nuestras relaciones y por el bien del país, no escasease jamás y fuese siempre tan explícita como al principio.

En mi anterior, doy parte a usted del arribo de la división boliviana Acosta, y, últimamente, de la inesperada llegada del general Campero, acompañado del señor ministro Bustamante. Dicho general fue hecho reconocer por mí como director de la guerra, y nuestras relaciones oficiales y particulares se cultivan, desde ese día, de la manera más estrecha y sincera. Parece que ha resuelto su regreso a Bolivia para instalar la Convención Nacional, y teniendo, sin duda, en cuenta su viaje dictó al día siguiente de ser reconocido una orden general declarándome general en jefe de los ejércitos aliados.

Aun cuando el enemigo parece que no quiere avanzar de su principal línea de defensa, se resolvió, sin embargo, que saliese el ejército a campamento, situando la línea entre Sama y Tacna. El movimiento ha tenido lugar, pero hemos palpado la imposibilidad de sostenernos ahí por la falta de agua, forraje y demás artículos de subsistencia para el ejército y las brigadas que en tan mal estado y escaso atienden a su servicio. Con este motivo, pues, hemos dispuesto, anoche, el acercarnos a Tacna, situándonos en las faldas de la cuesta que circunda el valle, y estableciendo nuestra primera avanzada en Quebrada Honda, la gran guardia tendida en el campamento que hemos dejado, y las partidas sueltas de guerrilleros en los diversos puntos en donde se puede vigilar y hostilizar al enemigo.

Las vacilaciones de más de dos meses en que está el enemigo, las enfermedades que según noticias los abruman, su cuasi apoltronamiento en la provincia de Moquegua, la decepción que han sufrido de mi ningún propósito de moverme de la línea de defensa de Tacna y Arica, y otros incidentes más que contribuyen a formar la fisonomía de la situación del invasor, me hacen desesperar de la resolución que tenga para buscarnos, en cuyo caso es de absoluta necesidad que empleando los esfuerzos más supremos, empiecen las fuerzas de Arequipa a asediar por la retaguardia a los chilenos, a fin de obligarlos o a darme combate, o a estrellarse desesperados contra el más próximo.

Estoy en continua comunicación con el general Leyva, ya porque de su circunspección y tino debo esperar la mejor armonía entre nosotros, como porque de su experiencia y conocimientos militares se puede obtener inmenso provecho en la presente campaña, marchando como felizmente marchamos en combinación y perfecto acuerdo. Tengo un alto concepto del general Leyva, y si como debo esperarlo él corresponde a la fe que tengo en sus cualidades como patriota, caballero y soldado, entonces se puede asegurar que mientras al gobierno lo rodeen hombres como Solar y Leyva y otros no menos dignos, se puede abrigar la fundada esperanza de la salvación interna y externa de nuestro pobre país.

Me he impuesto de los desórdenes escandalosos y mezquinos de Arequipa, en donde debíamos esperar que hubiese la mejor armonía entre las principales autoridades y sus subordinados, como felizmente pasa en este departamento, en donde lejos de experimentar esos sinsabores se disfruta en lo general de paz y armonía entre las autoridades políticas y militares.

Por acá vivimos en la más completa ignorancia, respecto de lo que por allá se hace y pasa, especialmente sobre la adquisición de elementos bélicos para la consecución de la guerra.

Que disfrute usted de salud y felicidad, son los deseos de su afectísimo amigo. Seguro servidor.

L. MONTERO.

## Carta de Montero a Piérola

Altos de Tacna, mayo 5 de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Mi respetado amigo:

Nos tiene usted fuera de la ciudad, esperando que el enemigo avance sobre nosotros, según datos recibidos, pero a pesar de todo insisto en mi opinión de que el ejército chileno no nos buscará. Sus movimientos no tienen otro objeto que alejarnos de nuestra base de operaciones, que de este modo fue su movimiento de flanco, o sobre Arica, que es el punto objetivo de ellos. El señor general Campero, que llegó junto con el ministro Bustamante ha sido reconocido por mí como general en jefe del Ejército Aliado, en armonía con uno de los artículos consignados en el protocolo. Sobre él pesa, pues por ahora, toda la responsabilidad respecto a las operaciones militares y como la moral militar es la base fundamental para el buen éxito de éstas, me concretaré pues a obedecer ciegamente las órdenes que me sean comunicadas, cumpliéndolas con todo el celo patriótico de que está animado el ejército que me honro de comandar.

Los jefes de cuerpo, que usted ordenó fuesen destinados a este ejército, se hallan actualmente en sus respectivas colocaciones, no habiéndose podido aún cumplir la refundición de algunos, porque temo que se pierdan. Con mayor extensión hablaré a usted Solar y Bustamante. Cuando me permití hacer al gobierno observaciones, no tenía otro móvil que el buen servicio, ni otro norte que mi lealtad al gobierno y mi amor al país; por lo demás yo no tengo amores ni con comandantes generales, ni con jefes de cuerpo.

He tenido necesidad de colocar al coronel Velarde como jefe de estado mayor en reemplazo del de igual clase señor La Torre, cuya inutilidad y mala conducta lo colocan a gran distancia de los buenos servidores de la Nación.

Estaba escribiéndole esta comunicación, cuando entró en mi carpa el señor general Campero a manifestarme que debiendo regresar a Bolivia, había llegado el caso de que volviera a hacerme cargo del mando del Ejército Aliado; semejante de-

terminación me ha causado honda pena, tanto porque estaba ya muy hallado con este cumplido caballero, cuanto porque la enorme responsabilidad que pesaba sobre mí se había reconcentrado en el director de la guerra, y yo me encontraba como general en jefe de mi ejército sin más responsabilidades que en el campo de batalla. En fin qué hacer, mi amigo, venga lo que viniere, tenemos que sacrificarnos por nuestra patria, adelante pues.

Se va el tren, no tengo más tiempo que para asegurarle que este ejército será siempre digno del país y de la confianza del gobierno.

Acepte usted mi doctor y amigo la afección sincera de su atento seguro servidor.

L. MONTERO.

Nº 32

### Carta de Montero a Piérola

Campo de la Alianza, mayo 23 de 1880.

Excelentísimo señor  
Don Nicolás de Piérola,  
Lima.

Mi estimado amigo:

Aprovecho del seguro conducto que hoy se me ofrece para escribir a usted la presente, participándole los sucesos del día de ayer.

En efecto, acabábamos de hacer ejercicio, cuando nos anunciaron la proximidad del enemigo: acto continuo se formó la línea de batalla y la recorrimos con el general Campero, perorando a las tropas, cuyo entusiasmo es verdaderamente extraordinario.

Apenas avistado, rompió nuestra artillería sus fuegos en muy buena dirección, recibiendo también la contestación del enemigo con la misma certeza que nuestros tiros. No sabemos los daños que le hemos causado, pero lo positivo es que ellos se activaron despavoridamente dejándonos algunos despojos de prendas y municiones, y causándonos la muerte de un joven sucrense y las heridas de dos soldados más.

Por datos recibidos se sabe que aún no se mueve decididamente de Sama el enemigo, y que, por consiguiente, se man-

tiene siempre en su estado de vacilación. Sabemos igualmente que nuestras primeras fuerzas de Arequipa han ocupado Moquegua, y que se anuncia el bombardeo de Arica en combinación con el ataque que debe dar el ejército de Baquedano.

Reitero a usted la necesidad de mis pedidos hechos al gobierno, a fin de aliviar en algo nuestra situación si llegan a tiempo los auxilios pedidos.

El ejército sigue cada día ganando más en moralidad y disciplina, condiciones que unidas al entusiasmo verdaderamente patriótico que manifiestan por la próxima batalla, lo colocan en posición ventajosa respecto del enemigo.

Por lo demás, sólo deseo que la providencia haga justicia a nuestra (causa) que en cuanto a sacrificios por el triunfo, ya usted y el país sabe que no los sé escasear, y que el ejército que tengo a mis órdenes lo considero capaz de todo lo grande, tal es su resignación y moralidad.

Que se conserve usted con salud y felicidad es el anhelo de su afectísimo amigo y seguro servidor.

L. MONTERO.

*Nota.* — He dicho a usted ya en mis anteriores la necesidad en que me he visto de separar del estado mayor al coronel La Torre, por su mala conducta y abandono en el servicio: nombré una comisión con el objeto que informase sobre el estado en que se hallaba esa oficina y hoy remito ese informe al ministerio de Guerra, véalo usted y juzgue si he procedido bien. En las actuales circunstancias no pueden haber términos medios en el servicio, si esto sucediese todo se perdería, y la disciplina y la moralidad militar desaparecerían por completo, no pudiendo cosechar un ejército sino derrotas y derrotas. Mientras merezca la confianza del gobierno y del país en el arduo y difícil puesto que ocupo, seré inflexible para los malos militares y peruanos que no cumplan su deber.

De un momento a otro combatiremos. Dejaremos bien puesto el honor de nuestras armas. Le suplico cuando reciba cartas mías le haga comunicar a mi señora que estoy bien, porque muchas veces no tengo tiempo para escribirle un solo renglón.

L. MONTERO.

Parte del general Montero sobre la batalla de Tacna

Tarata, mayo 29 de 1880.

República Peruana.

General en jefe del ejército del Sur.

Excmo. Señor:

Cumplo con el deber de dar cuenta a V.E. del resultado del combate del 26 del corriente en el ala derecha que V.E. tuvo a bien encomendar a mi dirección.

Sabe V.E. que la derecha la componían las divisiones del coronel, comandante general, D. Justo P. Dávila y la del señor coronel D. César Canevaro, el regimiento Murillo, la división Tacna, los batallones Alianza, Aroma y una batería de artillería. De estas fuerzas la división Tacna, cuyo comandante general era el prefecto del departamento y los batallones Alianza y Aroma fueron destinados a la línea de reserva.

Desarrollado el combate por la izquierda, V.E. dispuso que se enviara refuerzo. En cumplimiento de esa orden, fueron los batallones Alianza y Aroma primero y después el Provisional de Lima Nº 3, que formaba en primera línea de combate.

Esta circunstancia dio margen a que yo quedara sin otra reserva que la división Tacna, cuya bizarría se hizo harto notable en esos instantes supremos.

El comportamiento de las tropas durante la lucha ha sido presenciado por V.E. por cuya razón creo innecesario detenerme en detalles que en otro caso serían indispensables.

Las fuerzas de mi mando V.E. lo sabe perfectamente, han luchado con valor y con denuedo y si al fin cedieron la victoria al enemigo, después de un nutrido fuego de más de tres horas, fue solo por el excesivo número de las tropas enemigas. Destrozados los batallones era imposible continuar por más tiempo el sangriento combate.

Los únicos primeros jefes que fallecieron durante el combate en el ala derecha fueron el coronel Fajardo y el comandante Alcázar, jefes respectivamente de los batallones Cazadores del Rímac y Columna Pará.

El número de heridos ha sido crecido lo mismo que el de muertos, tanto de jefes subalternos como de oficiales e individuos de tropa. La relación nominal de tan deplorables pér-

didas la tendrá V.E. tan luego como yo la reciba de los comandantes generales.

Aprovecharé de esta oportunidad para recomendar a la consideración de V.E. el digno y valeroso comportamiento del señor Miguel Aguirre que con Zapadores peleó en el ala derecha que me cupo la honra de mandar.

Un deber de justicia no me permite terminar sin hacer una recomendación especial a V.E. del digno comportamiento de los jefes, oficiales y tropa que han peleado bajo mis órdenes. Si la victoria ha correspondido al enemigo por la superioridad de sus fuerzas, la gloria solo corresponde al ejército aliado. Dios guarde a V.E.

L. MONTERO.

(*La Patria*. Lima, 12 de junio de 1880)

Nº 34

**Parte que el contralmirante Montero dirige al secretario de guerra sobre la batalla de Tacna**

Tarata, 29 de mayo de 1880.

Señor secretario de guerra:

En cumplimiento de un austero e imprescindible deber, paso a comunicar a V.S. el resultado del combate librado el 26 de mayo con el ejército de Chile, a pesar de no haber recibido hasta este momento parte alguno de los comandantes generales de las distintas divisiones de nuestro primer ejército del Sur.

Por disposición del excmo. señor director de la guerra me cupo mandar el ala derecha del ejército aliado: la izquierda correspondió al señor coronel D. Eliodoro Camacho.

Después de un combate de artillería iniciado a las 7 y 30 de la mañana, principió el de infantería a las 11. Los fuegos del enemigo se desarrollaron por el ala izquierda, por cuya razón el director de la guerra me pidió refuerzos que inmediatamente envié, haciendo avanzar los batallones Alianza y Aroma del ejército boliviano que tenía a mis órdenes. Poco tiempo después de enviado este refuerzo se comprometió el combate en toda la línea de batalla. El director pidió nuevos refuerzos para el ala izquierda y sin vacilar mandé que marchara inme-

diatamente el Batallón N° 2 Provisional de Lima. El señor director de la guerra calificará como la justicia se merece el comportamiento de este distinguido cuerpo.

Los refuerzos enviados a la izquierda me privaron por completo de refuerzos de reserva. Sin más tropas que las que formaban en primera línea hemos resistido el doble ataque de las fuerzas enemigas por el flanco y por la retaguardia, hasta que la inmensidad del número obligó a nuestros bravos soldados a emprender la retirada sobre Tacna con el propósito de renovar allí el combate. Persuadido al fin de la inutilidad de mis propósitos, abandoné la ciudad después de las 5 de la tarde, avanzando siempre con la lentitud que era indispensable para infundir nuevo aliento a nuestras tropas y encontrarme en actitud de combatir nuevamente, si las fuerzas enemigas intentaban una persecución.

Como el ejército aliado tenía tropas de las dos repúblicas, las que pertenecían a Bolivia se encaminaron por la vía de San Francisco mientras las nuestras siguieron la del punto donde ahora me encuentro ocupado de la reorganización.

El desgraciado resultado del combate del 26 no se debe a la mala calidad de nuestras tropas sino al excesivo número de los enemigos. Tan cierto es que el ejército peruano ha luchado con bizarría que de los doce batallones que tenía bajo mis órdenes han muerto 6 primeros jefes y un comandante general cuyos nombres guardará con orgullo la historia. El coronel D. Jacinto Mendoza que comandaba la cuarta división, los coroneles Barriga, Fajardo, Luna; los tenientes coroneles Maclean, Llosa y el comandante D. Samuel Alcázar que mandaban respectivamente los batallones Huáscar, Cazadores del Rímac, Cazadores del Mistí, Arica, Zepita y la columna de Para han luchado con un heroísmo superior a todo encomio.

Aparte de tan sensibles pérdidas hemos tenido también las de muchos segundos y terceros jefes, sin contar con el gran número de heridos y cuya relación la tendrá V.S. así como la de los numerosos oficiales que han desaparecido en la cruenta lucha, tan pronto como los comandantes generales pasen sus partes al señor coronel Velarde, jefe de estado mayor general.

La necesidad de atender a la defensa de Arica sólo permitió presentar 8,000 combatientes de nuestra parte; los enemigos eran 20,000 y ante tan inmensa superioridad numérica todo el

denuedo de nuestras tropas se hizo tan poco eficaz para el triunfo como el viril entusiasmo desarrollado en tan supremos instantes por todos los ciudadanos de la heroica Tacna.

Si el resultado del combate no ha correspondido a nuestras esperanzas ha venido a probar una vez más que nuestro ejército no carece de competencia, tratándose de entusiasmo y de valor. Por mi parte, dominado por la dolorosa impresión del inesperado desastre siento que mis fuerzas se reaniman al considerar lo comunes que son entre nosotros los rasgos de heroísmo y de grandeza.

La guerra, continuando como lo espero, no podrá dejar de ofrecernos el triunfo definitivo si aprovechamos como debemos tanto el mérito de nuestras tropas como las lecciones de una amarga experiencia. Repúblicas como la del Perú no se anonadan ni sucumben por una derrota parcial que puede y debe servir de origen a la última victoria que se obtenga sobre el enemigo.

Dígnese V.S. poner en conocimiento de S.E. el jefe supremo, el contenido de este ligero parte, haciéndole presente lo sensible que ha sido para el ejército peruano la heroica muerte del general José G. Pérez, jefe del estado mayor general del ejército aliado y la mortal herida del ilustre coronel D. Eleodoro Camacho, comandante en jefe del ejército boliviano. Dios guarde a V.S.

L. MONTERO.

(*La Patria*. Lima, sábado 12 de junio de 1880).

Nº 35

Parte del jefe de la primera división sobre la batalla librada en el Campo de la Alianza

Tarata, mayo 29 de 1880.

Comandancia general de la primera división.  
Señor coronel jefe del estado mayor  
general del primer ejército del Sur.  
Señor coronel:

Elevo a usted los partes originales que con motivo de la batalla librada el 29 de los corrientes en "Campo de la Alianza",

me han pasado los primeros jefes de los dos batallones que formaban la primera división del ejército, con cuya comandancia general se me había honrado. Esos partes revelan, señor, que si la división se ha sacrificado sin resultado positivo para el triunfo de nuestra causa, no ha sido por carencia de valor o disciplina, de que ha hecho lujosa ostentación en el campo de batalla, sino por el doble error consumado en la dirección general del combate al hacernos expedicionar sin objeto en la noche del 25 y alejarnos sin las reservas indispensables en todo plan de batalla bien combinado. Ni la fuerza numérica de los invasores ni la superioridad de sus armas, habrían producido nuestra derrota, si las líneas hubieran combatido con sujeción a los preceptos inquebrantablemente aconsejados por la táctica y la estrategia desgraciadamente eso no aconteció y por eso el denuedo de la división, la sangre que a corrientes ha derramado, si es cierto que glorifica su nombre, también lo es que ha producido un doloroso resultado para nuestras armas.

Testigo presencial ha sido usted de los movimientos de la división y de la heroicidad con que ha luchado. Este hecho me exonera de entrar en un orden de apreciaciones, que estoy seguro no se habrá ocultado a la clara inteligencia de usted. Dios guarde a usted.

JUSTO P. DAVILA.

(*"La Patria"*. Lima, 9 de julio de 1880).

Nº 36

**Parte de D. Pedro A. del Solar al jefe del estado mayor  
del ejército del Sur**

Tarata, 28 de mayo de 1880.

Comandancia de la división gendarmes de Tacna.

Señor coronel de estado mayor general

del primer ejército del Sur

Nombrado por el general en jefe del primer ejército del Sur comandante general de las fuerzas de gendarmería y policía que estaban a mis órdenes como prefecto del departamento las organicé agregando a ellas el escuadrón gendarmes

de Tarapacá que puso a mi disposición el señor coronel D. Luis F. Rosas, prefecto de aquel departamento y los cuerpos de reserva movilizable formados por el comercio, agricultores y naturales de Tacna.

El día del combate presenté en el campo una fuerza efectiva de 750 hombres de la columna gendarmes, 60 de policía, 50 lanceros del escuadrón gendarmes de Tacna, 43 tiradores de los gendarmes de Tarapacá y poco más de 400 ciudadanos armados.

Me fue designado un puesto en la reserva del ala derecha que se ordenó ocupar en las primeras horas de la mañana del 26 del corriente. Después de cerca de dos horas de cañoneo, rompieron los fuegos de fusilería por el ala izquierda y, comprometido el combate en toda la línea se me ordenó atacar, lo que fue ejecutado en el acto con las fuerzas de gendarmería y policía y poco momentos después con los voluntarios de Tacna.

Estrechado el combate se sostuvo con toda la energía y firmeza que puede exigir el patriotismo desde que luchábamos contra fuerzas más que duplas. El comandante D. Napoleón R. Vidal, primer jefe de la columna gendarmes recibió dos heridas, una de ellas de gravedad, así como el capitán graduado Rosendo Barrios, el capitán D. Samuel Alcázar, que comandaba la columna de agricultores, fue muerto en el campo de batalla.

Cupo a las fuerzas de mi mando, con las que formaban el ala derecha, la buena suerte de ser las últimas en apagar sus fuegos, cuando la mayor parte de ellas estaban inutilizadas por el considerable número de muertos y heridos. Estaba consumada la derrota y toda resistencia era ya imposible.

Al primer rechazo que sufrió el ala izquierda comenzó la desertión y la caballería al mando del coronel Rosas se ocupó en contenerla, empleando la fuerza y rechazando el ataque que aquellos hacían en su fuga.

En justicia debo hacer especial mención del señor coronel D. Luis F. Rosas, del comandante D. Napoleón R. Vidal, del mayor D. Federico Mazuelos y capitán D. Samuel Alcázar, habiendo los demás oficiales cumplido su deber satisfactoriamente.

El pueblo de Tacna representado en aquel acto por jóvenes de todas las clases sociales y de posición conocida ha dado una prueba más de su patriotismo y de que estiman el honor de su país, más que la vida que han sabido sacrificar a porfía.

De algunos interesantes episodios ha sido V.S. testigo presencial y puede apreciarlos debidamente. Me es honroso poner oficialmente en conocimiento de V.S. los hechos relatados, así como que concluido el combate regresé a la ciudad con la mayor parte de la fuerza de caballería que era lo único que me quedaba.

Reunido en la plaza pública con el señor general Campero dispuso éste que tomáramos el camino de Pachia, hasta donde lo acompañé con mi fuerza en formación y de donde nos separamos, tomando el señor general el camino para Bolivia y yo para este lugar adonde he puesto a disposición de U.S. el escuadrón gendarme de Tacna para que puedan ser utilizados sus servicios como U.S. lo estime más conveniente en bien del país. Dios guarde a V.S.

PEDRO A. DEL SOLAR.

(*La Patria*. Lima, sábado 12 de junio de 1880).

Nº 37

**Carta reservada de D. Pedro A. del Solar a D. Nicolás de Piérola**

Tarata, 29 de mayo de 1880.

Señor D. Nicolás de Piérola.

Mi muy estimado amigo:

Oficialmente, como prefecto, doy al gobierno parte del desgraciado acontecimiento del 26, como comandante de una división, lo he pasado al general en jefe del ejército por el conducto regular y lo mando para que sea publicado.

Haré a Ud. en ésta mis especiales apreciaciones e indicaciones.

El número de nuestras fuerzas efectivas que entraron en batalla, ha sido, según el parte del día anterior 5,000 hombres y el de los bolivianos no llegaba a 4,000. Las fuerzas enemigas, según todos los datos recogidos de prisioneros y cálculos de

los inteligentes, fluctuaba de 18,000 a 20,000 hombres. Así es que nos formaron con su primera línea un arco que excedía a nuestro frente. Sólo éste entró en combate y las masas de sus tropas, su numerosa artillería y sus formidables ametralladoras nos destrozaron sin hacer uso de su reserva.

El número ha sido, pues, la primera causa de nuestro contraste. Pero no lo ha sido menos la mala dirección dada por Campero, la falta de plan o más bien dicho, la no ejecución del plan acordado anticipadamente.

En el campo han peleado nuestras fuerzas con valor heroico; pero los cuerpos bolivianos se dispersaron antes de los diez minutos de una manera incontenible; yo los he hecho lancear y he tratado de contenerlos a riendazos y con revólver en mano; era imposible, nos hacían fuego. A un mayor boliviano, llamado Marcial, después de abofetearlo para hacerlo regresar al combate, se arrodilló, suplicándome que no lo obligara ni lo matara; le hice arrancar las presillas que conservo en mi poder y lo boté, conteniendo a los que me rodeaban de que no lo mataran.

El estupendo número de jefes, muertos y heridos y el de oficiales peruanos, con el de bolivianos, que casi está reducido al general Pérez, muerto, y Camacho muy mal herido, es el mejor argumento.

Pero hay algo mucho más grave. Cuatro días antes del combate, practicó el enemigo un reconocimiento bastante atrevido y desde ese día mandó el general Campero llevar su equipaje y algunos víveres a Palca. (1) El día del combate, él y los suyos, la primera orden que dieron fue poner a salvo sus carpas y equipajes y hacerlos conducir en esa dirección. Terminado el combate, ha abandonado el campo antes que yo y muchos otros y cuando llegué a la población todo su empeño era salir en esa dirección. Designó primero el alto de Lima, luego Pocollay, cuando estuvimos allí Pachia y, al llegar a este punto, me manifestó su resolución de irse a Bolivia por Palca,

---

(1) Téngase presente que Campero, al venir a Tacna, desde un principio anunció su propósito de volver enseguida a Bolivia, en donde le esperaba la Asamblea Nacional, que fue la que lo eligió definitivamente jefe de la nación. Las circunstancias lo obligaron a demorar su salida, y, antes que lo pudiera hacer, se presentó el enemigo en plan de ataque.

tendían encerrar el ejército en Tacna y Arica, reconcentrándolo, en caso necesario, a este último punto, con todos los recursos que ofreciera el primero, para hacer allí una resistencia hasta vencer o morir.

En consecuencia en esta desarmonía de opiniones, se acordó practicar un estudio de las condiciones tácticas y estratégicas que ofreciera el valle de Sama, y, al efecto, se pusieron en marcha hacia ese punto el general Pérez, el coronel La Torre, varios jefes del ejército peruano, un ingeniero militar y el que estas líneas escribe, escoltado por un escuadrón de caballería peruana. Durante la marcha el general Pérez me impuso de la disidencia que había originado aquella expedición y me encargó que a las observaciones particulares que pudiera yo hacer, fijara detenidamente mi atención en las discusiones que se producían en el terreno que iba a estudiarse, pues deseaba que fuera redactado por mí el informe que habían de presentar a los jefes que apoyaban la ocupación de Sama.

Llegamos a nuestro destino a las 12 del día siguiente y después de un momento de reposo, la comitiva se puso en marcha para estudiar el ala izquierda de la posición, en una extensión de como de tres leguas.

En la mañana inmediata se reconoció el frente y el lado derecho que ofrecía las mayores ventajas y hasta posiciones inexpugnables.

Una vez llenado el objeto de la expedición, regresamos a Tacna, y, después de una corta conferencia celebrada entre el general Pérez y el coronel Inclán del ejército peruano, a la cual también asistí, me puse a redactar el informe que firmaron los que respondían a su espíritu y fundamentos.

En definitiva, el resultado de esta controversia fue la ocupación del campamento denominado Alto de la Alianza, establecido como 15 días después, a unas dos leguas de Tacna, en dirección de Sama y que, si bien no satisfacía ninguna de las dos opiniones, se armonizaba mejor con la de aquellos que se manifestaron en contra de la ocupación de ese valle.

Entre tanto, había llegado de Bolivia la 5ª división del ejército, fuerte como de 1,500 hombres, compuesta de los batallones Chorolque, Tarija y Grau, al mando del general Acosta. Días después llegaba un escuadrón de caballería, formado en La Paz y mandado por el coronel Ballivián. Y por último, para

entonces me separé de él y seguí mi camino con la fuerza que llevaba para Tarapacá.

Dos jefes lo acompañaron; hoy han regresado de Palca y ambos me afirman que, cuando llegó Campero le esperaban sus mozos con un magnífico equipaje y buenas provisiones.

Las tropas bolivianas han hecho saqueo devastador; por donde han pasado se han llevado brigadas enteras, cargadas con cuanto encontraban y hacía fuego a los que se defendían.

La opinión unánime en el ejército y la mía, y la de todos, es la de no volver a pelear más junto con los bolivianos.

Esta causa y la falta de disposiciones militares y la de recursos que es absoluta, ha hecho que no se reúna el ejército derrotado y dificulto todavía que sea gran cosa.

En cuanto a mí, yo estaré en el territorio de mi jurisdicción hasta que sea posible y en el último caso me retiraré a Puno.

Se ha perdido la mayor parte del armamento, casi toda la artillería y municiones y la desmoralización de la oficialidad y tropa es incalculable.

Deseo que por allá las cosas marchen en otra forma y que sus resultados correspondan a los esfuerzos y sacrificios de Ud.

Mis recuerdos a la señora y niños, al Dr. Panizo y demás amigos y Ud. mande a su amigo.

P. A. DEL SOLAR.

(*La Actualidad*. Lima, abril 8 de 1881)

Nº 38

### **La batalla de Tacna, según el capitán argentino Florencio del Mármol**

Mientras tanto el enemigo asumía una actitud decidida por el lado de Moquegua. Los jefes del ejército aliado estaban radicalmente divididos respecto del plan que debía adoptarse en aquellos momentos. Jefes peruanos y bolivianos presididos por Camacho y Pérez juzgaban ventajosa la ocupación del valle de Sama como base de línea de operaciones. Jefes bolivianos y peruanos, presididos por el contralmirante Montero y el coronel La Torre, jefe de estado mayor del ejército peruano, pre-

complemento más satisfactorio y digno de la representación militar de Bolivia, en el teatro de operaciones, llegaba a Tacna, el 19 a la noche, el presidente provisorio de la república y capitán general de sus ejércitos, general D. Narciso Campero.

El día 20 fue visitado por las autoridades civiles y militares de las dos naciones aliadas y saludado por las bandas de todos los batallones del ejército.

El 21 expidió el contralmirante Montero una proclama y orden general a sus subordinados anunciando que quedaba dispuesto a cumplir las órdenes del director supremo de la guerra, general Campero. Al día siguiente se leía con avidez en cada cuartel, en las calles, en todos los hogares de la sociedad tacneña la siguiente proclama: "El presidente de Bolivia al ejército aliado de Tacna. Defensores de la alianza. Vengo del corazón de Bolivia portador de sus nobles y generosos sentimientos, que hoy se cifran en una sola idea, la idea del sacrificio y de la gloria común.

Fui el primero en protestar allí en Tupiza, contra la villana ocupación de Antofagasta; seré el último en plegar la santa bandera que entonces enarboló mi brazo.

El desenvolvimiento de la guerra separó nuestros campamentos, pero al través de la distancia no dejó de circular entre ambos el fluido eléctrico del patriotismo".

Recibido Campero del mando del ejército unido se organizó por primera vez un estado mayor general del ejército aliado, cuyo mando se encomendó al general Pérez.

Al ocupar este destino el general Pérez no quiso dejarme en el estado mayor boliviano y por la orden general en que dio a conocer la organización de su nueva administración, disponía mi pase a su lado. Pero pocos días después me veía precisado a cesar en todo servicio por la postración a que me redujo la terciana, a tal punto que el mismo general me prohibió terminantemente asistir a su despacho. En Tacna y desde que pasé al estado mayor habitaba una reducida pieza, sin más muebles que la cama y una silla... [Narra el abandono en que yacía y su traslado al hospital militar].

Ya no era posible dudar que al fin iban a medirse las armas beligerantes en una gran batalla. El enemigo tenía sus avanzadas en Chilona y Yalata, al sur de Sama y sobre el río del mismo nombre. Su ejército, fuerte como de 18 a 22,000 hombres,

mandado por el general Baquedano venía resuelto esta vez a no frustrar las esperanzas de los aliados que en número de 9,000 y pico de hombres, ocupaban aquel limitado espacio del extenso arenal en que tres naciones tenían fija su mirada. Un periódico peruano decía: "El enemigo viene, venga cuando quiera y por donde quiera: estamos listos".

Los ecos del interior de Bolivia nos llegaban en sus hojas periódicas, enviándonos palabras de noble aliento. Tacna vivía horas de zozobra. Hacía algunos días, antes de establecido el campo en el Alto de la Alianza, había visto desprenderse, de las altas barrancas que la rodean por el Norte, al escuadrón del coronel Albarracín, derrotado por las primeras fuerzas avanzadas del enemigo. Ahora miraba esas mismas barrancas, cuajadas de soldados que iban y venían, llevando el agua y las provisiones para el ejército y no presentía quizá el espectáculo terrible que ellas iban a ofrecer, mostrando destrozadas y dispersas las huestes de combatientes, a quienes entonces proveían y de quienes todo lo esperaban.

El 22 de mayo el enemigo hizo un fuerte reconocimiento sobre nuestro campo, sin más resultado que el cambio de fuegos de cañón, sostenido por ambos beligerantes durante una hora. Las detonaciones alarmaron a Tacna que creyó llegado el supremo momento. La iglesia de San Ramón tiene una gran campana que solo se hace sonar para anunciar al pueblo los grandes sucesos. En la mañana del 22 el eco imponente de su plañido se sucedía alternativamente con el eco del cañón, poniendo en movimiento a toda la población. Yo no pude permanecer en cama que hasta entonces había guardado. Sin escuchar las reflexiones del ecónomo del hospital, me vestí y me dirigí a pie hasta el campamento, ascendiendo las altas barrancas de arena y llegando, después de una marcha de dos leguas, a la carpa del general Pérez. Mi exterior debió revelar al general el estado de extenuación en que me encontraba. Me abrazó cariñosamente, me hizo recostar en su catre de campaña, diciéndose en tono de amistosa reconvencción: "Descanse y enseguida mándese mudar de aquí y cuidadito con repetir esto".

Mi ascensión fue infructuosa. No había novedad alguna. El cañoneo no tuvo mayor consecuencia. Después de un momento, el general me hizo ensillar una mula, y, trayendo a la grupa un soldado, regresé al hospital y a mi cama. El día 25 los Húsares

de Junín del ejército peruano tomaron al enemigo 60 mulas cargadas con 120 barriles de agua. Esa misma noche se practicó un movimiento sobre el enemigo, que debiendo ser de sorpresa para éste faltó muy poco para que fuera desastroso para los aliados. Las columnas se perdieron. Interrogados los guías, resultó que estaban mareados, pues así como en el mar, sucede a los mejores vaqueanos en aquel desierto de arena.

Hubo un jefe del cuerpo de edecanes del general Campero que mandado por éste al ala izquierda, llegó a un punto avanzado del enemigo, donde se le dio el quién vive. Contestó Bolivia y se alejó precipitadamente, sufriendo el fuego de una descarga. Este incidente me lo contaba ese mismo jefe algunos días después, ponderándome la confusión que envolvió al ejército en aquella noche. Habiendo declarado los guías que no podían orientarse se ordenó la contramarcha al campamento.

Amaneció el memorable día 26. El ejército aliado preparaba su rancho para el desayuno, cuando a eso de las 9 a.m. se presentan a su vista sus avanzadas y algunos cuerpos que no habían llegado al campamento de regreso de la marcha de la noche anterior, peleando en retirada con las descubiertas del enemigo cuyas negras y compactas masas aparecieron enseguida cubriendo todo nuestro frente. Acto continuo se rompió por ambas partes el fuego de cañón que duró como dos horas pero interrumpido por intervalos varias veces. Al eco de sus detonaciones Tacna fue puesta otra vez en alarma y la bronca campana de San Ramón empezó a pregonar vivamente el peligro.

Así como el 22, dejé también ahora la cama e hice lo posible por conseguir una cabalgadura, diligencias que en el primer momento fueron infructuosas. Había resuelto no dirigirme esta vez al campamento sino cuando el fuego del cañón se sintiese acompañado por el de la infantería. Este momento no se hizo esperar. Como a las 11 a.m. estaba vestido y recostado en mi cama, cuando fui llamado por el ecónomo para hacerme advertir un ruido que no sabía si era producido por un carro al galope sobre el empedrado de una lejana calle o si realmente sería el fuego de la infantería.

Al principio albergué también mis dudas. Sin embargo eran aquellos ecos tan precipitados, tan terribles, tanto era su fragor que no podían ser sino la repercusión de las palabras mortíferas que con que los aliados y los chilenos hablaban entre sí en

el campamento. La campana de San Ramón continuaba pregonando la alarma. Salgo a la calle y veo agrupados en las esquinas adyacentes a los soldados enfermos, mirando hacia las alturas del campamento que hasta entonces no ofrecían otra cosa que los contornos superiores de las densas columnas del humo de la batalla. Desesperado de verme a pie en aquellas circunstancias, me dirigí a la plaza de Armas para tratar de conseguir un animal. No había andado una cuadra, cuando tuve la felicidad de ver entrar en un corralón varias mulas de carga que un jefe peruano y algunos arrieros traían del campamento para volverlas con agua. Me dirigí a él y a fuerza de instancia conseguí un raquíico macho, en el que, una vez ensillado, me puse en camino hacia el campo de batalla, acompañado de un joven empleado del hospital. Las calles estaban llenas de ciudadanos que armados se dirigían al alto, de mujeres, entusiastas unas, llorando otras y de niños que ofrecían el mismo contraste. Al pasar por una esquina veo entre otros al dueño del cuarto en que había vivido y aproveché la oportunidad para cancelar el alquiler del último mes. Mi huésped y sus compañeros trataron de retenerme, pero me despedí agradeciéndoles el interés que me demostraban...

Cuando ascendía la cuesta, era verdaderamente conmovedor el espectáculo que ofrecían unas 300 a 500 rabonas, descendiendo hacia Tacna con sus hijos a la espalda, sus ollas de comida en la mano, las lágrimas en los ojos y una queja dolorida en los labios. Media hora después llegaba al campo de batalla.

Me dirigí al costado izquierdo y me coloqué en la fila exterior del batallón Sucre, 2º de línea, sin otra intención que la de exponerme como todos, pero no para desempeñar un papel activo, absolutamente imposible en el estado de mi salud y la extenuación de mis fuerzas. En aquel hervidero de balas, peor que tostadera, como decían los bolivianos, parecía imposible que un solo hombre pudiera salvar ileso. Las balas cruzaban sin cesar, silbando al oído, o picaban al frente, a los costados, a retaguardia, levantando cada una su grano de arena para formar esa espesa nube que por todas partes nos rodeaba confundida con el humo.

En aquel costado estaban también los Colorados, llegados de la derecha en protección de la izquierda. Conteniendo y re-

chazando unas veces, avanzando y arrollando otras, llegando hasta apoderarse de prisioneros y tomar una batería que luego abandonaban acosados por las masas que, cada vez más compactas, oponía el enemigo, ante cuya superioridad de número y de elementos era materialmente imposible alcanzar un resultado feliz.

El batallón Buin, afamado de los chilenos avanzaba resuelto y se oía en sus filas el grito: ¿dónde están los Colorados? Estos no eran hombres de hacerse esperar en tales ocasiones. Avanzan también y después de un nutrido fuego, ganando terreno esgrimen la bayoneta y cargan con admirable denuedo. Pudo verse allí en tierra y bañado en sangre un grupo formado por un Colorado y uno del Buin, cuya bayoneta la tenía aquel clavada en el pecho cerca del hombro izquierdo, mientras el Colorado había introducido la suya en la ingle derecha del chileno, encontrándose ahí ambos recíprocamente inutilizados. Entre el cholaje chileno había también algunos hermosos. Uno que quizás estaba herido, manteniéndose con una rodilla en tierra, se clavó la bayoneta en el pecho con sus propias manos, volvió a arrancarla y la introdujo de nuevo, encontrando lo que tal vez buscaba: el corazón y la muerte.

Otro cuerpo chileno que tenía a su frente a los jóvenes del Murillo, gritaba a medida que se fusilaba con ellos: Sotenéte, bolivianito. Los bolivianitos decentes de La Paz, Sucre, Cochabamba, Potosí y Santa Cruz, se sostenían con heroica intrepidez. El batallón Chorolque hacía prodigios de valor. Sus soldados aun heridos no cesaban de mandarles balas al chileno. Idéntica era la conducta del Canevaro, Ayacucho y otros batallones peruanos. Los Amarillos, 2º de línea, recibieron carga de caballería que rechazaron. Los fuegos que de todas partes le venían hicieron sufrir a este cuerpo más que otro alguno. Pero todo esfuerzo era imposible. Las líneas chilenas se prolongaban, aumentándose siempre, formando un círculo que tendía a cerrarse por nuestra izquierda. La artillería boliviana se sostuvo mortífera e inmovible hasta el último momento. Por desgracia el número y calidad de sus piezas era algo menos que cero comparado con los 60 o 70 Krupp del enemigo, aunque sus proyectiles no nos causaban mayor estrago, por el lecho de arena en que caían. Así se sostuvo este imposible hasta más de las 3 p.m. Momentos antes habían caído sucesivamente el

coronel Camacho y el general Pérez, herido el primero en la región del vientre y el segundo en la parte superior izquierda de la nariz. Poco después la derrota empezó. Entre los batallones que pasaron del costado derecho en protección de la izquierda, estaba el Victoria del ejército peruano. Al entrar en línea lo hizo en desorden. Rompió una descarga sobre el enemigo y no se sabe cómo se infundió tanto pavor en sus filas que acto continuo se le vio dar media vuelta y declararse en dispersión. No recuerdo qué cuerpo siguió el ejemplo del Victoria. Los jefes aliados en este instante hicieron proezas de valor. La idea de la derrota los desesperaba. Recorrían la línea blandiendo la espada, exhortando a todos al sacrificio. Al propio tiempo el general Campero, con una bandera peruana en la mano, trataba en vano de contener la dispersión. Era ya tarde. El imposible había llegado a su colmo. La retirada en derrota se declaró en toda la línea. Los Coraceros que estaban a la derecha con sus inservibles rifles no esperaron mucho para abandonar el campo. Ya no había soldados. Los mismos bolivianos lo dicen: No hay valor que aventaje al de nuestros soldados, y es cierto, pero una vez que han vuelto la espalda, ya nada ni nadie los detiene y no paran hasta llegar a su casa, y también es cierto...

FLORENCIO DEL MARMOL

*(Recuerdos de Bolivia)*

Nº 39

**Carta del corresponsal en Tacna de "La Patria", dando pormenores del combate en el Alto de la Alianza**

Tacna, 22 de junio de 1880.

Señor director:

A la ligera y desde el escondite en que me hallo, huyendo de los cosacos que han invadido esta desgraciada Varsovia, puedo escribir a Ud. esta que ojalá tenga buena suerte y llegue a sus manos. Por este motivo y porque desde mi encierro, que se hace cada vez más insoportable, no es fácil adquirir datos exactos, de lo ocurrido el 26 de mayo que tuvo lugar el combate de los altos de Tacna y de los sucesos de Arica, sólo me limito, por ahora, a referir a Ud. lo que sé por personas que merecen fe y que no están interesadas en desfigurar los hechos.

Escribo lo que mi memoria me dicta y que puede ser infiel u olvidadiza en algo.

El combate del 26 principió con cañoneo de nuestra parte desde las 7 de la mañana. La línea de batalla ese día no fue la convenida desde días anteriores y que hubiera producido buenos resultados. El 25, en la noche, sabiéndose que el enemigo estaba en Quebrada Honda, punto en donde podía ser asaltado, acordó el general Campero, en junta de guerra, maniobrar en ese sentido con el ejército unido. Al efecto hizo avanzar varias divisiones hacia la vanguardia de nuestro campamento, a fin de verificar el asalto y producir la confusión en el contrario, operación que no era dudosa, conociéndose las posiciones enemigas, pero quiso nuestra adversa fortuna que ese pensamiento no se realizase, porque el guía a quien se encargó dirigir las divisiones,, las extravió en un camino trillado, que no daba lugar a trepidar en la marcha, mucho menos en una noche clara y despejada. Desorientadas nuestras fuerzas, se encontraron en sus movimientos y aún estuvieron a punto de fusilarse unas a otras, si felizmente no se reconocen.

En marchas y contramarchas se pasó toda la noche en circunstancias que parte de nuestras fuerzas se encontraban casi sobre el ejército invasor, que ya se había apercebido que las tenía muy cerca. Era pues preciso eludir todo choque, so pena de que cayese sobre ellas el ejército chileno, y fue entonces que emprendieron la retirada para incorporarse a la antigua línea con el resto del ejército. Cuando esas divisiones entraron en línea eran las 6 de la mañana.

Como Ud. debe suponerlo, llegaron allí extenuados por el cansancio, soñolientos, pues toda la noche habían andado, haciendo marchas forzadas y acosados por el hambre y la sed. Sin embargo, entraron en combate con un ardimiento sin ejemplo.

El enemigo se concretó a atacar con su ala derecha nuestra ala izquierda: en ese lado aglomeró sus tropas. Forzoso era defenderlo, porque se le vía flaquear; al efecto fueron varios batallones peruanos, entiendo que la división Mendoza y sostuvieron los fuegos con bizarría aunque no con buen éxito, pues no lograron contener al enemigo que seguía avanzando. En esa resistencia perdimos mucha gente, pereciendo los coroneles Mendoza, Barriga, Fajardo, comandante Mac Lean y otros, sa-

liendo gravemente heridos el coronel Bustios y el coronel Espinoza que han muerto de esas resultas.

Rota el ala izquierda el centro entró en acción, sosteniendo al enemigo. Eran las 12 del día, la resistencia fue tenaz, desesperada, heroica. Fue en esos momentos que rompió sus fuegos el ala derecha, viendo arrollada la izquierda y que el enemigo avanzaba hasta rodear a nuestras fuerzas por aquel punto y apoderarse de 2 cañones de a 12 y cuatro de a 4 y dos ametralladoras. La resistencia fue incansable, introduciendo en el enemigo el desorden, pues se vio a éste retroceder hasta sus reservas. Entonces entró ésta en acción empujando a su vanguardia que casi emprendió la fuga.

El combate arreció más y más con ese auxilio, haciéndose insostenible por nuestra parte, pues, como he dicho, nuestra izquierda estaba perdida y los invasores nos rodeaban. Viendo los nuestros lo inútil de la resistencia, emprendieron la retirada haciendo fuego. Ya los chilenos eran dueños del campo. Eran cerca de las dos de la tarde.

El ala derecha fue mandada por el señor Montero, el centro por el director de la guerra, general Campero y la izquierda por el coronel Camacho, que fue herido de alguna gravedad.

Desde las 12 y 30 principiaron a caer a la población los dispersos de la izquierda y algunos heridos. Todos, o la mayor parte, veían con sus armas. Alguna gente del pueblo quiso contenerlos pero todo fue en vano. Quien no se asilaba en una casa, seguía hacia el Norte de la población, camino de Pachia. A las 3 de la tarde nuestras fuerzas y las aliadas dispersas seguían su camino. El general Campero se adelantó para contener a su gente y el general Montero estuvo con su estado mayor en las calles del pueblo con aquel objeto, pero todo esfuerzo fue inútil, teniendo que seguir a los demás.

El prefecto señor Solar, acompañado de su hijo y secretario, ha hecho lujo de valor y manifestado las dotes singulares que le acompañan, como autoridad del departamento. Fue el último que bajó del campo de batalla y el último también que dejó esta ciudad, cuando ya fue imposible sostenerse...

Dueño de las alturas el ejército enemigo principió a descender hacia la planicie de la población. Se dice que entonces el general Baquedano mandó un parlamentario, al que alguna gente amenazó viéndose obligado a retroceder, pero esto no es

cierto. Lo que sé es que los cónsules extranjeros manifestaron que en el pueblo no había resistencia y que toda hostilidad era inútil, pero Baquedano manifestó que él no quería entenderse con los cónsules sino con una autoridad peruana cualquiera, con el alcalde municipal, por ejemplo, y que si éste no se presentaba bombardearía la población. Autoridades no las había porque se habían retirado con nuestra gente. Sólo quedada el Dr. Guillermo Mac Lean, alcalde municipal. Varios caballeros notables supieron la exigencia del general chileno y se dirigieron a Mac Lean, suplicándole que se presentara a Baquedano, a fin de que cesase el bombardeo, que ya había empezado y iba a victimar a mujeres y niños indefensos. Mac Lean se resistió al principio, pero hubo de ceder y salió de la población en dirección al campo enemigo. . . .”

(Refiere luego como el coronel Amengual, jefe chileno, con el cual tropezó el alcalde, lo hizo rodear por cuatro soldados, con orden de que lo fusilasen si en la población sonaba un tiro contra el invasor. Y tras él envió otros 50 hombres montados. Las tropelías cometidas por los chilenos fueron inauditas). “Saquearon e incendiaron pulperías, mataron a la gente que encontraban en su camino y después se echaron a romper puertas y desvalijar las casas de lo que tenían, destruyendo muebles y cuanto hallaban. Hombres y mujeres han sido objeto de los más inauditos ultrajes de una plebe ebria y desenfrenada. Las casas y habitantes de la campiña sufrieron igual suerte. . . .”

(*La Patria*. Lima, viernes 2 de julio de 1880).

Nº 40

**Carta de D. José de la Peña a D. Nicolás de Piérola**

Puno, junio 13 de 1880.

Señor doctor D.  
Nicolás de Piérola,  
Lima.

Excmo. señor:

Me es doloroso dirigirme a V.E. anunciándole el descabro de nuestro ejército el día 26 de del pasado en las alturas de Tacna.

Este desgraciado resultado es debido a la impericia de los generales, que han mandado nuestro ejército, pues, en lugar de tomar una absoluta defensiva, como lo demandaba la prudencia atendiendo a la superioridad numérica del enemigo, abandonaron las excelentes posesiones de Arica, y con ellas el apoyo de nuestra gruesa y numerosa artillería, dividiendo el ejército para no ser fuertes ni en Arica ni en Tacna. El día 25 del pasado a las 9 de la noche proyectaron los generales Campero y Montero sorprender al enemigo con todo el ejército, no lo consiguieron y los nuestros tuvieron que retirarse a su anterior terreno en la mañana del 26, bajo el fuego del cañón chileno y expuestas a perderse las divisiones Suárez y Canevaro que casi fueron desbaratadas.

No me explico, Excmo. Señor cómo pudieron imaginar los referidos generales dar una batalla de noche, que siempre protege el desorden de las tropas en las operaciones de guerra.

El general enemigo, aprovechando de la falta de los nuestros, persiguió con tenacidad al ejército y lo obligó a aceptar el cobate, nuestras tropas pelearon trasnochadas y sin el rancho de reglamento, siendo derrotadas después de tres horas en que el enemigo tuvo que experimentar el valor peruano.

He asistido Excmo. Señor a la batalla para formarme un juicio seguro del cómo se ha librado ésta, y darle a V.E. una razón detallada de tan tremenda derrota y las causas que lo han originado.

Muchos primeros jefes, jefes subalternos y oficiales, en número desproporcionado a la cifra de nuestras tropas, han sucumbido defendiendo con extraordinaria bravura nuestra bandera.

Puedo asegurar a V.E. que la derrota experimentada por el ejército peruano ha sido de las más decisivas y sólo V.E. puede reparar, pues el sur de la república se encuentra a merced de los invasores.

Mi plan de campaña expuesto en varias juntas de guerra era esencialmente defensivo, para que el terreno nos diese la superioridad sobre el enemigo y poder obtener un resultado glorioso.

El abandono de Arica, es Excmo. Señor la causa de nuestra desgracia, pues los directores no han tenido prudencia ni

juicio para adoptar las medidas necesarias, con el fin de conseguir en la presente campaña el triunfo, de nuestras armas.

Deseándole a V.E. su feliz conservación me suscribo, atto.  
S.S.

JOSE DE LA PEÑA.

Nº 41

**Carta de Segundo Leyva a D. Nicolás de Piérola**

Arequipa, 7 de mayo de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Excelentísimo señor y amigo:

El 28 del pasado llegué a esta ciudad, y si inmediatamente no lo comunicué a V.E., fue porque ya el ocrreo había partido. Hoy lo hago con la más grata complacencia, deseando a V.E. todo género de felicidades.

De Nazca escribí a V.E. comunicándole mi arribo a ese pueblo, y hoy debo decirle que en cumplimiento de las instrucciones que se me impartieron, por la secretaría de guerra, en Lucanas me separé del cargamento, dejándolo a cargo del coronel Rodríguez Ramírez.

En esta ciudad he sido bien recibido por la mayoría de la población que es adicta al gobierno de V.E. Al día siguiente de mi llegada di una proclama al ejército y otra al pueblo, que no remito a V.E. por no fatigar su atención.

Por la correspondencia oficial, que dirijo al secretario del ramo, se impondrá V.E. del estado en que yo encontré las fuerzas existentes en esta plaza, después del descalabro de la división Gamarra; se impondrá V.E. también de los escándalos dados por los coroneles López y Recabarren, y de lo que yo he podido hacer para organizar las fuerzas de la manera más conveniente. He cumplido hasta aquí las instrucciones de V.E., como cumpliré las que en este momento acabo de recibir.

Sería muy conveniente que V.E. me mandara un buen número de jefes y oficiales de toda confianza, a los que poder emplear en los distintos puestos de este ejército.

Creo una necesidad separar a López y Recabarren, como lo indiqué a la secretaría en mi comunicación anterior. El escándalo ha sido terrible y la moral del ejército me obligará a llevar adelante el pensamiento que trasmíto al gobierno.

Si algo nuevo importante alcanzo a saber del ejército de Tacna, daré parte inmediatamente.

Ruego a V.E. me ponga a los pies de la señora y disponga siempre de su servidor, amigo y obsecuente seguro servidor.

## SEGUNDO LEYVA.

Nº 42

### Carta de Leyva a Piérola

Mirave, 2 de junio de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Excelentísimo señor y amigo:

Acabo de recibir la estimable comunicación de V.E. de 15 del pasado, que me apresuro a contestar.

Siento que V.E. haya sido engañado sobre el número de fuerzas del segundo ejército del Sur. Con mil trabajos y venciendo no pequeñas dificultades, apenas pudieron salir de Arequipa 2,300 hombres mal disciplinados y equipados. V.E. ha sido, pues, engañado por gentes cuya intención no acierto a comprender.

Ha sido tal la falta de equipo del ejército, que solo en Tarata se les ha podido entregar, a los batallones, algunas cartucheras, portacapotes, zapatos, camisas y calzoncillos; y, hoy mismo, aún no está el soldado tal como hubiera querido verlo. Cuando llegué a Arequipa sufrí la más triste decepción, creí encontrar un ejército en forma que poder movilizar inmediatamente y sólo me encontré con unos cuantos reclutas, mal armados, mal equipados y sin ninguna instrucción. Hice cuanto pude y creo haber cumplido con mi deber, pero desgraciadamente todos nuestros esfuerzos han sido inútiles: ya tendrá V.E. conocimiento de nuestro desastre en Tacna, desastre que

hasta la fecha no se me ha comunicado, ni por el general Campero, ni por el general Montero, dejándome en una falsa posición al frente del enemigo.

Como en las instrucciones que se me dieron se consignó que debía ponerme a las órdenes del señor general Campero, inmediatamente que llegué a Tarata despaché un propio a Tacna, el que a su regreso me comunicó la orden de bajar sobre Locumba y amenazar a Sama. Inmediatamente que recibí la orden, empecé mi movimiento, pero en la Rinconada tuve conocimiento de la derrota, y no creía deber bajar a Locumba. Vine, pues, a Sinto y de allí a este pueblo. Parece indudable que el enemigo tuvo conocimiento de mi salida de Arequipa y precipitó sus movimientos. Esto lo hubiera hecho siempre, pues no le convenía ver amenazados su flanco izquierdo o su retaguardia. Creo firmemente que el enemigo ha venido siguiendo paso a paso mi marcha, y ha dado la batalla en el momento oportuno.

Por informes particulares, y, por algunos dispersos, sé que Montero se va a Puno, que el general Campero se va a Bolivia, y que los dispersos, en gran número, van por Candarabe a Tarata. He mandado al coronel Gutiérrez, que saldrá mañana con Legión Peruana, Columna Mollendo y Escuadrón de Moquegua, sobre Candarabe, yo saldré con el resto de las fuerzas sobre Tarata, que me parece el mejor punto estratégico para las operaciones posteriores. Acantonadas todas las fuerzas en Tarata, volveré a Arequipa a organizar los batallones Azángaro y Tarapacá, que a la fecha cálculo que estarán en viaje, pues el prefecto de Arequipa sólo me avisa la remisión de los trenes, en oficio del 29.

De los batallones Piquiza y Abancay, nada sé.

El bloqueo y bombardeo del Callao no me inquietan, allí recibirán los chilenos su merecido.

En la comunicación oficial verá V.E. las demás ocurrencias del ejército de mi mando.

Ruego a V.E. me ponga a los pies de la señora, y deseándole todo género de felicidades me suscribo de V.E. atento amigo y seguro servidor.

SEGUNDO LEYVA.

**Carta de Leyva a Piérola**

Arequipa, 18 de junio de 1880.

Excelentísimo señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Excelentísimo señor y amigo:

Ayer escribí a vuestra excelencia y hoy me veo obligado a hacerlo de nuevo para mandar a V.E. copia de los telegramas que he recibido y transmitido al general Montero y prefecto de Puno. V.E. en vista de ellos apreciará la conducta de cada uno, y sabrá hacer justicia.

Sólo debo advertir a V.E., que cuando se puso en mi conocimiento el primer telegrama del prefecto de Puno, mandé en comisión al coronel Valdés, que llegará a Puno esta tarde.

No he querido contestar el último telegrama de Montero, por no entrar en cuestiones enojosas y graves. Creo que se ha vuelto loco.

Sin más, soy de V.E., como siempre, atento amigo y seguro servidor.

SEGUNDO LEYVA.

*Copia*

Señor prefecto. Comunique Montero orden de gobierno entregar fuerzas a mí. Divida trenes. Mandaré fuerzas por mitad. Villena.

Señor comandante del segundo ejército del Sur. Junio 17 de 1880. Ha llegado el coronel Echenique. Haré lo posible porque llene su comisión. No hay novedad en las fuerzas de esta plaza. Puede usted mandar trenes para que marche la fuerza dividida en dos partes. Conteste. Villena.

Señor coronel Leyva. Arequipa 17 de junio. Dígame usted, señor, si al fin mandarán trenes para esta fuerza. Deseo saberlo para mandar la caballería por tierra, a fin de que pueda reponerse allá y sirva más tarde contra el enemigo. Montero.

Señor general don Lizardo Montero. 17 de junio. Me veo precisado a mandar parte de las fuerzas que tengo a cantones

en los alrededores, porque no hay cuarteles suficientes en la ciudad y aún espero que vengan los batallones que se organizan en otros departamentos, y en las provincias de éste. La escasez y la carestía son cada vez mayores. Mientras llega el caso de que esas fuerzas puedan servir contra el enemigo, conviene que permanezcan en Puno, lugar más barato y donde encontrará suficientes recursos. LEYVA.

Señor comandante general del segundo ejército. Arequipa 18 de junio. Se me ha hecho saber el contenido del telegrama de usted, señor, al general Montero y la contestación de éste. El gobierno no puede aprobar el tener aquí paralizados los restos del primer ejército. Si bien es cierto que después de la batalla no puede reorganizarse para continuar combatiendo, su moralidad y disciplina no se ha perdido, y es sensible que estas fuerzas no estén ya en acción contra el enemigo. La medida que yo propuse a usted, señor, era aceptada por el general Montero y me sorprende, por lo mismo, saber la nueva resolución que usted, señor, ha comunicado a dicho general. No existe ningún espíritu hostil en este ejército y está en el mayor orden. VILLENA.

Señor coronel Leyva. 18 de junio. He recibido su extraño parte en el cual me comunica, que en razón de estar de menos los cuarteles en esa plaza, ha determinado usted, señor, que permanezcan en Puno las fuerzas del primer ejército. Antes de dirigirme semejante telegrama, debió usted, señor, manifestarme los poderes que tenía del supremo gobierno que le autorizan para mandar en jefe todas las fuerzas del Sur, y las órdenes especiales para que pueda subordinarse a usted, señor, un jefe superior en antigüedad, posición y rango. Creí que usted, señor, comprendiendo la anormal situación por la que atraviesa el país, y pesando debidamente las consecuencias desastrosas que puede acarrear una mala política, como la que sin orden del gobierno ejercen las autoridades locales, procurara subordinarse éstos al camino que los intereses del país y del gobierno exigen a todo buen ciudadano. Desgraciadamente, su telegrama de hoy me hace comprender, con dolor, que usted, señor, trabaja por el desquiciamiento social y por la ruina de la república.

Daré parte al supremo gobierno de lo que ocurre y tengo la convicción de que a pesar de los manejos ejecutados en las

tinieblas, él me hará justicia. Ultimamente si usted, señor, o el señor prefecto tienen instrucciones del supremo gobierno para que estas fuerzas estén subordinadas al segundo ejército del Sur, espero manden los comisionados con dichos poderes para entregar las fuerzas que me obedecen y pasar a Lima con los jefes, a dar cuenta de nuestra conducta durante la dilatada campaña de 14 meses y de la derrota del 26. MONTERO.

*(Es copia fiel)*

Nº 44

## LA VERDADERA LUZ SOBRE LA BATALLA DE TACNA

por Segundo Leyva

Restablecida la paz en el seno de mi patria, es llegada la oportunidad, que tanto deseaba, para dar expansión pública al silencio que tortura mi espíritu y que con amarga resignación he devorado desde la funesta jornada de Tacna.

Referir antes de ahora la verdadera causa de tan infausto suceso, era acrecentar los infortunios de mi desventurada patria, provocando complicaciones graves y delicadas que habrían desvirtuado los sagrados vínculos de la Alianza, y hecho, imposible la defensa de mi honra, al recuerdo de anticipadas e imprudentes revelaciones. Mas, hoy que la historia se apodera de nuestro pasado para juzgar con espíritu imparcial y sereno los hechos destinados a la posteridad, debo despojarme de la reserva que me impusieron los acontecimientos supremos con que la Providencia probaba las virtudes de la nación peruana; y, muy a pesar mío, elevaré mi voz a la altura de la tarea que me incita la procaz rectificación del general Narciso Campero, quien, para exculpar sus faltas militares, irreflexiblemente apela a la táctica de ofensa personal, a conjeturas impropias del hombre, que ostenta en la frente los emblemas de la venerabilidad y de la circunspección.

En un extenso manifiesto, apoyado en documentos auténticos e irrecusables, que ha visto la luz pública el 19 de mayo de 1884, mereciendo aplauso unánime de la prensa, de mis com-

pañeros de armas y del público sensato, expliqué cómo contra todas mis esperanzas y esfuerzos *se aceptó la batalla de Tacna, sin que el director de la guerra aprovechara de mi ejército, que logró poner a sus órdenes antes de esta acción de armas.* (1)

Ello es ya un hecho adquirido para la historia, y, como quiera que tal verdad refleja cierta impremeditación en la estrategia del entonces director de la guerra, ha levantado la voz para subvertir el orden natural de los hechos y de las ideas, como si fuese empresa llana romper los macizos eslabones de la cadena del tiempo y quebrantar la inflexibilidad lógica del espíritu humano.

No apelaré como el general Campero al débil y desesperado recurso de evocar reminiscencias errantes en la imaginación; no argüiré con este género de prueba, más deleznable que las arenas del desierto, no: invocaré los hechos, los hechos autorizados y consumados, y me apoyaré en la imparcialidad de la ciencia desapasionada e invulnerable ante los espíritus mezquinos e ignorantes. He aquí la rectificación del general Campero.

### *Rectificación histórica*

#### PRIMERA PARTE

En la página 457 de la "*Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*", se dice:

"El general Campero le ordenó (al coronel Leyva) por medio del jefe de estado mayor general Pérez, en 24 de mayo..."

"Y como esa fecha de la orden se ha repetido en la página 503, se hace necesario restablecer la verdad. Dicha orden no se dio pues el 24, sino el 25, por la noche".

No era imposible que el general Pérez se equivocase al poner la fecha de la orden en cuestión; más me inclino a creer que la falta no puede ser imputable a su memoria, por la sencilla razón de que el oficio del coronel Leyva llegó al Campo de la Alianza en momento solemne, esto es, cuando el ejército se ponía en marcha para ejecutar la sorpresa.

---

(1) En propio enviado por Leyva, anunciando su llegada a Tarata, llegó a las 9 de la noche del día 25 al campo de la Alianza.

Esa sola circunstancia era bastante, por sí sola, para que el general Pérez fijase su atención en la fecha en que estábamos; pero hubo además dos ocurrencias extraordinarias en ese día, a saber: 1a. la orden general dada en la mañana, por la que se hacía saber al ejército, que en ese día, dejaba yo de ser legalmente presidente de Bolivia, y, por tanto, de ejercer el cargo de director de las operaciones bélicas del ejército Aliado; 2a. la captura de las sesenta mulas cargadas de barriles de agua.

Eran como las nueve de la noche de aquel memorable día, cuando me fue presentado un hombre (cuyo nombre no he conservado), que decía ser portador de un pliego muy importante del coronel Leyva.

En el acto ordené al general Pérez que mandase hacer *alto la marcha*, y que ambos generales en jefe vinieran a mi tienda de campaña con sus respectivos jefes de estado mayor.

Cumplida la orden, y enterados los mencionados señores del contenido del oficio dirigido por el coronel Leyva, tuvimos una breve conferencia que sirvió para fijar los términos de la respuesta. Redactada ésta, y tomada la correspondiente copia, despachamos al hombre, a las once de la noche del 25, según deben recordarlo el general Montero, general Camacho, general Velarde".

Esto establecido, y siendo inverosímil que el general Pérez se equivocase al poner una fecha de que debía estar fuertemente impresionado, es de presumir que la alteración se hizo intencionalmente en otra parte.

"Antes de emitir mi juicio al respecto, conviene advertir que, habiendo sido interrogado el hombre, en mi tienda de campaña, acerca del punto en que había dejado al coronel Leyva con su división, contestó: que ignoraba el nombre de aquel paraje solitario; pero que calculaba que distaría como cuarenta leguas del Campo de la Alianza, y agregó que, a la hora en que hablábamos, el coronel Leyva debía estar más próximo, como que estaba en ánimo de seguir avanzando con su división".

"Reconvenido ¿por qué se había tardado tanto en llegar? expuso haber andado perdido todo un día en unos arenales del tránsito".

“Hay que fijarse además en otra cosa. El coronel Leyva no recibió la orden que se le envió sino el 27 de mayo, según se consignó en la primera línea de la página 504; y bien; ¿cómo era posible que, siendo dada la orden el 24, hubiese tardado tres días en llegar a manos del coronel Leyva, que debía estar ya a menos de treinta leguas de nuestro campamento?”

“Se ve, pues, que lo más probable es que en el campamento del coronel Leyva, se le ocurrió a alguien la idea de hacer el servicio de disculpar o cohonestar la falta de un amigo, cometiendo otra mayor —la de falsificación— y como las travesuras de este género dañan tanto a la historia, no menos que al buen servicio de una nación, importa que ellas sean históricamente corregidas, a fin de que no lleguen a ser imitadas”.

A Dios gracias puedo erguir limpia la frente, sin salpicaduras deshonoras en medio siglo de leales servicios consagrados a mi patria.

El general Campero, que ignora, no hay duda, mis antecedentes personales, incurre en una temeridad injustificable y nada afortunada, aventurando el vocablo *falsificación*, para impugnar la fecha de un documento público e internacional, que por su irreprochable autenticidad, tiene fuerza ejecutoria ante la historia. Bien se comprende que esta pieza de convicción le cause espanto, perturbe su imaginación; y que, el vivísimo interés de eclipsarla ante el tribunal de la vindicta pública, lo precipite al deplorable extremo de forjar una especie injuriosa para el que suscribe, para los señores jefes y oficiales del que fue segundo ejército del Sur y demás personas dignas que me acompañaron en la campaña, que por sus honrosos antecedentes, están a cubierto de ponzoñosas saetas.

Cumplo con el deber de protestar contra esa conjetura, incierta e indecorosa, que zahiere mi honra y la de mis antiguos subordinados; y contra la descortesía gratuita del general Campero, quien ignoraba que en mi campamento la moralidad y el orden se dieron cita de costumbre, y que aquellos llevaban una misión más noble y más elevada que la de incurrir en hechos delictuosos por suplir faltas. . . ajenas. En lo demás, cualquiera comprenderá que el coronel Leyva no tuvo amigos en su campamento, sino tropas peruanas para reforzar el ejército Unido a órdenes del mencionado general.

Precisando los puntos de esa lastimosa y mal venida rectificación, adviértese que, en medio de todo, el general Campeño reconoce:

1º—La existencia real de la nota, cuya fecha solamente impugna;

2º—La llegada del propio, que dice el director de la guerra, ocurrió en el momento solemne en que emprendía con todo el ejército aliado el ataque de sorpresa contra el enemigo, y

3º—La contestación inmediata con el propio, de acuerdo con los señores generales jefes del ejército aliado.

He aquí la nota de fecha 24 de mayo de 1880.

“Sellos del Perú y Bolivia. Estado mayor general del ejército Unido. Cuartel general en el campamento de la Alianza, a 24 de mayo de 1880. A su señoría el coronel comandante en jefe del 2º ejército del Sur. Señor: Contestando el estimable oficio de U.S. de fecha 21 de los corrientes, en que da parte a S.E. el supremo director de la guerra, de su arribo a esa ciudad, con el 2º ejército del Sur, encomendado a sus órdenes, me apresuro a felicitarlo a nombre de S.E. y el mío por su oportuno arribo a tan importante punto de operaciones.

“En consecuencia, S.E. me encarga trasmitirle las instrucciones siguientes: 1ª) Como el día 22 próximo pasado el enemigo ha practicado un reconocimiento sobre nuestra línea, según se impondrá U.S. por el adjunto parte que elevé a S.E., *es probable que se prepare a verificar un inmediato ataque general con todas sus fuerzas situadas en el valle de Sama*. En tal caso procurará US. aproximarse con las de su mando a la quebrada de Locumba, para inquietar la retaguardia del enemigo, desplegando sus guerrilleros, conforme a los avisos que tenga US. acerca de los movimientos del enemigo.

2ª) En el caso de que el enemigo acometiese al ejército de US., con fuerzas superiores, podrá emprender su retirada hacia Candarave, de donde le sería fácil tomar las posiciones de Tarata.

3ª) Por lo demás que pudiera ocurrir, el conductor que es de toda confianza de US. le comunicará las instrucciones y conocimientos verbales que se le han dado para el mejor acuerdo de las operaciones que US. debe emprender. Aprovecho de esta oportunidad para ofrecerme a US. muy atento y obse-

cuenta seguro servidor (firmado) J.J. Pérez. (firmado) Campero”.

De este documento que lleva muy limpio, sin enmiendas ni raspaduras la fecha citada, firmado por los generales Campero y Pérez, con los sellos del Perú y Bolivia que empleaba el estado mayor general del ejército Unido, resulta:

1º—Que me puse en contacto con el general Campero;

2º—Que me felicita por mi oportuno arribo a un punto importante de las operaciones;

3º—Que el enemigo reconoció las posiciones del ejército Unido el día 22 de mayo, cuatro días antes de la batalla;

4º—Que cree probable un ataque del enemigo contra el ejército aliado, y me da instrucciones en esta supuesta hipótesis y sólo para este caso;

5º—Que ni remotamente se menciona el ataque de sorpresa que el mencionado general dirigía contra el enemigo;

6º—Que me aleja del lugar del combate, dándome instrucciones para ponerme a retaguardia del ejército chileno, fuera del campo de batalla, cuando mis fuerzas eran más necesarias para reforzar el ejército aliado;

7º—Firma del general Campero autorizando las instrucciones como director de la guerra.

El general Campero adolece del prurito de las rectificaciones. Antes de ahora ha pretendido tachar lo que autorizó con su propia firma, creyendo de buena fe desfavorecerme con inusitadas retractaciones; y así ha manifestado que la felicitación que me consagra en su referida nota, “es un exordio que no pasó de ser una mera fórmula de oficina, que si hubiese tenido lugar de fijarse en esas pequeñeces las habría suprimido”. ¡Pasmoso prodigio opera en verdad la imaginación del general Campero, convirtiendo en pequeñeces las cosas más serias y circunspectas; y milagroso es que, andando el tiempo, la estrategia pierda su primitiva pureza hasta degenerar en un rasgo de puerilidad en el campo de batalla!

Nunca he sabido disfrazar sentimientos perversos para pasar por hombre de bien y gozar por este medio de todo el crédito que puede granjearse la verdad. Aun cuando no tuviera sino el testimonio de mi propia conciencia, demasiado sé que el más prudente y más sabio de los hombre se expuso a todo linaje de injurias hasta verse clavado en una cruz, sin que su

inocencia y virtud pudiesen darle la más débil esperanza de eximirle de semejante suplicio.

El estéril gasto de imaginación que hace el general Campero, para concertar de un modo fantástico el episodio de la llegada de el propio con el ataque de sorpresa, es una mera fábula desmentida por el contenido de la nota misma del director de la guerra, que menciona su situación exclusivamente defensiva. Además, en su informe a la Convención Nacional de Bolivia, el general Campero no refiere este incidente, "que para él tiene hoy tanta importancia".

No hay duda, el general Campero retracta los hechos que, en puridad de verdad, atestiguó en la mejor memoria que hoy existe de aquellos tiempos; pero la nota en cuestión de tal modo lleva invívita su irrevocabilidad, que es vana empresa impugnarla con frágiles e incongruentes reminiscencias.

Hase imaginado el general Campero que, para cubrir las faltas militares no era suficiente retractar las felicitaciones que en otros tiempos me tributó oficialmente; era menester que llamase con otra novedad de mayor bulto la atención pública para acrisolarse en la historia; necesita inmolar una víctima con el ardid de oculta conjetura, para deslumbrar a los que de buena fe ignoran el verdadero enigma de la derrota de nuestras armas; necesitaba en fin suponer una falsificación en la fecha de la nota para mitigar un tanto el acerbo dolor que tenía suspensos a cuantos han vertido lágrimas y conmovido sus pechos en homenaje a los mártires que ascendieron a la mansión de la inmortalidad después de la *infeliz sorpresa* contra el ejército invasor!

¿Y con ello creará cavar la huesa que sepulte mi honra y la de mis hijos? Inaudita tentativa.

La nota no solo lleva la fecha del 24 de mayo de 1880; aún contiene algo más, que mi patria y la historia nunca olvidarán.

El general Campero, que con tanta vehemencia reclama la fecha 25 para su nota, hace sin embargo en ella caso omiso del ataque de sorpresa, en que, dice, hallábase empeñado cuando concertó su contenido y la firmó; *esto es que todavía creía probable el ataque del enemigo cuando precisamente el ejército unido lo ejecutaba contra el chileno.*

Tan palpable contradicción manifiesta: o que el general Campero despachó al propio, mucho antes del momento so-

lemne en que emprendía la sorpresa, cuando estaba aún a la defensiva, es decir que sus hechos desmienten la rectificación que hace; o que ha incurrido en una falta capital, harto grave, engañando con falsos avisos al comandante en jefe del 2º ejército del Sur, que el Perú enviaba para engrosar al ejército unido. Véase, pues, cuán deplorable es la alternativa en sus dos extremos: *falsedad o deslealtad*, por decir lo menos.

No hay duda, el general Campero fue la presa de irreflexión al retractar la fecha del 25; pues se tiende una celada imprevista; abriéndose el vasto horizonte de responsabilidades ilimitadas en la desastrosa jornada del Campo de la Alianza.

Sería un hecho sin par en los anales militares del mundo, que el general en jefe de un ejército se crea en un estado diametralmente opuesto al que realmente se halla; y que, bajo tan monstruosa incompatibilidad, imparta órdenes que echan por tierra la unidad, la armonía y el verdadero fin de las operaciones estratégicas que se propone lograr en la guerra, para sacrificar en seguida la existencia misma de su ejército.

Conste para siempre que fue tenido en menos el ejército del Sur, que mi patria envió en auxilio de tantos valientes, estérilmente inmolados por errores del ex-dictador de la guerra.

Extraño al revés de nuestras armas en Tacna; por mucho que espíritus mezquinos o ignorantes crean que no he hecho ni dicho lo bastante para cubrir mi honra y la de mis hijos, pongo a disposición del público y del Congreso de mi patria la nota del 24 de mayo, para que, en vista de este documento, de irrevocable autenticidad, enmudezca la maledicencia y caiga la careta del personaje que disfrazó el rostro, jugando con la honra ajena.

... Pasemos a analizar el famoso ataque de sorpresa imaginado por el general Campero, en momentos en que *cenaba*; de ese "ataque rápido y audaz que, en su entender, era el único medio de de contrarrestar la inmensa superioridad del enemigo a quien no podía resistir en batalla campal" (informe del general Campero a la Convención Nacional de Bolivia).

Todos los tratadistas de la ciencia de la guerra, y los grandes capitanes reconocen que un ataque de esta naturaleza, delicado y difícil por la infinidad de precauciones con que debe rodeársele para conducirlo con buen éxito, tiene mil probabi-

lidades en contra: porque depende de la fortuna con la cual no debe contar nunca un general.

Para la sorpresa debe éste haber previsto todas las dificultades materiales que se opongan a su ejecución, de modo que no escape la más insignificante que haría abortar el plan; debe conocer el país dónde emprende sus operaciones; tener noticias exactas acerca de la cantidad, calidad, estado y situación de las tropas enemigas; y estar seguro de que se hallan enteramente abandonadas o mandadas por jefes ineptos, desprovistos de instrucción militar, que hagan caso omiso o ignoren la máxima de que en la guerra se supone estar siempre al frente del enemigo, aun cuando se halle lejos. (1) Cuando motivos poderosísimos, por ejemplo la salvación del ejército, obliguen al general en jefe a emprender el asalto de sorpresa sobre el adversario, la pericia militar debe estar a la altura de la prudencia del guerrero; sacándose partido hasta de la concurrencia de los elementos físicos de la naturaleza para acomodarlos a la empresa, al designio supremo que se propone llevar a cabo. Debe hacer falsas demostraciones para distraer la atención del enemigo, no hacer lumbre (2), evitar la confusión y desconcierto en sus tropas (3), llevar guías seguros, y servirse por fin de las circunstancias climatéricas (4); en una palabra, debe responder de la victoria para no perder su prestigio militar y el espíritu de sus tropas, sin lo cual malógranse las operaciones ulteriores.

¿Qué sucedió en el ataque de sorpresa imaginado y conducido por el general Campero? El mismo, en su informe a la Convención Nacional de Bolivia (pág. 13 y 14) confiesa, con sobrado candor, que entró la confusión y desconcierto en sus tropas, que se desorientaron con la densa niebla que envolvía el espacio, que se frustraron sus designios y que mandó hacer fogatas (al frente del enemigo), para que el ejército unido volviera la campamento a ocupar sus posiciones; y concluye inculpándolo todo a la fatalidad, sin más estrategia que la conformidad y la expectativa de los sucesos. Esta resignación pudo ser un dechado de fatalismo, pero fue nada militar.

---

(1) *Táctica sublime*, tomo II, p. 83 y 84.

(2) General Montecuculli: *Máximas de guerra*.

(3) Villiaumé: *Espíritu de la guerra*, p. 241.

(4) *Idem*.

El tratadista Esclus en su afamada obra "*Del arte y de la historia militar*", p. 68, dice: "Con el solo auxilio de la táctica no puede haber un buen general; sin el de la estrategia no puede dirigirse un ejército. Por medio de la estrategia un general gradúa cuándo y en qué forma ha de hacer uso de las masas; elige el terreno en que debe situarse; marca con exactitud el tiempo que necesita para llegar con ellas a un punto determinado; gradúa la calidad del enemigo con quien tiene que combatir; y tiene un conocimiento exacto de los sitios por donde podrá mover las diferentes fracciones de su ejército con mayor ventaja y rapidez. Uno de los principales elementos de la estrategia es la táctica; pero puede muy bien ser un oficial buen táctico sin ser estratégico; para poseer la cualidad de táctico basta una mediana inteligencia; para poseer la de estratégico es necesario haber nacido con las disposiciones necesarias para ello".

¿Siquiera observó el general Campero las reglas del arte? ¿Condujo con pericia militar y prudencia el histórico ataque de sorpresa? No sin razón el ilustre Bossuet (5) ha dicho: "que es costumbre entre los hombres atribuir a la fatalidad lo que es consecuencia necesaria de un plan mal meditado". ¿Pero no ha confesado el mencionado general, en la carta que ha poco dirigió al señor Mariano Felipe Paz Soldán, que se le vino a la cabeza esta idea de atacar al enemigo, *entre plato y plato*, en momentos en que *cenaba*, y que todo fue *decir y hacer*? Los acontecimientos son tan próximos y muy conocidos, que el amor propio o la versatilidad nunca podrán alterar la faz de la historia, allí donde la verdad se anuncia con infalible evidencia. Después de haberse frustrado los designios del general Campero, situó el ejército unido en las mismas posiciones que el enemigo había reconocido el día 22; y aceptó la batalla, que naturalmente tenía que perder por haber quebrantado el siguiente axioma:

"Es una máxima militar bien experimentada, el no hacer lo que quiera el enemigo, solo por la razón de que él lo desea; *se debe evitar el campo de batalla que él ha reconocido y estudiado*". (*Máximas militares de Napoleón I. N.º XVI*).

---

(5) Discurso sobre la Historia Universal.

Además, la elección de esas posiciones fue desacertadísima, por mucho que el amor propio del general Campero le atribuya ventajas efímeras, para contrarrestar la superioridad del enemigo, cuya caballería y artillería eran numerosas; pues todos los autores y los genios militares asientan como primer principio fundamental e inconcuso: "que el frente de una posición defensiva debe estar cubierta de obstáculos tales, que el enemigo *sólo desfilando* pueda pasar por medio de ellas, o lo que es lo mismo, es preciso que sea de difícil acceso" (Tacquinot de Presle, tomo 2º p. 47), (Mariscal Marmont, *Espíritu de las instituciones militares*, p. 137), (*Táctica sublime*; tomo 1º, p. 279). En este caso la desfilada hace nula la superioridad del enemigo (*Táctica sublime*, tomo 1º, p. 280).

Ahora bien. ¿Desfiló el ejército chileno al frente del Alto de la Alianza?

El enemigo se presentó en batalla al frente de nuestras posiciones, que era un inmenso desierto, un terreno de facilísimo acceso que favorecía el despliegue de las numerosas tropas chilenas, formando éstas varias líneas de batalla (*Informe del general Campero*, p. 14).

La historia constata que los prusianos perdieron la batalla de Kellin y los franceses la de Rosbach, en la que el Mariscal Soubise malogró su ejército y su honor, por haber marchado de flanco en presencia del enemigo. Si ello era una temeridad contraria a los principios de la guerra, fácil es colegir cuán ventajosas eran para el ejército chileno las posiciones del Alto de la Alianza, y cuán desfavorable para el ejército Unido allí situado.

Bien puede gozar el general Campero de alta reputación militar en mérito de los estudios que ha hecho en los primeros liceos de Francia; pero lo positivo es que en la batalla del Campo de la Alianza fue infiel a los rudimentos que le enseñaron sus eminentes maestros.

Aun cuando *el hombre fatal, el pobre conductor del desgraciado pliego, el malhadado enviado del coronel Leyva*, y otros dicterios del general Campero; aun cuando el modesto, pero muy circunspecto mensajero peruano hubiese llegado en la noche del 25, más prudente, más militar y más sabio era diferir el ataque de sorpresa y no aceptar la batalla sin el refuerzo, que algún servicio pudo haber prestado a mi patria:

porque es una regla general que cuando se quiere dar la batalla, se deben reunir todas las fuerzas, sin despreciar ninguna; de un batallón pende a veces el éxito de una jornada" (Napoleón I, *máximas militares*).

Pero hay algo más. El propio, me entregó un paquete con las instrucciones del general Campero, de fecha 24, y un pliego del general Pérez, de fecha 23, para el gobierno peruano, en el que se inserta la orden general del día 22, que conservo en mi poder. ¿No significaría ésto que el propio llegó tres días antes del famoso ataque de sorpresa y que el general Campero demoró expreso la respuesta? Y es tanto más extraño que no aplazase el ataque de sorpresa y la aceptación de la batalla de Tacna, cuando el mencionado general en su informe a la Convención Nacional de Bolivia anota en la página 37 lo siguiente: "Cuando se piensa en la falta que hicieron al ejército aliado, en esos momentos supremos, los cuatro batallones dispersados en esta ciudad (La Paz) como consecuencia inmediata del hecho sin nombre, consumado el 12 de marzo en Viacha y también la de los cuerpos *pedidos con tanta instancia a Potosí y que sin embargo no fueron en nuestro auxilio...* se oprime el corazón".

La existencia del segundo ejército del Sur, era un hecho real, no se había evaporado, iba en auxilio del ejército unido; en cuatro días, desde Arequipa a Tarata, había marchado cuarenta leguas. Si en vez de precipitarlo todo el ex-director de la guerra, se hubiese regido por aquella máxima militar, conservado así la calma y la serenidad, no se habría afligido tanto el corazón del general Campero.

El ilustre mariscal francés, Gouvion Saint Cyr, en sus *Máximas de guerra*, tomo 2º, p. 302, dice, igualmente con Napoleón I, que: "cuando un general se decide a recibir la batalla, no debe hacerlo sino con todas las fuerzas de que puede disponer".

¿Por qué entonces, el general Campero que pidió con tanta instancia a su patria tropas que no le enviaron, fue remiso en aprovechar de las que el Perú enviaba en su auxilio?

En su ya citado informe, el general Campero dice: "que siendo la determinación del gobierno peruano sostener la defensiva absoluta en Tacna, la batalla fue inexcusable el día en que tuvo lugar, "no obstante que era desventajosa y el triunfo imposible" (p. 33 y 34).

Lo primero es verdadero, mas lo segundo es falso: porque cualquiera que fuese la resolución del gobierno peruano, la guerra, ora defensiva, ora ofensiva, está subordinada a las reglas del arte, que, ya he demostrado, infligió el general Campero.

Pero el director de la guerra fue más lejos aún: quebrantó las instrucciones mismas del gobierno peruano haciendo el tránsito de la defensiva, que debió guardar en primer término, a la ofensiva con su infeliz ataque de sorpresa.

Sin el refuerzo del segundo ejército del Sur, y en las malísimas posiciones que ocupaba el ejército unido, la batalla tenía que sernos inevitablemente adversa, vista la superioridad del enemigo. En tales condiciones increíble es que el general Campero rifara los destinos del Perú y de su patria cuando sus eminentes maestros le enseñaron la sabia máxima de que, "un general en jefe deberá evitar la batalla estando convencido que será derrotado"; igualmente que "deberá rehusar o evitar la batalla cuando las fuerzas de que se dispone son inferiores a las del adversario, o cuando espera auxilio".

Napoleón I, confirma los anteriores principios en la siguiente máxima: "con un ejército inferior en número, inferior en caballería y en artillería, es menester evitar una batalla general; suplir la falta de gente con la rapidez de las marchas, la de artillería con la calidad de las maniobras, y la inferioridad de la caballería con la buena elección de posiciones.

Si el director de la guerra tomó sobre sí el arbitrio de infringir las reglas del arte y aun las instrucciones del gobierno peruano, malográndolo todo, como era natural, con mejores motivos pudo iniciar un período de hábiles maniobras estratégicas, comenzando por un movimiento, no de retirada, sino retrógrado —que no pasa de cierto número de marchas— hasta tomar verdaderas posiciones defensivas y darse en consecuencia la mano con el segundo ejército del Sur.

La historia registra infinitos ejemplos de esta clase de marchas. Marmont con sólo seis mil hombres, al frente del ejército de Blucher, fuerte de cuarenta y cinco mil hombres, rompió la marcha sin desconcierto ni confusión, en momentos en que el general prusiano puso en batalla treinta cañones, y sin que los franceses dejaran prisioneros un solo hombre útil, ni una sola pieza a retaguardia. Moreau, en 1796, puso en práctica

el mismo sistema al evacuar la Baviera, con la circunstancia especial de que se detuvo, libró batalla y venció. En 1812 el ejército de Portugal, inferior al ejército inglés, se retiró del Formes para tomar posiciones en el Duero, de donde el enemigo no hizo tentativa alguna para desalojarlo.

A este respecto el Mariscal Marmont dice: "En una guerra defensiva, que es siempre una cuestión de tiempo, deben darse las menos batallas posibles; pues las marchas y otras diversas circunstancias alteran y destruyen, algunas veces, los medios de un adversario más seguramente que podría hacerlo la más señalada victoria".

El movimiento retrógrado era tanto más necesario cuanto que el general Campero, en su informe a la Convención Nacional de Bolivia, declara: *que el ejército Aliado no tenía noticias seguras del enemigo por la falta de espionaje, ni de los elementos con que contaba ¡conjeturaba solamente acerca de esto por las ideas que todos más o menos se habían formado de la campaña!*

Cualquiera que tenga breves nociones del arte de la guerra no podrá sino lamentar semejante estado de cosas, en el que es inconcebible que un general en jefe piense seriamente en asaltar a un enemigo poderoso, previsor y ansioso de llegar a las manos. Pero no es esto todo.

Desorientado el ejército unido y trasmutado el histórico ataque de sorpresa en momentos de confusión terrible para las tropas aliadas, el general en jefe, ¡al ordenar la retirada manda hacer lumbres para que vuelvan a sus posiciones! Tampoco logra aprovechar del accidente climatérico de la niebla que era como una protección visible del Altísimo para poder ocultar el movimiento de nuestras tropas; muy lejos de ello, el general en jefe perdió la serenidad militar hasta el extremo que, repito, ¡ordenó encender fogatas al frente del enemigo!

En su rectificación, al general Campero no le es indiferente que un periódico de Lima hubiese criticado tal medida. Los fastos militares registran el siguiente episodio: Un general sorprendió a un oficial que en su tienda de campaña había hecho lumbre con grades precauciones para redactar su correspondencia. "¿Qué hacéis joven?" le dijo. "Mi general, escribo a mi familia", contestó el oficial. "Pues bien, —replicó el jefe—, agregad en vuestra carta que mañana seréis fusilado".

No sería extraño que, andando el tiempo, el general Campero intente manifestarnos que los peruanos todos vivimos engañados, que los partes de la batalla de Tacna están falsificados y que realmente venció en Tacna al ejército chileno.

He realizado mi deseo de dar publicidad a los hechos verdaderos sobre la memorable batalla de Tacna. Quédame la convicción íntima de que cumplí con mi deber de patriota y de soldado, y, a no ser las fatales disposiciones del director de la guerra, el segundo ejército del Sur habría tenido un rol más satisfactorio para las esperanzas de la patria. La historia transferirá al verdadero autor de tan desastrosa jornada, el oprobioso e injusto anatema con que se ha pretendido deprimir mi honra y la de mis hijos.

Lima, julio 24 de 1886.

SEGUNDO LEYVA.

Nº 45

**Carta de Lizardo Montero al secretario general del jefe supremo**

Arica, diciembre 29 de 1879.

Señor: Aun cuando en el telegrama oficial que debe haber remitido a Ud. por mi orden el subprefecto de Mollendo, le comunico los últimos sucesos que han tenido lugar en el ejército boliviano acantonado en Tacna, hoy lo repito confirmando todos los puntos a que se contrae mi citado parte y adjuntándole copia de las notas cambiadas entre el general Daza y esta jefatura superior.

Mi contestación no es sino la eflorescencia misma de los acontecimientos desarrollados y de la línea de conducta que en la situación tan difícil porque atravieso me he propuesto seguir, conciliando la respetabilidad del país con los intereses bien entendidos de la Alianza.

El general Daza continúa inmóvil en este puerto y el ejército boliviano permanece ordenadamente subordinado a su nuevo jefe en la ciudad de Tacna; obedeciendo como queda éste a mi autoridad militar, cumplirá indudablemente la orden impartida para que salga a cantones en cuyo caso ocuparé mañana la ciudad de Tacna con parte del ejército que me obedece.

Incluyo a Ud. un suelto que contiene las manifestaciones de uno de los miembros más conspicuos del poder ejecutivo en Bolivia: los conceptos en dicho documento consignados retratan la fisonomía de la situación de la república aliada así como el verdadero origen y tendencia del pronunciamiento de su ejército en Tacna; creo, pues, que en dos días más los expresos de La Paz aclararán completamente situación tan anómala.

Por lo demás diré a Ud. que la situación de nuestro ejército, cuyo número es de 8,000 y tantos hombres, no ha cambiado en lo menor: su estado de desnudez y escasez de elementos de estabilidad y de guerra se deja sentir más y más cada día; la falta absoluta de medicamentos, en medio de las enfermedades que se desarrollan, unida a los muy limitados recursos pecuniarios de que dispongo, me mantienen en justa alarma, por el incremento que puede tomar tan difícil situación si no se remedia con oportunidad. Finalmente, los medios generales de acción de que tanto necesito para poder iniciar la nueva campaña con buen suceso, me preocupan sin cesar, porque si ellos no se me suministran con celeridad, perdemos un tiempo precioso y el enervamiento se apodera de nuestras ya decepcionadas fuerzas.

Bajo tales conceptos, pues, intereso una vez más el patriotismo de Ud. a fin de que se atiendan mis pedidos, se acaten mis necesidades y se me preste la más amplia y eficaz cooperación para corresponder a las esperanzas del país y a la confianza que el supremo gobierno ha depositado en mí.

Dios guarde a Ud.

LIZARDO MONTERO.

*Archivo Piérola.*

Nº 46

*Boletín de la Guerra Nº 11*

Arica, enero 22 de 1880

### **Hojas del proceso de Modesto Molina**

Como a las 2 p.m. el jefe de estado mayor dispuso el avance de unas columnas ligeras, constituidas por una compañía del Ayacucho, otra del Zepita y del Illimani y Dalence, hacia el mo-

lino situado sobre la línea férrea a fin de efectuar un reconocimiento del enemigo. Este disparó un tiro de cañón hacia esas fuerzas y éstas comenzaron a disparar sobre los parapetos contrarios. Se hizo avanzar, entonces, a la división exploradora, y la vanguardia, así peruana como boliviana, entró en acción. El arrojó de los cuerpos Puno N° 6 y Lima N° 8, que atacaron por el centro, fue heroico y ejemplar. Un grupo de soldados de estos cuerpos, unidos a las guerrillas del Zepita, Ayacucho e Illimani, avanzaron por el oeste hasta la cima, arrollando al enemigo. Este recibió refuerzos. El ataque se dirigió al punto en que había una batería y nuestros soldados llegaron hasta ese punto, se apoderaron de una ametralladora y dos cañones, dando muerte a los artilleros. Entre tanto, los bolivianos de la división Villamil y de la división Villegas que habían quedado al pie del cerro, comenzaron a hacer fuego indistintamente, a retaguardia de las fuerzas que habían ascendido al cerro. Viéndose nuestras fuerzas desamparadas y habiendo comenzado a dispersarse las tropas bolivianas, los que habían ascendido al cerro de San Francisco no pudieron menos de retroceder e incorporarse a sus cuerpos que se concentraron en la oficina Porvenir. Los chilenos hicieron un simulacro de descenso, pero los tiros de la artillería los contuvieron.

Nº 47

**Carta del comandante Antonio Rodríguez Ramírez  
al general D. Fermín del Castillo**

Arequipa, junio 24 de 1880.

Mi respetado general, amigo y compañero:

Entiendo que usted no habrá olvidado nuestra última conversación en la calle de los Escribanos en el mes de marzo, desgraciadamente nuestros augurios se han cumplido. Si el aciago general Prado hubiese pensado más en la patria en su honra y en su porvenir, usted mi general habría estado al frente del ejército que acaba de perderse en Tacna, y, en lugar de esta desgracia le habría usted dado la victoria, porque a mí me consta, como consta a todo el Perú, que usted es nuestro primer gene-

ral, por animoso, entendido y digno de que sus subalternos le tengan ese respeto y ese cariño que forman la confianza del que obedece.

Sé que usted se ha hecho cargo del ejército en esa capital y lo felicito, así como debe felicitarse la Nación de tener a su cabeza el que engujará las lágrimas de la patria.

Estoy al mando de la 2ª división de este ejército, bajo las órdenes del coronel Leyva. Aquí nada hago, ni tengo conciencia de poder trabajar en algo con provecho. No es el coronel Leyva lo que nos hemos figurado; desaparecido el general Castilla, que en su época tuvo el capricho de protegerlo hasta el extremo de que dijeran que era su hijo, hoy, reducido a valer por sí, no es más que una completa nulidad. Poco falta aquí para que en la calle le escupan la cara. Salió con ánimo de proteger al general Montero, de llamar la atención del enemigo por retaguardia y en último caso, de proteger a Arica, pues llevaba a su mando más de dos divisiones y al fin con tiempo más que de sobra, no ha hecho nada: los suspiros del valiente coronel Bolognesi esperando su protección bien lo indican.

Nada hizo sino huir, sin que nadie le persiguiese, al saber el descalabro de Tacna y perder en su fuga más de la mitad de la fuerza. Esto no es mi general una acusación. Usted conoce mi carácter; yo no sé delatar a nadie, pero es una revelación que hago confidencial para probarle a usted la justicia que tengo, para suplicarle que me libere de estar a órdenes de un cobarde y de un inepto, que aparte de esto tiene la demencia de mirarme con celos y cree que puedo quitarle el generalato que es su ensueño antiguo.

Pídame usted mi general y cuente usted con toda la afición de mi voluntad para ello.

Tengo conciencia de que aquí pierdo tiempo, pues los chilenos no atacarán esta ciudad. En el caso de que puedan moverse de donde están, para volver a tomar la ofensiva, emprenderán su campaña a la capital y allí, bien sabe usted mi general, puedo ayudarlo en algo, ya como jefe de E. M. ya como comandante general de una división, ya como usted quiera, pues que mi objeto es servir con provecho a la nación con el medio cuerpo que me queda.

Disimule usted mi general lo largo de esta carta que no pasa de confidencial, pues sólo deseo que S.E. se imponga, por

otro conducto, de que su elección no ha sido acertada, mandando a Leyva que ha sembrado ya cumplida sepultura de inútil y cobarde.

Tenga usted la bondad de contestarme y mande a su antiguo amigo, buen súbdito y S.S.

ANTONIO RODRIGUEZ RAMIRES.

(C.V. Mss. 33)

## SEGUNDA PARTE



## **LA SEGUNDA PARTE**



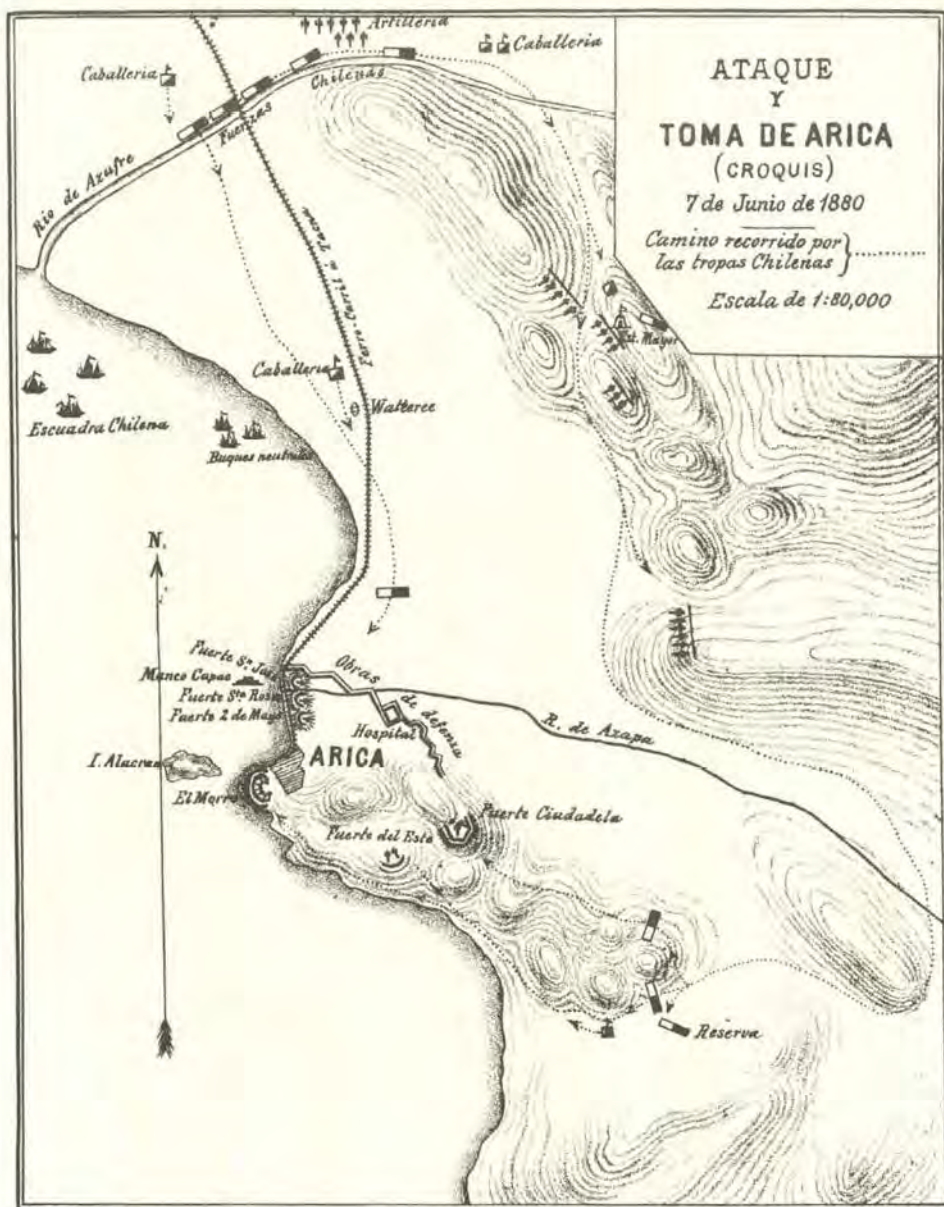
# LA CAMPAÑA DE LIMA





CONTRALMIRANTE D. LIZARDO MONTERO

(Foto de la época)



**ATAQUE  
Y  
TOMA DE ARICA  
(CROQUIS)**

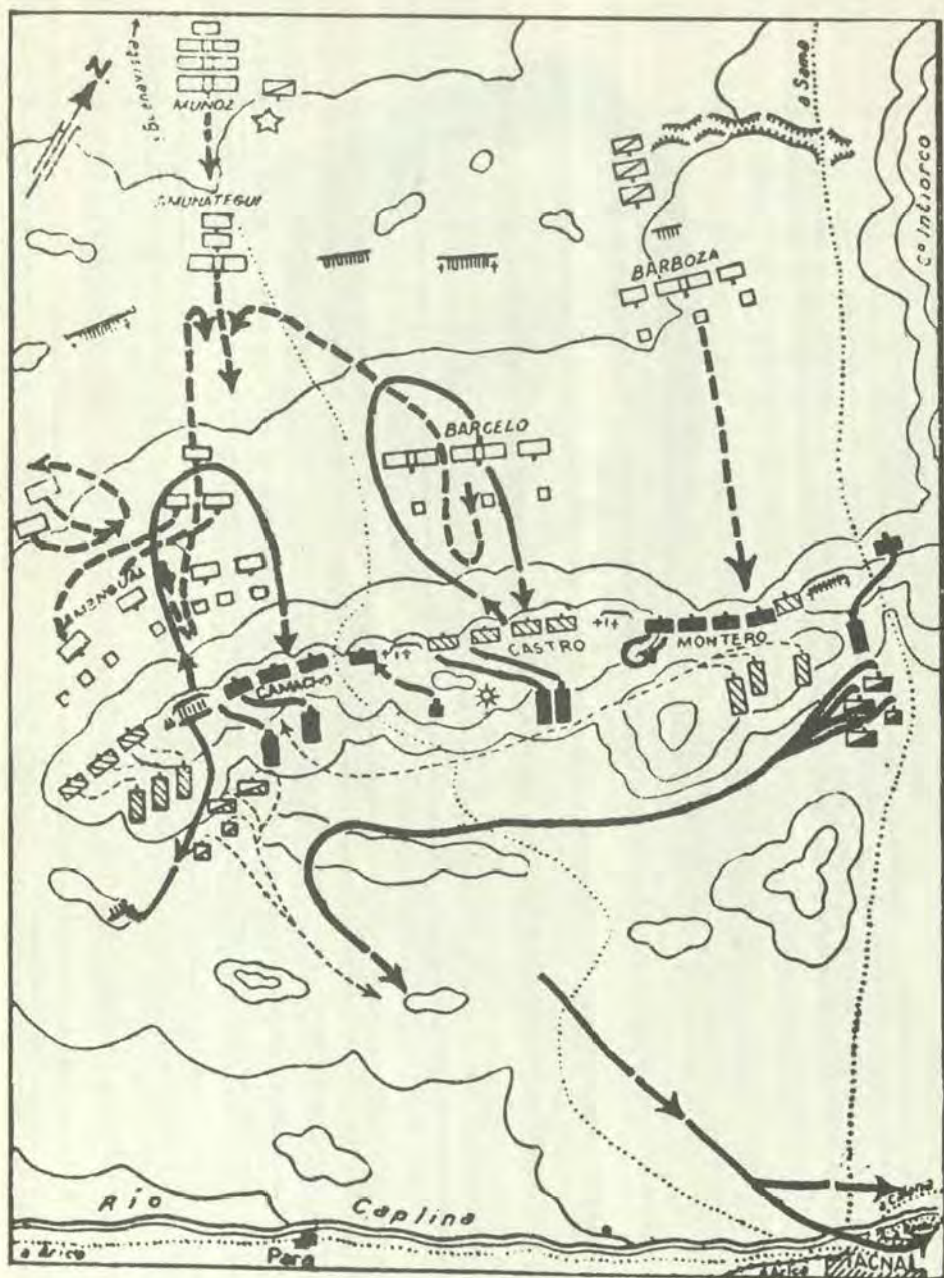
7 de Junio de 1880

Camino recorrido por  
las tropas Chilenas } .....

Escala de 1:80,000



CORONEL ELEODORO CAMACHO



BATALLA DEL ALTO DE LA ALIANZA (1880)

—————> Dirección general de la retirada de los aliados.



GENERAL ANDRES A. CACERES

## LOS HEROES DE ARICA



1



2



3



4

1. Coronel D. Francisco Bolognesi, comandante gral. de las fuerzas y baterías de Arica: murió.
2. Teniente coronel D. Manuel C. de la Torre, jefe del detall de las fuerzas y baterías.
3. Coronel D. José Joaquín Inclán, comandante general de la 7ª división: murió.
4. Coronel D. Alfonso Ugarte, comandante general de la 8ª división: murió.
5. Teniente coronel D. Ricardo O'Donovan, jefe del detall de la 7ª división: murió.
6. Coronel D. Mariano E. Bustamante, jefe del detall de la 8ª división: murió.
7. Coronel D. Marcelino Varela, primer jefe del batallón Artesanos de Tacna: herido.



5



6



7



8



9



10



11



12



13

8. Coronel D. Justo Arias y Aragüez, primer jefe de Granaderos de Tacna: murió.
9. Teniente coronel Roque Sáenz Peña, primer jefe del batallón Iquique: herido.
10. Teniente coronel D. Ramón Zavala, primer jefe del batallón Tarapacá: murió.
11. Capitán de navío D. Juan G. More, comandante de la batería del Morro: murió.
12. Teniente coronel D. Juan P. Aillón, comandante de la batería del norte.
13. Capitán de fragata D. José Sánchez Lagomarsino, comandante del monitor "Manco Cápac".



GENERAL MIGUEL IGLESIAS

## INTRODUCCION

*Habiendo fracasado las conferencias de paz de Arica, así el gobierno de Chile como el del Perú decidieron continuar la guerra. No obstante los reveses sufridos, en el Perú se creía posible prolongar la resistencia y aun se abrigaban algunas esperanzas de obtener finalmente el triunfo. Es preciso reconocer que los que así pensaban se dejaban ilusionar por su patriotismo y no pesaban maduramente las graves circunstancias por las cuales atravesaba la nación. Su optimismo era un optimismo engañoso, pero de él participaban no solo Piérola y sus adeptos sino muchos otros en todas las clases de la sociedad. La situación, sin embargo, era grave y por doquiera asomaban señales de desquiciamiento. Prácticamente, el ejército de línea había desaparecido y solo quedaban restos de lo que fuera un ejército que hubo de hacer frente a los chilenos desde que estalló la guerra. Escuadra no la teníamos, porque los pocos barcos que aún podían prestar algún servicio, tan solo podían abandonar el Callao para recorrer la costa en expediciones ligeras y haciendo uso de toda clase de precauciones. Nuestras finanzas no se hallaban en estado próspero, y, en la ayuda de Bolivia no era posible esperar.*

*En semejantes condiciones, a Chile le convenía preparar una expedición que tuviera por objeto la capital, a fin de poner término al conflicto. Se pensó en expedicionar a Arequipa, pero se abandonó la idea, porque mayores ventajas ofrecía la campaña sobre Lima. Desde el 7 de junio, fecha de la toma de Arica, hasta diciembre del mismo año, los chilenos tuvieron*

tiempo para elaborar sus planes y disponerlo todo a fin de apoderarse de la capital. Se trazaron varios planes, pero al fin prevaleció la idea de desembarcar al sur de Lima, de donde las tropas habían de dirigirse por tierra a la capital. El primer destacamento o sea la división comandada por Villagrán, se presentó en Pisco a fines de noviembre, y luego se sucedieron las demás aun cuando, reconociendo que era más factible desembarcar más al norte, especialmente a fin de evitar que la artillería tuviese que atravesar los arenales de la costa, se eligió la rada de Chilca y Curayacu, y, más adelante, se desembarcó en Lurín.

Entre tanto, Piérola se había dedicado a organizar un nuevo ejército, el cual, no obstante el tiempo transcurrido, distaba bastante de tener el adiestramiento y la disciplina que eran necesarias. Por otra parte, se dejó la costa indefensa, de manera que la resistencia opuesta a los invasores fue débil y esta circunstancia facilitó al enemigo su aproximación a la capital.

Más adelante nos referiremos a las obras de defensa que se llevaron a cabo en ella, pues ahora vamos a dar un breve cuadro de la situación en que se encontraban las provincias, empezando por la de Moquegua. Esta había sido invadida por dos veces y sumido en la consternación a los pobladores, los cuales sintieron los efectos de la presencia del enemigo. Después de la batalla de Tacna, el ejército chileno se había alejado, pero en Pacocha había dejado un destacamento. El prefecto Vernal y Castro le escribía al Dictador el 24 de octubre de 1880, manifestándole su impotencia para poder hostilizar al enemigo que había dejado como unos 500 hombres en Pacocha, porque ni el coronel Leyva ni los prefectos de Puno y Arequipa le prestaban auxilio y sólo se le había presentado el prefecto de Tarapacá con cierto número de gendarmes que estaban a sus órdenes, pidiendo que por su parte corriese el sostenimiento de esta fuerza, pues él carecía de recursos para hacerlo. Se dirigió así mismo al gobierno pidiendo la resolución que era necesario tomar en asuntos importantes, pero no recibió respuesta alguna. Por todo ello, creyó de su deber renunciar al cargo y retirarse. En otra del 26 de octubre, Eliseo Maldonado, se dirige así mismo a Piérola y le da cuenta de la tercera ocupación de Moquegua, por una fuerza chilena de las tres armas. Las

autoridades abandonaron la población con los 120 hombres que componían la guarnición y pasaron a Torata y de ahí a Omate. Una de las primeras diligencias del invasor fue imponer un cupo de 100,000 pesos a la población. El síndico Navarrete y algunos notables ayudaron al invasor a recabar el cupo y su conducta no ha podido ser más ignominiosa. A esto se agregó la requisita de reses y caballos que llevaron a cabo, hecho lo cual se retiraron. Como ve el lector, el enemigo podía realizar a mansalva estas depredaciones y las autoridades, aunque contaran con fuerzas inferiores, no hicieron otra cosa sino retirarse ante el enemigo. Una ausencia de valor cívico se echó de ver en estas expediciones de merodeo y nos dan una medida de la situación en que se hallaban estas provincias.

Pasando más al norte, una carta del prefecto de Ica, E. Villena, nos traza también un cuadro algo deprimente para el patriotismo. Habiendo tenido noticia de las depredaciones cometidas por Lynch en su excursión al norte del Perú, convocó a los hacendados del valle a fin de que adoptaran medidas conducentes a ofrecer resistencia al enemigo. Parece que éstos respondieron a sus reclamos y se acopiaron recursos para reforzar las gendarmerías. Villena dice cómo al mismo tiempo se había dado comisión a un coronel Zamudio para organizar una fuerza de reserva; hace constar que esta fuerza, desprovista de armas e indisciplinada, no sirvió sino para atemorizar a algunos vecinos acomodados. Al tenerse noticia de un próximo desembarco en Pisco, se recibió de Lima un telegrama en el cual se daba orden al prefecto de poner a disposición de Zamudio las fuerzas existentes. Esta disposición que contrariaba a lo dispuesto, con fecha 2 de noviembre, fue cumplida por el prefecto, a fin de evitar una escisión teniendo en cuenta la gravedad de la situación. Por supuesto, el coronel Zamudio, no hizo nada, como se desprende del relato del enemigo.

Pasando ahora a Arequipa, a esta ciudad fue enviado en calidad de prefecto D. Pedro A. del Solar y de su correspondencia se deduce el estado en que se encontraba el ejército acantonado en esta ciudad. Sus cartas no hacen sino confirmar lo ya dicho, en la Primera Parte de este volumen, sobre la inutilidad del coronel Leyva y el concepto que de él se habían formado en Arequipa. De hecho, como dice Del Solar, no halló

en la ciudad sino una sombra de ejército y hubo de dedicarse a organizarlo. En esta tarea se encontraba empeñado, cuando recibió la visita del ministro del Perú en La Paz, D. J. Enrique Bustamante y Salazar, el cual venía a comunicar a nuestro gobierno la decisión tomada por Campero, sobre emprender un ataque hacia Tarapacá, para lo cual se contaba con unos 3,000 hombres bien armados, aunque carecieran de la dotación de municiones necesaria. Entre tanto, por el lado de Moquegua las tropas peruanas jaquearían a las chilenas, a fin de distraer al enemigo y evitar que toda su fuerza la encaminara hacia Lima.

Por la correspondencia de P. A. del Solar sobre el proyecto de ataque a Tarapacá, en los primeros meses de 1881 con la ayuda de Bolivia, demuestra que hubo unidad de miras, y de haber prosperado, sin duda habría dado quehacer al invasor. Fue publicada por su autor en *La Opinión Nacional de Lima*, el 21 de julio de 1884 y por eso no nos extenderemos en este punto. Según dice del Solar, Campero habría podido disponer para esta operación hasta de 6,000 hombres, los cuales se concentraron en Oruro, para de allí avanzar a la frontera con el Perú, pero un movimiento subversivo ocurrido el día 7 de octubre, echó por tierra este plan. Del Solar, por su parte, no contaba con fuerzas bastantes para emprender el avance hacia Moquegua y Tacna, de modo que la operación no tuvo lugar y Chile pudo concentrar sus esfuerzos en la toma de la capital. (1)

Más al norte, se extendía toda la árida faja que desde Lomas se extiende hasta Chilca, lugar escogido para el desembarco del enemigo. Los valles de Chíncha y Cañete se encontraban desprovistos de fuerzas. El Dictador había encomendado al coronel Sevilla la vigilancia en toda esta zona, pero, falto de gente, había tenido que recurrir a los hacendados a fin de que ellos cooperaran en la defensa del suelo patrio. Algunos respondieron a su llamamiento, y, como una muestra de lo que fue posible hacer, a fin de hostigar al adversario, incluimos entre los documentos la carta que D. Joaquín V. Retes escribió al Dictador, el 25 de diciembre de 1880, dándole

---

(1) Dentro del plan elaborado por Del Solar, parece que se pensó en confiar la vanguardia del ejército que había de invadir Tarapacá al coronel Pacheco de Céspedes, que por entonces se encontraba en Tarata.

*cuenta de lo que se había hecho en la zona de Bujama y de Mala para entorpecer el avance de los invasores. Moviéndose con celeridad y acechando los descuidos del ejército chileno, fue posible que se les infligieran algunas pérdidas y aun se tomaran prisioneros, demostrando la eficacia de estos ataques de una montonera bien organizada.*

*Sevilla que se vio obligado a retroceder hacia Lima, fue más tarde deshecho por el enemigo, en su intento de forzar el paso de Manchay, que previamente, y, por haber caído en sus manos el mensajero enviado con la dirección de la ruta que iba a tomar, vino a ser ocupado por los chilenos. (2)*

*De las batallas de San Juan y Miraflores se ha escrito mucho, pero una relación oficial de los hechos se echa de menos, porque habiendo asumido el Dictador la dirección de la lucha, sus subordinados se consideraron dispensados de remitir los partes oficiales. Fuera de Cáceres, que estampó en sus Memorias sus impresiones; de Canevaro, herido al comienzo de la batalla de Miraflores; de Iglesias y algún otro jefe, no tenemos, repito, la versión oficial de esas derrotas. Por la parte de Chile, en cambio, abundan los partes, pero nosotros hemos escogido como fuente, la relación anónima de un jefe superior chileno, que posiblemente formaba parte del estado mayor, el cual pu-*

---

(2) A fin de salir por los fueros de la verdad, transcribiremos las palabras del jefe del batallón Pachacámac, el cual, rectificando a la **Opinión Nacional**, relata lo que hizo al oponerse al avance del enemigo. (v. dicho diario, Lima, abril 19 de 1894). Dice así: "Me cupo la honra de mandar el batallón Pachacámac y, al frente de él, combatí con el ejército invasor el 23 de diciembre de 1880 en la pampa de Jaguey, al sur de Lurín. Al día siguiente, una parte del mismo ejército hizo un reconocimiento por el lado de Manchay y fue rechazado por mis fuerzas, dejando muertos en el campo a 32 soldados y dos jefes de alta graduación.

El 31 de diciembre derroté en Pampa Chica, camino de Cieneguilla, una fuerza enemiga que hacía un reconocimiento.

El 2 de enero ocurrió otro encuentro en el que perdimos 11 soldados y tuvimos 15 heridos, y, por último, en el gran reconocimiento del día 9, por nuestra izquierda, los enemigos vinieron en número de 6.000 hombres, de todas armas, y empeñaron un combate que duró desde las seis y media de la mañana hasta las 10 y 30 a.m. En este encuentro perdió mi cuerpo 45 hombres que quedaron en el campo y 90 y tantos heridos.

Todo esto consta, Sr. Aramburú, de documentos y en especial de órdenes generales..."

blicó en Santiago, sin nombre y sin fecha una relación de los sucesos ocurridos el 13 y 15 de enero bajo el título: Recuerdo de las batallas de Chorrillos y Miraflores. (V. Documento N° 12)

Antes de proseguir, creemos conveniente detenernos en hablar de la situación o el aspecto que ofreció Lima en aquellos aciagos días. Desde el día en que abandonó el Dictador la ciudad, dejándola en manos del alcalde municipal D. Rufino Torrico, cesó, puede decirse toda actividad en sus calles, y, el hecho de hallarse cerradas las puertas de las casas o postigos y ser muy escasos los transeúntes, la vino a convertir en una ciudad muerta. Citaremos las palabras del secretario de la legación argentina, D. E. Uriburu, en su libro: Guerra del Pacífico. Episodios. 1879-1881. Buenos Aires, 1899. Empezaremos por transcribir este párrafo de la p. 112 que dedica a Piérola: "Piérola, Dictador, llevó al gobierno de su patria, en tan crítica situación, en vez de la austera virtud del modesto republicano y la abnegación personal que coloca por sobre todo la igualdad y libertad de sus conciudadanos, esa lúbrica concupiscencia de mando, irritada en las acerbos contrariedades del egoísmo y la ambición, desarrolladas sin escrúpulos, sobre los peligros de las conspiraciones y las intrigas del que ha acechado incansable y por largo tiempo y con impaciencia la hora de tomar por asalto el mando y que logra su intento hasta más allá de lo que hubo podido aspirar, en sus devaneos de la mayor ambición.

El despotismo y desacierto con que gobernó el Perú, así lo demostraron, cuando bañada en sangre y lágrimas cayó la infortunada nación en manos de su desvanecido y despiadado conquistador".

Más adelante en la p. 220 añade: "El 16 de enero de trisísima recordación, llegaba a su término en sepulcral silencio. Las casas cerradas; llenos de asilados los templos, creyendo salvarse entre las bóvedas santas. La muchedumbre que habitualmente pululaba en alegre y continua gira en la ciudad, había ausentado. Parecía una ciudad dejada por sus habitantes o un pueblo de sombras.

Flotar se veía en lo alto de sus callados edificios los diversos colores heráldicos de las banderas de todas las nacionali-

*dades, con excepción de la enseña patria, convertida de oriflama protectriz de sus hijos y símbolo de sus tradiciones guerreras en mortaja o sudario de sus mártires...*

*El 17, de tres a cuatro p.m. aparecieron las primeras columnas chilenas, desfilando por las calles de la capital a sus cuarteles, en silencio solemne y rigurosa disciplina, sin que ni las músicas militares fueran, con sus marciales ecos, a mortificar el dolor de los vencidos, ni las angustias de huérfanos y viudas, entregadas a sus mortales y supremas aflicciones. Ordenaba la corneta los movimientos de las tropas y se sentía, en el silencio, su marcha por la repercusión de ecos y ruidos de trenes de artillería sobre las piedras y veredas y las pisadas de los ferrados cascos de los escuadrones de caballería.*

*No asomó nadie ni a balcones, ventanas y puertas y hasta los mismos extranjeros dejaron pasar, sin participación en el espectáculo, la brigada que tomaba posesión de la ciudad, pagando al país de su residencia, en su respeto y simpatía, la deuda de generosa hospitalidad...*

*Citando a Julio Jaimes, dice en la p. 225: "...Mientras estas negociaciones se realizaban (las del alcalde de Lima, Rufino Torrico y el cuerpo diplomático con el general en jefe chileno, el día 17) en el campamento chileno, los dispersos del día anterior, en unión del pueblo bajo, se apoderaron del pueblo de Lima y se entregaron a todos los horrores de la comuna. Durante el día 16, la ciudad se mantuvo bajo el terror, que aumentó con la llegada de la noche, en que el desorden producía las matanzas, en las calles el tiroteo por todas partes, el saqueo en los establecimientos de comestibles y bebidas de los súbditos chinos, y, después, el incendio en diferentes barrios, sin que fuera posible llegar en auxilio de las víctimas ni abrir las puertas cerradas y arrancadas con exceso de precaución...*

*En fin, las colonias extranjeras armadas con mil dificultades por el alcalde municipal organizaron la guardia urbana y ayudaron, no solamente a dispersar, matando los grupos de saqueadores sino a apagar con los bomberos los incendios, hecho lo cual Lima tomó la forma y el aspecto más solemne que es posible decir o presenciar.*

*Retirados todos a sus domicilios, arrancados los badajos de todas las campanas, cerradas herméticamente ventanas y puertas y colocados sobre éstas escudos y placas con designación de pertenecer las propiedades a súbditos extranjeros y sobre aquellas banderas de todos los países del mundo; parecía la metrópoli limeña, a las tres de la tarde del 17 de enero, una ciudad completamente abandonada, fantástica, en la que los genios de la desolación hubiesen querido ofrecer el sarcasmo de los adornos, entregando a la acción del viento, lienzos con todos los colores del espectro solar.*

*Ni el más leve murmullo, ni la más curiosa faz, asomando por puerta alguna, nada en fin que revelase la vida en aquel pueblo que semejaba las catacumbas encerrando en sus sótanos a los asilados cristianos...*"

*A éste se ha de seguir el cuadro que esboza el adjunto a la Legación Italiana Perolari Malmignati, en su obra: Il Peru ei suoi tremendi giorno.*

*Dice así en la pág. 305. Cap. XII: "Desde los últimos días de diciembre, era tristísimo el aspecto de Lima. Todas las tiendas estaban cerradas y todo el comercio había cesado. Eran muy pocas las señoras que no tuvieran en la Reserva al padre, al esposo, a un hermano o pariente, todos los cuales habían abandonado su hogar para acudir a defender la ciudad. Sin respeto alguno a la propiedad de los neutrales, convenido por tratados internacionales, todo género de violencia era cometido por las autoridades militares aún inferiores o aún por los simples soldados so pretexto de requisa de cabalgaduras o con el fin de que se aceptaran los billetes de cinco incas, cuyo valor había subido de un golpe a 75 pesos. El papel moneda muy depreciado no tenía apenas valor. Un mezquino desayuno costaba 20 pesos y el afeitado en una barbería un peso y medio, una caja de fósforos costaba un peso y así de lo demás.*

*Los chilenos próximos a la línea peruana parecía que no tenían intención de moverse, y sólo de vez en cuando ocurría alguna escaramuza. En Lima, donde era fácil acostumbrarse a todo, parecía que se hubiese alejado la idea de hallarse el enemigo a las puertas, cuando he aquí que en la mañana del 13 de enero, empezaron a llegar en camillas, conducidas por los*

*auxiliares de la cruz roja los primeros heridos de las batallas de San Juan y Chorrillos y antes y después de ellos muchas ranas, con los pies descalzos, gimiendo y llevando a sus espaldas a sus hijos. Los chilenos, los chilenos, se empezó a gritar por todas partes. Se les esperaba de un momento a otro. . .*

*Al día siguiente de la batalla de San Juan, a propuesta del ministro italiano Sr. Viviani, el cuerpo diplomático de Lima ofreció al Sr. de Piérola sus buenos oficios como mediadores a fin de obtener un armisticio. Reunidos, una delegación compuesta de los ministros de Francia, Inglaterra, del ministro de El Salvador, decano del cuerpo diplomático, de su secretario y del que esto escribe fue enviada a Miraflores, a fin de entrevistarse con el Dictador y el general Baquedano, jefe del ejército chileno, que residía en Chorrillos. . .” (Luego de referir que se llegó a ajustar la tregua, añade que impensadamente se rompieron los fuegos de una y otra parte y continúa).*

*“Al día siguiente de la derrota de Miraflores, los soldados dispersos y la plebe se dedicaron al caer de la tarde a saquear e incendiar algunas tiendas, especialmente de los chinos, así por ser los más débiles como por carecer de protección alguna. Algunos de ellos no solo perdieron lo que tenían sino aun la vida. Los bomberos italianos acudieron a apagar los incendios, exponiéndose al peligro.*

*¡Qué triste estado el de Lima, en la noche del 16 al 17! Derrotado el último ejército y perdida toda esperanza, sin gobierno alguno ni autoridad que pudiese mantener el orden, grupos de malhechores recorrían la ciudad, saqueando, dando muerte e incendiando, y, finalmente, a las puertas y a corta distancia el ejército enemigo, al cual no podía ofrecer resistencia un solo batallón.*

*Contra los malhechores de la mañana hubo de luchar la guardia urbana en la mañana del día 17, compuesta casi toda por extranjeros. Era poco divertido el recorrer la ciudad aquella mañana y si tras unas horas de paseo por el municipio, los asilos de la colonia italiana y los cuarteles, volvía uno a su casa bueno y salvo era una gran fortuna”.*

*Es sabido que la batalla de Miraflores tuvo lugar el día mismo en que se había firmado un armisticio, el cual habría*

de durar hasta las doce de la noche del día 15. Este armisticio fue roto por los chilenos deliberadamente, aun cuando luego se tratara de ocultar la verdad. De nuestra parte se respondió a los fuegos del enemigo, pero sin haber recibido orden del alto comando para que se rompiese dicho fuego. Más todavía, Piérola que se encontraba, a la una y media o dos de la tarde, almorzando en la quinta Shell, recibió a esa hora al cuerpo diplomático acreditado en Lima, y, estando en conversación con ellos, se escucharon los primeros disparos y empezaron a caer las granadas de los cañones enemigos, así de tierra como de la escuadra. No obstante esto, Piérola dispuso que no se disparara un solo tiro, pero la orden no fue intimada a los Comandantes de las divisiones y la lucha ya se había generalizado. Como el general Baquedano en su parte del combate tergiversa los hechos, el cuerpo diplomático acreditado en Lima creyó de su deber rectificar sus aserciones y publicó una nota conjunta que insertamos en los documentos y hemos tomado de El Canal de Panamá. (V. Documento N° 14)

Volviendo ahora al punto relativo a la organización del ejército que había de defender la ciudad, lo primero que salta a la vista es la falta de un plan bien meditado y la ejecución sistemática de los medios que se pensó habrían de servir para oponerse al enemigo. Los cambios en el comando y la distribución de los cuerpos se sucedieron con frecuencia, y, aún en vísperas de las batallas finales todavía se pensaba en modificar los cuadros. Un ejemplo nos lo ofrece Cáceres, el cual dice en sus Memorias que el Dictador, a su regreso del sur, le encomendó organizar una división en Huaral, posiblemente en previsión de que el ataque de los enemigos se produjera por el norte. Allí permaneció Cáceres hasta fin de año, cuando ya era notorio que los chilenos atacarían por el sur. Cáceres fue trasladado a la línea de defensa de San Juan, pero así él como sus soldados sintieron que se operara ese cambio.

En la instrucción de los reclutas no se siguió una pauta, y mientras unos adoptaban una táctica, otros adoptaban otra, de modo que el soldado carecía de aquella formación que lo habilita para el combate.

Piérola se perdió en mil detalles que eran innecesarios, como en prescribir el uniforme que había de usar el vicario

*general castrense y los vicarios que estaban a sus órdenes. Con razón, Manuel Atanasio Fuentes, en su conocida sátira contra el Dictador, Ramillete o repertorio de los más piramidales documentos oficiales del gobierno dictatorio, ridiculiza todas las disposiciones tomadas sobre un asunto que era muy secundario.*

*Aun en los cuerpos de reserva no hubo la uniformidad requerida, y mientras había cuerpos bien disciplinados y adiestrados, había otros, formados por gente advenediza y sin la suficiente instrucción, sin contar que no en todos ellos los jefes se señalaban por su pericia, su valor y su constante vigilancia. Por eso el rendimiento de nuestros soldados, en las dos batallas de San Juan y Miraflores, fue muy desigual y mientras hubo batallones como el de Marina y algunos otros que ofrecieron al enemigo una seria resistencia, hubo otros que desmayaron a poco de empezar el combate y cedieron el terreno con relativa facilidad.*

*Habría también que referirse a las defensas de la ciudad y a la ciudadela Piérola, como dieron en llamar al recinto fortificado y artillado en la cima del San Cristóbal. Leyendo los periódicos del tiempo, no puede unos menos de admirar la buena fe de los habitantes de Lima que el día de la inauguración de la ciudadela acudió en gran número a vitorear al Dictador, creyendo sin fundamento, que las baterías instaladas en el cerro tradicional, con no pequeño esfuerzo de nuestra parte, habían de poner a la ciudad a cubierto de los asaltos del enemigo. La verdad es que la ciudadela no sirvió para nada y que de ella no hizo caso el enemigo. Antes que entrara éste, esos cañones fueron inutilizados y yo recuerdo que, cuando niño, nos entreteníamos cabalgando en la cima sobre las pesadas piezas de bronce que allí se conservaban.*

*No es posible olvidar la intervención del vice almirante Bergasse Du Petit Thouars, en aquellos días aciagos que sumieron a Lima en una gran congoja. El vice almirante que enarbolaba su enseña en la nave acorazada "La Victorieuse" había permanecido en la bahía del Callao por algún tiempo, pero órdenes recibidas de sus superiores, le obligaron a emprender el viaje hacia el sur con dirección a Valparaíso. En*

Lima había contraído amistad con la madre Hermasia Paget, superiora del colegio de los Sagrados Corazones de Belén; esta religiosa, al saber la aproximación del enemigo y de que pronto Lima se vería atacada por sus tropas, pensó en lo que podía sobrevenir, y, deseando que no ocurriese en la capital, lo que había sucedido en Tacna y otros sitios, le escribió, rogándole viniese al Perú, pues su presencia podría contener al invasor.

Bergasse Du Petit Thouars, conservaba muy buenos recuerdos de la capital del Perú, pero tenía el propósito de volver a Francia a bordo de su buque. Sin embargo, durante su estancia en Valparaíso una como voz interior lo incitaba a volver al Callao. La carta de la madre Hermasia lo decidió, y, contra lo que se había proyectado, dispuso que su nave volviera al puerto de donde había partido. Llegó muy a tiempo. Ahora bien, una vez que se dio cuenta de la situación y del abandono en que había caído Lima, al alejarse el Dictador a la sierra, pensó intervenir a fin de evitar que la ciudad fuera teatro de las escenas que habían tenido lugar en Chorrillos y Barranco. en donde la soldadesca desenfrenada se dedicó al saqueo y a la matanza, sin respetar a los extranjeros y aun al sexo débil. Como jefe de más alta graduación, entre los barcos estacionados en la bahía, se puso de acuerdo con el contralmirante inglés Sterling, comandante de la fragata "Triumph" y pasó una nota enérgica al general Baquedano, pidiéndole que la entrada a Lima se hiciese de un modo pacífico y que fuesen respetadas las propiedades de todos los vecinos, y, en especial, de los súbditos extranjeros. Esta nota, por fortuna, surtió sus efectos y el ejército chileno penetró en la capital con el mayor orden y no se echaron de ver los desórdenes y depredaciones que habían tenido lugar en otros puntos dominados por el enemigo.

La sociedad de Lima conservó el recuerdo de su insigne benefactor y consideró que a él se debía en buena parte la salvación de la ciudad. Por eso al ocurrir el aniversario de aquella fecha histórica, las damas de Lima, valiéndose del ministro francés acreditado en nuestra capital le enviaron una carta muy afectuosa, en la cual le expresaban su gratitud. Esta carta fue respondida por el almirante, que por entonces se encontraba en Toulon y ambos escritos los hallará el lector entre

los documentos N° 15 y 16 porque hemos creído justo que no se olvide la intervención del gran marino francés en favor de nuestra capital. La ciudad ha sabido corresponderle, erigiéndole un modesto monumento en una de sus plazas y dando su nombre a una avenida que en el futuro recordará a las generaciones del porvenir el hecho narrado. (3)

Ahora tócanos decir algo sobre los saqueos e incendios que se sucedieron en la noche del día 15 de enero de 1881 y aún el día siguiente, en los barrios extremos de la población, cuando, después de la derrota, un buen número de dispersos, sin jefes a quien obedecer, se dedicaron a asaltar algunas tiendas, especialmente de asiáticos y aun llegaron a poner fuego a algunos establecimientos.

La depresión de la derrota, la ausencia de los jefes y la confusión que reinaba en la ciudad, temiendo los unos la entrada del enemigo e inciertos todos sobre lo que había de sobrevenir, fueron en buena parte causa de los desórdenes que Lima hubo de presenciar aquella noche. No se había logrado desarmar a los dispersos, y, aunque muchos, especialmente los reservistas, se dirigieron a sus domicilios, otros, sin saber adónde dirigirse y apretados por la necesidad, pues sólo habían recibido el rancho de la mañana, hicieron uso de sus armas para satisfacerla. Como en todas partes, nunca faltan maleantes, muchos de ellos no se contentaron con lo que hallaron al alcance de la mano y usaron de la fuerza para arrebatar a otros lo que no era suyo.

Como entre los soldados había corrido la voz de ser los chinos aliados del enemigo y haberle servido de espías en toda la campaña, fue con los asiáticos con quienes, particularmente, se ensañaron los soldados dispersos. Aquellos en los barrios extremos tenían algunas encomenderías y cafetines o fondas y éstas fueron el blanco de los ataques de los fugitivos.

Un escritor chileno, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, nos habla de esta intervención de los chinos en esta cam-

---

(3) Julio R. Elías: "Comentarios biográficos respecto del vicealmirante Bergasse du Petit Thouars". Callao, 1952.

pañá. (4) Dice así: "Esa colonia en número de 658 individuos se había reunido en su pagoda de San Pedro de Lurin, el día 11 de enero, en una especie de capilla de regular extensión, que se veía alumbrada, a pesar de no ser de noche, por cuatro faroles chinos de varios colores y adornada por un altar solo, en que figuraban tres estatuas o retratos de madera, a la manera de los que suelen verse en los altares de nuestras propias iglesias. La estatua o santo del medio representaba a Kuonglong, especie de Marte en la religión de los colonos, y figuraba a un hombre de grande estatura, luenga y espesa barba y rostro de color rojo, con una enorme espada en la mano derecha, espada que, según la creencia de los fieles era manejada por su Kuonglong, no obstante pesar más de mil libras. El santo de la derecha representaba a un joven imberbe y de rostro blanco, a quien creían hijo de Kuonglong y le llamaban Yong Long, y, el de la izquierda, especie de ayudante de su referido Dios de la guerra era negro y de grandes ojos blancos. Tenía también espada y se llamaba Affay.

Ante esta rara trinidad, un chino ofició algo que parecía misa y en seguida procedió a degollar un gallo, símbolo de la guerra, cuya sangre depositó en una redoma. Por esa sangre belicosa juraron los chinos ser su deseo y sus votos que las armas de Chile salieran victoriosas, y así se lo pidieron a Kuonglong, con todo respeto, bebiendo en seguida la sangre mezclada con agua. Todos los 658 colonos alcanzaron parte del mistificado líquido.

Terminada la ceremonia, el chino Quintín Quintana, jefe elegido por la colonia misma pronunció un largo discurso en que habló de la esclavitud reinante en el Perú y de la próxima libertad e imperio de las leyes comunes". (5)

Los chilenos, desde la campaña del Sur se habían servido de estos chinos como espías y exploradores, y, al iniciar su ex-

---

(4) Recuerdo de las batallas de Chorrillos y Miraflores; s/a.

(5) Este individuo, después de la ocupación de Lima, estuvo al servicio del enemigo, el cual lo empleó en varias comisiones, como puede verse en la Memoria de Lynch. Posiblemente por su adhesión a Chile se le eligió como jefe de todo el grupo de sus compatriotas que estuvieron al servicio del invasor.

pedición a Lima, enrolaron entre sus tropas, aun cuando no se les diera lugar en las filas, a estos individuos. En Pisco y en su avance sobre la capital aumentó su número, de modo que, como acaba de decir el escritor chileno, en Lurin llegaron a contarse hasta más de seiscientos asiáticos. Muchos de ellos habían abandonado el trabajo en las haciendas con esperanza de mejor fortuna y prontos siempre a entregarse al pillaje cuando la ocasión se presentara. Con estos antecedentes no es extraño que la plebe y la soldadesca los hiciera objeto de su animadversión y tratara de vengar en ellos el mal que habían recibido de los invasores.

Los desórdenes en Lima, pudieron frenarse con la ayuda de los bomberos que acudieron a apagar el incendio en algunos puntos y la guardia urbana, formada por los comerciantes extranjeros y algunos otros vecinos de la ciudad. El alcalde Rufino Torrico hizo lo posible, al día siguiente, por reforzar la dicha guardia urbana, pero también hubo de dirigirse al general en jefe del ejército chileno para que apresurase su entrada en la ciudad. De común acuerdo se convino que esto había de tener lugar el día 17, por la tarde.

El día 15 el general Baquedano había enviado como parlamentario al secretario del ministro de la Guerra, D. Isidoro Errázuriz y en su compañía vino el general Miguel Iglesias, que se encontraba prisionero. En Miraflores fue recibido por nuestra línea avanzada y se le dio pase. Piérola no se avino a recibir al enviado, mientras éste no trajese poderes bastantes para tratar con él. En realidad, el jefe chileno lo único que se proponía era evitar un derramamiento de sangre inútil y acordar las condiciones de la rendición de la ciudad. Después de esto, vino la propuesta de los diplomáticos extranjeros, los cuales obtuvieron la aceptación de un armisticio, que había de durar hasta las doce de la noche de aquel día. Venía a ser la contrapropuesta por parte del Perú, aun cuando en la mente del Dictador no se trataba únicamente de suspender las hostilidades sino de estudiar las condiciones en que había de celebrarse la paz. Ni uno ni otro medio dieron resultado y el destino quiso que a las puertas de la ciudad, vertiese su noble sangre lo más escogido de la juventud de Lima, como el postrer sacrificio que había de hacerse por la salud de la patria.

*La entrada de los chilenos fue ordenada y desprovista de aparato. Las calles se encontraban desiertas y ni aun a los balcones se asomaba la curiosidad de los vecinos. Muchos de esos hogares se hallaban enlutados por la desaparición de algún ser querido, y la mente y el corazón no estaban para poner los ojos en un espectáculo que venía a ser doloroso. Como se dice en la vida de D. Manuel González Prada, que vivía por entonces en la calle de La Merced con su familia, lugar por donde desfiló buena parte del enemigo invasor, las celosías permanecieron cerradas y no se abrió una sola ventana de las que daban a la calle. Este fue el sentimiento general en la población. Muchos eran también los heridos que se curaban en sus casas, fuera de las ambulancias que apenas se daban abasto, como las que se establecieron en San Carlos, Santa Sofía, San Pedro y otros lugares, sin contar los hospitales.*

*Sólo de una manera paulatina vino a desaparecer, aunque no totalmente mientras duró la ocupación, esa sombra de tristeza que como las neblinas invernales pesaba sobre la ciudad fundada por Pizarro y que siempre se había conquistado la fama de sonriente y alegre.*

Lima, 25 de febrero de 1970.

RUBEN VARGAS UGARTE, S. J.

## DOCUMENTOS

### Carta Anónima al Dictador

Nº 1

Setiembre, 4 de 1880.

Mi señor y dueño:

Léame usted con ánimo desprevenido.

No es imposible que los chilenos intenten un golpe de mano sobre el Callao, como el del general Vivanco y, por cierto, que sería funesto que nos encontraran desapercibidos.

Pero lo más probable es que desembarquen lejos de Lima; y, si en este concepto, prepara usted su defensa sobre los alrededores de la ciudad, ésta será víctima de la artillería enemiga, el ejército sufrirá el contagio del pánico inevitable en la gente inerme, y los dispersos y acobardados que, lejos de la ciudad, podrían ser detenidos y alentados, estando cerca de ella, no sería posible contenerlos.

La invasión de Lima no puede venir sino por la Tablada de Lurín, o por Chillón y Bocanegra; desde que no es realizable el desembarque de un poderoso ejército entre Lurín y Bocanegra. Dos, pues, son las líneas de defensa que hay que preparar: una sobre la entrada del valle de Chillón, y otra al término de la Tablada. Simples fortines, con buenos fosos para la artillería, y zanjas para la infantería, llenarían por completo el objeto. Sería imperdonable desdeñar bases de defensa co-

mo los cerros que dominan el valle de Chillón y la Tablada de Lurín, de donde no hay movimiento enemigo que no sea descubierto a enorme distancia. En las baterías del Callao ha de haber cañones de grueso calibre, inútiles contra la escuadra chilena y que servirían muy bien en los puntos capitales de esas líneas de defensa, que supongo servidas cada una por su respectivo camino, y en comunicación telegráfica con Lima.

Después de esto faltarían los ejercicios sobre el campo, como los que hacen en otoño los ejércitos europeos, debe usted ver, por sus ojos, cómo y en cuánto tiempo se traslada un cuerpo de ejército, de un extremo a otro de esas líneas; y cómo y en cuánto tiempo, un cuerpo de ejército va de Teves o Villa, a Chillón o Bocanegra. Los ferrocarriles sirvieron para esto pero nuestros soldados no saben todavía entrar y salir a un vagón, cómo cambiar de frente o formar dos compañías. Todo debe estar estudiado prácticamente para esos momentos.

Recuerde usted que los Prados y Dazas no habían experimentado un movimiento de Arica a San Francisco, que este punto estratégico no estaba ocupado por ellos, y que quizá no lo conocían ni de nombre; y que los Buendías y Bustamantes nada tenían acordado para el caso de un contraste.

Si nuestros coroneles han de conocer el teatro de nuestra próxima campaña menos que los jefes chilenos; si los puntos capitales de defensa han de estar sostenidos por aficionados como Chocano en Los Angeles; y si nuestros comandantes generales no han de llegar nunca al campo de batalla, como debió haber llegado Leyva a Tacna; entonces, amigo, agache la cabeza y firme la paz cuanto antes.

Bien organizada la defensa, con veinte mil hombres disciplinados, podrá usted revertir a treinta; y, por cierto, que no irá contra Lima tanta gente, sin dejar todo el Sur a la merced del ejército que se forma en Arequipa.

No confíe usted en las ánimas del purgatorio, ni en Santa Rosa bendita, menos aún en los ciudadanos armados por la fuerza de la ley marcial; y no confíe usted tampoco mucho en usted mismo para mandar un ejército y dirigir una batalla; tenga usted a su lado un hombre del oficio, acostumbrado a esos lances, y cuyos ojos vean claro a través del humo del com-

bate. No se trata, mi señor, de probar que usted es un capitán: trate usted de vencer a todo trance, so pena de quedar aniquilados y envilecidos para un siglo.

Su atento y seguro servidor,

Nº 2

### Carta de Juan Vernal y Castro a Piérola

Moquegua, octubre 24 de 1880.

Al Excmo. señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Muy estimable amigo:

Me refiero a mi anterior del 18 del actual que estimo en poder de V.E., y desde entonces no he tenido el gusto de recibir ninguna comunicación de V.E., presumo que las atenciones de la guerra le absorben todo su tiempo.

Desde los acontecimientos últimos, relacionados a V.E. en mi anterior ya citada, no ha ocurrido en esta provincia ningún nuevo acontecimiento que merezca la pena de comunicarlo a V.E.

El enemigo parece al fin decidido a emprender la campaña sobre esta capital, según las últimas noticias que he recibido de Tacna. La llegada del ministro de la Guerra a esa ciudad con los generales que mandarán las divisiones que deben operar sobre esa capital, hace presumir que en realidad se expedicione pronto al norte.

En Pacocha solo han dejado unos 500 hombres más o menos, pertenecientes al batallón Valdivia, porque el batallón Caupolicán que estaba muy desmoralizado y próximo a desbandarse, lo han llevado a Tacna para refundirlo en los otros cuerpos de su ejército.

Aquí me tiene V.E. sin poder hacer nada para hostilizar al enemigo, desde que el señor coronel Leyva no me quiere

auxiliar con ninguna fuerza, para que ayudando a la gendarmería se pudiera hostilizar al enemigo de alguna manera. Los prefectos de Arequipa y Puno tampoco me prestan su apoyo en lo menor, a pesar de instarles a nombre de V.E. para que unidos podamos hacer algo contra el enemigo. En tan triste situación, el único recurso que me queda es renunciar a esta prefectura desde que no se me puede proporcionar los elementos necesarios para defender esta importante porción del territorio nacional como lo exigen los sagrados deberes de una autoridad verdaderamente patriota.

Hasta hoy aún no sé si ha llegado a Arequipa el doctor Solar, pero tan luego que sepa que ha llegado, iré a verme con él personalmente, para ver si me puede proporcionar los elementos que se necesitan para la defensa de esta provincia, y, en caso de que tampoco el citado doctor lo pueda hacer, me veré en la necesidad de renunciar el puesto para que se nombre otro que tal vez sea más feliz que yo.

He consultado al gobierno infinidad de asuntos importantes desde que me hice cargo de esta prefectura, y desgraciadamente ninguno ha sido absuelto por los señores secretarios de Estado. Como no se me permiten contingentes, ni tampoco se absuelven las consultas que he elevado al conocimiento de V.E., me veo siempre escaso de fondos para atender a las más urgentes necesidades de la provincia. En esta virtud, me permito llamar la atención de V.E. sobre el particular para que atendiendo a las especiales circunstancias de esta provincia litoral, procure darse un momento de tiempo para resolver dichas consultas.

El señor prefecto de Tarapacá ha venido a esta provincia con su gendarmería, la que ha puesto a mi disposición porque él no tiene cómo sostenerla; naturalmente, la he aceptado desde luego para sostenerla hasta que el doctor Solar resuelva lo que juzgue más conveniente. Espero que este procedimiento será aprobado por V.E. desde que solo tiene por objeto impedir que esa tropa se desbande por falta de socorros diarios.

Este mismo amigo le remite un cuadro de un cuerpo que debió formarse en Tarapacá, cuando se le esperaba por allá; espero que V.E. tendrá la bondad de hacerlo aprobar porque

esos elementos hoy dispersos puedan irse acumulando para cuando sea conveniente.

Por este mismo correo elevo al conocimiento de V.E., por el conducto respectivo, todos los documentos originales relativos a los acontecimientos que tuvieron lugar en esta ciudad mientras la ocuparon las fuerzas enemigas. V.E. con su sano y justiciero criterio sabrá resolver lo que juzgue más conveniente participándomelo a la mayor brevedad posible para proceder aquí conforme lo que disponga V.E. sobre el particular. Me he encontrado desde luego con la dificultad de no poder resolver por mí mismo sobre si esos actos están o no comprendidos en el supremo decreto del 11 de setiembre último, por cuya razón he preferido poner todo en conocimiento de V.E. para que se digne resolver el asunto del modo más arreglado a justicia.

Con tal motivo, tengo el honor de suscribirme de V.E. como su más atto. amigo y seguro servidor.

JUAN VERNAL Y CASTRO.

Nº 3

**Carta de Eliseo Maldonado a Piérola**

Moquegua, Octubre 26 de 1880.

Excmo. señor  
D. Nicolás de Piérola  
Lima.

Señor de mi respeto:

Por varios conductos sabrá vuestra excelencia los resultados de la tercera ocupación de esta ciudad por las fuerzas chilenas.

El 27 del pasado se aproximaron al valle de la Rinconada 150 hombres de caballería, los que a vista de nuestros gendarmes, que manda Jiménez en el número de 60 hombres, se retiraron precipitadamente; y se comprende que el jefe de las fuerzas de Tacna, con este motivo, ordenó que la fuerza de

Pacocha, doscientos hombres de caballería y seis piezas de artillería de Tacna, vinieran a ésta. La autoridad política sin fuerza competente para resistir, se retiró con sus gendarmes de a pie y de a caballo, que no pasan de 120 hombres, a Torata el 6 de este mes, cuando aquellos llegaron a esta ciudad, y de allí a Omate cuando llegaron a esa Villa.

El impuesto de 100,000 soles, fue la primera diligencia del enemigo al tocar en esta ciudad a la vez que reses, arroz, harina, azúcar y café. En Torata fue 100 bueyes el impuesto o 10,000 soles en su defecto. Para el hombre de honor es triste y desconsolador el papel que estos dos pueblos han hecho con motivo de aquella imposición.

El síndico Navarrete y los SS. notables entendiéndose con el jefe chileno, implorando rebaja y espera para reunir el dinero; preferible habría sido someterse a cualesquiera desgracia antes que pasar por esa humillación. La amenaza de soltar los soldados a la población fue la que abrumó a este vecindario al extremo de no saber lo que se hacían los hombres más caracterizados. Yo me ausenté con el señor prefecto como era natural, desde que la resistencia no era posible.

Mas que el ceder a ese impuesto nos deshonor los medios que se emplearon para satisfacerlo. Comisiones de personas notables de ambos sexos, recorrían las calles, exigiendo de puerta en puerta una erogación, empleando los hombres la amenaza de denunciar al jefe chileno a quien se negaba a satisfacer la cuota impuesta por la comisión presidida por el síndico, para que destruyese sus propiedades.

No por ceder a ese impuesto, dejó el chileno de hacer saquear los caballos y demás animales que los vecinos procuraron ocultar en los interiores de sus casas y quemar algunas propiedades que constan en el parte que pasa la prefectura.

En mi concepto los responsables de la degradación en que nos hallamos sumidos es, en primer lugar el síndico que aceptó la autoridad del invasor y nombró comisiones para extraer la cuota que acordaron para cada vecino y los notables Lorenzo de la Flor, José L. Artieda, José Benigno Pomareda, José S. Barrios, David Gómez y otros. En Torata el alcalde Julio F.

Becerra, D. Manuel Chipoco Tamayo y otros. Con gran dolor por esta nueva desgracia... participo a V.E. ligeramente lo ocurrido... Con sentimientos de estimación y respeto me repito su decidido amigo y S.S.

ELISEO MALDONADO

Nº 4

Carta de E. Villena a Piérola

Ica, noviembre 4 de 1880.

Excelentísimo Señor  
D. Nicolás de Piérola,  
Lima.

Señor:

Tengo la grata satisfacción de acusar a vuestra excelencia recibo de su estimada, fechada 22 de octubre último, participándome que aún estaban pendientes las negociaciones sobre la paz, sin embargo de que el espíritu del pueblo y el ejército no se debilitaba para el caso de que fracasasen aquellas conferencias.

Sé que a la fecha estaban terminadas las negociaciones sin haberse arribado a nada, lo que era de esperarse de parte del gobierno de Chile, que no tiene otra política que la indicada por su prensa y que la condenan cuatro ambiciosos sin pudor ni conciencia. Si bien Chile podía pedir al Perú su envilecimiento, el país tiene su confianza en vuestra excelencia, y no debe temer que sellase su ignominia. La paz era imposible y los hechos han venido a probarlo, continuaremos pues la guerra que es la única manera honrosa cómo vindicaremos las derrotas sufridas por la imbecilidad de los que dirigieron las operaciones de la campaña hasta mayo último. Contando como debe contarse con el esfuerzo unido del gobierno y los ciudadanos, la victoria será del Perú en época no muy lejana.

Con verdadero pesar he visto los sucesos que tuvieron lugar en el norte a la entrada de los chilenos; y por lo mismo no

quería que a mí me sucediese otro tanto, ya que vuestra excelencia me confió el mando del departamento en momentos tan supremos. Y con este fin, tan luego como llegué convoqué a todos los hacendados de Ica y de los valles de Pisco y Chincha, manifestándoles que era una vergüenza para el patriotismo ver que los pueblos permanecían indiferentes a la invasión devastadora del ejército enemigo. El resultado correspondió a mis esperanzas y en poco tiempo tuve los recursos necesarios para aumentar las gendarmerías, sin gravamen ninguno al fisco: y estas fuerzas son las únicas que existen en el departamento, pues las reservas organizadas por el coronel Zamudio nada pueden hacer, ya porque carecen de armas, ya por su indisciplina, que se hace temible a los vecinos acomodados, porque los amenaza con desborde de la plebe de los valles.

Todo estaba pues bien preparado para hostilizar al enemigo desde el momento de su desembarco; pero ayer ha surgido un conflicto serio entre el coronel Zamudio como jefe de las reservas y esta prefectura, como habrá visto vuestra excelencia por mis partes telegráficos de ayer. Las gendarmerías no cambian de naturaleza porque se les aumente o disminuya; y si como muy bien lo ha decretado vuestra excelencia, con fecha 2 del presente, estas fuerzas están exclusivamente al mando del prefecto, es evidente que el gobierno no podía hacérselo entregar al coronel Zamudio, como se me indicó por telégrafo. Comprendo que Zamudio ha sorprendido al señor secretario de guerra, asegurándole que las fuerzas eran de reserva y no la gendarmería aumentada y sostenida en su aumento por las erogaciones del vecindario. De otro modo existiría una abierta contradicción en el decreto de 2 del corriente.

Sin embargo, como el enemigo amenazaba desembarcar y no era patriótico producir un escándalo levantando una ruidosa competencia, di orden a los jefes de dichas fuerzas para que se pusiesen a órdenes de Zamudio, mientras el gobierno resolvía lo conveniente. Tal es, excmo. señor, el triste episodio de ayer, que gracias a mi prudencia y sagacidad no ha tenido un desenlace funesto, por las tristes cualidades que tiene el comandante en jefe de las reservas, y que se ha envalentonado con el éxito, hasta pretender absorber en sí todo el gobierno político y militar de esta sección.

Siendo pues del todo imposible que yo continúe en la condición de prefecto responsable por la conservación del orden y tranquilidad, y con todo sin fuerzas para llenar mi deber, me he decidido a elevar a vuestra excelencia mi renuncia, porque la separación de las gendarmerías de su jefe nato no significa otra cosa que no tiene la confianza del gobierno.

Vuestra excelencia que me ha dispensado su favor y me ha juzgado digno de tenerme a la cabeza de este departamento en esta emergencia, no dudo que hará justicia a mi franco proceder al querer separarme, antes que consentir que se ultraje la dignidad y el prestigio de la primera autoridad.

Descanso tranquilo en que vuestra excelencia me permitirá retirarme para servirle en otro puesto, en donde no sea el blanco de ambiciones e intrigas, o desde mi hogar hacer votos por la prosperidad de V.E. y de la república.

Acepte V.E., como siempre, el testimonio de mi invariable afecto como su decidido amigo y pariente. Su servidor.

E. VILLENA

Nº 5

### Carta de D. Pedro A. del Solar a Piérola

Arequipa, 5 de noviembre

Señor Don

Nicolás de Piérola

Mi respetado amigo:

Midiendo mis marchas para llegar oportunamente a los puertos, según lo convenido, llegué a Camaná para pasar a Quilca y una hora después de mi llegada desembarcaban los chilenos. Comencé desde ese momento a dictar algunas providencias del caso.

El pánico que reina por estos lugares es de ahorcarlos a todos. En cuatro horas quedó Camaná completamente desierto: aquí mismo hay un abatimiento increíble.

Llegué a esta capital el 3 a las 5 p.m. El 4 presté el juramento a las 12 e inmediatamente llamé al coronel Leyva para

que dispusiera lo conveniente y salir a batir los 1,600 hombres que había en Quilca, antes de que se reforzaran. Me dijo que no contaba ni con 2,000 hombres de confianza y que se le dispersaba la fuerza. Echenique me dijo lo mismo por su batallón que vi escuálido de hambre y desnudez. Llamé al coronel La Torre y me aseguró lo mismo agregándome que no había ejército.

El hambre, la miseria, el mal trato, y qué se yo, tiene esto perdido.

Ese mismo día visité algunos cuerpos y al día siguiente los demás: y me he convencido de que si no se hace una reforma conveniente y pronta estamos perdidos; pero la haré.

El coronel Leyva, está dementado, es una momia semejante a don Luis La Puerta. No se ha acercado a mí una sola persona de todas las clases sociales que no esté fundamentalmente disgustada con él.

El ataque de Arequipa parece cierto y me preparo a él. Las fortificaciones hechas, son una burla indigna.

No hay sino 5,873 rifles y carabinas de doce sistemas, incluso Minier. No hay una división con un solo armamento. Hay 350 rifles, entre éstos de Chassepot Francés, sin una cápsula.

Mándeme usted 2,000 baterías Remington que las arreglan perfectamente, en la maestranza del tren.

Hasta hoy no he recibido el contingente, ni hay medio. He mandado por todo lo que desembarcó en Tacna.

Haga usted lo posible por mandarme algunas armas.

En el próximo correo daré a usted cuenta de lo hecho.

Deseo a usted salud y prosperidad. Su amigo.

P. A. DEL SOLAR

Nº 6

### Carta de P. A. del Solar a Piérola

Arequipa, 13 de noviembre

Señor Don

Nicolás de Piérola

Muy respetado amigo:

Mi primera y principal ocupación ha sido hacer ejército, pues no he encontrado ni cosa que se le parezca. Conforme

a lo que hemos hablado he llamado y ocupo a cuanto encuentro útil y separo a lo que no lo es, sin más consideración que el bien del país y el éxito de la guerra. Hoy no tiene enemigos el excelentísimo, menos cuando se les debe atraer e inspirar confianza. Si me equivoco, no será la pasión que me extravié, será mi falta de tino. El cambio que esto ha experimentado en diez días, se lo dirán los que lo palpan. He dado a cada división igual armamento, sujetando el número de hombres al de las armas, de manera que nunca haya un arma desocupada.

He refundido los batallones casi perdidos por el abandono de sus jefes y su falta de moral. He licenciado más de cien hombres tísicos y semi esqueletos y me faltan como cincuenta más. El batallón Huancané, uno de los refundidos se sublevó en Puno hace pocos días.

Me propongo poner lo menos seis mil hombres fuertes y capaces de sobrellevar las fatigas de una campaña, me limito a este número porque no hay más armas, aún contando los Minier que tiene el pueblo.

El viaje de este ejército a las inmediaciones de Tacna costó cerca de mil quinientos rifles y hombres perdidos. Le suplico me mande las dos mil baterías Remington ya que no será posible mandarme armas que es lo que necesito. Si diez mil rifles tuviera los tendría ocupados en el acto.

Al primer llamamiento que hice al pueblo para trabajar en fortificaciones se me presentaron dos mil cuatrocientos hombres con sus herramientas y en una semana tengo casi concluida esa obra.

No ha llegado todavía el contingente.

He dispuesto que de todos los devengados por diarios a la tropa se forme una cuenta hasta el primero del actual, y desde esa fecha nueva vida en arreglo al nuevo Decreto Supremo: he aumentado el rancho, lo vigilo y el soldado está contento.

He ordenado el más riguroso cumplimiento de las ordenanzas y del Estatuto, y estoy resuelto a que sea una realidad, es mi mejor áncora de salvación.

Remito a usted un cuadrito en resumen del estado del ejército hoy. En treinta días espero tener esto arreglado.

Deseo que lo hecho sea del agrado de usted y en favor del Perú. Consérvese bueno y mande a su obediente amigo.

PEDRO A. DEL SOLAR

Nº 7

**Carta de Bustamante y Salazar al Dictador**

Arequipa, noviembre 17 de 1880.

Excelentísimo señor  
Don Nicolás de Piérola,  
Lima.

Muy querido y respetado amigo:

El domingo último salí de La Paz con dirección a esta ciudad en la que me encuentro desde el martes, y a la que vine con el objeto de instruir al amigo Solar del número de fuerzas y elementos de que puede disponer el ejército boliviano; acordando la manera más conveniente de aprovechar su acción.

Siguiendo las instrucciones de usted, y como según los datos que hasta ahora tenemos, la expedición chilena marcha sobre Lima, hemos convenido en que el ejército boliviano abra campaña sobre Tarapacá, mientras el nuestro, dirigiéndose sobre Moquegua, ya que no pueda llevar un ataque formal sobre la guarnición chilena que dejen en Arica, jaquee, por lo menos, estas fuerzas, impidiendo que puedan marchar en apoyo de las de Iquique. El ejército boliviano se compone hoy de tres mil hombres bastante bien equipados y regularmente armados, aunque muy escasos de munición, pues solo cuentan con 65 mil tiros de Remington en el parque de La Paz y 40 mil en Potosí. Solar ha quedado en proporcionarles, para el momento de abrir la campaña, la munición indispensable para que cada soldado pueda llevar cien tiros.

El ministro de Bolivia en la Argentina da cuenta a su gobierno de haber tenido una larguísima y muy satisfactoria conferencia con Roca el actual presidente de esa república, quien

le ofreció concedería toda especie de facilidades al tránsito de armas para Bolivia, aconsejándole que debíamos hacer todo lo posible para evitar una acción decisiva antes de tres meses, e indicándole que hiciera llegar a conocimiento del gobierno de Lima este consejo suyo. Según Quijarro, aunque Roca no lo expresó de una manera terminante, le dejó sí entender bien claro su intención de declarar la guerra a Chile, tan luego como les hubieran llegado los elementos de guerra y buques actualmente en construcción, que de Europa esperan.

A Bolivia es probable le llegue antes de dos meses un buen armamento de Remington que ha contratado en Buenos Aires, al precio de 15 fuertes por rifle, y para cuya adquisición han enviado ya letras por valor de 200 mil soles.

Solar sin duda le hablará a usted del proyecto que tenemos para procurarnos también armamento por esa vía, razón por la cual yo omito hablarle a usted de este asunto.

Con la convicción íntima de que bajo la enérgica e inteligente dirección de usted, nuestro ejército de Lima va a dar muy pronto una tremenda lección al enemigo, y al Perú un día de gloria; se despide sintiendo con toda el alma no participar en ella y deseándole a usted acierto y cabal fortuna su más adicto amigo y seguro servidor.

J. ENRIQUE BUSTAMANTE Y SALAZAR

*Nota.*—Esta noche salgo de regreso para La Paz.

Nº 8

Carta de P. A. del Solar a Piérola

Arequipa, 22 de noviembre

Señor Don  
Nicolás de Piérola

Muy respetado amigo:

Recibí el telegrama por clave que me hizo usted, espero con ansiedad el resultado. He luchado veinte días, por satisfacer los deseos de usted, a fin de ver manera de aprovechar los servicios del señor coronel Leyva.

Recibió como era natural, mi nombramiento con disgusto; y me ha opuesto, desde el primer día, pasiva pero tenaz resistencia a cuanto era necesario hacer, pues todo lo encuentra malo e inconveniente. Es por esto que he empleado veinte días en hacer lo que sólo necesitaba diez. Esto solo era ya en las presentes circunstancias muy grave daño; pero ha sido ya intolerable, cuando públicamente criticaba mis medidas y trataba de desprestigiarme.

Lo llamé, le manifesté mi desagrado y la conveniencia de que se fuera a Lima, fue para peor.

Volví a llamarlo, imponiéndole casi mi deseo de que abandonara la plaza, desde que él me decía que tenía de usted instrucciones contrarias a las mías y opiniones diametralmente opuestas. Me contestó que le había pedido a usted licencia y esperaba la respuesta. No quería irse.

Mientras tanto, azuzaba a los oficiales para que me exigieran el pago de sus haberes y ha retardado el pago de la tropa, hasta el extremo de tener que exigirle que mande por la plata.

Llegó al punto de oficiarme, manifestándome que "los jefes y oficiales le exigían con instancia el pago de sus haberes y que le mandara los fondos necesarios".

A esto se agrega que aquí era un clamor universal por su separación, no sé de una sola persona que siquiera lo disculpe. Fue, pues, indispensable separarlo; y el hecho ha sido momentáneamente aplaudido, y dado nuevo aliento al pueblo y al ejército.

He ofrecido a usted hacer cuanto crea necesario para salvar la situación, sin miramiento a amigos, ni enemigos, sólo así puedo responder, a usted y al país, de mis actos. Esto no obstante, sino fuere de su agrado, en la mano tiene usted el remedio, y yo le quedaré siempre reconocido.

Deseo a usted con toda mi alma, que la providencia lo proteja y le dé el triunfo en el inevitable y quizá próximo encuentro con los enemigos.

Su verdadero amigo,

PEDRO A. DEL SOLAR

## Carta de Joaquín V. Retes a Piérola

Bujama, diciembre 25 de 1880.

Comandancia Militar  
de la Zona 10ª

Excelentísimo señor:

Por los partes elevados a vuestra excelencia por conducto del señor coronel don P.J. Sevilla, jefe superior de estas zonas, me fue grato poner en su conocimiento las acertadas medidas dictadas en mi ausencia, por el 2º jefe, coronel don Jesús de Asín, tanto para privar al enemigo de cuanto pudiera serle útil, como para organizar debidamente las pocas fuerzas armadas con que contábamos. Hoy que las fuerzas chilenas en número de siete u ocho mil hombres, han abandonado este valle, me es satisfactorio decir, que la zona Décima ha cumplido con su deber.

Diez muertos hechos al enemigo, fuera de los heridos que lleva consigo, dos prisioneros, caballos, cantimploras y prendas de vestidos que se le han tomado, son las mejores pruebas de mi afirmación; y si ello no se creyese suficiente, allí está el pueblo de San Antonio, con su templo reducido todo a cenizas, la casa y oficinas de la hacienda Rinconada de Mala, la casa y ranchería del fundo de Lumbreras, y, por último, la casa y 10 ranchos del de Bujama, devorados todos por el fuego; son los mejores testimonios de la enérgica actitud asumida por las patriotas columnas organizadas en esta zona.

Me bastará decir a vuestra excelencia que el enemigo fue recibido a balazos, que para abrirse el paso por en medio de nuestras emboscadas, tuvo necesidad de hacer disparos de artillería y ataques de caballería; y que, después de una permanencia de solo 3 días, abandonó precipitadamente nuestro suelo, dejando tres carretas, comestibles y dispersos que se refugian en los montes, de donde serán extraídos de un momento a otro.

Por nuestra parte, hemos tenido que lamentar la muerte de un moreno de San Antonio, asesinado del modo más cruel que puede imaginarse; y un herido de la columna del Huarangal.

No terminaré ésta sin recomendar a la consideración de vuestra excelencia a mi segundo el coronel don Jesús de Asín, a su ayudante el capitán don Teobaldo Lecca y al sargento mayor don Nicanor Retes, que despreciando los peligros y desatendiendo el cuidado de sus intereses, me han acompañado siempre a recorrer el campo ocupado por el enemigo y hacer efectivas las medidas que juzgábamos necesarias para hostilizarlo. Así mismo, entre las columnas, no puedo dejar de mencionar a la de Bujama, en primer lugar, a la del Huarangal, y a la de San Antonio, cuyo entusiasta jefe el sargento mayor don Celestino Conde, llevó su arrojo hasta el punto de hacer que dos de los suyos penetrasen al campamento enemigo, y después de dar muerte a uno de los soldados que custodiaban sus caballos se llevaron consigo tres.

Por lo demás, de sentir es que el estado en que se encuentra hoy toda la república, no permita prestar el menor auxilio al considerable número de infelices que han quedado sin hogar, hasta el definitivo triunfo de nuestras armas, que no dudo alcanzaremos mediante la asertada dirección de vuestra excelencia, y el tan probado patriotismo de los peruanos.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.

Al excelentísimo señor don Nicolás de Piérola,  
jefe supremo de la república, protector de la raza indígena.

JOAQUIN V. RETES

Nº 10

### **Relato del general Canevaro**

La división que bajo mi mando tomó parte en el combate de San Juan, el 13 de enero de 1881, se retiró del campo de batalla totalmente diezmada. Puede dar una idea de la mortandad producida, en sus filas, el hecho de que mis cuatro ayudantes sucumbieron en la refriega.

Con los restos de mi división y los dispersos organicé en Miraflores una división repartida en diez columnas que hacían un total de 2,200 hombres. Don Nicolás de Piérola, al confiarme el mando de ese cuerpo de tropas, me señaló el espacio comprendido entre el 2º y 3er. reducto, como el puesto que debía defender llegado el caso de una batalla.

El 15 de enero, poco después de almuerzo, observé que las tropas chilenas, no obstante el armisticio celebrado, se desplegaban y ocupaban posiciones estratégicas. Me dirigí, entonces, al rancho de Shell, residencia del Dictador, para consultarle qué hacíamos ante esa actitud de los chilenos. El Dictador estaba terminando de almorzar... estábamos conversando en la antesala cuando se oyó la primera descarga.

#### **Relato de D. Manuel González Prada**

"...Cuando se supo el desembarco de los chilenos en Pisco, comenzó a decaer el entusiasmo... De los tres batallones quedó uno... El coronel pasó a la Cruz Roja, a fines de diciembre, lo enviaron al fuerte del Pino. La dotación la componían de 200 a 150 hombres.

En esos momentos avanzaron hasta donde nosotros estábamos (Hacienda de la Calera de la Merced), tres batallones de reserva, que aún no habían roto los fuegos, y entre éstos el que comandaba el señor Pomar. Nunca he visto mayor entusiasmo. Todos pedían entrar en el fuego. D. Nicolás de Piérola se negó a que entrasen en combate y les ordenó a que regresaran a sus anteriores posiciones. Esta orden fue recibida en medio de protestas..."

#### **Rectificaciones**

El autor N. Vargas Quintanilla, ayudante de Iglesias, cayó prisionero el día 13. Dice que el general Silva el día 12 mandó recoger toda la munición sobrante y esto dio origen que el 13 a las 6 p.m. el batallón Cajamarca N° 23, que combatía desde las 4 a.m., se dispersase. Inculpa a Suárez por no haber entrado en el espacio que dejó libre el Cajamarca, sino que se replegó a Chorrillos.

En otra carta dice que Iglesias y Billinghamurst, sabiendo que Suárez se había estacionado en la escuela de clases de Chorrillos, fueron a las 7 a.m. a verse con él. El que escribe se hallaba presente. Lo invitaron a unirse a ellos, pero contestó que tenía orden superior de no moverse de allí. Billinghamurst se dirigió, entonces, al coronel Recabarren, para que con sus zuavos atacara al enemigo. Recabarren contestó que con anuencia de su jefe lo haría. Suárez se la concedió. El Dictador se encontraba en el Salto del Fraile, y desde allí observaba las fases del combate; por dos veces envió a su ayudante Octavio Chocano, y luego al coronel Canseco, para que ordenasen a Suárez intervenir, pero éste no lo hizo. Por tercera vez envió al comandante Montero Rosas con esta comisión, la cual le costó la vida, pues al volver murió de un balazo. Viendo que Suárez no intervenía, el Dictador ordenó al coronel Noriega que con los batallones Cajamarca N° 3, y Ayacucho N° 5 bajase a Chorrillos y por el canto de la playa fuese a Miraflores, dejando el Salto del Fraile al cuidado del coronel Arnaldo Panizo, que tenía a sus órdenes la artillería.

*"La Unión"*, Lima, 6 de julio de 1913

## Nº 11

### **Relato de la batalla de San Juan por un testigo**

La batalla de San Juan se inició a las 4 a.m. del 13 de enero de 1881. Piérola en persona comunicó a las tropas la salida del enemigo de Lurín, hizo levantar a Iglesias que mandaba el ala derecha, y éste mandó que la Legión Peruana ocupase la media falda del Morro Solar, para que se viese libre de los fuegos de la escuadra. Con este mismo objeto hizo retroceder, de la línea de batalla, las divisiones de Dávila y de Suárez; pero éstos no se contentaron con cubrirse con el Morro Solar de la flota chilena sino que abandonaron su puesto, dejaron un inmenso frente vacío, y en buen orden se retiraron hasta Miraflores, sin tomar parte en la lucha. Iglesias, debía haber reparado la falta, haciendo bajar de la cumbre del morro a los batallones Ayacucho y Cajamarca, que allí había; pero se li-

mitó a hacer alarde de su valor personal, exponiendo su reputación de militar y hasta su buen sentido. En tan mala disposición sucedió que el batallón Legión Peruana se tuvo que batir contra toda la división Lynch que componía el ala izquierda del enemigo, fuerte de 4,000 hombres; el resultado ya puede suponerse (conversación con el médico del batallón Legión Peruana, Dr. Fonseca).

En mi concepto la batalla de San Juan fue una fuga general, por parte de nuestro ejército. Habiendo comenzado el combate a las 4 a.m., tres horas después, se veían jefes y oficiales huídos a más de tres leguas del lugar de la acción. El mismo Piérola, a las 9 a.m., se vino de Chorrillos por la playa, con no pequeño peligro y subió por la escalinata de Barranco. A las 11 llegó a Vásquez, almorzó y se echó a dormir a las 12 m. Como a las dos de la tarde y media, pasó por mi reducto que estaba en Camacho. Había perdido el ánimo para los que le creían valiente; yo creo que no había nada.

## Nº 12

### Relación anónima de un jefe chileno

Dejamos al 4º y al Chacabuco batiéndose heroicamente contra la nueva serie de fortificaciones y trincheras que el enemigo tenía después de las que cubrían sus líneas del frente.

El jefe del segundo de estos cuerpos, coronel Toro Herrera, había sido herido por una bala de rifle que lo atravesó de flanco.

El golpe lo recibió creo que subiendo a la loma donde el enemigo tenía sus parapetos; pero eso no obstó para que siguiera siempre mandando su tropa, hasta que le inutilizaron sucesivamente los dos caballos que tenía de batalla. Acontecía esto cuando la segunda línea de trincheras de la cima estaba ya en nuestro poder, momento en que Toro Herrera entregó el mando de su cuerpo al segundo jefe teniente coronel Zañartu, quien cayó un instante después herido mortalmente en el estómago.

El 4º de línea no cejaba un paso en su ardimiento y empeño, el comandante Solo (sic) Zaldívar dirigía, entonces, el ataque con su imperturbable serenidad de siempre. Los peruanos, sin embargo, se resistían de una manera tenaz, y tenían dos hileras más de trincheras para su defensa.

La lucha era ardua, era horrorosa, nuestras bajas se habían centuplicado en un momento, a causa del nutrido fuego de ametralladora y de rifle que los cholos hacían de flanco a los nuestros, desde un fuerte del Morro Solar que miraba al valle y que estaba hacia el lado de Chorrillos.

La jornada se iba haciendo a cada instante más cruenta y difícil; pero un momento después comenzaron a llegar los vencedores de los demás morros, aunque sin orden de formación, a reforzar a sus compañeros: llegaban del Atacama, del 2º de línea, del Talca, del Colchagua, de la Artillería de Marina, y, con el empuje común, en un instante cayeron en nuestro poder todas las fortificaciones enemigas con sus cañones y ametralladoras, excepto las del Morro Solar, que seguirían fusilándonos.

Tras de cada triunfo quedaba siempre otra batalla; y ésta tenía que ser más tremenda que las precedentes, porque los combates, a pesar del triunfo, siempre debilitan la fuerza; la debilitan por las bajas, por los rezagados, por el cansancio, por la extenuación.

Cinco horas y media de combate incesante y de disputar, palmo a palmo, el terreno y sus fortalezas el enemigo.

Encontróse, por fortuna, un cajón con cuarenta tiros de artillería de montaña, los cuales fueron traídos y aprovechados inmediatamente, disparándolos sobre el enemigo. Pero a las once no había ya con qué disparar por nuestra parte... Y por la misma razón el enemigo arreciaba, centuplicaba sus fuegos con vehemencia desesperada.

Entonces nuestra artillería, que estaba siendo inútilmente fusilada, se retiró hacia un bajo, y, por algunos de nuestros soldados, se murmuró la desconsoladora palabra derrota..., que tuvo origen en los labios de una mujer. Los peruanos, que no

perdían movimiento a sus adversarios, notaron alguna confusión en nuestras filas y que nuestros fuegos eran sumamente débiles; comprendieron el agotamiento de municiones, y en el acto mandaron una fuerza de Chorrillos que viniera a flanquearnos por el bajo; en tanto que de las alturas empezaban a descender también hacia los chilenos...

¡El momento era verdaderamente supremo!

... Iba a comenzar una lucha tremenda y desigual, casi imposible para los nuestros. Las fuerzas enemigas se habían concentrado al elevado cerro dominante de todos los demás; y acordonadas en sus alturas, y atrincheradas en derredor del fuerte de que he hecho mención, hacían un fuego de fusilería, de ametralladoras y de cañones, verdaderamente terrible, sobre los bravos rotos, que no tenían por dónde avanzarlos, a no ser con sacrificios que, en aquellas circunstancias, eran físicamente imposibles.

La brigada de artillería del mayor Gana, que tan grandes servicios había prestado durante la batalla, cambiando varias veces de posiciones y enviando a puñados la muerte y el destrozo a las fortificaciones enemigas, se había colocado en una altura al lado de las trincheras últimamente conquistadas. Estaba, puede decirse, a tiro de rifle del fuerte peruano, y empezó a batirlo con el mismo acierto y pujanza de siempre.

Pasó una hora, otra hora, y el tiroteo no cesaba un instante. Ni la fusilería ni artillería enemiga apagaban sus fuegos, ni los nuestros disminuían un punto la viveza de los suyos. La mortandad era notable en nuestras filas, y especialmente el número de heridos. Todo esfuerzo parecía imposible para hacer ceder a los peruanos: veían desde la altura que nuestro ejército estaba adueñado hasta de sus penúltimas posiciones y trincheras, pero eso no les persuadía de la inutilidad de la resistencia, ni les aconsejaba ahorrar sacrificios estériles.

Por fin llegó para los nuestros un momento de inquietud. Las municiones de la artillería se habían agotado, y ésta, obligada a apagar sus fuegos por falta de elementos, tuvo que quedar en silencio.

Los ayudantes del valiente e impertérrito coronel Lynch se desplegaron en todas direcciones, en demanda de municiones de artillería y de rifle, puesto que aquellas se habían concluido y éstas amenazaban también extinguirse.

No podía suceder de otra manera, que ya eran las diez y media del día, y se había peleado sin descansar un minuto, desde las 4.55 de la mañana.

...A fuer de verídico no debo pasar por alto la noche del 13. A pesar de las glorias del espléndido triunfo alcanzado en una batalla sangrienta que duró casi todo el día, la noche fue para nosotros intranquila, por las consecuencias de algunos desórdenes ocurridos dentro del pueblo. Este se hallaba deshabitado de moradores pacíficos, como ya lo dije, y convertido en un verdadero cuartel enemigo, y era presa de las llamas del incendio por varios puntos a la vez. El aspecto de las calles imponía terror. La luz roja de las llamas envuelta en torbellinos de humo negro y espeso, alumbraba con colores siniestros. Aquellos bellísimos palacios, cada uno de los cuales podía llamarse un Limache concentrado en el recinto del edificio mismo, daban abundante combustible a la hoguera, formando castillos de fuego que debían verse perfectamente desde Lima.

En medio de esa claridad sangrienta, varios soldados chilenos, escapados de sus cuerpos, recorrían las pavorosas calles, y se oían tiros y más tiros de rifle sin interrupción. No habían comido en todo el día, y, sin duda, habían salido, impelidos por el deseo, a buscar algo que comer.

En el pueblo existían muchos depósitos de licor, y esto fue la causa que produjo el mal a que me he referido. Se embriagaron algunos soldados, y, desconociéndose unos con otros, se mataron varios entre sí.

En la madrugada del 13, el número de muertos de las calles, que dejó el combate del día anterior, había aumentado en cuanto a los chilenos.

Fue necesario enviar fuertes patrullas a recoger a los dispersos que quedaban aún en la población, y así pudo evitarse la propagación del mal.

Perdimos, y es bien sensible, en esa noche unos cuantos hombres, debido a una cosa quizás inevitable: a los excesos que suele producir la victoria en las poblaciones, cuando de éstas se hace también campo de combate.

Se había oído decir, y aun se sabía por algunos de los peruanos presos, que Piérola estaba con la reserva en Miraflores; pero no se creyó, al principio, que allí debía tener lugar otro combate, sino en los alrededores de Lima, por cuanto se ignoraba la existencia de tan formidables fortificaciones en aquel punto.

Algunos daban al dictador 17,000 hombres, sacando las cuentas de esta manera: 6 mil que había en Monterrico chico, que no pelearon, y 11 mil que tenía en la reserva, eran los 17,000 cabales. Otros le daban 18,000 hombres de primera clase, fuera de todos los que hubiesen podido retirarse y replegársele, después de la batalla de Chorrillos.

Lo cierto es que no se sabía bien la verdad y que había buenas probabilidades, casi datos ciertos de que al enemigo le quedaban aún más de 16,000 hombres de pelea.

Sin embargo, en el ejército dominaba el espíritu de acabar de una vez con los peruanos, atacándolos y derrotándolos donde quiera que se encontrasen...

...Pero el grueso enemigo se había cargado horrorosamente sobre la derecha nuestra. Algunos cuerpos de la primera división, salvando paredes y todo género de dificultades y dejando sembradas sus bajas en el tránsito, ya estaban al frente de los peruanos combatiendo como leones, en tanto que los demás compañeros iban llegando a toda prisa.

Los cholos, desalojados de sus primeras trincheras de la derecha, y abandonados sus reductos más avanzados, se resistían aún parapetados en las paredes sucesivas y se corrían, poco a poco, sobre su izquierda para incorporarse, sin duda, a la gran línea que partía hacia el oriente, desde el punto donde la vía férrea y la carretera estaban cerradas por sus cañones.

Súpose, entonces, que por el extremo derecho de nuestra línea, una fuerza enemiga considerable avanzaba con el ánimo

manifiesto de flanquearla, y envi6se en el acto a los batallones de Artillería de Marina y Melipilla, de la primera división, con una brigada de artillería de montaña y caballería a detenerla y combatirla.

Esta fuerza nuestra tomó camino recto al oriente, para ir a cubrir el extremo de nuestra ala derecha.

El fuego seguía cada vez más recio y terrible en toda la línea, a pesar de haber retrocedido el enemigo por su derecha y de haber sido desalojados por los nuestros de sus formidables primeras posiciones.

Oíanse los ronc0s y prolongados ecos de los cañones de nuestra escuadra hacia el lado del mar, y corrí a ver el rol que ella desempeñaba.

Encontrábanse formados los buques de norte a sur, de la manera siguiente:

- 1º Huáscar
- 2º Blanco
- 3º Pilcomayo
- 4º Toro
- 5º O'Higgins.

Los cinco hacían, indistintamente, fuego en unión con una sección de nuestra artillería de campaña, colocada, también, cerca de la costa, sobre el fuerte de Magdalena, situado como a 5 mil metros hacia Lima, a retaguardia del enemigo.

En el punto donde fui a colocarme encontré en observación al comandante inglés Mr. Acland, y a un oficial de la marina francesa cuyo nombre no recuerdo. Ambos estaban bien satisfechos de las punterías de nuestra artillería de mar y tierra. Del fuerte de Magdalena se disparaba, con cañones de grueso calibre y con pequeños intervalos, en dirección a nuestra artillería de campaña, que estaba ya muy a retaguardia de la infantería, por cuanto ésta había avanzado. Solo un disparo vi que se quedó corto, sin duda por alguna variación hecha en el alza de la pieza. Los demás llegaban casi siempre un poco a retaguardia de nuestros bizarros artilleros, y una que otra bala cayó en su misma línea, todos con perfecta dirección.

En cuanto a los tiros de nuestra parte, las descargas que hacía la artillería de campaña dejaban por un rato envuelto en polvo el fuerte, y así no le iban en zaga a los lindísimos disparos de abordó, que no lo hacían menos bien.

Los fuegos enemigos seguían redoblándose sobre su izquierda; y a pesar del empuje colosal de los bravos de la primera división, ni éstos se detenían un punto ni aquellos dejaban de reforzarse.

El combate se prolongaba juntamente con nuestra ansiedad por el triunfo, y era tal su intensidad que parecía empujarse a cada instante de nuevo y con más ardor.

A las 4.30 de la tarde, nuestra derecha se sintió bastante apurada. No se temió su derrota, pero se creía que la noche pondría fin al combate sin obtener victoria sobre el enemigo.

Los nuestros habían casi agotado sus municiones, y ésto introdujo un desorden, en parte en nuestras filas, llegando él a traducirse en una defección alarmante.

La naturaleza del terreno hacía muy difícil el envío de cargas de municiones a todos los puntos, por no haber sino un solo camino expedito de entrada. Los demás eran demasiado remotos.

De Lima, mientras tanto, no cesaban de llegar refuerzos en trenes con carros artillados, que también nos hacían fuego mortífero. El momento era muy crítico, era supremo.

Entonces se mandó salir en protección de nuestra línea al 3º de línea, Zapadores y Valparaíso, que partieron al trote a reforzar a sus compañeros, llevándoles su estímulo y su aliento.

Nuestra sección de artillería de la derecha, que había marchado con los batallones Melipilla y de Marina, y parte de la caballería con más el Lautaro, el Curicó y el Victoria, incorporados en el tránsito, hacía fuego sin cesar desde la cima de una lomita que, en mi concepto, debía pertenecer a la cuchilla de la huaca Juliana; el enemigo, por su parte, menudeaba sus disparos con cañones de grueso calibre desde las alturas de San Cristóbal, según la generalidad, y desde la cima de San Bartolomé, según la opinión mía.

En el campo de batalla, nuestros mayores jefes y el general Maturana, entre ellos, hacían todo género de esfuerzos para reorganizar las tropas, perturbadas por el agotamiento de municiones y defeccionadas en mucha parte, a pesar de que las municiones empezaban ya a llegar; y fue sin duda, entonces, cuando muchos de ellos cayeron heridos o muertos, al desplegar toda la actividad que les era posible. Los oficiales secundaron, con heroico entusiasmo, la obra de sus superiores, y, de esa manera, en pocos momentos la lucha recobró todo su brío y entusiasmo primitivo, reforzada de nuestra parte con el auxilio de los cuerpos de la reserva.

*Recuerdo de las batallas de Chorrillos y Miraflores.*  
Santiago. s/f

## Nº 13

### **Recuerdos del 15 de enero de 1881 (En un Reducto)**

El 14 de enero se había ajustado un armisticio entre los ejércitos de Chile y la reserva del Perú, único resto de los desastres de nuestras armas, mediante la intervención del cuerpo diplomático congregado en Miraflores. A pesar de esto se notó, en la mañana del 15, activo movimiento en el campo enemigo, cuyas fuerzas avanzaban sobre las situadas a las inmediaciones de ese pueblo, acercándose de manera que llegaron a ponerse al habla. La consecuencia general de esta aproximación tenía que ser un choque que, como una chispa en un polvorín, había de producir un gran incendio.

Eran las dos y minutos de la tarde, cuando se oyeron disparos aislados, que sucesivamente fueron arreciando hasta convertirse en nutridas descargas de fusilería, a las cuales siguieron casi inmediatamente los fuegos de la artillería de tierra y mar del enemigo.

La batalla estuvo, pues, empeñada, aunque de un modo imprevisto; las fuerzas de la reserva apenas tuvieron espacio para tomar sus posiciones de combate en zanjas, a las que pomposamente Piérola y el enemigo daban el nombre de reductos.

Estas zanjas o reductos eran seis y se encontraban unas de otras distantes de 800 a 1,000 metros, partiendo desde las inmediaciones del Barranco de Miraflores hasta la hacienda de la Calera, pero de estos reductos solamente cuatro detuvieron el empuje del enemigo, que concentró sus esfuerzos sobre los tres primeros, que, naturalmente, ocupaban la línea que cubría el camino que conducía a esta capital; quedando, por lo tanto, los reductos de la izquierda, así como los demás batallones de la reserva sin tomar parte en el combate. Este, que desde el principio se empeñó de una manera tan vigorosa, se sostuvo con ardimiento todo el resto de la tarde, por cuatro horas.

El reducto N° 1 fue ocupado y defendido por el batallón N° 2 de la reserva, al mando del comerciante y prior del consulado D. Manuel Lecca, compuesto en su mayor parte de comerciantes distinguidos, entre los que se encontraron los señores Barrón y Richardson, muertos, y los señores Aurelio y Pedro Denegri, Joaquín Bolívar, Daniel Igarza y otros. Entre este reducto y el N° 2 se encontraban los restos informes del ejército de línea, despedazados en San Juan y el bizarro batallón Marina, al mando del capitán de navío D. Juan Fanning, batallón que no sólo en ese campo sino en cualquiera del mundo, habría causado la admiración y el entusiasmo más grande por su intrepidez, y por la bizarría con que hizo retroceder, constante y casi matemáticamente, a una división del enemigo, hasta quedar literalmente aniquilado, pues de un cuerpo de más de 500 plazas con 30 oficiales, quedaron en el campo 400 soldados y 24 oficiales, incluso su coronel.

Entre tanto el bravo coronel Cáceres, recorría desesperadamente las filas de los dispersos y desmoralizados restos del ejército de San Juan, sin que su entusiasmo y energía, ni la actitud del batallón Marina los hiciera entonarse y avanzar. Esta fuerza se dispersó al fin y su triste ejemplo contagió a la de línea que, en iguales condiciones, ocupaba el claro o trayecto entre los reductos 2 y 3, a pesar de los esfuerzos inauditos de sus comandantes generales, D. César Canevaro y coronel D. Buenaventura Aguirre. Desde ese momento, cuatro y media de la tarde, la defensa de la línea quedó, exclusivamente, a cargo de los batallones de reserva que ocupaban los reductos y cuyo efectivo no pasaba en ninguno de 350 plazas. Su resistencia se

prolongó hasta las seis de la tarde, hora en que sucumbieron los reductos N° 2 y 3, que fueron flanqueados, el primero por la derecha, después de ocupar el enemigo el reducto N° 1, de que hemos hablado; y, el 2º, por la izquierda después de tomar posesión de la hacienda de La Palma, defendida por el bizarro batallón Guardia Chalaca, que quedó en cuadro y cuyo coronel D. Carlos Arrieta, rindió la vida.

El batallón N° 6, que ocupaba el reducto N° 3, no fue menos valeroso en el combate que los dos primeros. Su primer jefe D. Narciso de la Colina, sucumbió al pie de su estandarte y quedaron en el campo Carlos Alcorta, Samuel Márquez, y muchos otros jóvenes distinguidos de la sociedad de Lima.

En los reductos N° 4, ocupado por el batallón N° 8, al mando de D. Juan de Dios Rivero, jefe de una de las secciones del ministerio de Hacienda, y N° 5, defendido por el batallón N° 10, comandado por D. José M. León, propietario, se puede decir que no hubo combate, como lo prueba la vergonzosa inacción de las divisiones de la reserva que, compuesta de doce batallones, se extendían desde la hacienda de la Calera hasta la hacienda de Vásquez, al mando del improvisado coronel de ejército D. Juan M. Echenique y de jefe de estado mayor a D. Julio Tanaud, no recibiendo de ambos otra orden que la de desbandarse, miserablemente, a las 6 de la tarde, cuando aún quedaban haciendo prodigios de valor y de resistencia los cuatro batallones 2, 4 y 6 y el Guardia Chalaca, y, en menor escala, por estar distantes, los batallones 8 y 10 de la reserva.

Como éstos son puramente recuerdos de aquel memorable combate, volvamos nuestra memoria a lo que sucedía a la derecha de la línea. Esta, a las tres y media, sufrió el primer rechazo, tan vigoroso y completo, que retrocedió en desorden y confusión hasta Chorrillos, donde se rehizo apoyada por una nueva división que entró fresca al combate.

Este primer rechazo fue tan decidido que las bandas del ejército peruano tocaron diana. Mas, duró poco la ilusión de la victoria, pues, como acabamos de decirlo, rehechas las columnas enemigas volvieron al ataque con más ardor y encarnizamiento.

Recibidos con el mismo brío y entereza que en el primer ataque, empeñóse rudo y cruento combate que, después de una hora, dio por resultado un nuevo rechazo de las columnas chilenas. Estos fueron los momentos en que la victoria habría coronado al Perú, si una inteligencia capaz, previsor y serena hubiese enviado refuerzos oportunos a los tres reductos, que, formando el objetivo del ataque, detuvieran, rechazaran y desmoralizaran al enemigo, después de cuatro horas de tenaz defensa. Desgraciadamente, faltaron estas condiciones de unidad y previsión y el número tuvo fatalmente que vencer al valor y heroicidad de unos pocos ciudadanos”.

(El Autor de este artículo advierte que durante las cuatro horas que duró el combate, en estos reductos no se vio una sola vez ni al Dictador, ni al comandante en jefe de reserva ni al jefe del estado mayor general. Pero la resistencia opuesta al enemigo, en esta ala de la derecha fue causa de que el combate se prolongara hasta las 6 de la tarde, hora que impidió el que el ejército chileno se presentase ante las puertas de Lima, enorgullecido por el triunfo y en disposición de repetir los excesos cometidos en Chorrillos).

“*La Tribuna*”, 15 de enero de 1884.

Nº 14

#### **Nota del cuerpo diplomático acreditado en Lima**

Armisticio de Miraflores.

Los infrascritos, ministros de El Salvador, de Francia, de Inglaterra, habiendo sido debidamente autorizados para ofrecer a los beligerantes los buenos oficios del cuerpo diplomático.

Considerando que en la relación del general Baquedano, no se establecen los hechos, precisamente, como tuvieron lugar en la mañana del 15 de enero, durante nuestra entrevista con los jefes del ejército chileno.

Considerando, además, que la publicación de dicha relación, tiende a dar una idea falsa sobre el carácter de nuestra misión y de las medidas que establecimos.

Declaramos: 1º) Que la conferencia tuvo lugar a petición del Sr. Piérola, para saber cuáles serían las bases de la paz; 2º) Que habiéndonos hecho conocer éstas en vía confidencial, y, comunicadas que nos fueron otras condiciones previas para cualquiera negociación, pedimos la suspensión de las hostilidades, a fin de que el jefe supremo tuviese tiempo de deliberar. 3º) Que el armisticio duraría hasta las doce de la noche de aquel mismo día. 4º) Que insistiendo los chilenos en llevar adelante un movimiento comenzado, consentimos, pero con la expresa condición, aceptada por ellos, de que aquel movimiento no se efectuaría más allá de la gran guardia de su ejército, es decir, precisamente como se encontraba en aquel momento. En fe de lo cual, y, para que conste la verdad, hemos firmado este proceso verbal.

Lima, 27 de abril 1882. Firmado. *J. de T. Pinto*, ministro plenipotenciario de El Salvador. *D. de Vorges*, ministro de la república francesa. *Spencer St. John*, ministro de S.M. Británica.

*El Canal de Panamá.* 14 de junio de 1882.

Nº 15

**Carta dirigida por las señoras de Lima al contralmirante  
Bergasse Du Petit Thouars**

Lima, enero 15 de 1882.

Señor contralmirante Bergasse Du Petit Thouars,  
Comandante en jefe de la estación  
naval francesa en el Pacífico.

Las señoras que suscribimos tenemos el honor de presentaros este modesto pero elocuente testimonio de nuestro vivo reconocimiento por vuestros nobilísimos esfuerzos, mediante

los cuales librásteis a esta ciudad de la saña de nuestros enemigos.

A vuestra enérgica iniciativa, poderosamente secundada por el Sr. contralmirante F.M. Sterling, jefe de la estación naval de S.M.B., en estos mares y por los demás representantes de las fuerzas marítimas neutrales surtas en nuestras aguas, y a la activa cooperación del cuerpo diplomático, residente en esta capital, se debe que nuestra querida Lima no sea hoy un montón de pavorosos escombros, anegados en nuestra sangre, en la de nuestros padres, esposos e hijos.

Deseamos guardéis este álbum que contiene nuestras firmas como una débil ofrenda de nuestra eterna gratitud al humano y valiente marino francés que ha sabido continuar las caballerosas y cristianas tradiciones de su noble patria.

SS. ORTIZ DE ZEVALLOS, COBIAN, etc.

Nº 16

**Carta del contralmirante B. du Petit Thouars  
a las señoras de Lima**

Toulon, Francia, febrero 21 de 1882.

Señoras:

El honorable representante del Perú en Francia me ha enviado un álbum cubierto de vuestras firmas, así como de la dedicatoria que lo acompaña y yo me encuentro profundamente conmovido con el testimonio de un recuerdo tan precioso y tan honroso para mí.

¿Qué he hecho yo para merecerlo, cuando mi conducta como marino francés estaba trazada por acontecimientos tan dolorosos?

Pero no os habéis engañado, señoras, creyendo que mi pensamiento no ha dejado a Lima cubierta de duelo; pues yo vivo de corazón en medio de vosotras y no ceso de asociarme ínti-

mamente a vuestros sufrimientos, como a todo lo que pueda dulcificarlos.

Dignaos, señoras, aceptar mi agradecimiento por este don precioso que será conservado como un título de nobleza por mi familia y estad seguras que, de lejos como de cerca, no ceso de dirigir los votos más ardientes por la paz y prosperidad del Perú.

Vuestro humilde y obsecuente servidor.

## BERGASSE DU PETIT THOUARS

Nº 17

### Batalla de Miraflores

#### Memorias de un distinguido

Lo primero que observé al penetrar en el reducto fue un grupo de soldados del Unión, y de mi batallón, arremolinados al pie de un rimero de cajas de munición; al punto me imaginé que pertenecían al batallón Nº 4, cuyo armamento, como se sabe, era Remington, y corrí a advertirles su error que podía acarrear consecuencias funestas, y, en seguida, llamé la atención de un señor oficial de la reserva hacia el mismo hecho.

La animación que en esos momentos reinaba en el reducto es indescriptible: la confianza y el entusiasmo se veían reflejados en todas las fisonomías, y los labios proferían en exclamaciones que anunciaban la más enérgica resolución. La banda, que tocaba el ataque de Uchumayo, daba su nota más alta en aquel concierto belicoso. Mi propio entusiasmo fuera motivo bastante para agregar a ese clamor patriótico mis ¡vivas! al Perú; mas, aparte de esto, necesitaba llamar la atención allí donde, según he referido, se había comentado desfavorable e inmerecidamente, como bien se ha visto, la conducta de mi batallón.

Procuré pues hacer bastante para ser notado aún en ese momento de álgido entusiasmo, lo que en parte conseguí; pues mi actitud en esos momentos fue recordada, posteriormente, por varios de los que me conocían y me reconocieron. Y fue el

primero entre éstos el subayudante Arturo Flores, mi íntimo y cordial amigo desde nuestros más tiernos años, como ya lo he dicho. Al encontrarnos en ese momento nos estrechamos con un abrazo de amistad y patriotismo, y, en seguida, le pregunté por sus hermanos Ernesto y Oscar.

Velos, me contestó señalándome el sitio de la cortina en que se estaban batiendo como dos veteranos.

Le interrogué luego por mi tío, el capitán Rocavero, y me lo señaló a la derecha del reducto; y siguiendo mi camino me dirigí a él. Allí estaba, sí; por más señas fumaba su puro de costumbre, un rico habano cuyo grato perfume y su humo blanco eran absorbidos por el ambiente acre y el humo negro del combate, pero que conservaba íntegra su corona de ceniza, señal de la buena calidad del tabaco, dicen los aficionados; señal de que no temblaban ni la mano que lo tenía ni los labios que lo fumaban, digo yo. Pero se conmovió profundamente cuando me reconoció, abrazándome con efusión, y, al desprenderme de él me retuvo ligeramente diciéndome: Quédate aquí, hijo; pero, comprendiendo que no debía insistir, me dejó continuar mi marcha, diciéndome con voz emocionada y cariñosa: ¡Cuidate, hijo, cuidate!

Salí por el extremo derecho del reducto en unión de un soldado de mi batallón, llamado Poma. Al lado de la línea férrea me encontré con un coronel que estaba con algunos individuos de tropa tras el parapeto y le interrogué, o mejor dicho, le pedí órdenes: me indicó que la acción se sostenía a vanguardia, y entonces uno exclamó: ¡muchachos a la bayoneta! y como no era balandronada lo que decía, saltamos el parapeto y nos echamos campo adelante: me seguían Poma y varios otros. Tomamos indeterminadamente por la izquierda de los rieles y muy pronto estuvimos en lo más ardiente de la acción.

Todo el campo estaba sembrado de gente acostada por el suelo; pero no toda se batía... no se batía porque estaba muerta. Uno sólo de mis compañeros, el inseparable Poma, estaba ya conmigo. ¿Los otros?... se habrían dispersado buscando abrigo para batirse; algunos habrían caído. Los dos nos dirigimos a uno de los tantos montecitos de piedra que he citado; varios muertos lo rodeaban, y a su abrigo se quejaba un herido

cuyos clamores no nos lastimaban, porque ¡ah! en el fragor de la batalla se pasa sobre los muertos y no se escucha la súplica de los heridos. Uno sólo, un muchacho de ánimo sereno, que es la prueba más elocuente del valor, se batía allí. Al encontrarse con nuestro refuerzo y oportuna compañía nos señaló una bandera enemiga diciéndonos: Apunten allá. Ondeaba aquella tras de la tapia humeante con el fuego que nos hacían los fusiles enemigos, que vomitaban oleadas de muerte, pero en cambio, advertiré de paso, nos encontrábamos libres del efecto de la artillería enemiga, tanto de mar como de tierra; lo que no es necesario detenerse a explicar.

Por algunos momentos observé la advertencia del compañero, dedicando mis fuegos a aquella insignia odiosa; pero reflexionando luego que muchos estaríamos haciendo igual cosa, y que el abanderado se hallaría a cubierto burlándose de nuestras laudables intenciones, torné mi mira a punto más seguro... La lluvia de balas, entretanto, era tan constante y tan bien dirigida, que no cesaban de salpicarnos los pedruzcos y guijarros que levantaban.

Pasó algún tiempo, cuando un chasquido distinto del producido por el choque de las balas en el suelo, me hizo volver la cabeza a la izquierda, y vi a mi compañero que se incorporaba y en seguida caía con un chorro de sangre en la frente! se agitó un instante convulsivamente y quedó inmóvil! había acabado su tarea, su juventud y su vida. Otro rato más pasó hasta que el único compañero que me quedaba exclamó: ¡Ya cayó! ¡ya cayó! En efecto, la bandera ya no se veía; pero un momento después reapareció a este lado de la tapia, al frente de los suyos que avanzaban. El mismo, más advertido que yo, me hizo observar en este punto la situación en que nos encontrábamos. Distinguido, creo derecha ha retirado, me dijo en su lenguaje incorrecto; y mirando con toda atención a esa parte del combate, pronto me cercioré de lo oportuno de su advertencia, pues reconocí, en efecto, que fuerzas chilenas batían ya nuestra línea casi a la misma altura en que nos encontrábamos; en consecuencia, emprendimos la retirada sin más dilación.

El Reducto había abierto totalmente sus fuegos ante el avance de los chilenos, y al volvernos a la línea parecía un vol-

cán en erupción. ¡Capaz van a matarnos...! exclamó mi compañero, expresando un temor que yo también abrigaba: entre la espesa nube de humo y polvo que nos envolvía, no era difícil de que en alguna parte de la línea nos confundieran con el enemigo.

Y no consistía en esto solo el peligro, sabía yo perfectamente que habían muchos, quizás la mayor parte, que no hacían sino sacar sus fusiles y tirar adelante. Con el fin de cubrirme y salir de la zona batida por el Reducto, me introduje, todavía seguido de Poma, por la zanja que hay al lado de los rieles, pero parecía que aquella era el lecho de un río, sí, de plomo; ¡aquello sí era correr bala! Volví a salir, y, pasando los rieles, me encaminé diagonalmente a la izquierda (derecha de la línea), precisamente adonde estaba todo el hervor de la batalla. Ya Poma no me seguía: había caído o había continuado por la misma zanja.

Los chilenos, que avanzaban ya en gran número, no se fijaban en mí, como sucede con frecuencia en la confusión de los combates, o no me juzgaban blanco digno de hacer punto, avanzando, como lo verificaban, a fuego rasante. Yo continué a la carrera llevando mi shakó en lo alto y agitándolo para prevenir la confusión, cuyo temor he expresado, llegando por fin a la tapia, que pasé de un salto, escuchando la voz del cabo Rodríguez de la 1ª de "Concepción" que me decía: compañero, te había visto y desde lejos te conocí; y, siendo recibido, o mejor dicho contenido mi impulso al saltar por éste y otro soldado, a fin de que no hollara al caer el cadáver de un joven teniente, que yacía al pie de la tapia. Con la parte superior del rostro, donde estaba la herida cubierta por un pañuelo, sólo se le veía al muerto la parte inferior, sobre la que contrastando con la palidez cadavérica, resaltaba un bigote negro y fino, casi un bozo todavía, que indicaba su juventud tronchada.

No pasaré adelante sin hacer una rectificación de justicia, por más que el único causante de la falta de ella fuera el mismo sobre quien cayera la omisión. He nombrado al cabo Rodríguez: ¿Qué ha sido de él? ¿Tuvo como yo la fortuna de librar su vida de la hecatombe de la derrota, o cayó y su nombre ha de quedar borrado de la lista de los que dejaron sus des-

pojos en el campo? ¡Ah! si le cupo tan gloriosa suerte, sépase que esos despojos que ahí se confundieron en la misma huesa con los de amigos y enemigos, no son los de ningún Rodríguez, sino los de Maximiliano Arboleda, un muchacho creo que trujillano, que se había venido escapado del colegio a sentar plaza en el batallón Callao al principiar la guerra, y que, por no sé qué causa o qué capricho, encontré con el nombre cambiado en el "Concepción".

Lima, 1911.

Nº 18

### Batalla de Miraflores

#### Carta del coronel J. Manuel Pereyra

Lima, setiembre 3 de 1891

Señor  
Sargento mayor D. Alejandro Montani,  
Presente.

Muy estimado amigo:

La apreciable carta de Ud. de fecha 1º, que he tenido el gusto de recibir y en la que me pide Ud. datos sobre las batallas de San Juan y Miraflores, me obliga a faltar al propósito de no ocuparme de esos dolorosos episodios, de esa guerra tan desastrosa para nuestra patria.

Las batallas se pierden amigo mío, generalmente, por causa del que las dirige. No pretendo, por esto, culpar a nadie directamente, y por lo mismo, sólo me limitaré a referirle los hechos que Ud. apreciará con la calma e imparcial criterio que corresponde al historiador.

Paso, pues, a hablarle de la batalla de San Juan:

En esta acción de armas, el campo irregular que se adoptó para sostener un combate defensivo fue por demás inaparente: 1º porque el flanco derecho de nuestra línea se apoyaba en Marcahuilca, que, como Ud. sabe, está a la orilla del mar y se ex-

tendió hasta cerro de Papas, formando en tan larga extensión una línea débil; 2º porque sus flancos no podían así proteger el centro; y 3º porque el reducido ejército de 16,000 hombres con que contábamos apenas, no era suficiente a cubrir una línea tirada para 80,000 soldados, los menos.

Por estas razones esenciales, la batalla de San Juan podía estimarse perdida desde antes de comenzarse, circunstancia que quedó evidenciada con el rechazo de nuestra ala derecha y más firmemente todavía, cuando el enemigo rompió nuestro centro, ofendiendo nuestra retaguardia.

El señor Piérola recorrió la línea de izquierda a derecha, dejando desierto el campo que ocupaba nuestra izquierda, quedando en la línea solo la división Canevaro, a nuestra izquierda y a nuestra derecha la de los coroneles Ayarza, Arguedas y La Rosa; después seguía un extenso campo de más de mil metros, sin guarnición alguna. Recordará usted, así mismo, que cuando todo esto pasaba, nosotros no habíamos aún roto los fuegos y permanecemos en expectativa hasta que dio principio el ataque, a más de las nueve de la mañana. También recordará usted el incidente de las municiones; que entramos en combate con 97 cápsulas por plaza, pues, las que pedí y se me trajeron resultaron inaparentes, por ser nuestros rifles Peabody y éstas de rifle Remington, calibre 50 m/m.

Rotos los fuegos en nuestra posición, logramos rechazar a los que intentaron tomar un alto médano o colina, que teníamos a nuestro frente, y desde el cual podían habernos batido con mucha ventaja. El enemigo que ocupaba ya la casa hacienda de San Juan, y la pampa en que acampó la artillería, nos ofendía seriamente por la espalda; se agotaron nuestras municiones y se pronunció la retirada por el batallón Pichincha. Hasta este momento no recibí orden de nadie, ni hubo un solo ayudante del estado mayor general que apareciese en ese punto de la línea, sólo el coronel don Andrés A. Cáceres apareció en momentos en que el combate era más recio y me ordenó que adelantara el ala derecha del batallón La Mar, mandado por el coronel D. Adolfo Bermúdez, cuyo valor y serenidad tendré siempre presente. Cumplida esta orden continuó el coronel Cáceres su marcha hacia las divisiones de nuestra derecha.

No es posible recordar minuciosamente detalles de poca importancia, ni recomendar el comportamiento brillante de todos los señores jefes y oficiales; porque todos se esforzaron en el cumplimiento del deber; y porque esos detalles no concurrieron al éxito de la batalla que, como he dicho antes, estaba completamente perdida desde la madrugada y mucho antes de que nosotros hubiéramos quemado parque en el combate.

En resumen, esta batalla se perdió por la mala condición de la línea de combate; por la pequeña fuerza con que quiso cubrirse su gran extensión; por la falta de dirección militar; por carecer de reservas convenientemente dispuestas; por la escasez de municiones y por las demás circunstancias de que ya nos hemos ocupado; y, como usted fue testigo presencial de lo dicho, como la sangre derramada por usted en esa jornada, debe avivarle sus recuerdos, refrescará usted los míos, caso que haya omitido algunos datos que crea usted necesarios a la obra que se propone escribir.

Retirada la división en desorden la detuvimos en la estación del Barranco, y allí se reorganizaron los cuerpos y pude apreciar las grandes pérdidas sufridas en el combate. Más de dos horas permanecimos en el Barranco sin un cartucho, ni tener quién nos comunicara una orden; hasta que hice un parte verbal al jefe de estado mayor general el que, momentos después, se presentó ordenándome que marchara con la división a Miraflores.

## **Batalla de Miraflores**

### **Junta de guerra que la presidió**

El 14 de enero fuimos convocados todos los comandantes generales de división existentes en la nueva línea, a una junta de guerra. En esta reunión el señor Piérola, jefe supremo, nos manifestó la manifestación desgraciada en que habíamos quedado para continuar la resistencia. De sus palabras absolutistas y solemnes se desprendía la imperiosa necesidad de tratar la paz con el ejército triunfante el día anterior; es decir, el 13. Al

tratarse de escuchar las opiniones de los congregados, se suscitó la cuestión previa de quién sería el primero en el orden militar, pues habíamos varios jefes de la misma jerarquía y antigüedad, inconveniente que fue allanado por el jefe supremo, indicando que debía comenzar a exponer su modo de pensar el más joven de los jefes allí reunidos, designando como tal al coronel don César Canevaro, el que expresó: "Existir a su criterio la inconveniencia de dar otro combate, en razón del descalabro sufrido el día anterior, que había relajado la disciplina de las tropas; y que, además, por lo inútil del sacrificio de mayor número de hombres, debía a su juicio, tratarse de la paz".

Al coronel Canevaro siguieron en el uso de la palabra varios otros jefes de la guardia nacional, los que increparon a las tropas el desastre del 13, sin ocuparse de la idea de la paz; pero sin dar tampoco una idea u opinión militar sobre lo que debía y podía hacerse en aquellos momentos. A las opiniones incoherentes anteriores, siguieron las de otros jefes del ejército, sin que ninguno de ellos tocase, ni indirectamente, la conveniencia de poner término a las hostilidades, hasta que por fin, me tocó el turno y dije, más o menos: "Lo ocurrido el día de ayer ha sido una derrota completa, pues hemos perdido, banderas, cañones, etc., retirándonos en desorden. A mi modo de ver las cosas, lo único militar es efectuar sin tardanza una retirada sobre las quebradas de Canta y Huarochiri; lo que conseguiríamos aprovechándonos, sin pérdida de tiempo, del ferrocarril de la Oroya; llevándose consigo todo el parque y material de artillería. Que esta retirada estaba decidida en los principios de la ciencia militar, e impuesto por las conveniencias futuras del país, pues, en el peor de los casos, tal conducta docilitaría las condiciones de paz, dándonos tiempo para reorganizar nuestras tropas y esperar mejores éxitos de ella".

El señor Piérola, me replicó entonces: "¿Y si antes de la retirada nos ataca el enemigo?"

—En tal caso, respondí, "no queda otro camino que defenderse".

Los señores generales y demás jefes, opinaron todos conformes a lo que yo acababa de exponer y excepción hecha del

reproche que hizo el dictador, al señor general Machuca y al comandante Zevallos, no hubo más en esta junta digno de anotarse, quedando, por consiguiente, sin resolverse nada en sentido alguno.

El sábado 15, desde las primeras horas concentró el enemigo su escuadra, colocándose convenientemente para herir el ala derecha de nuestra línea en Miraflores, distribuyendo sus tropas entre Chorrillos y el Barranco. Fácilmente se comprendía el intento de atacarnos ese mismo día y con la seguridad del éxito sobre esta nueva línea que, como la de San Juan, tenía el grave defecto de ser muy extensa con relación al número de sus defensores, pues de Miraflores a Quiroz, teníamos 15 kilómetros aproximadamente. Este defecto garrafal, no obstante, nada se hizo por reforzarla trayendo a la zona del fuego a las tropas de la izquierda, al mando del hoy general Echenique. Esta tropa no se movió de sus campamentos, viéndose horas después derrotadas sin disparar un solo tiro.

Empeñado el combate por nuestra derecha, a poco más de la una del día, fue rechazado vigorosamente el enemigo por las tropas de la defensa tras los reductos uno, dos, tres y cuatro. El enemigo se retiró en desorden diez minutos después, volvió al combate, haciéndose entonces más reñido aún el ataque. En tales momentos, entran al fuego, briosas y entusiastas, las tropas venidas del Callao. Los batallones Marina, y Guardia Chalaca, cargaron con tal ímpetu que el enemigo no pudo resistirlos y cedió el campo, replegándose en dispersión atolondrada sobre Chorrillos. Mientras esto sucedía, situación feliz de rápido, genial, aprovechamiento en las batallas, en el resto de nuestra línea no se daba una orden, no se tomaba una sola disposición, y, exceptuando una violenta carga del comandante José Barredo con su caballería, nada se movió desde el reducto N° 4 hacia nuestra izquierda. Este jefe, debo hacerle justicia, desplegó en esta ocasión un valor digno de la mejor recomendación.

30 minutos después de esta escena, en que hasta las bandas militares anunciaron con sus dianas la victoria, los chilenos rehechos volvieron al ataque, eclipsándose desde entonces totalmente la esperanza y la victoria. Destruídas por completo

las fuerzas del Marina, y Guardia Chalaca, los restos de zuavos, diezmadas las de los reductos de la derecha; agotadas las municiones se resistió sin embargo hasta las seis de la tarde, hora en que el dictador se retiró, comunicándome la orden de contener con dos compañías del Pichincha, a órdenes del valiente coronel don Juan C. Vizcarra, el ataque final que esperaban los chilenos sobre nuestra derecha. Al cumplimiento de esta orden, el coronel Vizcarra atacó con denuedo; pero fue inútil, quedando consumada nuestra ruina!

Cerrada la noche, recibí orden del señor coronel B. Suárez y Secada de retirar los restos de mi tropa sobre Lima, en donde se desarmaban a esas horas a los dispersos y tropas llegadas del campo de batalla.

¡Todo quedó así consumado!

Perdida toda esperanza de reorganización, sin que nadie supiese a quién mandar ni a quién obedecer, nuestra retirada a la sierra, por la quebrada de Canta, pone fin a los luctuosos acontecimientos que me ha pedido usted relatarle en la presente carta.

Quisiera poder suministrar a usted mayores detalles; pero habiendo trascurrido el tiempo, no me ayuda la memoria; pero si usted me indicara algunos otros puntos que yo pudiera aclarar, crea usted que estaré siempre dispuesto a servirlo como su muy afectísimo amigo y seguro servidor.

Coronel  
J. MANUEL PEREYRA

Lima, 1907.



## INDICE GENERAL

Introducción	VII
CAPITULO I. Retirada de Camarones y Traición de Daza	1
CAPITULO II. La batalla de Tacna	15
CAPITULO III. La expedición de Leyva	33
CAPITULO IV. La defensa de Arica	39
DOCUMENTOS	
Nº 1 Carta del contralmirante Lizardo Montero al presidente Mariano Ignacio Prado	44
Nº 2 Carta de D. Mariano Felipe Paz Soldán al general Prado	46
Nº 3 Carta de J. Inclán al contralmirante Lizardo Montero	47
Nº 4 Comunicación del comandante de la cañonera "Pilcomayo" al jefe de la plaza de Arica	48
Nº 5 Carta de Guillermo Billinghamurst a D. Nicolás de Piérola	49

Nº 6 Carta confidencial de D. Mariano Alvarez a D. Lizardo Montero	51
Nº 7, 8, 9, 10 y 11 Cartas del contralmirante Montero a D. Nicolás de Piérola	54-60
Nº 12 Carta del general Juan José Pérez a Piérola	61
Nº 13 Carta de D. Luis Carranza al contralmirante Montero	64
Nº 14 y 15 Carta del contralmirante Montero al dictador Piérola	65-66
Nº 16 Carta de J. Inclán a L. Montero	67
Nº 17 Carta del general La Puerta al general Prado	70
Nº 18 Carta de Eleodoro Camacho a Piérola	71
Nº 19 y 20 Cartas de Montero a Piérola	71-73
Nº 21 Carta de Eleodoro Camacho a Piérola	74
Nº 22 Carta de Narciso Campero a D. Nicolás de Piérola	75
Nº 23 Carta de Montero a Piérola	77
Nº 24 Carta de Zoilo Flores a Piérola	79
Nº 25 Carta de Montero a Piérola	81
Nº 26 Carta del ministro del Perú en La Paz J. Enrique Bustamante y Salazar a D. Nicolás de Piérola	83
Nº 27 Carta de Montero a Piérola	84
Nº 28 Carta de Isaac Recabarren a Piérola	85
Nº 29, 30, 31 y 32 Cartas del contralmirante Montero al dictador Piérola	90-95

Nº 33 y 34 Partes del general Lizardo Montero sobre el desarrollo de la batalla de Tacna	96-99
Nº 35 Parte del jefe de la primera división sobre la batalla librada en el Campo de la Alianza	99
Nº 36 Parte de D. Pedro A. del Solar al jefe del estado mayor del Ejército del Sur	100
Nº 37 Carta reservada de D. Pedro A. del Solar a D. Nicolás de Piérola	102
Nº 38 Desarrollo de la batalla de Tacna según el capitán argentino Florencio del Mármol	104
Nº 39 Carta del corresponsal en Tacna del periódico " <i>La Patria</i> " dando pormenores del combate en el Alto de la Alianza	111
Nº 40 Carta de D. José de la Peña a D. Nicolás de Piérola	114
Nº 41, 42 y 43 Cartas de Segundo Leyva a D. Nicolás de Piérola	116-121
Nº 44 Informe general del coronel Segundo Leyva sobre la batalla de Tacna	121
Nº 45 Carta de L. Lizardo Montero al secretario general del jefe supremo	135
Nº 46 Hojas del proceso de Modesto Molina	136
Nº 47 Carta del comandante Antonio Rodríguez al general D. Fermín del Castillo sobre la conducta del coronel Leyva	137

## SEGUNDA PARTE

### LA CAMPAÑA DE LIMA

Introducción	145
DOCUMENTOS	
Nº 1 Carta anónima al dictador previniéndolo sobre la invasión de Lima	161
Nº 2 Carta de Juan Vernal y Castro a Piérola	163
Nº 3 Carta de Eliseo Maldonado a Piérola	165
Nº 4 Carta de E. Villena a Piérola	167
Nº 5 y 6 Cartas de D. Pedro A. del Solar a Piérola	169-172
Nº 7 Carta de Bustamante y Salazar al dictador	172
Nº 8 Carta de P. A. del Solar a Piérola	173
Nº 9 Carta de Joaquín V. Retes al dictador	175
Nº 10 Relato del general César Canevaro sobre el com- bate de San Juan	176
Relato de Don Manuel González Prada Rectificaciones	177

Nº 11	Relato de la batalla de San Juan por un testigo	178
Nº 12	Relación anónima de un jefe chileno	179
Nº 13	Recuerdos del 15 de enero de 1881 (En un reducto)	186
Nº 14	Nota del cuerpo diplomático acreditado en Lima rectificando al general Baquedano	189
Nº 15	Carta dirigida por las señoras de Lima al contralmirante Bergasse du Petit Thouars	190
Nº 16	Carta del contralmirante B. du Petit Thouars a las señoras de Lima	191
Nº 17	Relación de la batalla de Miraflores	192
Nº 18	Carta del coronel J. Manuel Pereyra a D. Alejandro Montani relatando la batalla de Miraflores y Junta de Guerra que la presidió.	196

**BIBLIOTECA**  
**"GENERALISIMO SAN MARTIN"**  
 Clas PE/985.061/G .....  
 t. tlt. tlt .....  
 No. Ing. 0153 .....  
 Fecha .....

**MARINA DE GUERRA DEL PERU**  
 Sistema de Bibliotecas  
 Clas: 985.061/G1 1970  
 No. Inv: 0418  
 Fecha:  
 Inst:

H. y. / KN



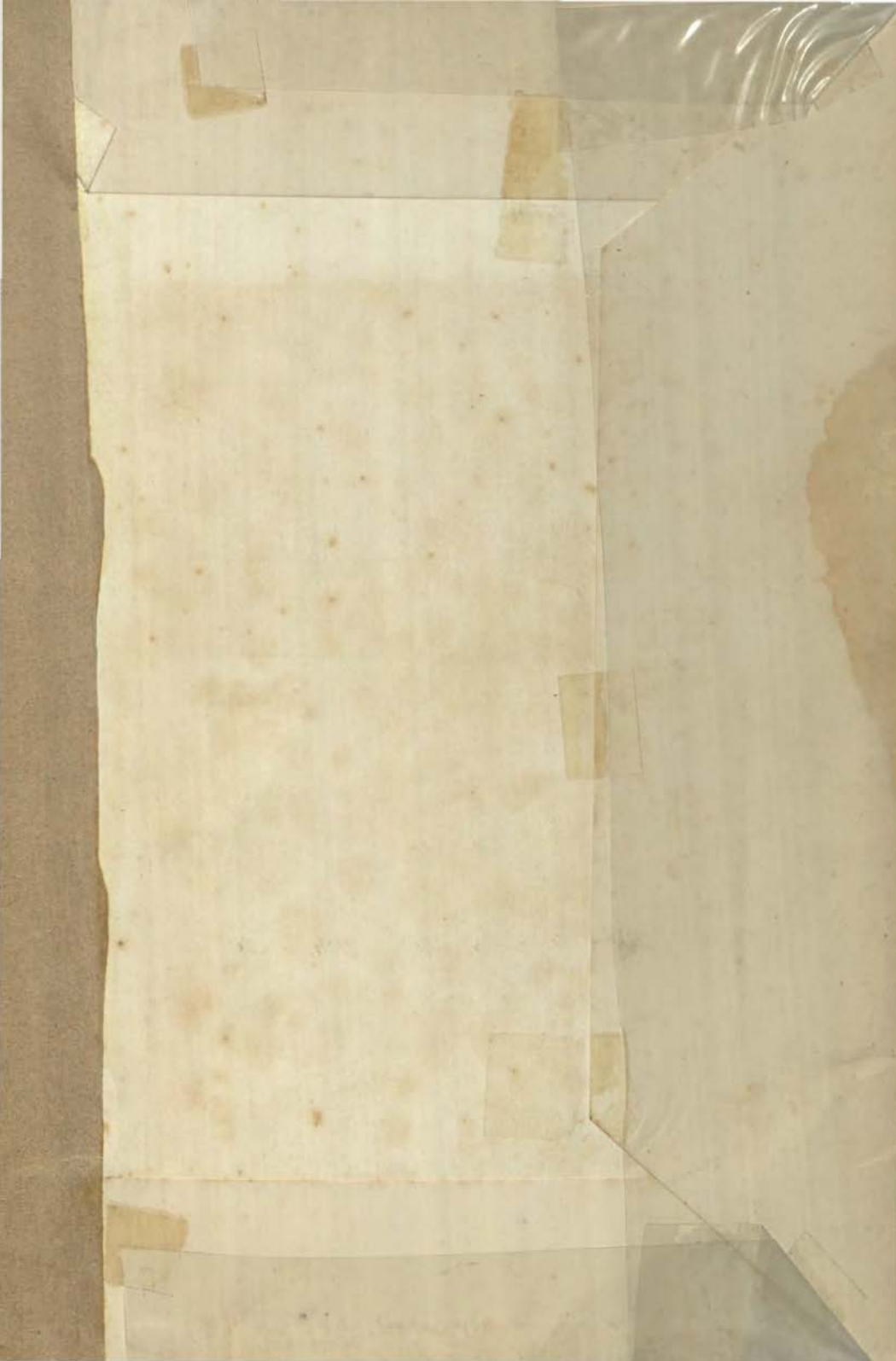
Faint, mirrored text from the reverse side of the page, including phrases like "El Reino de...", "El Reino...", "El Reino...", "El Reino...", "El Reino...".

PE  
985.061  
6

0923

**MINISTERIO DE MARINA**

**Biblioteca "Generalísimo San Martín"**



CMB

